



**CENTRO DE ESTUDIOS SOCIOLÓGICOS
DOCTORADO EN CIENCIA SOCIAL CON ESPECIALIDAD EN SOCIOLOGÍA
PROMOCIÓN XV**

[El telar de las ideas de nación]

[práctica y controversia intelectual desde la crisis estatal a Evo Morales]

**Tesis para obtener el grado de Doctor en Ciencias Sociales con especialidad en sociología que
presenta:**

Eduardo Ruben Paz Gonzales

Director

Dr. Francisco Zapata Schaffeld

Comisión lectora

Dr. Guillermo Zermeño

Dr. Willibald Sonnleitner

Dra. Cristina Herrera

Ciudad de México, 2016

*A la Vicky y el Pazuco
Con profundo agradecimiento y amor
no sólo por el obsequio de la sociología
también por compartir conmigo los propósitos
para los que ésta puede servir*

*Y a Mario y Luigi
Porque let's-a go!*

Índice

Introducción.	5
Capítulo 1. Diseño de investigación.	16
Problematización y preguntas de investigación	16
La discusión contemporánea de la nación	33
Perspectiva teórica	42
Capítulo 2. Hacia un tipo ideal de los intelectuales.	50
Introducción	50
Los intelectuales clásicos	53
Los intelectuales de la clase dominante	56
El intelectual que busca ser orgánico	62
Los caudillos culturales	67
El ideal del intelectual militante	72
El intelectual con marca étnica	78
Tipo ideal para analizar intelectuales	83
Capítulo 3. El espectro de discursos sobre la nación.	90
Introducción	90
Variantes entre lo político y lo cultural	93
Estado-nación, Estado vs Nación, Estado plurinacional	114

Conclusiones	131
Capítulo 4. ¿De dónde vienen los intelectuales?	136
Introducción	136
Desigualdades de origen	138
La experiencia escolar	153
Conclusiones	169
Capítulo 5. Horizontes de visibilidad y posicionamientos políticos.	173
Introducción	173
Vislumbrar el socialismo	175
La lucha por la democracia	191
De la hegemonía neoliberal a la crisis estatal	202
Conclusiones	215
Capítulo 6. La fuerza gravitatoria del Estado	219
Fragilidad de la práctica intelectual	219
Subversión y sucesión	234
Conclusiones	249
Conclusiones.	251
Anexo metodológico.	262
Anexo: cronología de publicaciones de orientación.	280
Bibliografía.	282

Introducción.

I.

Hablar de nación en el periodo de la crisis estatal boliviana puede resultar confuso por lo elusivo del término en un momento crítico ¿Cuál nación? ¿La nación boliviana como república unitaria o lo plurinacional del Estado inaugurado con la constitución de 2009? ¿La nación aymara, la guaraní, la camba, que fueron, junto con otras, propaladas por diversos actores? ¿Es apropiado hablar de *nación* en singular? El propósito de esta tesis es examinar no sólo esta variedad de discursos sobre la nación que se han esgrimido en el periodo que va de 2000 a 2014 sino también dar cuenta de estas variaciones remitiendo a las condiciones sociales en las que fueron producidas. Para ello se hace un recorte que permite focalizar un grupo social particularmente activo en la pugna por definir en qué consiste la nación. Este grupo es de lo que en las páginas siguientes se denomina “intelectuales” como el conjunto de productores de discursos que se encuentran en discusión pública sobre este tema. Así pues este es un trabajo de sociología intelectual que se enfoca en la polémica sobre la nación en Bolivia entre los años 2000 y 2014, periodo de intensa discusión que acompañó a una convulsionada realidad política.

Los intelectuales que se estudian no son, de ningún modo, un resumen de las formas de entender la nación en Bolivia. Frente al grueso de ciudadanos que experimentan la nación y los problemas de su definición de un modo anclado en las corrientes de la cotidianidad, los

intelectuales se dan la tarea de plasmar su perspectiva y de enunciarla de modo público porque consideran que hay algo en juego que, de modos que habrá que explicitar, los invoca a participar de una polémica. A la vez, los intelectuales conforman un grupo que rara vez ve volcadas las herramientas que ellos emplean sobre si mismos. En ese sentido, los intelectuales bolivianos sólo en contadas ocasiones han estado sujetos al examen que ellos mismos suelen arrojar sobre otros actores sociales, sean los movimientos sociales, la ciudadanía, los pueblos indígenas, en fin, la sociedad en sus diversas facetas. En las siguientes páginas son ellos los que quedan bajo la lupa, son ellos las voces que se hacen presentes y cuentan sus propias experiencias biográficas y las formas en que han vivido la nación y los modos en que han devenido como intelectuales con acceso a medios que les permiten divulgar sus ideas y reflexiones.

No se trata no obstante de tomar la experiencia biográfica por sí misma, sino de identificar en esas experiencias los factores estructurales e históricos que contribuyen a que en la Bolivia de inicios del siglo XXI la nación, las naciones, lo plurinacional, sea tratado de modos específicos. A partir de contrastar y ubicar las experiencias biográficas de los intelectuales se construye el marco que da cuenta de la discusión sobre la nación en el momento en que se transita de la nación boliviana, pluriétnica y multicultural, al Estado Plurinacional. Este tránsito es importante en la medida que provee las coordenadas de cambio social en curso que al mismo tiempo va a suponer una contienda que se apacigua hasta la edificación de una hegemonía del gobierno del Movimiento al Socialismo, sin duda temporal, pero también efectiva en su amalgama de coerción y consenso. El resultado de todo esto es un trabajo sobre un momento de la historia del país y un grupo con su propio protagonismo que permiten abarcar las dinámicas de orden, reproducción, conflicto y cambio.

Junto a sus experiencias biográficas, que nos abren el camino a entender sus trayectorias y posiciones en un campo, los intelectuales que se retoman en este trabajo son productores de un discurso sobre la nación. A través de escritos de diversa índole y de participaciones públicas se convierten en pregoneros tanto de un balance de la situación de la nación (con los diferentes contenidos que esto adquiere) así como prescriptores, tácitos o explícitos, de lo que la nación debería ser. Estos discursos aunque no están organizados sistemáticamente en un espacio abstracto, mantienen un conjunto de relaciones de solidaridad y oposición, de centralidad y marginalidad, que nos remiten a una formación discursiva en la que hay incentivos que se

explicitan y que explican la compulsión a escribir sobre la nación. A lo largo de este texto, no obstante, se ha prescindido de hablar en general de “nacionalismos” y se ha optado por hablar de discursos sobre la nación. El nacionalismo, según la definición de Gellner, es el principio que sostiene que una unidad política debe coincidir con una nación. Si bien en la Bolivia del periodo estudiado es posible encontrar esta forma de nacionalismo, no todos los discursos convergen en el supuesto deber de una nación = un Estado y la instauración de lo plurinacional es sintomático de ello: Muchos de los activistas de naciones indígenas no van tan lejos como para proponer la necesidad de un Estado propio, sino la necesidad de un reconocimiento por parte del Estado boliviano.

II.

Las inquietudes que se desarrollan en esta investigación emergen de proyectos pretéritos truncos. Desde el año 2009 por diversas razones me había tocado pasar largas temporadas en Santa Cruz de la Sierra, principalmente haciendo trabajo de campo. Uno de los temas que por entonces captó mi atención fue lo que luego sería mi tesis de maestría: el discurso histórico del nacionalismo cambia. Los autores y activistas del nacionalismo cambia, así como sus entornos institucionales, se erigieron como el extremo radical de oposición a la insurgencia popular e indígena que iba en ascenso desde el año 2000. La singularidad con la que arreglaban su narración histórica se me reveló por entonces como un fascinante caso de invención de la tradición que recurría a las más insólitas imposturas y ligerezas del lenguaje. En un contexto donde el país se debatía existencialmente entre las fuerzas sociales que procuraban apropiarse los vientos de cambio, el nacionalismo cambia me resultó sintomático de una condición discursiva sobre la nación que incitaba a hablar de naciones inclusive allí donde parecía más postizo y ortopédico (CF. Paz Gonzales 2011).

Esa investigación cumplió con sus propios objetivos y quedó circunscrita por sus límites inherentes. En la medida que yo profundizaba en los detalles de una forma de contar la historia de la “nación cambia” discerní con mayor detalle los resortes que daban coherencia a la narrativa, pero a la vez era patente que se singularizaba demasiado una forma de discurso que tiene sentido no sólo en cuanto a sus operaciones internas, sino además en el universo de relaciones de solidaridad y antagonismo que la vinculaban con la propensión obsesiva que en Bolivia se instauró

para hablar de la nación desde el año 2000. Desde que la investigación de maestría se acercaba a su fin yo era consciente de que la reconstrucción sociológica del universo de discusión sobre la nación era imprescindible para aquilatar de modo correcto la importancia de la discusión sobre la nación y las variantes de posiciones. Lo anterior se hizo más evidente cuando el nacionalismo cambia se fue erosionando hasta quedar descuartizado en la medida que el signo de lo plurinacional ascendió y se convirtió en uno de los baluartes de la hegemonía del gobierno del Movimiento al Socialismo. Efectivamente una forma de nacionalismo había ido a dar al tacho a la vez que otras formas de comprender la nación se encumbraron como Piedra Rosetta de la Constitución Política del Estado del Estado Plurinacional de Bolivia.

Fue en ese momento que empecé a trazar esta investigación. Evidentemente el tiempo y la distancia me inducen a ver que la concepción de la investigación y su desarrollo dibujaron una trayectoria coherente cuando el lector con experiencia en investigación reconocerá que ese no suele ser el proceso. Al reflexionar sobre los giros y cambios de orientación me remito a las primeras formulaciones que hacía del tema: Me interesaba contrastar formas de entender la nación y remitirlas no sólo a las armazones argumentativas que proveen quienes viven la nación sino además al proceso, la historia y la materialidad en las que esas concepciones se engendraron. Distintas posibilidades se barajaron en base a mi experiencia en campo: se pensó en estudiar la producción musical de un momento y sus referencias a la nación así como se hizo una revisión para ver si la historia de la práctica del fútbol en Bolivia podía dar las pautas de aquello que buscaba. Estos, entre muchos otros ensayos que no llegaron a germinar, eran las variantes de espacios que tenía en mente. Hubo otro elemento que consideré por entonces, relativo a las fuentes necesarias. A pesar de que yo había hecho una práctica más o menos consistente en etnografía en varias investigaciones, no acaba de aprehender un espacio circunscrito que a la vez me provea de la variabilidad de experiencias y discursos sobre la nación que yo quería. Necesitaba, en suma, de un ámbito en el que pueda estudiar una variedad de discursos sobre la nación que a la vez provea algún tipo de lazo preexistente.

Con esas observaciones acabé por encontrar en la discusión pública entre intelectuales un nicho que se adecuaba a lo que quería explorar. En primera instancia la discusión pública sobre la nación - en periódicos, artículos y libros, así como la participación en seminarios y otros eventos públicos- proveía unos discursos que estaban ahí, argumentados, involucrados en polémica y me

evitaba el peligro de construir artefactos –objetos sociológicos que no existirían sino por la acción del investigador-. En segundo término los intelectuales son a la vez un grupo diverso en cuanto a orígenes sociales, posiciones políticas, estilo de prácticas intelectuales pero también están ligados por la polémica en la que participan. Lo anterior, que luego supuso una serie de operaciones de construcción del objeto, tenía la riqueza de ser un grupo limitado, sin ser diminuto, pasible de ser abordado desde una perspectiva cualitativa en la que los sesgos puedan ser remontados cuando no controlados. A pesar de ser un agregado pequeño, un tercer aspecto para elegirlos radicó en su función estratégica que se deriva de la posición privilegiada que ocupan en tanto son formadores de sentidos que se divulgan a través de los medios de difusión y de la práctica de la enseñanza. En ningún momento se sugiere que los intelectuales sean un resumen de las experiencias del conjunto de la sociedad respecto a la nación, algo imposible por su propia posición acomodada en las estructuras de poder. Tampoco se trata de que los intelectuales tengan una potestad pedagógica sobre el resto de la gente, que de modos que habría que investigar retoma esto o aquello de los medios adaptándolo a su propio contexto. Aun con ambas reservas, es de notar que los intelectuales traban una pugna entre sí por hacer primar sus perspectivas, valiéndose de herramientas distintas y conformando alianzas y enfrentándose a los rivales de turno, lo que supone que hay algo valioso y en juego que persiguen. Este juego se convirtió en uno de los tópicos centrales de la investigación y será desarrollado en profundidad al entrar en materia.

Si bien la elección de los intelectuales para estudiar la variabilidad de formas de entender la nación y sus derroteros presentó bondades que hacían posible el abordaje que se quería, también implicó problemas profundos. Pierre Bourdieu escribe que “el aprendiz de hechicero que se arriesga a interesarse en la hechicería nativa y en sus fetiches, en lugar de ir a buscar bajo lejanos trópicos los tranquilizadores sortilegios de una magia exótica, debe estar preparado para ver cómo se vuelve contra él la violencia que ha desencadenado” (2008: 15), problemas que se hicieron patentes y habitan el centro de la investigación que aquí se presenta. La definición del objeto de estudio como la relación entre la experiencia social de los intelectuales y sus discursos sobre la nación implica la aplicación de las armas de la crítica y de las estrategias de análisis sobre un medio social que en cierto modo también es el mío y en el que yo tengo intereses en juego. Como se detalla en el capítulo uno, la definición de intelectual que se empleó es inclusiva para poder analizar las posiciones de los consagrados en relación a los novatos, y con esa definición yo mismo soy uno de los actores bajo la lupa.

Mi posición en el campo, que a pesar de estar muy lejos de la consagración, ciertamente tampoco puede pasar por la del iniciado dadas las oportunidades que he tenido de publicar pero también de estudiar, que son decisivas, como se examina más adelante. Mi propia trayectoria no parte desde cero en mi incorporación al campo al gozar de las ventajas tanto de la socialización temprana en la sociología y ramas afines como un reconocimiento social de base no derivado de mis méritos sino del hecho de ser hijo de un intelectual. En otras palabras, mi propia formación ha estado marcada por la transmisión de un capital cultural específico y por un capital simbólico asociado a la forma en que mi padre es percibido y que se ha patentizado en la investigación con alusiones “me saludas a tu papá” o “en esos tiempos tu papá también estaba por ahí”. Corro el riesgo, como decía Derrida, de que al señalar algo lo señale de modo excesivo: ciertamente, y esto no está en duda, mi incorporación en el mundo de la sociología boliviana se ha dado en condiciones ventajosas, pero también es justo reconocer que estas no son condiciones extraordinarias. En uno de los capítulos de la tesis se muestra justamente cómo hay mucho de estrategias de reproducción que son transmitidas intergeneracionalmente y esa característica de la estructura se encuentra en mi propio trayecto.

La producción de los datos de la investigación en su conjunto me ha llevado a examinar con detenimiento un conjunto significativo de orígenes sociales a través de relatos de vida con una treintena de escritores y académicos bolivianos. Como yo esperaba, estos orígenes y trayectorias son diferentes sin que ello implique absoluta dispersión, sino más bien la conformación de grupos que comparten rasgos sociales de diferente intensidad y que detallo enseguida, dejando la tarea de explicación de cada uno de estos para el desarrollo de los capítulos: Soy de la cohorte más joven, la que se involucra tanto con la política con la academia en los años en que el neoliberalismo hacía aguas y yo mismo he sido parte de las protestas callejeras del año 2003. Hijo de un militante de la izquierda nacional que ejerció un cargo electivo en una bancada de oposición en la década de los 90 –dentro de una carrera más amplia, pero los 90 son mis años de educación secundaria y cuando tengo entre 14 y 16 años-, bachiller de un colegio jesuita de La Paz, formado como sociólogo en la Universidad Mayor de San Andrés que continúa sus estudios en una universidad mexicana, como muchos bolivianos, y he hecho mi experiencia laboral en investigación con financiamiento de cooperación internacional. He sido participe de un par de iniciativas editoriales que comenzaron con fanzines pero también de un periódico de vida breve y

relativo éxito. Como se podrá apreciar después de leer otros capítulos, mis rasgos sociales no son extraordinarios, pero sin duda están asociados a los que he denominado, pero también matizado, como el polo privilegiado del campo intelectual.

Si mis características sociales son comunes dentro del campo intelectual, la pregunta inmediata es relativa a la proximidad y la distancia que mantengo respecto del objeto de estudio. La pregunta es pertinente en primer lugar por las capacidades necesarias para percibir lo que es significativo en ese universo social antes que darlo por sentado como natural. Es común que los observadores nativos muchas veces, al compartir los esquemas de visión y división de los sujetos estudiados, solamente puedan replicar estos esquemas sin dar cuenta de ellos y de cómo se conforman. Mi propia solución a este problema vino con la elección de los relatos de vida por encima de la etnografía como principal fuente de información. Las vidas de los intelectuales, la mayor parte del tiempo de más edad que yo, eran terrenos completamente alejados de mi propia experiencia vital. Los acontecimientos que van de la Revolución de 1952 a la instauración del neoliberalismo para mi eran objetos de historia política cuyo entramado cotidiano escapaba a mi conocimiento. Así, los relatos de vida¹ me permitieron adentrarme en territorios ignotos y ahí contemplar con profundo extrañamiento las fibras que evocaron mis entrevistados.

La demasiada proximidad también puede convertirse en problema a la hora de presentar los resultados. Primero porque al tener no sólo una posición propia, estoy vinculado con los intereses de mi propio progenitor, involucrado en la polémica sobre la nación. Los resultados entonces podrían esconder veladamente una reivindicación de su posición o la mía a la vez que se ataca el resto de posiciones, convirtiendo la tesis en una galería de tiro interesada. No obstante se percibirá que a la vez que se hace una crítica del conjunto de posiciones sobre la nación, esencialmente preguntando por su límites, la tesis renuncia a proclamar la victoria de una concepción de la nación (que supondría haber hecho un estudio sobre la totalidad de lo que Bolivia es) y se enfoca en mostrar los productos y consecuencias de las escaramuzas teóricas que se suceden entre 2000 y 2014. Así, esta tesis no se ocupa de engrosar la cacofonía de quienes apuestan a nombrar la nación de uno u otro modo sino se aboca a describir y procurar explicaciones de cómo está organizada la pluralidad de voces. Al renunciar a adjudicarme la potestad de nombrar qué es la nación –aunque no se ceje en la crítica de sus límites y

¹ Sobre las reservas metodológicas de los relatos de vida, ver el Anexo Metodológico.

contradicciones- dejo el conflicto de intereses que oponen mis propias disposiciones y las de los intelectuales cuyas vidas de algún modo se han vertido en este escrito.

Aun cuando haya una renuncia a dirimir el conflicto entre los intelectuales, de cualquier manera me expongo de cualquier manera a desencadenar la violencia mencionada por Bourdieu. El campo académico boliviano es pequeño y hacer explícita la vida interna puede aparecer como traición al gremio al aplicar la mismas herramientas que con soltura se aplican a otros ámbitos sociales. Más todavía cuando la crítica en Bolivia suele tomarse de manera personal y se convierten en enemistades duraderas que se acompañan del cierre de puertas en un medio donde hay muy pocas. Al dirigir mis críticas al conjunto de actores ciertamente me expongo a que los intelectuales, que se reconocerán más pronto a sí mismos que al resto como objeto de crítica, devuelvan lo que consideran una ofensa. Como respuesta puedo insistir en el trabajo de preparación del conjunto de categorías que desde mi lectura acomodan mejor a todo el agregado y que ofrecen respuestas más transversales.

III.

El trabajo está dividido en seis capítulos y dos anexos. En el primer capítulo explicita la problemática a tratar así como las preguntas que guían la investigación. Dos temas centrales son puestos en el inicio de la discusión que luego recurrentemente son mencionados en el resto de los capítulos. Por un lado se ponen las bases teóricas e históricas por las cuales se opta por hablar de “Crisis estatal” y no alguna otra variante que se puso en circulación para caracterizar el periodo (Jorge Lazarte por ejemplo prefirió hablar de “crisis de gobierno”). La caracterización de la crisis estatal de un Estado aparente obliga a volver sobre algunos puntos conocidos para dejar en claro las diferencias que existen entre el Estado boliviano y la nación a la que está asociado y el Estado que se alude en buena parte de la literatura sociológica y política que asume que el Estado se ajusta al modelo Europeo del nacimiento de la modernidad y una génesis particular de la nación. El segundo tema que se pone en el tablero es el que atinge a la definición de los intelectuales. Frente a la multitud de posturas que parten por dar una definición normativa de lo que es un intelectual, la sección procura mostrar cómo la misma definición de los intelectuales es un problema inherente a la pugna entre intelectuales. Así en vez de dar una definición excluyente se

parte de la búsqueda de los elementos relevantes para construir el universo de competencia intelectual.

El capítulo 2 cumple un doble propósito. En este se proveen antecedentes históricos sobre el devenir de la intelectualidad en Bolivia, deteniendo el análisis en los rasgos que en contraste con otros periodos resultan relevantes. Estos antecedentes también se sitúan en relación a las experiencias del lugar de los intelectuales en las sociedades de países vecinos, emparentando la experiencia boliviana con la de Perú, Argentina, México y Chile. El trazado de estas familiaridades permite entender cómo el lugar del intelectual en el continente tiene un devenir distinto al europeo y a la vez enfatiza que la situación boliviana no es absolutamente singular ya que encuentra vínculos con las estructuras sociales de estos países. El segundo propósito de este capítulo es reunir aquellos aspectos contrastante en las experiencias históricas de Bolivia y de los países vecinos y construir con ellos un tipo ideal de los intelectuales, utilizando las tensiones y estilos históricos para identificar los aspectos más decisivos que hacen a la conformación de los intelectuales.

En el capítulo 3 se aborda ampliamente las variedades de discursos sobre la nación que se han producido entre los intelectuales bolivianos en el periodo entre 2000 y 2014. Retomando una cuantía importante de materiales escritos producidos en el periodo –principalmente libros, capítulos de libros y artículos académicos- se proponen dos ejes con los cuales se puede organizar en tipos de discurso sobre la nación: un eje sobre la tensión entre lo étnico y lo cívico y la otra en relación al Estado, frente a su correspondencia u oposición respecto de la nación. Estos dos ejes permiten organizar una mirada de posiciones de innumerables matices y acentos de un modo que es efectivo para lo que posteriormente se trata en tanto búsqueda de las diferencias en las condiciones materiales y simbólicas de producción de discursos sobre la nación. Es posible que otros ejes de organización sean posibles pero estos dos resultan productivos para los propósitos de la tesis en tanto muestran tanto los vasos comunicantes entre las posiciones, las brechas que separan facciones en competencia así como aquello que está en juego en debates específicos.

Especificada la variedad de discursos sobre la nación, los tres siguientes capítulos están dedicados a las condiciones de las cuales estos emergen. El capítulo 4 examina los orígenes sociales y las experiencias escolares de los intelectuales mostrando los factores que facilitan la

propensión a tomar elecciones que conducen a forjarse como intelectual aprovechando de oportunidades limitadas y desigualmente distribuidas. El capítulo muestra como los intelectuales no se reclutan en una sola clase social, sino que provienen de orígenes diferentes, lo que habla de procesos de movilidad social tanto horizontal como vertical pero también habla de estrategias de inversión y conservación en las trayectorias de los agentes. Las desigualdades en las oportunidades se convierten en caminos más sosegados o escarpados, experiencia que luego se convierte en factor que influye en las tomas de posiciones debido a las disposiciones que se adquieren en ese momento.

Las condiciones de origen, sin embargo, son sólo un haz de los factores que intervienen en la producción de un determinado tipo de discurso sobre la nación. La participación política durante la vida adulta modula las disposiciones de origen en la medida que la sucesión de coyunturas políticas proveen estructuras de oportunidades políticas que son aprovechables de modos diferentes según la posición, las formas de incorporación, la edad, entre otros. Esto es tratado en el capítulo 5, en el que se hace una revisión de las trayectorias políticas y se las sitúa en el marco histórico de la evolución de los núcleos de discusión relevantes en la segunda mitad del siglo XX. Estas experiencias se convierten en sedimentos que para los diversos actores se convierten en el sustrato desde el cual se toman nuevas posiciones, mostrando como los reajustes no son anárquicos sino que se ajustan a los límites estructurales que una situación impone.

Finalmente en el capítulo 6 se tratan dos aspectos de la práctica intelectual en su relación el Estado. Por un lado se advierte que la práctica intelectual, de suyo realizada en un entorno de escasas oportunidades, tiene en el Estado uno de los factores gravitantes y condicionantes de prácticamente cualquier trayectoria laboral factible. Por el otro lado está la posibilidad de encaramarse, penetrar y procurar modificar el Estado, movimiento posible en ciertas circunstancias que conlleva sus propios riesgos, específicamente el de ser subordinado por las lógicas que rigen el poder político. Entre ser afectado por el Estado y la posibilidad de afectar el Estado se debate los intelectuales, protagonistas de una permanente tensión en la que su autonomía se pone en juego frente a las retribuciones que ofrece los poderes mundanos y transitorios.

IV.

Este trabajo hubiera sido imposible sin las muchas personas que participaron de la empresa con generosidad y desprendimiento. Virginia Gonzales y Eduardo Paz Rada han sido desde siempre tanto los pilares como la inspiración no sólo para esta investigación sino, primordialmente, para seguir los caminos de las ciencias sociales. No podría sintetizar cuan invaluable ha sido su compañía y afecto desde que germinó el problema de investigación hasta la redacción de las últimas líneas de este informe; críticos y guías, han sido mis co-conspiradores en la travesía. Tania Paz, con su ternura, y Miguel Paz, con su alegría, han sido los remansos en los cuales buscar calma en momentos aciagos. A todos ellos mi amor.

Francisco Zapata ha sido un mentor intuitivo y paciente, ha anticipado con sabiduría los problemas que afligieron la tesis y ha provisto los canales para responder de modo pertinente a los diferentes desafíos de este proceso de cuatro años. Su genuino interés por Bolivia y su amplio conocimiento de Latinoamérica han permitido que este trabajo no pierda de vista los problemas del continente que nos alberga. Los profesores Guillermo Zermeño, Willibald Sonnleitner han sido lectores atentos que han sabido poner perspectiva en distintas ocasiones, su aporte desprendido al trabajo les merece mis mayores consideraciones.

Desde el año 2012 El Colegio de México se convirtió en una comunidad a la que le debo el nicho de producción de la tesis. El intercambio de ideas, problemas, angustias y risas es algo que agradezco a Armando Rosales, Mauricio Muñoz, Irene Lungo, Ariadna Sánchez, Santiago Rodríguez, Carolina Pelaez, Velvet Romero, Carlos Mora, Gabriel Tenenbaum, Said Sánchez, Liberta Argüello, Edgar Montúfar, Mariana Molina, David Palma, Iulisca Bautista, Sebastián Rivera, Leslie Lemus y José Antonio López, quien tristemente nos dejó muy pronto. En México encontré maestros valiosos que su conocimiento en distintos aspectos de las ciencias sociales me han provisto de los instrumentos con los que se erigió el proyecto: María Luisa Tarrés, Orlandina de Oliveira, Manuel Gil Anton, Cristina Herrera, María de Jesús Pérez, Minor Mora, Emilio Blanco, Nitzan Shoshan, todos ellos del Centro de Estudios Sociológicos y, junto a ellos, Hugo José Suarez de la UNAM y Mario Rufer de la UAM-X.

El apoyo desde Bolivia ha sido la constante en el universo de variables. Mario Murillo leyó con auténtico cariño y visión crítica versiones preliminares de varios capítulos aquí presentados.

Durante el trabajo de campo conté con los comentarios precisos de Alison Spedding que con absoluta honestidad cuestionó los argumentos sin contemplaciones y ayudó a fortalecerlos. Los nombres se multiplican entre los aportes cotidianos, las lecturas críticas, y la simpatía de quienes se aventuraron conmigo en este y otros proyectos: Luís Magnani, que además colaboró conmigo en las entrevistas en Cochabamba, Boris Miranda, Khantuta Muruchi, Andrés Calla, Carolina Rocabado, Sergio Ramírez, Andrea Pinto, Josefa Salmon, Gonzalo Rojas, Ximena Soruco, Manuel Canelas, Oscar Olmedo, Amaru Villanueva, Verónica Rocha, Pamela Calla y mi querida María Laura Lagos.

Itza Varela, Ana Rita Castro y Manuela Gutiérrez han sido mi familia en México. No sólo han sido siempre comentaristas de temas académicos relativos a las tesis, la mía o a las suyas, sino que además han compartido conmigo la experiencia del anclaje en otra cotidianidad, en otro país, a veces hermoso, a veces lacerante. Gracias a ellas por compartir esta fracción de sus vidas conmigo y espero que este proceso de tesis haya sido tan enriquecedor para ellas como lo ha sido para mí.

He tenido la buena fortuna de encontrarme con todas estas personas que me han ayudado desde lo más pequeño hasta lo más decisivo de los argumentos de la tesis. Mi más grande agradecimiento con ellos y a la vez cumplir con el deber de exculparlos por las lagunas y errores que este trabajo tiene, que quedan en mi entera responsabilidad.

Capítulo 1

Diseño de investigación

Dónde comienza este país?

dónde termina?

cómo?

Demo

Jessica Freudenthal

Problematización y preguntas de investigación

La crisis estatal develada al despuntar el siglo XXI fue también una crisis existencial. Estuvo en entredicho la existencia de la nación boliviana como entelequia que funde en una misma colectividad a los habitantes del país. A la poderosa interpelación indígena-campesina que bramó “nación aymara” se le interpuso una desde el otro extremo del país que propaló la idea de “nación cambia”. A pesar de las diferencias sustantivas entre ambas formas de discurso y su historia subyacente –popular la primera, elitista la segunda-, quedan como hitos de un momento político en el que la discusión sobre la nación boliviana y las naciones indígenas inflamaron los ánimos. Los defensores del mestizaje se vieron protagonistas de escaramuzas discursivas frente a quienes hablaban de la extrañeza de las identidades indígenas frente a Bolivia. El rumor de Bolivia como un “error histórico” reverberó con tal potencia que fue uno de los componentes que llevó a la necesidad de refundar el país en una Asamblea Constituyente. Producto de un agónico proceso de encuentro y disputa, el año 2009 Bolivia dejó de ser una República para constituirse en un Estado Plurinacional en el que se reconocen naciones indígenas, ensayo intrépido, a la vez avizorante de la fatiga del Estado-nación y presa de los propios sueños de redención. Después de quince años el foco político se ha desplazado a otros temas, si bien todavía se discute sobre el

carácter de las mayorías nacionales, el vértigo de los primeros años del siglo ha encontrado remanso.

Los protagonistas de aquellos tiempos turbulentos fueron sin duda los movimientos sociales, sectores populares, campesinos, vecinos, indígenas y no indígenas, lo que Zavaleta sintetiza como las masas, que en su autodeterminación forjan la democracia. Sin embargo en las siguientes páginas el ojo se centrará en otros actores, menos determinantes pero un engranaje muchas veces obviado de la mecánica política, aun cuando hayan sido específicamente relevantes en torno a la disputa ideológica: los intelectuales. A lo largo de toda la crisis estatal se puede identificar el rastro de la labor intelectual y su participación en polémicas. Desde la crítica al neoliberalismo o la defensa de las instituciones en 2000, pasando por las participaciones como miembros de la Asamblea Constituyente hasta los cargos como vicepresidentes de dos personajes tan icónicos como contrastantes: Carlos Mesa y Álvaro García Linera. El primero historiador, periodista y defensor acérrimo del mestizaje, acompañante de fórmula de Gonzalo Sánchez de Lozada, el hombre que encarna el Estado neoliberal; Sociólogo y matemático el segundo, impulsor del nacionalismo aymara en un primer momento y luego de 2006 operador central de lo plurinacional acompañando al primer presidente indígena de Bolivia y líder del “Proceso de cambio”, Evo Morales Ayma.

García Linera y Mesa están muy lejos de agotar, a pesar de su relevancia, el abanico de intelectuales, de gente que en un momento vertiginoso de la historia del país se volcó a escribir y pensar la nación boliviana, las naciones indígenas, el lugar del Estado. Considerando la difusión de la ideología y política multiculturalista, la avanzada de los derechos indígenas a nivel continental y la influencia del convenio 169 de la Organización Internacional del Trabajo, podría suponerse que el conflicto boliviano por la nación queda atrapado en esas coordenadas. Se trataría, en ese entendido, de un problema de gestión y administración de la diferencia cultural dentro de un marco país específico. La situación, no obstante, es otra por los antagonismos enconados que se levantan entre las diferentes posiciones. Por ejemplo la página web del Movimiento Nación Camba en un documento editorial señala:

El Estado Altooperuano, es, conforme dijo Sucre, un Estado “provisorio” y es precisamente en éste [sic] escenario movedizo y volátil, que se han enfrentado –históricamente- tres actores antagónicos: El Estado Andino-Qolla, los Movimientos Indígenas aymara-quechuas

y los Nacionalismos periféricos que, como el cruceño, son, de una u otra manera, movimientos separatistas (...) Santa Cruz y los Departamentos llaneros de Beni y el Acre (Pando), incluyendo los valles de su entorno físico, no son una simple división política-administrativa del país del altiplano.. SOMOS UNA SOLA NACIÓN INCONCLUSA [sic].²

El horizonte de lucha política que demarcó este tipo de declaraciones es dramático en la medida que hacía un llamado a una acción separatista que se encara en contra no de una nación, sino de un Estado. Con ese aparataje el nacionalismo cambia niega activamente la existencia de la nación boliviana y denuncia la opresión que se sufre bajo una entidad política ajena.

El nacionalismo cambia no está solo en el espectro de las posiciones radicales. En la década de 1970 Ramiro Wankar Reynaga, el hijo de Fausto Reynaga —el pensador más importante del indianismo en el país—, escribió un libro titulado *Tawa Inti Suyu* que fue reeditado en 2005. En el prólogo de esta nueva edición Reynaga señala que “El combate entre la nación milenaria originaria y el Estado importado centenario es a muerte” (Reynaga 2005). Salta a la vista que los ejes son similares a la posición del nacionalismo cambia: la nación está separada del Estado y el tipo de relación que se establece entre instancias es el de una oposición. Trayendo a colación dos posturas, sin duda extremas dentro de un abanico mucho más complejo y matizado, se quiere señalar cómo el tema del nacionalismo y la definición de la nación en Bolivia pasa por la puesta en escena de un antagonismo profundo.

La incertidumbre existencial de la nación boliviana no es nueva. Rene Zavaleta ya había anotado en 1963 que mientras en otros países el problema político trata sobre la calificación que especifica el carácter de una nación, en Bolivia lo que está en juego es la determinación de lo que hace que la nación sea tal. Zavaleta había señalado esto cuando todavía seguía en curso la Revolución Nacional, que en su momento ya institucionalizado se había propuesto precisamente erigir una nación bajo los cánones de la homogeneidad y la ciudadanía. Que en el contexto boliviano de inicios de siglo exista una pluralidad de formas de entender la nación pero además de disputar su contenido enseña hasta qué punto el proyecto de 1952 no alcanzó uno de sus objetivos primarios declarados. Esta diversidad de sentidos, así como los campos semánticos asociados a “lo nacional”, existen como expresión de las fracturas que constituyen la sociedad

² <http://nacioncamba.org/nuestro-derecho-a-la-libre-determinacion/> la página web no consigna autor, pero se deduce por el estilo que es de autoría de Sergio Antelo. Consultado el 27 de octubre de 2008.

boliviana, encarnadas en las experiencias sociales heterogéneas situadas en el flujo de los procesos históricos de la segunda mitad del siglo XX y primeras décadas del XXI. Esta es la tesis que se desarrollará de aquí en adelante, tomando como grupo de estudio a esos intelectuales que discuten la nación.

Los intelectuales como grupo de estudio presentan ventajas y desventajas. El primer factor de importancia es que los intelectuales –cuya definición se especificará más adelante- incluso siendo una minoría relativamente privilegiada ocupan un lugar vital de la polémica ideológica: son los que escriben con alguna regularidad apuntando a que sus ideas permeen en los lenguajes cotidianos y que la política y lo social se moldeen desde esas categorías. En un país como Bolivia donde la lectura es un hábito restringido, escribir puede parecer inútil y también delatar una posición de clase, pero innegablemente da prestigio. No hablamos del prestigio de la celebridad, sino uno mucho más discreto, que tiene influencia más bien en entornos de carácter cupular de diferentes raigambres: estatal primordialmente pero también universitario, sindical, vecinal. Mucho de lo político ocurre más allá del influjo de los intelectuales, pero suelen ser imprescindibles cuando una posición debe traducirse –con las implicaciones que ello conlleva- en una forma de discurso público que aspira a orientar una mirada del mundo. Esta minoría muchas veces marginal puede ocupar el vértice de una serie de problemas políticos, lo que les da un carácter estratégico.

En segundo lugar una serie de rasgos compartidos los distingue del conjunto de la población y los convierte en un agregado singular que de ningún modo es representativo de la población del país. No son representativos porque por su propia actividad van a establecer una relación reflexiva con las fantasmagorías (Benjamin 2005) de la nación como parte de su trabajo, y a la vez están dotados – con medios desigualmente distribuidos que habrá tiempo de analizar- de la posibilidad de hacer públicas sus reflexiones. A pesar de no ser representativos y difícilmente pueden expresar la variedad de matices sobre las formas de entender la nación, son un conjunto que a la vez que comparte algunos rasgos sociales, también es muy disímil en muchos otros. Es esa peculiaridad que permite hacer comparaciones y proceder metodológicamente a hacer comparaciones que ayuden a discernir las variables que están detrás de las diferentes formas de pensar la nación que se convierten en frentes de polémica intelectual. De tal modo este proyecto puede ser descrito como una sociología de los intelectuales a través de la cual se entiende la

problemática de las diferentes formas de concebir la nación en un momento turbulento siguiendo el rastro de las condiciones en las que se produjeron estas concepciones. Las coordenadas de este estudio están marcadas por la crisis estatal que se devela el año 2000 y su forma de resolución durante los gobierno de Evo Morales, periodo denominado desde el propio Estado como “Proceso de cambio” y que en este trabajo será tratado hasta la conclusión del segundo mandato, en 2014.

La crisis estatal se manifestó en tres ámbitos diferentes: El primero de ellos es el político, principalmente en términos de la mediación que se establece entre el Estado y la sociedad civil y que se expresó en el descalabro de los partidos que habían sido protagonistas de la democracia pactada. Desde el retorno a la democracia el año 1982, una constelación de partidos se había consagrado como los canales de intermediación y representación de la ciudadanía en el marco institucional del Estado; el año 2002 estos mecanismos de representación son puestos en entredicho. El segundo ámbito de la crisis está relacionado con el plano económico y el agotamiento del neoliberalismo que, instaurado en 1985 con el decreto supremos 21060, hegemonizó la discusión sobre los caminos del crecimiento económico. Siguiendo la doxa de la entonces llamada Nueva Política Económica, el Estado redujo su participación en la economía a la vez que disminuyó su tamaño y se abocó a la estabilidad de las variables macroeconómicas. Finalmente se tiene el tercer plano de manifestación de la crisis, relativa al desmoronamiento de los modelos de integración cultural del país. Los efectos de largo plazo de la ideología del mestizaje propulsados por la Revolución Nacional aunados a los intentos de reforma multiculturalista –expresados en la reforma constitucional de 1994- se mostraron insuficientes para plasmar las demandas de los pueblos indígenas.

Los tres planos de manifestación de la crisis son relevantes y suponen diferentes contradicciones en movimiento en el seno del país. No obstante no hay que dejar de lado el sentido más estricto de la expresión “crisis estatal”, particularmente en Bolivia, donde el Estado tiene una existencia particular. Es un hecho documentado que los Estados de América Latina distan por mucho de ser como los Estados europeos, diríamos clásicos y conformados por la fuerza inercial del proceso de transición al capitalismo. Como señala Charles Tilly (1975, 1985), los Estados europeos se caracterizan por una serie de factores históricos que determinan su fisonomía: las capacidades de llevar adelante guerras por el control de recursos, la de exterminar poderes alternos en lo que definen como su territorio y que controlan de modo eficaz, la de

proveer seguridad a sus súbditos a la vez que puede recaudar impuestos de los mismos. Miguel Ángel Centeno (2002) advierte que estas características no son propias de las formaciones estatales del continente, que fallan en mayor o menor medida en llevarlas a cabo. Sin necesidad de establecer que los Estados latinoamericanos son deformaciones o desviaciones de un pretendido modelo europeo, hay que enfatizar que una crisis estatal en estas latitudes no emergerá de las falencias en cumplir las tareas que definen a los Estados europeos.

Bolivia, en particular, es un país donde el Estado ha sido más débil para cumplir las tareas de lo que convencionalmente se entiende como un Estado moderno. Esto ya fue establecido por Cardoso y Faletto (1979) quienes, interpretando desde una matriz desarrollista, mostraron cómo algunos países de predominancia minera como México pudieron transitar hacia una economía diversificada con ribetes industriales, mientras que Bolivia mantuvo su carácter de enclave minero y de un Estado organizado alrededor de éste. En otros aspectos, el Informe de Desarrollo Humano del año 2007 caracteriza al Estado boliviano como un Estado “poroso”, mostrando cómo tiene un funcionamiento intermitente y con discontinuidades: llegada desigual, temporal y ambivalente sobre el territorio y la población que se propone gobernar.

Antes ya René Zavaleta se sirvió de dos conceptos para expresar estas características del país. Habló de sociedad abigarrada entendiendo que Bolivia, en el nivel de la formación social, dispone de distintos modos de producción –y por lo tanto de distintas temporalidades- que, a diferencia de otras formaciones capitalistas coloniales, no se organizaban ni eran articuladas por un modo de producción en particular, sino que coexistían de modo sobrepuesto. Esta particularidad de la formación social implicaba que la institucionalidad política capitalista adquiera la forma de un Estado aparente. Dicho de modo sucinto, el Estado aparente falla en la función de sintetizar a la sociedad (Hegel) y al hacerlo darle una calificación, una orientación, provista por la clase dominante (Marx). En otras palabras, el Estado aparente es el aparato político instaurado alrededor del enclave (que varía a lo largo del tiempo, pero que por lo general es minero), que es la porción de la sociedad abigarrada que propende al capitalismo y que necesita resguardarse frente al resto de la sociedad. Es por esta vía que entre el Estado y las comunidades indígenas la relación no es –aunque las pretensiones y los planes para que así sea no han escaseado- de la incorporación, sino de lo que Tristan Platt (1982) denomina pacto colonial.

¿Cómo puede entrar en crisis el Estado aparente? Esta es la pregunta que Jorge Lazarte responde de modo equivocado (2010 [2003]: 30-31) al considerar que la irrupción de “etnias”, “nacionalidades” o “naciones” implica sólo la autodestrucción del Estado sin proveer solución alternativa. En primer término hay que descartar las implicaciones teleológicas que Lazarte alega al decir que sólo hay crisis del Estado cuando hay un proyecto de Estado alternativo, ya que bien puede darse el colapso de un Estado sin que nada nuevo emerja para sustituirlo y la fuerzas centrifugas predominen. En segundo término la irrupción de “etnias”, “nacionalidades” o “naciones” a las que alude Lazarte son las señales de que hay alguien –de hecho, las masas– tocando a la puerta del Estado aparente y desafiando lo que de modo sintético podemos expresar como el pacto colonial.

El Estado aparente entra en crisis cuando se ve cuestionado en tanto conformación establecida para garantizar el acceso de una clase al excedente y en cuanto las formas de relacionamiento con la sociedad son dadas por caducas por parte de las masas. Los momentos constitutivos (Zavaleta 1985) del país son crisis estatales en las que una demostración de fuerzas lleva a una reformulación de los términos de relacionamiento entre la sociedad y el Estado. Mientras al concluir el siglo XIX el ejército indio de pablo Zarate fue traicionado, diezmado a mansalva y enterrado su proyecto de gobierno indio, los levantamientos del ciclo rebelde desde 1949 hasta 1952, aun considerando el debatible rol del MNR en la Revolución, lograron imprimir un cambio en su relación con el Estado aun cuando este siguió vedado para los movilizados y predominó el cambio de elites gobernantes.

Es en las postrimerías de la revolución en las que hay que situar las raíces de la crisis en su plano de integración cultural. Antes de 1952 Bolivia había funcionado con una ciudadanía censitaria que otorgaba derechos solamente a hombres propietarios y educados, el resto de la población eran ciudadanos de segunda clase que quedaban bajo la tutela política de los primeros. La ciudadanía censitaria estaba adecuada al predominio de una oligarquía minera que tenía puestos sus intereses en el mercado internacional y por lo tanto en la exportación de materias primas. Estas características hacen comprensibles la forma de la vertebración del país concentrado alrededor de los campamentos mineros y las ciudades desde donde se administraban las empresas, Sucre durante el siglo XIX y La Paz durante la primera mitad del XX. El proyecto del MNR posterior a la Revolución de 1952, bajo el influjo de las consecuencias de la guerra del Chaco se

propuso construir un Estado de talante moderno: involucrado en la economía tanto en la producción como en la regulación –enfrentando las sujeciones de servidumbre del pongueaje-, garante de una ciudadanía universal que asegure el derecho del voto de todos los mayores de edad así como el acceso a la educación e impulsor de una ideología de mestizaje que sea expresión de la homogeneidad por lograr.

El proyecto de homogeneización en cierto modo replica la lógica del mestizaje instaurado en México con la Revolución de 1910: a través de la educación se apuntaba a tutelar la marcha de los indios hacia la modernización, convertirlos en ciudadanos desprendidos de su cultura, considerada un remanente de tiempos pretéritos. Si bien hay muchos factores del proyecto de la revolución que están a tono con la ideología de modernización, omnipresente en ese momento, el principal doblez de su oferta se encuentra justamente en el tutelaje que se pretende ejercer sobre los indios que va a reconfigurar la lógica del poder colonial. Un segundo aspecto importante es que el Estado boliviano, a pesar de sus esfuerzos y de su fortalecimiento notable, jamás alcanzó las magnitudes que demandaba la imposición efectiva que borre los rasgos de pertenencia indígena: el sistema de educación siguió siendo escuálido, lo que dejó márgenes para que resistencias a las embestidas estatales largamente fortalecidas siguieran vigentes. Finalmente se encuentra la paradoja de buscar ser un país moderno entendiendo por moderno la emulación de las metrópolis capitalistas cuando en Bolivia esos sectores no existían y lo predominante era una ideología señorial que recurrió a todo el aparataje colonial a su disposición para remarcar que las masas en ascenso no eran sus semejantes. De tal modo se instauró una suerte de esquizofrenia en la que el Estado apuntalaba una monoetnicidad –activamente negando la pertinencia de la diferencia cultural- a la vez que en la trama de la cotidianidad la condición de blanco y mestizo era un bien cuidado como privilegio por parte de las clases dominantes a fin de garantizar la reproducción de su estatus.

Entre este conjunto de contradicciones se desarrolló la larga hegemonía de la ideología del mestizaje como parte del proyecto de la revolución de 1952 que en 1985 estaba exhausto. Junto con el cambio de modelo económico hacia el neoliberalismo, se abrieron reformas que apuntaron, ante la persistencia y resistencia de colectividades que no se asimilaron al mestizaje, a aplicar políticas de corte multiculturalista que permitan la gestión de la diferencia cultural. En el mismo tenor que señala Jameson, la diferencia cultural fue aceptada en un marco en el que no

podiera afectar las líneas maestras de la economía ni intervenir en el núcleo de la organización del Estado. Implícitamente el multiculturalismo partió de la idea de un “buen salvaje” cuya distancia respecto de lo hegemónico era de carácter folklórico. Un conjunto de reformas del periodo neoliberal, como la Participación Popular o el establecimiento de Territorios Comunitarios de Origen, reconocieron de modo novedoso un conjunto de derechos de participación y descentralización que apuntaban a subsumir las resistencias al Estado.

La trama de la oficialidad estatal al llegar el año 2000 estaba impregnada de los sedimentos de la ideología del mestizaje pero también imbuida de las ideas del multiculturalismo. Sin embargo este proceso de reformas se encontró a medio camino con el ascenso político de los pueblos indígenas que desbordaron los canales institucionales que se les había provisto con la lógica multicultural. Este enfoque de gestión de la diferencia partía del tácito entendido de que los indígenas eran a la vez minorías y grupos aislados cuando en realidad eran un grupo que devino mayoritario tanto demográficamente como cualitativamente en la medida que fortaleció el espesor de sus propias organizaciones. Los espacios abiertos fueron reconvertidos en catapultas de demandas que atacaban la lógica misma de la administración de la diferencia cultural y los cerrojos para acceder al poder del Estado. La madurez de las organizaciones indígenas y campesinas también copó otros ámbitos políticos cuestionando la etnicidad del Estado central y su lógica colonial. Ni el mestizaje ni el discurso multicultural pudieron ya suturar la fisura entre el Estado y un conjunto de colectividades que rechazaban los dispositivos de cohesión cultural provenientes del statu quo y proponían desde diversas vertientes sus propias formas de pensarse políticamente.

De un modo interviniente, aunque de ningún modo como única causa, el ascenso de las organizaciones indígenas y campesinas contribuyó al desmoronamiento de los partidos de la democracia pactada, que es lo relativo al ámbito político de la crisis estatal. La democracia boliviana desde la transición que dejó atrás las dictaduras se conformó a partir de tres fuerzas principales y una pléyade de partidos emergentes: uno de estos era el Movimiento Nacionalista Revolucionario, protagonista tanto de la revolución como del giro neoliberal y los otros dos se conforman en los años 70: el Movimiento de la Izquierda Revolucionaria y Acción Democrática Nacionalista. Provieniendo de vertientes ideológicas distintas, los tres partidos convergen en el neoliberalismo proponiendo diferencias de matiz y alternándose en el poder aunque ello implique

las más inverosímiles alianzas y coaliciones de gobierno. Junto a estas tres fuerzas aparecen partidos como los del populismo cholo (Conciencia de Patria y Unión Cívica Solidaridad), los desmembramientos de los partidos principales (Nueva Fuerza Republicana, Movimiento Bolivia Libre, Movimiento Sin Miedo) y los partidos de minorías (Izquierda Unida, Partido Demócrata Cristiano, Partido Obrero Revolucionario, entre otros).

Los años noventa son de una estabilidad relativa para los partidos consolidados y efectivamente logran consolidar el papel de intermediación que supuestamente sirve de canal de transmisión para la representación del pueblo en el gobierno. Sin embargo las movilizaciones populares que comienzan el año 2000 y se continúan hasta las elecciones de 2002 muestran que el mecanismo caducaba: un cuarto del voto emitido en 2002 se fue a favor de dos partidos (el MAS de Morales y el MIP de Quispe) que eran movimientos sociales traducidos en partidos a la vez que el MIR y ADN eran desplazados del protagonismo partidario. En 2006, luego de las movilizaciones sociales que concluyen en la expulsión de Gonzalo Sánchez de Lozada –el último presidente del MNR- los tres partidos centrales se han reducido a escombros y han dejado paso al MAS como partido detentor de una mayoría absoluta y a agrupaciones ciudadanas de carácter conservador surgidas del desconcierto político. Es decir, en un periodo interelecciones se advierte la extinción de las fuerzas que habían congregado el voto durante 20 años y la aparición de otras, que a la vez critican los límites que impone la democracia pactada. En términos rigurosos no hablamos de una crisis del sistema de partidos, porque la gente siguió asistiendo puntualmente a votar cada vez que fue convocada, sí se percibe con nitidez una debacle de los actores políticos del neoliberalismo.

Otro rasgo de la inestabilidad política se puede rastrear en las renuncias presidenciales. En 2001 el general Banzer renuncia al cargo dejando a Jorge Quiroga como presidente. Si bien Banzer renuncia por razones de salud, también es cierto que la magnitud de las movilizaciones populares como la Guerra del Agua erosionaba su legitimidad como mandatario. En octubre de 2003, en medio de un clima de sublevación prácticamente de carácter nacional, renuncia Gonzalo Sánchez de Lozada que huye hacia Estados Unidos. En su lugar quedó Carlos Mesa que intentó llevar el timón por un año y ocho meses, cuando también renunció. La sucesión del mando debía de recaer en el presidente del senado o, eventualmente, en el presidente de diputados. Sin embargo una nueva movilización popular los orilló a ceder su designación en favor del presidente de la Corte Suprema de Justicia, Eduardo Rodríguez Veltzé, con el único mandato de convocar a elecciones. Es

solo con la votación mayoritaria de los electores que Evo Morales es elegido presidente y la inestabilidad se detiene, dando paso a otro momento de la política, no menos agitado, pero con otras características.

En el plano económico de la crisis los diferentes sectores encuentran una demanda cohesionadora: el rechazo al modelo neoliberal. Este modelo económico se empieza a aplicar en 1985 como respuesta a una galopante inflación que llego al 3000%. Las medidas de primera generación fueron entrar en un régimen de libre contratación por el cual los trabajadores perdían derechos sociales y podían ser despedidos en cualquier momento. Esto permitió al Estado el despido de miles de empleados de las empresas que estaban bajo su control y la liquidación de la Corporación Minera de Bolivia (COMIBOL); mientras tanto la empresa privada comenzó un régimen de contrataciones a corto plazo. De modo simultáneo se entró en un régimen de austeridad estatal que fue de la mano con una penetración enorme de financiamientos de proyectos encabezados por organismos internacionales y no gubernamentales. En poco tiempo se logró que la planeación de salud y educación estuviera bajo la tutela de las organizaciones mencionadas. Efectivamente el Estado perdía tuición sobre su ala social.

La segunda generación de medidas se implementó desde 1993 y estuvo marcada por la privatización de las empresas del Estado, que significó el traspaso a privados del patrimonio de los bolivianos. Se vendieron los trenes, la aerolínea, las empresas proveedoras de servicios públicos como agua y electricidad, la compañía de telecomunicaciones. Fundamental en este saqueo fue el traspaso de Yacimientos Petrolíferos Fiscales Bolivianos (YPFB) por partes a diferentes empresas transnacionales. El objetivo declarado de estas medidas era provocar que “por goteo” los réditos de las empresas llegaran a los bolivianos. Sin embargo lo que se instauró fue un régimen cleptocrático en el que los encargados de las ventas una vez concluido el proceso pasaron a los directorios de las nuevas empresas para terminar de desbaratarlas: la aerolínea –que tenía rutas internacionales antes de su privatización- fue vendida a palos blancos de empresas especuladoras que recuperaron su inversión vendiendo el patrimonio; cosa similar ocurrió con los trenes. Bolivia es un país primario exportador que depende de la venta de recursos naturales como minerales y gas natural. La liquidación de COMIBOL y la venta de YPFB significó un desangramiento lacerante de las riquezas del país en favor de empresas privadas –entre ellas la del gran gestor del neoliberalismo y presidente en dos ocasiones Gonzalo Sánchez de Lozada- y empresas del exterior

bajo un régimen de impuesto confeccionado a su medida: una adecuada justificación de gastos podía liberar a las empresas de efectivizar cualquier pago. Sin embargo, y en contra de lo que se difundió hasta el cansancio en esos años, las magnitudes de venta de materias primas no se redujeron, sino que aumentaron. Bolivia seguía siendo un país minero y gasífero, pero toda la riqueza iba a parar a las arcas de empresas como British Petroleum o REPSOL. Bolivia siguió siendo un país muy pobre pero además se convirtió en un país más desigual.

La coyuntura que arranca el año 2000 es nuevamente una puesta en marcha de los sectores que tienen una relación limitada con el Estado. Este carácter “limitado” de la relación con el Estado se modifica históricamente, así que cuando el Estado aparente es afrontado, la contienda no implica las mismas coordenadas que los momentos constitutivos previos. De hecho, a pesar de los cotos y de las frustraciones engendradas por la Revolución de 1952, es posible identificar cómo quienes habían estado excluidos del Estado, fueron aprendiéndolo y aprehendiéndolo tanto en las oportunidades abiertas como de sus contradicciones y en los cerrojos impuestos para acceder al Estado. Aun cuando el neoliberalismo de fines de siglo XX expresa la forma patética del Estado aparente porque fomenta un capitalismo de camarilla fundamentado en el cierre social, se advierte que subrepticamente se han producido una serie de acumulaciones históricas que romperán con los diques que imponían que la dirección del Estado es un privilegio étnico y de clase. Así la crisis del Estado aparente es la crisis de sus elites para asegurar su cierre social, es la renegociación de las condiciones en las que se da la convivencia entre lo que está afuera y adentro de él.

Entonces, entre el siglo XIX y XX el problema del carácter de la nación boliviana no fue resuelto y su resolución por mucho tiempo fue una cuestión planteada estatalmente. Mientras tanto las relaciones que se establecían con la sociedad eran de una naturaleza muy heterogénea y que respondía tanto a las limitaciones del Estado como al carácter abigarrado de la sociedad boliviana. El momento de crisis estatal abierta desde el año 2000 tiene sus propias peculiaridades que ilustran por qué la disputa de la nación aparece precisamente en este momento y no, como podría suponerse, en alguno otro periodo en el que igualmente la cuestión de la nación estaba en vilo.

Señalado lo anterior se puede establecer la pregunta de investigación del siguiente modo:

¿Cuáles son los procesos materiales y simbólicos que subyacen a la producción diferenciada de nociones de nación empleadas por intelectuales que participan de la polémica intelectual boliviana durante la crisis estatal?

De tal modo el objeto de investigación que se tiene con esta pregunta son las condiciones de producción de discursos en conflicto. Puesto que no se trata de preguntarse sólo por el contenido del discurso ni por la sucesión y relación abstracta entre discursos. La faceta propiamente sociológica se desprende de considerar, junto a otros autores (Marx y Engels 1974, Williams 1980, De Ipola 1982, Bajtin 1989, Foucault 1987, Bourdieu 2001), que el discurso emerge de procesos sociales concretos. Así un discurso se relaciona con procesos históricos que le anteceden, con momentos políticos que marcan la biografía de individuos que pertenecen a un segmento de clase, a un grupo étnico y por supuesto a intereses políticos y sociales que incitan a su producción.

Lo anterior no significa ignorar el contenido y sentido de un discurso nacionalista y de las diferentes nociones de nación, ya que sería imposible entender cómo algo se produce si no se sabe qué es aquello que se produce. Más aún, puesto que la intención de la investigación es entender qué condiciones sociales dan paso a un discurso nacionalista que es diferente de otros es preciso penetrar en aquello que lo hace diferente en primer lugar. Es decir, dar cuenta de la diferencia implica comprender esa diferencia y señalar los factores que distinguen un discurso de otro. En esta línea se puede señalar que en el mejor de los trayectos de la investigación se podría explicar por qué un discurso asume determinada forma. No obstante en este punto será suficiente poder dar cuenta de si las diferencias en las condiciones de producción son sistemáticas en relación a los discursos producidos.

Del lado de las variables explicativas que entran en concurso en esta investigación hay que señalar que se utiliza una definición operativa de una noción central: intelectual. Siguiendo a Gramsci (1963) se asume que todos los actores de una sociedad desempeñan labores intelectuales en su vida, sin embargo no todos los actores desempeñan la labor de intelectual para la sociedad o una fracción de ésta. Hay procesos sociales de selección, formación, filiación y reclutamiento que hacen posible la emergencia de ciertos actores como intelectuales. Al mismo tiempo las diferentes

labores que constituyen a un intelectual –organización y dirección- son de ejecución muy diversa. El mismo Gramsci (ibid) reconoce que un empresario cumple funciones de intelectual al organizar el trabajo y los obreros en una empresa. Su misma definición de intelectual orgánico, tan cara a la literatura sobre el tema, señala que éste es el que organiza y dirige una clase siendo uno más de sus miembros, no un allegado o simpatizante de otra clase. En ese sentido el intelectual orgánico estaría más cerca de las descripciones que en los contextos de Perú y México, Florencia Mallon realiza para los profesores rurales que, siendo de extracción campesina, asumen funciones de dirección y organización dentro de la clase campesina, de un modo muy similar al que ocurre en Bolivia. Es notable que estos organizadores cumplen un rol central en las luchas de esta clase, y no faltan ejemplos sobre cómo otras clases se proveen de sus propios dirigentes. En las siguientes páginas, no obstante, no se tomarán estos articuladores intraclase, sino los que en principio se adecuan mejor a la función de intelectuales profesionales, que proviniendo de distintas clases, se embarcan en una tarea de producción no dentro de una clase, sino frente a públicos heterogéneos con los que no se mantiene una relación personal. La preponderancia de este ámbito de acción en el que los intelectuales profesionales actúan deviene de las necesidades políticas de articulación de intereses de diferentes grupos dentro de la sociedad. De todos los potenciales intelectuales que existen, se toma sólo a aquellos que participan de la contienda por definir lo nacional y las naciones en Bolivia en una polémica pública. Siguiendo este criterio los intelectuales que interesan en lo relativo a la nación son aquellos que se pronuncian públicamente sobre ésta y participan de la contienda. Por lo tanto los intelectuales pertinentes para esta investigación serán todos aquellos que hayan plasmado sus elaboraciones sobre la nación a través de medios impresos de acceso público. Es decir, los intelectuales que se toman para este trabajo escriben sobre la nación.

En el recorte del objeto de estudio se puede reconocer inmediatamente un sesgo de selección: los actores que pueden escribir sobre la nación están sobreseleccionados por un conjunto de mecanismos sociales de exclusión: diferencias de origen social que circunscriben las posibilidades de educación formal, que se convierten en limitantes para acceder a la enseñanza de las destrezas que definen a un intelectual, básicamente escribir. Efectivamente es este grupo, por, así decirlo, especializado y en el que existe una preponderancia de los actores más legitimados por el capital cultural, en el que se enfocarán los siguientes capítulos. A pesar de los factores sociales que condicionan la conformación del agregado de actores que se van a estudiar, también hay que

reconocer que están lejos de ser un conjunto homogéneo o de poseer una extracción social unívoca. Aun considerando las restricciones, aquellos que escriben sobre la nación poseen trasfondos, experiencias y posiciones tan contrastantes como el líder aymara Felipe Quispe –que siendo antes que todo un hombre político, también ha publicado (Quispe 1990, 1999, 2007) y participado como ponente en seminarios- y el boliviano nacido en la argentina, hijo de un rector de la Universidad Mayor de San Andrés, educado en la Escuela de Frankfurt y con pretensiones aristocráticas, Hugo Celso Felipe Mansilla. Entre estos extremos, se abre un abanico diverso de fuertes matices pero también de vasos comunicantes que se irán detallando.

Examinar a intelectuales va a implicar muchas distinciones: en primer lugar cabe discriminar que diferentes intelectuales son tales para diferentes grupos sociales y esto lleva a pensar en las diferentes circunstancias que los llevan a constituirse como actores participantes de esta arena en particular. Hablado polarmente es evidente que los terratenientes no reclutan sus intelectuales del mismo modo que los artesanos. Por otra parte también es evidente en un examen a vuelo de pájaro que no todos los intelectuales están investidos de la misma autoridad – No pesa lo mismo la opinión de un rector universitario que la de un comentarista con una columna en el periódico- hay diferencias en la formación, en la trayectorias en los reconocimientos que tienen tanto que ver con una experiencia biográfica como con haber utilizado recursos disponibles en un momento dado. Finalmente hay que reconocer que no todos los intelectuales ocupan las mismas funciones. Dentro de una corriente se puede encontrar a quienes efectivamente producen ideas, a aquellos que las elaboran y discuten y finalmente a aquellos que las diseminan. Así, señalamos tres características que se involucran con un concepto delgado sin hacerlo más grueso pero que se adecuan funcionalmente porque la definición es directa y sin grandes determinaciones sociales, pero implica un examen muy minucioso en la medida de su rol en la pregunta central.

Respecto a las otras ideas incluidas en la pregunta cabe hacer algunas acotaciones: se habla de procesos materiales y simbólicos en las que los diferentes intelectuales se desenvuelven. Sobre las condiciones materiales hay que considerar tanto aspectos individuales como colectivos. Sin lugar a dudas un intelectual cualquiera tendrá una trayectoria escolar propia, habrá estado constreñido a ciertas elecciones sobre donde residir y donde trabajar y provendrá de una familia con características singulares.

Por otro lado hay que considerar un aspecto no referido a las fuerzas estructurantes que existen en la sociedad sino más bien a las posibilidades de agencia. Participar de un debate puede sin duda requerir ciertas condiciones –algún tipo de estudio, acceso a un medio de impresión- pero todo esto va a estar ligado a un sentido de juego y contienda de los actores. Es decir, tiene que haber un interés invertido en el debate intelectual por parte de los sujetos, un interés que explique por qué es valioso jugar en estas arenas sociales. Pero aparte del interés en la dinámica del debate hay que profundizar y señalar que hay un sentido estratégico ya que se debate en contra de ciertas posiciones reconociendo otras como potenciales aliadas. Detrás de estas posiciones hay actores y así se entiende que estamos en un universo de disputa donde se juega tanto la trayectoria personal –el prestigio y reconocimiento como académico- del mismo modo que se pone en juego un horizonte político que implica a grupos como metonimia de la sociedad.

Todos estos trayectos a la vez están influenciados por el momento histórico y por variables estructurales que condicionan no solo trayectorias individuales sino también las posibilidades de existencia del conjunto de la sociedad. Los aspectos simbólicos por su parte se detienen en lo que está en juego a lo largo del tiempo en la polémica intelectual: la toma de posturas de uno y otro tipo en coyunturas críticas, el prestigio o el estigma que condicionan las jugadas siguientes en el acto de labrarse una carrera, la cruz que un trabajo juvenil puede representar para alguien que cambia su modo de ver y eclipsa su trabajo posterior, en fin, una plétora de tensiones intersubjetivas donde la propia palabra y letra puede provocar el ostracismo tanto como forjar una celebridad local, a veces de modo simultáneo.

Hechas estas aclaraciones sobre la pregunta principal y el objeto de estudio se detallan los ejes de preguntas secundarias:

1. Nociones de nación: ¿cuáles son las líneas argumentativas en la discusión sobre la nación en Bolivia? ¿qué contenidos y conceptos son empleados para construir esta argumentación? ¿Qué relaciones de solidaridad y quiebre existen entre las diferentes posturas sobre la nación y las naciones? ¿Cuáles son las características de las diferentes narrativas que se hacen sobre la nación y sobre la identidad que cohesiona a sus miembros?

2. Origen y trayectoria social: ¿Cuáles son las condiciones de origen y trayectoria social de los actores que escriben sobre el nacionalismo en lo que toca a temas de educación, militancia política y ocupación? ¿qué rasgos son predominantes y cuáles extraordinarios? ¿qué diferencias y similitudes se pueden discernir del conjunto de trayectorias y orígenes examinados?
3. Posición social y sentido de contienda: ¿Cuáles son las posiciones sociales que se identifican en el campo intelectual boliviano, específicamente las relativas a los productores y difusores de formas de nacionalismo? ¿Qué características son las más relevantes para organizar las diferentes posiciones? ¿Qué sentidos de contienda existen para las diversas posiciones en el campo? ¿Cuáles son las experiencias biográficas que definen los sentidos de contienda en el campo en cuestión?
4. Relación del eje 1 con 2 y 3: ¿Qué orígenes y posiciones sociales se asocian con las diferentes nociones de nación que existen en Bolivia? ¿Qué experiencias y posicionamientos políticos se asocian con las diferentes nociones de nación? ¿Cuáles son los sentidos de contienda y solidaridad que acaban asociados a diferentes posturas sobre la nación? ¿Qué solidaridades –académicas, políticas, editoriales- habilitan los juegos y debates en el campo intelectual? ¿Qué disputas y debates polarizan el campo de los intelectuales que trabajan el nacionalismo?

La discusión contemporánea de la nación

Una de las dificultades reconocidas para dar cuenta de la relación entre nación y nacionalismo radica en que recurrentemente los estudios que pretenden explicar un carácter nacional acaban por producir una imagen ideal de aquello que quieren entender. Como señala Roger Bartra hablando del nacionalismo mexicano, los trabajos sobre este tema “se muerden la cola” (2005: 14). A diferencia de otros ámbitos de las ciencias sociales en las que existe una separación menos conflictiva entre los fenómenos y sus explicaciones, los análisis del nacionalismo al tiempo que pretenden (si leemos de buena fe) explicar o desentrañar las bases de la nación también juegan un rol político en tanto saber legitimador de la existencia de la nación, sean las naciones asociadas a los Estados o a los pueblos indígenas. Una muestra especialmente clara de esto está en los marcos en los que se organizó la narrativa de la explicación arqueológica en

América Latina durante el siglo XX, ya que políticamente se hacía residir en este saber las bases inclusive pre-históricas de la nación. Por supuesto las especificidades de estos discursos y explicaciones han variado de región a región y a lo largo de la historia desde los procesos independentistas en América Latina pero hay que retener la importancia de esta relación de retroalimentación entre el discurso político nacionalista y el discurso académico sobre la nación.

La producción conceptual sobre la nación, a la vez, está impregnada de las condiciones geopolíticas de su realización. Lo anterior se encuentra en relación con las condiciones de emergencia de la nación como fenómeno asociado a la modernidad europea que de modo posterior encuentra ecos en el resto del mundo: las respuestas a la colonización imperial del mundo no europeo se ha dado en términos de réplica del léxico que impone esa misma colonización. Disputar el poder de los centros de poder colonial favoreció el empleo de los repertorios políticos vigentes de tal modo que en América Latina, África y Asia la conformación de Estados-nacionales se convirtió en tarea de primera necesidad. La comprensión desde la teoría de la modernización de los fenómenos en curso durante el siglo XIX y XX se fundó en la premisa de que los diferentes países de pasado colonial transitarían de modo tardío el mismo camino que los países europeos y eventualmente confluirían en el mismo punto. Este presupuesto metafísico derivó en que por mucho tiempo se usó de modo indiscriminado las categorías que sirven para explicar las naciones europeas fuera de este continente, como si todas las diferencias históricas palpables y reconocibles pudieran ser canceladas como singularidades que no afectan el gran cuadro del desarrollo y la modernidad.

Los momentos críticos de esta modernidad llevan a que diferentes escritores, dentro de la misma tradición europea –a la que no se le puede negar su propia autocrítica- cuestionaron los presupuestos que unen la nación con la modernidad. La vinculación de la nación con la modernidad europea encuentra una de sus expresiones más meridianas en la conferencia que Ernest Renan pronunció en 1882, en la que señaló que una nación está lejos de ser una comunidad racial o lingüística a la vez que destacó la importancia tanto de una historia común que cohesiona pero también del olvido, del error histórico, que permite mantener una unidad que aun artificial es productiva. La ciudadanía que produce la revolución francesa es uno de los factores que permite pensar cómo se constituye una semejanza entre los que en muchos otros aspectos son diversos, y sin embargo pueden conformar una colectividad. Casi un siglo después autores como Anthony

Smith (2000) y Clifford Geertz (1963) pusieron en cuestión distintos aspectos el entendido modernista de la nación. Frente a la importancia que Renan (2000) había señalado para la historia que conforma la nación, que reúne tanto lo recordado como los gestos velados que permiten el olvido, Smith va a poner énfasis que esa historia tiene que conformarse por fuerza con materiales que vinculó a un conjunto de actores relacionados entre sí de modo previo a la historia que se cuentan. Estos aspectos, aduce Smith, van a ser de un carácter primordial: una “raza” o etnicidad compartida, una lengua, religión o mito común, un panteón colectivo. Es decir, la historia con la que se conforman las naciones modernas pero también las naciones de latitudes distintas, van a necesitar algún tipo de material con el cual conformar o forjar su sentido de colectividad. En fin: algún vínculo de sociabilidad primaria preexiste a la nación según este enfoque. Esta preeminencia atribuida por Smith a lo primordial no significa descartar la existencia de poderosos procesos que constriñen las posibilidades de lo que se puede hacer con los vínculos primarios, pero a la vez, estos son indispensables.

A pesar de lo sugerente de la propuesta de Smith hay varios aspectos conflictivos de su propuesta. Cuando se examinan trabajos que han buscado estos fundamentos premodernos sobre los que se afianza una identidad nacional se advierte un rasgo de lo que Edward Said denominó “orientalismo”. Natividad Gutierrez Chong, discípula de Smith, por ejemplo se remite al caso de los fundamentos de la lucha étnica de los aymaras de Bolivia y Ecuador [sic]. Señala que en la medida que los aymaras no han desarrollado una forma de control de su historia, se resguardan en la relación que mantienen con la Pachamama, es decir, en una forma de vinculación de la colectividad con la tierra. Sería ese rasgo lo que permite la construcción de un entramado que se convierte en entidad política a partir de algo primordial. Los errores de Gutierrez Chong –la enunciación de aymaras en Ecuador, la exageración del lugar de la Pachamama en la cotidianidad indígena o el supino desconocimiento de los trabajos de recuperación de la historia aymara desde finales de los años 60 en la obra de Reinaga (1969, 1970) que se expresan políticamente en el Manifiesto de Tiwanaku de 1973 (Cf. Salazar de la Torre 2012) y que son bosquejados en su mecánica de producción por Hurtado (1986) - proveen la llave para entender que la fijación en el pasado premoderno induce una aproximación folklorizante a las identidades y a la comprensión de sus demandas, incluida la enunciación de la nación aymara.

La disyuntiva severa de la perspectiva de Smith radica en que la caída en la mistificación y folklorización del pasado como búsqueda de los rasgos primordiales que componen la historia de los grupos es la salida opuesta a la aceptación de la confección política de la historia hecha en el presente de la que se proveen distintos colectivos. Smith en otro artículo (2000b) señaló que efectivamente hay corrientes posmodernas que afirman que el discurso nacionalista puede servirse de los aspectos más triviales para fundar el sentido de una pertenencia –llamo a esta la perspectiva gastronómica-. Posiblemente Smith este en lo cierto al afirmar que no cualquier cosa puede utilizarse para fundamentar un discurso nacionalista que tenga alguna aspiración política realista, pero a la vez toma esto como una garantía de que el nacionalismo va a necesitar de rasgos consistentes, primordiales, para funcionar. Sin embargo se advierte que la potencia performativa de una variedad de discursos han realzado los aspectos más inverosímiles para poner el pilar de discursos nacionalistas. En ese sentido, a pesar de los esfuerzos de Smith por defender la importancia de rasgos sociales primordiales, la función activa del discurso nacionalista sigue teniendo la fuerza activa en el presente político, asociándose por lo tanto a un tiempo moderno.

Frente a la perspectiva del primordialismo, la discusión europea albergó una posición que, a pesar de sus diferencias internas, coincide en la importancia de fenómenos modernos para la emergencia de las naciones y del nacionalismo. Para esta perspectiva un año central es 1983, cuando se publican por *primera vez en inglés textos nucleares de la discusión actual: La invención de la tradición* compilado por Eric Hobsbawm y Terence Ranger; *Comunidades imaginadas*, trabajo de Benedict Anderson y el escrito *Naciones y nacionalismo* con la autoría de Ernest Gellner. Las solidaridades que existen entre los diferentes trabajos son distintas, ya que a pesar de que la tesis central es compartida, los matices son relevantes. Entre Anderson y el trabajo colectivo que es la *Invencción de la Tradición* (años después Hobsbawm publicó *Naciones y nacionalismo desde 1780*) corre una inspiración marxista que ilumina el análisis de dinámicas que podrían parecer de segundo orden, pero que los diferentes autores encuentran productivas como las formas que asumen los torneos en las universidades, o la relevancia de las burocracias como instancias de identidad. Sin embargo Anderson y Hobsbawm van a otorgar al Estado un lugar diferente en su comprensión de la nación: Anderson va a sostener que el nacionalismo no puede ser entendido como una ideología política, sino como parte de los sistemas culturales de la modernidad, lo que lleva su exploración más allá de las lindes del Estado y fijar su atención en lo que denomina capitalismo impreso: los circuitos de producción y difusión de materiales escritos facilitados por la

invención de la imprenta y sus efectos políticos y culturales en la conformación de sentidos e pertenencia supralocales. Hobsbawm, en sus propios trabajos como en lo que acompañan el volumen colectivo que es *La invención de la tradición*, va a resaltar que el Estado es la principal fuerza organizadora tanto en la orquestación de la producción económica como en los procesos que manufacturan el orden político: Hobsbawm muestra cómo el nacionalismo –encarnado muchas veces por clases dominantes en Estados concretos- es el que conforma naciones y no que las naciones dan lugar a movimientos nacionalistas, como se sostenía asiduamente.

Es esta fijación en el Estado lo que aproxima, son conciliar, la perspectiva de Hobsbawm con la de Gellner. Gellner, desde una posición más próxima a la sociología de Durkheim en lo que respecta a su interés por la cohesión social, explora en su libro cómo los modernos sistemas de enseñanza desplegados por el Estado sacan a las sociedades agrarias de su inermidad en pleno proceso de industrialización de Europa. La educación masiva tuvo dos consecuencias importantes: una fue la provisión de obreros con destrezas mínimas para realizar un trabajo, lo que a la vez incidió en las posibilidades de movilidad social de las personas. Pero a la vez la educación se convirtió en un espacio decisivo de inculcación de una cultura que Gellner llama de cultivo, entendiendo por esto aquellas culturas cuya complejidad se sustenta en la alfabetización y la conformación de un personal especializado que la transmite a través de instituciones de educación cohesionadas (1994: 72). Frente a la cultura vernacular transmitida por una variedad de canales, la escuela era la forma inédita de homogeneizar la transmisión de una cultura, logrando a la vez una homogeneidad en grandes conjuntos de la población, pero también estableciendo un cuerpo común de elementos que definen la colectividad. Estas conclusiones aproximan los hallazgos de Gellner y Anderson. Anderson al estudiar el capitalismo impreso concluye que los productos impresos, que eran leídos en zonas más amplias que la comunidad local, generaron el sentido de que muchas preocupaciones locales eran compartidas por otros, en paralelo a lo que sostiene Gellner: contenidos que expuestos a conglomerados más amplios tienen el efecto de convertirse en mínimo común. Es analizando estas experiencias que Anderson propone el fructífero concepto de comunidad imaginada, entendida ésta como un conjunto de personas, que aun sin conocerse de modo personal, comparten la idea de que están unidos por un forma de solidaridad originada en la similitud de su condición.

La perspectiva modernista como conjunto así como en sus diferentes acentos representó un aporte sustancial a la comprensión de la nación y las formas de nacionalismo. Pero a la vez está marcada de modo decisivo justamente por los casos que toma en consideración – Europa y Estados Unidos principalmente- y la fisonomía de los factores explicativos: el Estado, el sistema escolar, el desarrollo de mercados internos que se convierten en las redes de propagación de los periódicos, etcétera. Como ya se mencionó en páginas previas, el Estado en América Latina ha tenido un desarrollo muy diferente al Europeo y no es posible extrapolar de manera sencilla las formas en que el Estado forjó la nación en Europa: justamente la inexistencia de la fuerza inercial del desarrollo del capitalismo, un pasado de dominación colonial, un nacimiento titubeante de sistemas de enseñanza que fallan en formar ciudadanos y mercados internos orientados por la dependencia de enclaves exportadores son los elementos que hacen de América Latina un espacio de heterogeneidades que abollan los postulados específicos de la teoría modernista. No obstante hay un rasgo central que se retiene: la nación como fenómeno moderno, a pesar de todas las diferencias centrales y la necesidad de encontrar otros factores explicativos, se asume que desde finales del siglo XVIII hay procesos que están involucrados con la construcción de naciones en el mundo que había sido colonizado.

Benedict Anderson en *Comunidades Imaginadas* arriesgó una explicación sobre la particularidad latinoamericana. Consideró que dentro del imperio español la movilidad de los agentes de la burocracia, desplazados de una a otra división administrativa, era uno de los aspectos que arrancaba a los americanos del localismo inmediato. Sin embargo esta hipótesis de Anderson le valió una serie de críticas al estar débilmente fundamentada empíricamente. Fue, al final de cuentas, una hipótesis ad hoc para no dejar escapar lo que abiertamente fue reconocido como una particularidad de los procesos del continente. Los estudiosos de América latina han señalado que la conformación misma de las naciones en América Latina constituye un embrollo en tanto es un proceso súbito relacionado con el malestar provocado por las reformas borbónicas en la segunda mitad del siglo XVIII y la crisis de la corona española a inicios del siglo XIX. Es decir, en un periodo de menos de 70 años lo que era un territorio unificado bajo la corona española se convierte en diferentes unidades disgregándose a lo largo de las divisiones administrativas coloniales (Centeno 2002). El Estado, el rol de los historiadores, las prácticas de escritura tan caras a los argumentos modernistas no estaban ausentes en los procesos latinoamericanos, pero su función pasó por un prisma distinto (Castro-Klarén y Chasteen 2003).

Uno de los aspectos más acuciantes de la particularidad del continente es señalado por Francisco Zapata, quien argumenta que durante el proceso de independencia, al darse el conflicto entre peninsulares y criollos la cuestión sobre la inclusión de los conglomerados indígenas o populares no era un tópico central aunque luego se convirtió en la falla geológica de estas formaciones políticas (Zapata 1990: 12). Por su parte Claudia Wasserman (2010: 120) afirma que en sentido ideológico no se suponía tampoco que la nación era un dato ontológico y que quienes cumplían labores de intelectuales –militares como Bolívar- entendían que el sentido de nacionalidad debía ser construido encima del desconcierto producido por las guerras de independencia.

Como señala Escobar Ohmstede et. al. (2010: 10) la segmentación de la sociedad colonial en una estratificación prácticamente de castas, formas diferentes de mestizaje y también formas de regionalismo se constituían en un escollo inmediato para la construcción de una ciudadanía homogénea al modo que prescribían los modelos europeos. Es esta situación lo que en el análisis hace interesantes los casos de Perú y de México en lo que toca a las formas de nación construidas, ya que ambos países se construyen contra el trasfondo de grandes civilizaciones que son derrotadas y forzadas a capitular formas de pactos coloniales. La situación en Argentina es diferente evidentemente porque no lidia con grupos indígenas como los aztecas o incas, pero eso no significa que no haya tenido que lidiar con grupos indígenas que fueron incluso más insumisos que los antes mencionados quizás porque carecían de tradición estatal centralizada. Entonces es comprensible que la literatura de México y Perú apunte a la brecha colonial persistente más allá de las guerras de independencia. En cambio el problema de la construcción argentina de nación tiene como rasgo no sólo un pasado irresuelto relativo a la destrucción de los pueblos indígenas de la pampa, pero además el reto de construir homogeneidad en un país formado por contingentes migratorios (Goebel 2011). En suma, la etnicidad ocupó un lugar mucho más bullente en la construcción de las naciones en este lado del mundo.

Sin romper con la idea modernista de tratar la nación, otros autores, principalmente historiadores, trabajan sobre las relaciones entre el Estado y la construcción del nacionalismo. Un primer elemento de relevancia en este enfoque es que si bien anteponen un orden y dinámica política a la construcción cultural de la nación hay fuertes críticas al enfoque modernista europeo. Por ejemplo José Carlos Chiaramonte afirma que el problema con Gellner y Hobsbawm procede en

su análisis como si “nación” y “etnicidad” fueran taxones de una clasificación dada y no como si fuera productos históricos usados de diversas maneras a lo largo del tiempo (2004: 46). Tomando esa distancia el propio Chiaramonte como Tulio Halperín Donghi (2000) sostienen la importancia primaria de los Estados y la política a su alrededor como las bases desde donde se piensa una nación primero política y solo posteriormente cultural.

Desde otro continente y teniendo auestas una historia precolonial y colonial muy diferente a la americana, surge otra de las vertientes centrales de crítica a la explicación modernista de la nación. En este caso se trata de los autores vinculados a los estudios subalternos y la teoría poscolonial los que enfocarán con otra óptica y someterán a examen aquellas categorías con las que Europa se piensa a sí misma y con las que se pretende pensar al resto del mundo. Dipesh Chakrabarty (2008), Homi Babha (2010) y Partha Chaterjee (2008) son algunos de los autores que han contribuido a esta polémica, empleando para su crítica de la perspectiva moderna herramientas de pensamiento provenientes el postestructuralismo aplicadas al contexto poscolonial de la India principalmente.

En el vértice de la crítica poscolonial a la interpretación modernista se encuentra la crítica del presupuesto moderno de que las cosas ocurren en lo que Walter Benjamin denominó como un “tiempo vacío y homogéneo”. Este concepto se refiere a la interpretación del devenir histórico como tiempo secular en el que los diferentes acontecimientos tienen una concatenación que puede ser ubicada y fechada. Esta concepción implica pensar la historia a partir de la flecha del tiempo que lanzada, dibuja una trayectoria en la que las sucesiones se organizan una detrás de otra, que es el tiempo del desarrollo asociado con el capitalismo y la desmitificación del mundo. Sin embargo, estos autores sostienen, más allá de Europa donde se produce la modernidad clásica, el proceso de secularización del mundo no se ha dado del mismo modo. Esto queda especialmente claro cuando se ven los trabajos de Guha (1983) en los que se advierte que las movilizaciones políticas de sectores populares que van a moldear las luchas nacionalistas de la India no se rigen por lo que en occidente se entiende por factores netamente políticos: la función de dioses y ancestros que, al no estar separados de lo cotidiano, no se pueden reducir a simples ideaciones de los actores movilizados, ya que sus motivaciones y modos de actuar están materialmente influenciados por estas fuerzas. Es a partir de esta constatación que Chakrabarty va a realizar una crítica a la idea de “imaginación” empleada por Anderson. Para Anderson la imaginación, un

concepto relativamente transparente y comprensible, es una facultad individualizada y secular. Chakrabarty en cambio sugiere que si bien dentro de las formas de pensamiento de la India es posible atribuir imaginación como facultad individual, también hay formas de “imaginación” que no dejan de ser colectivas y que son profundamente movilizadoras. En ese sentido concluye que el concepto de imaginación, tan europeo, no es el mejor camino para entender la modernidad India. Chatterjee va a señalar que en Europa existen procesos que permiten distinguir series cerradas (adscripción condicionada) de series abiertas (adscripción libre), pero que esto no se equipara a los procesos históricos en latitudes fuera de Europa, donde la pertenencia a una comunidad, religión o nación no puede establecerse con los mismos parámetros y por lo mismo las formas en que devienen las naciones en otros continentes no se ajustan al modelo general del modernismo europeo.

Los diferentes autores de la teoría poscolonial no van a rechazar la modernidad en defensa de una tradición –que como tal es un objeto producido, según los criterios de su colega Veena Das, por la misma lógica colonial-. Lo que defienden es un enfoque que considere que si bien hay una influencia innegable de los procesos europeos sobre la fisonomía del resto del mundo, ello no implica que el proceso de la modernidad haga converger los procesos en una única dirección. La singularidad –lo que Chakrabarty denomina trabajo específico- es la llave para entender cómo se conforman otras modernidades en las que se integran facetas sin desvanecer las influencias históricas, contenciosas y complejas, de la resistencia y dominación en el mundo colonial. Es en ese posicionamiento que la teoría poscolonial no rechaza la explicación modernista per se, pero si la somete a crítica constante para su propio contexto.

El trabajo del grupo de estudios subalternos y la teoría poscolonial han tenido una influencia importante entre académicos latinoamericanos, que la incorporan en sus estudios principalmente en lo que se refiere a los procesos contemporáneos de producción de otredad. Segato, Rufer, Gorbach, entre otros, retoman el ensamblaje teórico de la teoría poscolonial aunándolo a la teoría postestructuralista para centrarse en cómo actualmente las formas de construcción de nación se desenvuelven en un juego donde lo tradicional y lo moderno siguen siendo escenificados como formas en antagonismo, a pesar de las pistas que sugieren que América Latina conforma una modernidad singular donde aquella falla geológica de la ciudadanía ha dado a luz a órdenes políticos donde las etiquetas étnicas juegan un papel importante sin que ello

implique pensarlos como remanentes del pasado, sino actores que explotan las oportunidades políticas que su propio etiquetamiento provee.

De modo sintético se puede apreciar que frente al modernismo se han erigido críticas y en las páginas precedentes se han tomado dos vertientes críticas. La base fundamental de asociar la emergencia de la nación con procesos que arrancan en la modernidad es ampliamente aceptada, salvo por la perspectiva primordialista, cuyos problemas se anotaron antes. Aun cuando la perspectiva modernista hace acotaciones imprescindibles, también se advierten las insuficiencias en las que incurre cuando se trata de explicar la nación en continentes como América del Sur. Principalmente los historiadores, que se ocupan de los periodos de independencia como punto seminal de la conformación del Estado y de la nación o de los albores del siglo XX como momento crítico del establecimiento de los aparatos de inculcación nacional, muestran que el Estado, la sociedad política, la nación en América Latina corren por vías distintas a las europeas en su desarrollo. Desde otro punto de mira, la teoría poscolonial, tanto desde su ojo de agua como en su apropiación local, muestra cómo hoy existen registros de una modernidad propia que contiene dispositivos de formación de otredad en un contexto en el que la etiquetación étnica ha jugado un rol en la persistencia del hecho colonial que no se borran de un plumazo y siguen siendo un factor estructurante con historicidad propia. El proyecto de este texto es aprovechar las tensiones e insuficiencias señaladas por ambas formas de crítica para entender los campos de posibilidades que tiene la construcción de la nación en la Bolivia contemporánea.

Perspectiva teórica

El estudio de los intelectuales se encuentra permanentemente asediado por dos tendencias opuestas. Por un lado la tendencia a hablar de los intelectuales como figuras extraordinarias, dotadas de un espíritu inquebrantable de búsqueda por la justicia y con la capacidad de erigirse por encima del común de los mortales como autoridad moral y ética. Por otra parte hay que considerar la perspectiva de que estos actores, los intelectuales, en realidad no hacen nada: son ventrílocuos, traductores, figurantes que se colocan artificialmente por encima de los verdaderos actores: los trabajadores, los campesinos, los excluidos de la más diversa laya. Bajo esta hipótesis, el lugar de los intelectuales es innecesario (Foucault 1980). Ambos extremos deben ser rechazados. El primero ante todo por ser una forma subsidiaria de hagiografía que prescinde

de describir los abanicos de oportunidad que se abren para la acción y las constricciones en juego en un determinado momento. El segundo, siguiendo la argumentación de Gayatri Spivak, porque a pesar de todas las precariedades, dobleces e insuficiencias en las que se desarrolla su actividad, la función de producir una articulación entre sectores sigue siendo central en los procesos políticos contemporáneos. Con esto no se quiere decir que los intelectuales aquí tratados sean en todo los casos esos articuladores, pero aspiran a serlo y, cómo se verá, esa importancia no ha sido menor. Por otro lado, cancelar cualquier autonomía de la agencia para producir sentido en un contexto de fuerzas estructurales. El resultado, para decirlo de forma esquemática, es que la estructura social piensa por el individuo y que las acciones de este están gobernadas por fuerzas que él no controla. Mientras en el primer problema teníamos a un actor absolutamente libre, aquí tenemos a un actor completamente preso. Pero las paradojas de este planteamiento obligan a replantearse los modelos: Suponer una sociedad que se impone al individuo implica el supuesto metafísico de que la sociedad existe por fuera de los actores que la componen en vez de aceptar, junto con Norbert Elias, que sociedad y actor no son entelequias separadas sino que se constituyen como tales de manera conjunta.

El estudio de los intelectuales puede avanzar en la medida que se puedan conjurar estos peligros, aunque la tarea requiere más sofisticación que simplemente estar al tanto de estos problemas. Al mismo tiempo, dada la localización particular del caso que se estudia en este trabajo, es necesario ponerse a recaudo de problemas específicos existentes en Bolivia, que dada su condición de periferia capitalista y de la modernidad, no se ajusta siempre a los supuestos con los que se procede en la ciencia social desarrollada en las metrópolis o en el norte global. Por ello en las siguientes páginas se retoma el trabajo de los dos sociólogos más importantes que han trabajado el tema de los intelectuales en Bolivia a fin de, por principio, retomar los aportes que se han hecho a la disciplina, pero también sintetizar sus aportes en la medida de su pertinencia contemporánea.

Los escritores a los que me refiero son Rene Zavaleta Mercado y Salvador Romero Pittari. Zavaleta es un analista penetrante de las fuerzas estructurales a través del análisis de las crisis, pero que diferencia las autonomías de lo político respecto de lo económico. Romero comienza a hacer historia social cuando los hábitos y la práctica parecían baladís y restituye la dignidad de la cotidianidad. Se verá entonces que ambos autores presentan dos formas diferentes de dar

solución a los problemas enumerados en los primeros párrafos, dependiendo de los énfasis teóricos que se necesiten. Al final lo que se obtiene es una versión enriquecida que aúna los aspectos más fuertes del análisis de fuerzas estructurales con la dinámica de construcción de la realidad desde las acciones cotidianas de los actores.

Zavaleta en 1964 afirmaba que “Cuando uno habla acerca de los objetos y de las ideas, están hablando detrás de uno su clase, su tiempo, su nación” (1964: 8-9) remarcando el hecho de que las ideas no existen por fuera de un contexto que permite su emergencia y en el que cual deben ser entendidas. En trabajos posteriores (1988 [c 1974], 1990 [1979]) Zavaleta se pregunta si todas las sociedades son cognoscibles y sin son cognoscibles en el mismo sentido. Su respuesta es que no, dado que hay diferencias que se desprenden de las diferencias entre modos de producción y los grados en que las fuerzas productivas se desarrollan. El capitalismo introduce una serie de modificaciones en los modos de vida que habían imperado antes y que transforman lo que llama “horizonte de visibilidad”: Solo la liberación de la fuerza de trabajo con el capitalismo permite acceder a la teoría del valor marxista, ya que antes de ello el factor trabajo estaba fundido con el proceso productivo. Es esta pista lo que le permite a Zavaleta entender que son las condiciones históricas las que habilitan ciertas formas de conocimiento, el aprovechamiento de esas posibilidades es lo que llama “explotación del horizonte de visibilidad”

La relación que se establece con el horizonte de visibilidad de una época está mediada por la posición social que se ocupa en un modo de producción. En términos abstractos, el conocimiento que puede producir un obrero es diferente de aquel que puede producir un burgués, dadas las características que determinan su relación y la relación que se establece con el mundo: el lugar en el mundo provee un ángulo de mirada, y por lo mismo una forma diferente de entender el antagonismo de clase, la imagen objetivo de la sociedad, la naturaleza del salario, etc. La permanencia de la brecha entre las dos posiciones se debe a que ninguna de las dos clases puede reconocer la visión de la otra sin negarse a sí misma e ir en contra de sus propios intereses.

Zavaleta trabaja esto de modo formal en el nivel de modo de producción. Cuando se consideran casos concretos en los que se ve que los trabajadores reales no siempre producen conocimiento a partir de su posición estructural en un modo de producción, y más bien su sentido común está impregnado de elementos diversos que lo sumen en una situación de alienación en la

que asume como propio el conocimiento de los dominantes. Materialmente, asumir una posición de conciencia de clase necesita de una historicidad particular, como lo han mostrado los trabajos de E.P Thomson y de Eric Hobsbawm. Ver la historicidad supone pasar, para seguir el razonamiento de Zavaleta, del nivel de modo de producción al de la formación social.

Gran parte de su esfuerzo teórico tiene que ver con establecer el espacio de autonomía de lo político respecto de lo económico sin suponer que esto antecede a lo que en la jerga de la época se trató como superestructural. En “Las formaciones aparentes en Marx” Zavaleta abunda sobre la autonomía de lo político y escribe:

Las formas superestructurales, dentro de los términos no pertenecientes al modelo de regularidad del capitalismo, pertenecen a la acumulación especial (...) de cada formación económico-social y es en este sentido que afirmamos que (...) el modelo de regularidad que llamamos modo de producción es lo que expresa la unidad de la historia del mundo (lo comparable) en tanto que las superestructuras están señalando (excepto en el pedazo en el que pertenece a ese modelo) su heterogeneidad estructural. (1988:221)

El autor resalta el hecho de que las superestructuras pueden ser muy diferentes entre sí, aunque compartan el hecho de que son funcionales a la continuidad de la reproducción ampliada del capital. Es decir, lo económico determina en última instancia, que es lo opuesto a decir que lo económico determina en primera, segunda y última instancia

La autonomía de lo político para Zavaleta se encuentra influenciado por su lectura de Gramsci, reconocible en su escrito sobre la autonomía política “Problemas de la cultura, la clase obra y los intelectuales” (1990). En este trabajo señala a propósito del desarrollo del capitalismo en diferentes sociedades que muchos de los transformaciones que se dan en una sociedad vienen de un “conocimiento automático de la masa” (1990: 22) refiriéndose al hecho de que muchas tendencias transformadoras pueden respirarse en el ambiente sin que necesariamente haya una organización consciente por detrás, aunque esto sea excepcional. Lo que hay que rescatar de este razonamiento es que la posición dentro del modo de producción determinan *in toto* la esfera de lo político; no se trata de un sino ineluctable tanto como de constricciones que habilitan un universo infinito pero limitado de posiciones dentro de un juego que se dirime en sus formas concretas e históricas.

Hasta aquí se habló del conocimiento de una manera un poco indiscriminada, más aun si se considera que en el marxismo hay una diferencia patente entre conocimiento y falsa conciencia. Para Zavaleta hay una diferencia entre conocimiento –en el sentido de conocimiento científico- e ideología, algo que es común a muchas corrientes de pensamiento incluso no marxistas.

No está dado a los hombres vivir algo sin reproducirlo a la vez, ahora dentro de ellos mismos, como una imagen o suposición, qué importa, por el momento, si verdadera o no. Es a la forma colectiva de dicho reflejo o reproducción a lo que nosotros nos atrevemos (...) a llamar ideología. Es, en lo siguiente, a la desmitificación de esa ideología, hasta cambiarla de cobertura de la realidad en mensaje de la profundidad social, a lo que podemos llamar, al menos en parte, ciencia social (1988: 218).

No obstante, si se retoman los pasajes en los que Zavaleta argumenta a favor de que la base y la superestructura mantienen una relación como totalidad orgánica y que la distinción sirve para propósitos analíticos cabe poner en duda la condición de “reflejo” que tiene la ideología (ver Zavaleta 1988:218-219). Lo que sucede puede describirse del siguiente modo: si se acepta que entre la base y la superestructura están vinculadas orgánicamente y no que la primera antecede a la última; y al mismo tiempo se afirma la autonomía de lo político, hay que desprender de manera necesaria que la superestructura tiene su propia función productiva. Esto es afirmar que, dentro de un marco material que constriñe, las ideas son una fuerza que puede adquirir efectividad material en la medida en que esté activa en la sociedad.

La importancia de la autonomía de lo político se vería restringida si los actores que trabajan en su organización y en la explotación del horizonte de visibilidad solamente “reflejaran” sus condiciones materiales. Toda la importancia de la autonomía de lo político, y para el caso, de la actividad de los intelectuales, radica en que la explotación de un horizonte de visibilidad puede ser hecha desde diferentes posiciones sociales dentro de un mismo modo de producción. Sin embargo cuando pasamos al nivel de la formación social ya no tenemos ante nosotros ni proletarios ni burgueses “puros” sino una pluralidad de actores, algunos plenamente incorporados en la organización capitalista de la sociedad como también una miríada posiciones imposibles de reducir al esquema del modo de producción.

En el escenario descrito, los intelectuales pretenden explotar el horizonte de visibilidad para un grupo en función de la organización y dirección que un momento de contienda política concreta provee. Zavaleta además señala, y esto se discutirá en detalle en los siguientes capítulos, que ellos emergen de los sectores intermedios de la sociedad en tanto se encuentran situados en medio de un conflicto en el que no acaban por pertenecer íntegramente a ningún frente, por lo mismo adquieren una posición dilemática sobre la realidad, lo que permite la problematización de esta. En “Problemas de la cultura, la clase obrera y los intelectuales” (1990: 32-33) señala el autor que los intelectuales explotan el horizonte de visibilidad con dos propósitos posibles: la producción de la organización necesaria para la reproducción de la sociedad o la organización necesaria para la subversión de la sociedad. Este rasgo es lo que los convierte en un engranaje clave de uno de los temas más importantes tratados por Zavaleta, el de los momentos constitutivos. Se consideran momentos constitutivos a aquellos que se componen de una crisis profunda en el que se produce un vaciamiento ideológico, es decir, la obsolescencia de las formas de mirar y organizar el mundo y la sociedad. El vaciamiento ideológico genera una situación de disponibilidad social en la que hay una predisposición general a mudar las formas antiguas de ver el mundo por unas nuevas (Zavaleta 1986). En ese sentido la función de los intelectuales en un momento constitutivo es importante porque al ejercer una tarea de producción, sistematización y despliegue de ideas para tratar el mundo y la sociedad, los intelectuales acaban esporádicamente en un lugar estratégico, si bien no determinante, para pautear las formas en que se cierra un momento constitutivo. De más está decir que esta tarea de los intelectuales está delimitada por fuerzas sociales tanto de cuño estructural como de naturaleza política, por los niveles de organización de la sociedad y del Estado, de la fuerza de los intereses más profundos de los diferentes grupos, pero eso no impide que los intelectuales jueguen un papel como engranaje de las maquinarias puestas en funcionamiento.

Sobre este tema Zavaleta teorizó, ya adentrándose en las diferencias entre Estados en América Latina, sobre lo que denominó ecuación estatal que es la forma en la que “la sociedad se dirige al Estado y viceversa” (1990: 117). Así por ejemplo veía que Chile es una sociedad con una sociedad que no se constituye como tal sino a través de su Estado, mientras que en Bolivia existen tejidos sociales plurales que escapan al Estado. El resultante histórico de ello es que en Chile el Estado es fuerte mientras que en Bolivia lo fuerte es la sociedad. El Estado en Bolivia está en una situación de negociación con los diferentes segmentos de la sociedad y no logra sintetizarla por

completo, reduciendo esta síntesis a islotes urbanizados en los que juega su supervivencia. Si bien él considera, siguiendo a Hegel y a Marx, que el Estado es una síntesis de la sociedad, pero como síntesis cualificada por la parte dominante de esta (Zavaleta 1990), también es imprescindible notar que esta síntesis está restringida por las mediaciones que el Estado debe realizar hacia su exterior. De las fisuras sobre la correlación de fuerzas establecidas entre el Estado y la sociedad y, posteriormente, las acaecidas en el sistema institucional, que por sí mismas son el inicio de un momento constitutivo, se sigue precisamente el vaciamiento ideológico.

Al entramado que conforman los conceptos de Zavaleta (momento constitutivo, horizonte de visibilidad, autonomía de lo político) se los acompaña con algunas ideas sobre la acción social que han sido desarrolladas por Salvador Romero. Como se anticipó, los conceptos de Zavaleta funcionan mejor en un nivel de análisis de estructuras pero se alejan del nivel de la práctica misma, lo cual puede llevar a una pérdida de la definición con la que se aprecian las formas de estructuración de la sociedad desde lo micro. La idea de acción social de Romero queda marcada por una amplitud de escuelas sociológicas, comenzando con los clásicos, pero sacando especial provecho posteriormente del trabajo de Alain Touraine.

Romero retoma la dimensión material que sostiene el desarrollo y difusión de ideas. Se preocupa menos por la estructura de las relaciones sociales que habilitan ciertas formas de construcción del pensamiento y más por la acción social que los actores realizan en determinadas circunstancias. Este interés en la acción social es lo que ancla el pensamiento de Romero en un nivel en el que se pueden observar los hábitos de lectura y escritura, la distinción de propósitos que existen entre folletos, libros, artículos así como representaciones muy específicas -como el lugar del latín- en un universo de competencias culturales, analizando las “relaciones y tensiones del sistema de acción histórica” (2014c: 179). la sociología de Touraine se preocupa por cómo es posible que exista una acción llevada a cabo por actores cuando lo concreto está plagado de alienaciones, de obstáculos en la organización que restringen la creatividad. Son estas coerciones las que se procura aprehender al considerar al sistema de acción como histórico: cualquier actor debe sobrellevar un peso de cosas hechas y dichas que se han cristalizado a través del tiempo y que restringen el albedrío. En pocas palabras: cualquier situación limita las cosas que podrían hacerse a través de restricciones físicas como restricciones interiorizadas. Y sin embargo la acción social tiene lugar. Esta acción a su vez está mutuamente referida a otras acciones, ejecutadas por

otros actores arreglados a las mismas coerciones, y eventualmente estas acciones son solidarias entre sí, se entretajan y se suman, pero también chocan con otras, entran en oposición y contienda. El producto de estas diferentes acciones sociales acaba teniendo un efecto sobre el mismo sistema de acción histórico. Por lo anterior la formulación tourainiana recuperada por Romero es que el objeto de estudio de la sociología es la acción de la sociedad sobre sí misma, lo que implica un supuesto de que la sociedad es creación de sí misma.

Sin duda cuando se habla de las “relaciones y tensiones” en las que se inscribe una acción social, hablamos necesariamente de un campo contencioso. Dos consecuencias se desprenden de ello: por un lado es un campo contencioso no cerrado y el producto que resulte de estas tensiones no se ajusta a un principio funcional, y en realidad la incertidumbre es una constante de la acción social. Por otro lado hablar de producto puede llevar a malinterpretar el proceso como compuesto de un principio y un fin. Ciertamente hay procesos que pueden llegar a disolverse bajo la emergencia de nuevas dinámicas sociales, pero en general lo que se tendrá es un circuito constante de regeneración de estas relaciones y tensiones en el que además hay que considerar una constante pérdida y regeneración de componentes intervinientes en la relación.

Otro aspecto relevante de los aportes de Romero para entender la práctica intelectual está en las consideraciones sobre la existencia material de los escritos. En “Pueblo y cultura en el Siglo XIX” (2014b) muestra cómo una variedad de productos escritos no son valiosos por el hecho de estar bien argumentados, sino porque cumplen fines diferentes dependiendo de los públicos a los que están dirigidos: En ese sentido hay textos que cumplen con su objetivo en la repetición de consignas o en el señalamiento del enemigo de una causa, ideas que son apropiadas y empleadas sin atención a cuán bien desarrollada esté la idea, porque su función no es académica ni se dirige al debate. Estas apreciaciones llaman la atención sobre el hecho de que los medios impresos que se consideran en las páginas no tienen una procedencia homogénea, y es en estos hechos que habrá que buscar las marcas de sus funciones y propósitos como intervenciones en el mundo público.

Capítulo 2

Hacia un tipo ideal de los intelectuales

Independencia es el nombre que los intelectuales le damos a nuestra marginación

Pablo Macera

Pregunta el reportero, con la sagacidad

que le da la destreza de su oficio:

—¿por qué y para qué escribe?

—Pero, señor, es obvio. Porque alguien

(cuando yo era pequeña)

dijo que la gente como yo, no existe.

Entrevista de prensa

Rosario Castellanos

Introducción.

*En algo en lo que no podemos claudicar es en la defensa de la humanidad, en la búsqueda de igualdad. Ahí jamás podemos ceder porque es una lucha histórica de los movimientos sociales y especialmente del movimiento campesino indígena. Ese sector, el más humillado, el más despreciado, el más excluido, el más explotado, el más alienado de toda la sociedad boliviana. Ahora en democracia queremos resolver [estos problemas] respetando nuestra dignidad. Saludamos a personalidades, intelectuales de la llamada clase media, clase alta, mestizos, criollos, juntos apostar por el cambio. Estoy aprendiendo qué tan importante es una combinación entre la conciencia social con la capacidad profesional. Interesante combinación, por supuesto en base a sinceridad, es posible cambiar Bolivia, es posible achicar esas profundas diferencias de familia a familia, de región a región y de sector a sector.*³

³ <https://www.youtube.com/watch?v=KZWGc9s25Og> cf.

<http://redendefensadelahumanidad.blogspot.mx/2008/07/declaracion-de-la-paz-encuentro-de.html>

Con estas palabras el presidente Evo Morales se dirigía al auditorio del Encuentro de Intelectuales de la Red de Defensa de la Humanidad que tuvo lugar en la ciudad de La Paz el 29 de julio de 2008. A diferencia, por ejemplo, de la actitud ampliamente extendida durante el peronismo en la Argentina que sintetizó el anti-intelectualismo bajo el lema “alpargatas sí, libros no”, el presidente Morales declaradamente da un lugar y extiende una mano a los intelectuales. Los intelectuales no son enemigos, pero ciertamente son actores que se diferencian del núcleo popular al que Morales otorga centralidad.

Las palabras dejan advertir la forma de entenderlos, de dirimir quiénes son y qué hacen estos intelectuales. Lo primero que se percibe es que estos provienen de un sector diferente al de los movimientos sociales y diferente al de los movimientos campesinos e indígenas. Los intelectuales son asociados con una clase social diferente y también con un grupo étnico distinto. Dentro de las representaciones del Presidente no hay eco de “intelectuales orgánicos”, los movimientos indígenas tienen liderazgos, asambleas, modos colectivos de accionar; los intelectuales son profesionales y a veces personalidades notables.

Las barrancas que separan a los intelectuales de los movimientos sociales no son insondables en su perspectiva; es posible trabajar de modo conjunto. Pero el aporte a esta unión es de naturaleza cualitativamente distinta: los movimientos sociales ponen el horizonte político, esta referida defensa de la humanidad, y los intelectuales aportan capacidades técnicas. Morales se aleja así de los espectros de la tecnocracia neoliberal que apostó por el conocimiento especializado que desplaza la mácula de ideologías interesadas y parciales. Se invierte el modelo: la ideología al centro, los intelectuales operan. Esta labor, cabe insistir, les queda dada por la posesión de un conocimiento especializado en alguna rama de la gestión del Estado. Subyace el reconocimiento tácito de que los intelectuales poseen un atributo desigualmente distribuido en la sociedad y del cual necesitan los movimientos sociales. El modelo de “intelectual” que maneja Morales apunta a un converger entre sectores diferentes.

Las palabras del jefe de Estado boliviano no son simple oropel. El año 2005, meses antes de la elección que lo llevaría a la presidencia, la necesidad de encontrar un acompañante de fórmula quedó determinada por la necesidad de que sea una persona proveniente de la clase media y con perfil intelectual. En la elección de 2002 el mismo criterio también fue utilizado. En

primera instancia los operadores políticos del MAS barajaron la posibilidad de que el acompañante de fórmula sea José Antonio Quiroga, propietario de una de las editoriales más importantes del país y sobrino del icónico Marcelo Quiroga Santa Cruz. El perfil que se buscaba era distintivo: hombre de la clase media relacionado con la producción cultural del país. Quiroga periclitó el ofrecimiento en 2002. Ante la renuencia de Quiroga, se eligió a Antonio Peredo, veterano de la izquierda guevarista, hombre comprometido pero con años encima y menor perfil de clase media. En 2005 se eligió a Álvaro García Linera, un sociólogo autodidacta y ex miembro de un grupo acusado de terrorismo, quien había ganado alguna prominencia extra-universitaria participando como panelista en un programa televisivo de discusión política. Desde entonces la importancia de García Linera se ha hecho fundamental en el esquema de gestión del gobierno de Morales. El modelo que prescribió el presidente Morales en el encuentro de intelectuales tiene un correlato material en tanto un intelectual se suma como especialista al horizonte político definido por un hombre de los movimientos campesinos.

Esta situación merece ser atendida de modo detallado: ¿Los intelectuales de la Bolivia contemporánea se ajustan a ese modelo simbiótico que describe el presidente? Si no, ¿cuál es el modelo analítico que explica mejor el lugar que ocupan los intelectuales en la vida política y social del país? Este es uno de los tópicos centrales de la tesis. En las páginas de este capítulo se explica la diversidad de roles que los intelectuales han tenido en la historia boliviana a la vez que se muestran las correspondencias con los procesos históricos del continente y las circunstancias materiales que han circunscrito y habilitado formas específicas de labor intelectual. Esta revisión histórica, inevitablemente sucinta, servirá como referencia general para contextualizar a los intelectuales bolivianos en un marco latinoamericano, dando antecedentes significativos para las elaboraciones de los capítulos siguientes.

Por otra parte la revisión histórica cumple un segundo propósito, de mayor profundidad para el conjunto del proyecto: a partir de las experiencias retomadas se construye un tipo ideal nutrido por procesos concretos que permita aprehender la complejidad en la que se desenvuelven los intelectuales, demasiadas veces definidos en función de un ideal normativo. De tal modo, en las páginas siguientes se resalta con particularidad alguna faceta de un momento dado de la historia de los intelectuales a fin de retomar rasgos significativos para construir una visión de conjunto. Cabe tener algunas precauciones: los rasgos intelectuales que se destacan o los tipos de

intelectuales que se mencionan no conforman una unidad sucesiva y no deben ser leídos de tal modo. En cualquiera de los momentos es posible encontrar rasgos comunes, pero en aras del tipo ideal al que se arriba se privilegia una faceta. Dar cuenta de la complejidad total en cualquiera de los momentos que aparecen a continuación dependería de una investigación de largo aliento que las limitaciones temporales y materiales de esta tesis no permiten.

Los intelectuales clásicos.

Cabe retraerse al momento en el que la misma noción de intelectual empezó a propagarse por algunas regiones del globo. El sustantivo “intelectual” antes del siglo XX se utilizaba como una forma de despectivo. Raymond Williams (1977: 140-142) señala que mientras “inteligente” e “inteligencia” son palabras que tenían significados positivos similares a los actuales, “intelectual” aludía a alguien que actuaba en función de razones abstractas o teóricas desancladas de los problemas concretos de la sociedad o la política. De hecho, en muchas regiones la idea de intelectual nunca dejó de tener connotaciones negativas y a la vez se disponía de un léxico específico para referirse a capas sociales que podrían, laxamente, ser semejantes a la que aludió “intelectual” cuando se la reivindicó como etiqueta de pertenencia. Christophe Charle escribe: *Exportado al extranjero, el término [“intelectual”] adopta un matiz peyorativo: así ocurre en Alemania y los países anglosajones. Nunca adquiere en verdad la legitimidad inicial conquistada en Francia (...) [El término] sufre la competencia de palabras o expresiones más prestigiosas como professional, freie Berufe, Bildungsbürgertum, Intelligenz.* (Charle 1990: 201 énfasis en el original)

Es conveniente repasar el proceso subyacente que provee la legitimidad inicial de la que habla Charle. Fue el Caso Dreyfuss el que suscitó el posicionamiento público no sólo de una capa social sino también de la etiqueta de “intelectuales” para designarla a la vez de invocar una pretendida singularidad y ralea. En 1898 Émile Zola dirigió al presidente de Francia, Félix Faure, una carta abierta titulada “Yo acuso”. En esta misiva Zola, prominente escritor que se preciaba de haber llevado la lengua francesa a los confines del mundo, cuestionaba el trasfondo antisemita de un proceso por traición a la patria plagado de errores judiciales y escasez de pruebas que se había interpuesto en contra de Alfred Dreyfuss. El contenido de la carta pública tenía un deliberado tono agresivo que obligó a las autoridades francesas a considerarla un libelo y por lo mismo iniciar un proceso contra el propio Zola. Acusado, Zola se allegó de otros escritores, publicistas, editores,

hombres de ciencia que rechazaron el proceso por atentar contra derechos constitucionales a la vez de iniciar un escándalo desde la diversidad de ámbitos en donde se desenvuelven los involucrados; es decir, la tribuna y la prensa.

Los escritores, publicistas, académicos y científicos que conformaron el grupo de respaldo a Zola difundieron un documento que luego se conoció como “Manifiesto de los intelectuales” en donde sintetizaban su defensa a expresarse públicamente y de modo crítico amparado en la autoridad del conocimiento sobre la sociedad; es decir, amparado en la condición ilustrada del expositor. El denominativo de “Manifiesto de los intelectuales” fue imputado posteriormente por un grupo socialmente similar –otros publicistas, editores, escritores, etc.- pero de signo político diferente al de los que apoyaban a Dreyfuss y Zola. La intención original era vilipendiar al grupo como “intelectuales” justamente aludiendo al campo semántico por entonces estigmatizado. No obstante, este involucramiento de colegas detractores de los “intelectuales” se convirtió en un conflicto ascendente con múltiples intercambios y ámbitos de discusión. Este revuelo tuvo el resultado, paradójico para los anti-dreyfussistas, de propagar la imagen de que el conflicto era un conflicto entre intelectuales, extendiendo la denominación a toda la capa social protagonista de la polémica. Esto no fue del todo un efecto no deseado, ya que los propios anti-dreyfussistas se dieron cuenta que ciertos argumentos dreyfussistas tenían un profundo efecto legitimador: los intelectuales eran reconocidos por el público como sectores cultos que sabían de qué hablaban (idea, por supuesto, reforzada por ellos mismos a través de los periódicos).

Ni Zola ni sus allegados acuñaron la idea del intelectual, pero los acontecimientos que protagonizaron contribuyeron a que la noción quedara incorporada en el léxico común con un signo positivo. Christophe Charle identifica el uso moderno de la palabra en un texto de 1879 como referencia más remota que desde entonces empezó a circular más y más. El término aludía no a personas individuales sino a una condición grupal que en la “contradicción entre los valores enunciados por la República (meritocracia, culto de los grandes hombres que encarnaban el genio nacional) y las leyes de reproducción reales de sus élites [tuvo] uno de los fundamentos objetivos” (Charle 2009: 12). Es decir, los intelectuales de este periodo son el resultado de un aumento de expectativas incitado –a través del progresivo aumento de la matriculación universitaria y el fomento de la profesionalización- y luego defraudado por el Estado y las élites francesas que siguieron reproduciéndose a través de una cerrada endogamia de clase. Lo anterior sirve como

caldos de cultivo para que quienes quedan con trayectorias sociales parcialmente frustradas empiecen a cultivar las armas de la crítica al poder.

Lo anterior se produce de un modo que es imperceptible para el sentido común, lo que se ve de modo explícito es la toma de la palabra por aquellos que cumplen con el ideal meritocrático, en apariencia movidos de modo desinteresado por la justicia y la verdad. Son estas consideraciones lo que lleva en 1906 a Julian Benda a describir críticamente a los intelectuales como “una pequeña banda de filósofos reyes superdotados y reconocidos moralmente que constituyen la consciencia de la humanidad” (Benda 1928). Benda critica el hecho de que los intelectuales hayan sido asumidos –por ellos mismos y por diferentes públicos- como esa consciencia de la humanidad. A pesar de la denuncia, esta condición tiene una amplia resonancia a lo largo del siglo XX ya que posteriormente otros intelectuales contribuirán a reforzar la imagen. Muestras importantes de ellos se tienen en participaciones muy posteriores en el debate: inclusive hacia finales del siglo XX, Edward Said (1994) afirma que “Los intelectuales reales no son nunca más ellos mismos sino cuando, movidos por una pasión metafísica y un principio desinteresado por la justicia y la verdad, denuncian la corrupción, defienden al débil y desafían la autoridad imperfecta u opresiva” (6) y agrega que “[e]l intelectual pertenece en el mismo lado que los débiles y los no representados” (26). La imagen de los intelectuales franceses del caso Dreyfuss deja una estela que se instala de modo duradero en la tradición del pensamiento occidental.

A ello hay que sumar la influencia de esta forma de conceptualizar la cuestión en el continente americano: Autores diversos (Hofmeister y Mansilla 2003, Gonzales 2002) han escrito sobre los intelectuales propagando la idea de que su particularidad es justamente esta independencia de poderes fácticos aunada a una obligación a valores más altos. La imagen de los intelectuales en muchos aspectos ha reforzado aquella imagen que los intelectuales franceses pintaron de sí mismos en desmedro de la consideración de la sociogénesis que efectivamente los produjo. Justo es señalar que esa sociogénesis permaneció velada para los mismos actores que, se puede suponer, seguían cursos de acción que se les hacían razonables antes que ajustados a una estrategia cuidadosamente elaborada.

En Francia se ve la emergencia de la capa de intelectuales como un fenómeno asociado a la profundidad de un proceso de modernización de la educación con larga data, lo que ocurría de

modos distintos en América Latina. En el mismo momento, de hecho, en diferentes países del continente se empezaba a ver con alguna claridad los proyectos modernizadores que seguirían los países durante los años siguientes pero sin duda la asimetría respecto de Europa era muy grande, lo que no fue obstáculo completo para que se diseminaran –como ya había ocurrido en el pasado– ideas, modas y modelos políticos y académicos provenientes de las metrópolis. La relación de dependencia entre metrópolis y periferias era una realidad patente y observable en esta apropiación *ad hoc* de la producción de categorías de Europa y la idea de “intelectuales” eventualmente se transmitiría por los mismos caminos.

De lo visto hasta ahora cabe retener un elemento central: los intelectuales, antes de regirse por la adecuación a un concepto transhistórico, en realidad aparecen como grupo bajo circunstancias concretas que no se producen bajo la misma forma en otras latitudes. Antes de caer en una posición normativa que descalifique como “falsos” intelectuales a quienes no se ajustan a estas condiciones originales, hay que considerar que el agregado original tuvo gran influencia en posicionar ciertos valores e imágenes que han alcanzado, de modo irregular y heterogéneo, otras regiones del globo. Así, la idea del “intelectual” echa raíces por los aspectos simbólicos que evoca, pero a la vez cambia en sus contenidos específicos. Es esta transformación de contenidos la que permite preguntarse qué es lo que significa en determinados momentos y espacios la independencia de los poderes mundanos y ser un oblato de la libertad y la verdad.

Intelectuales de la clase dominante.

Las condiciones bolivianas en las que desarrollan sus obras ciertos pensadores algo posteriores al “manifiesto de los intelectuales” permiten vislumbrar diferencias importantes. Como señala Salvador Romero Pittari (2009) la derrota boliviana en la Guerra del Pacífico marca a una generación entre quienes se cuenta a Alcides Arguedas, Armando Chirveches, Emilio Finot, Jaime Mendoza y Franz Tamayo entre otros. Estas personalidades como conjunto crecieron en un momento de conmoción ya que la pérdida de la salida marítima en favor de Chile ponía en entuerto la viabilidad del proyecto boliviano. La condición de mediterraneidad era una llaga que obligó a aquilatar de nuevo las condiciones del país. Esto llevo a que el credo liberal floreciera “no tanto por los planteamientos de política económica o por las concepciones sobre el comercio, cuanto por los ideales de autonomía individual, libertad, racionalidad como opuestas al

oscurantismo” de los conservadores que habían permitido la desgracia del país (Romero Pittari 2009:29).

De entre toda la pléyade de la generación, destacan dos figuras que se constituyeron en los baluartes de dos modos distintos de comprender la realidad del país. Por un lado está Alcides Arguedas, quien en 1909 publica *Pueblo enfermo*, texto que comenta la realidad del país bajo la óptica del social darwinismo, por entonces en boga. Arguedas sostiene que los componentes raciales que confluyen en la conformación de Bolivia no son aquellos que benefician el progreso, sino justamente aquellos que tienen un efecto retardatario. Así describe que el encuentro de lo indígena y lo español ha tenido por resultado una síntesis de defectos que impiden que Bolivia se constituya en un país civilizado. Este espíritu permeará la obra posterior de Arguedas, principalmente abocada a la historia de Bolivia desde una perspectiva pesimista sobre los factores y resultados involucrados.

Por el otro lado se tiene a Franz Tamayo, cuya obra consta de una recopilación de editoriales de prensa publicadas en 1910 bajo el título de *Creación de la pedagogía nacional*. En estas editoriales, y bajo la influencia de las filosofías de la voluntad y el telurismo, Tamayo rastrea la fuente de las energías vitales que son capaces de constituir lo nacional. Su búsqueda lo lleva a afirmar que estas energías residen en el alma indígena y que la realización del país, trunca, se logrará cuando lo indio sea considerado no como un lastre sino como el motor del espíritu. A partir de ahí Tamayo va a desarrollar sus ideas sobre cómo hacer de ese principio un plan para que la educación tenga un enfoque que permita dirigirse en esa dirección.

La diferencia entre Arguedas y Tamayo parece evidente: mientras el primero achaca a la inferioridad de las razas que componen Bolivia el retraso del país, el segundo reivindica su importancia y el rol fundamental que debe jugar. Esta diferencia de opiniones se instaura en un momento crítico en el que el Estado boliviano se plantea el problema de la educación de las masas indias del país. Oscila entre la educación integradora que asimile a los indígenas en la sociedad criollo-mestiza y la educación estamentaria que provea a los indios aquella educación que sea útil a su lugar en la sociedad; lugar que por entonces estaba circunscrito prácticamente para todos a las labores de trabajo en las haciendas. Tamayo y Arguedas toman la palabra afectando no sólo la discusión vigente, sino que además se convierten en referentes permanentes de esta discusión.

No obstante Tamayo y Arguedas, y el conjunto de la generación, tienen muchos elementos en común que un vistazo escueto a su tesis central no permite advertir. Por un lado, a pesar del pesimismo de Arguedas, comparte con Tamayo el hecho de resaltar algunas virtudes de los indígenas, especialmente relacionadas con la capacidad de resistir y aguantar largamente la opresión criollo-mestiza. En ninguno de los dos autores este reconocimiento es gratuito ya que a pesar de sus diferencias ambos van a suscribir el hecho de que la raza indígena debe ser tutelada por la superioridad intelectual de los criollo-mestizos. En ese sentido, la dirección práctica del país no es cuestionada en lo que toca al nicho de reclutamiento de los gobernantes aunque si existan reservas sobre capacidades singulares de algunos de ellos. Por otro lado el conjunto de la generación de intelectuales inaugurales del país desconfían, cuando no expresamente denostan, los sectores cholos del país. Arguedas en *Pueblo enfermo* enumera la lista de defectos que son propios del cholaje mientras Tamayo, que ha pasado a la historia como uno de los pioneros para reivindicar la herencia india, se estrella contra los mestizos en *Creación de la pedagogía nacional* y en *Para siempre* (1942) es expresivo de sus opiniones negativas sobre los cholos.

Aparte de sus coincidencias intelectuales hay que considerar un conjunto de similitudes sociales que aproximan a Tamayo y a Arguedas y que a grandes rasgos son compartidas por el conjunto de la generación. A diferencia de los intelectuales franceses que acompañaron a Zola que provenían de una capa profesional relativamente nueva, tanto Arguedas como Tamayo provienen de un origen social definido ampliamente por la herencia de una posición en una sociedad organizada bajo la égida de poderes patrimoniales.

Los padres de Arguedas eran “muy conocidos entre las familias adineradas de la pequeña ciudad [de La Paz], eran opulentos hacendados que procedían de ramas españolas de ‘pura cepa’, por ambos lados” (Albarracín Millán 1979: 19). A este origen hay que añadir su trayectoria por lo más prestigioso de la educación de ese momento, ya que estudia tanto en el colegio Ayacucho como Derecho en la Universidad Mayor de San Andrés en un momento en que el país era predominantemente analfabeto y la educación superior era un privilegio muy minoritario. A la vez reside por largos periodos en Europa y desde 1918 es elegido en diferentes ocasiones para fungir como diputado o senador así como asume el puesto de embajador con diferentes destinos principalmente en Europa. Por último cabe señalar que Arguedas tienen en Simón Patiño, uno de

los barones del estaño y en algún momento el hombre más rico del mundo, a su mecenas. El empresario financia muchas de las obras de Arguedas.

Tamayo a su vez presenta él mismo sus certificaciones de nobleza en *Para siempre* en donde declara que sus tatarabuelos “fueron caciques (léase príncipes indios) ennoblecidos con nobleza española por el emperador Carlos V en el siglo XV” (1942) y agrega posteriormente que su madre es una princesa india a la vez que resalta la ralea de su padre. Isaac Tamayo, el padre, es “[d]ueño de extensos latifundios, pasa por uno de los personajes más acomodados de su tiempo. Amigo de Melgarejo, colaborador de Arce, descuella en la política, en la banca y en las letras” (Diez de Medina 1942: 33). Es la amistad con el presidente Mariano Melgarejo (1864 -1871) lo que facilitó a Isaac Tamayo la adquisición de tierras. La familia está en condiciones económicas de contratar preceptores privados para Franz Tamayo, así como para financiar estancias de estudio en Europa. Del mismo modo que Arguedas, Tamayo desde muy temprano en su vida accede a posiciones de legislador y de actor prominente dentro de la política e inclusive fue elegido presidente, aunque no llegó a prestar juramento por un golpe militar.

Se advierte con nitidez que los dos principales autores de la primera mitad del siglo XX boliviano no provienen de capas emergentes, sino son actores plenamente integrados a los estratos sociales más altos, una élite en ciernes. Es esa posición acomodada la que habilita las posibilidades de aparecer como desinteresados de las grescas cotidianas y mucho más orientados hacia las formas de cultivar lo que consideran virtuoso, emulando la imagen de Zola y su entorno. Arguedas incluso declara al dirigirse a estudiantes de la facultad de derecho de la UMSA: “Teníamos [con Ricardo Mayol] un mismo concepto de la vida; odiábamos a los ricos y poderosos, despreciábamos los placeres baratos y vanos, y creíamos que sólo vale la vida por lo que en ella se siembra” (1980: 39). Detrás de todos estos gestos hay que reconocer que la generación entera participa del ejercicio del poder del Estado y de los partidos de la época. Ganan preponderancia además porque hay una demanda política que necesita de sus ideas y de irradiarlas por el resto de la sociedad. Para entender esto cabe precisar el contexto específico de la Bolivia que llega al siglo XX.

Entre 1879 y 1883 Bolivia estuvo aliada con Perú en contra de Chile en el conflicto bélico de la Guerra del Pacífico. Chile salió victorioso de la reyerta con saldos desastrosos para los dos

países derrotados. El gobierno peruano fue forzado a capitular frente a su homólogo trasandino que tenía capturada la ciudad de Lima. Por su parte Bolivia contó entre los saldos de la guerra la pérdida del territorio que le daba salida hacia el océano Pacífico, lo que menguó uno de los recursos básicos de los proceso de conexión con el mundo que se modernizaba. Al profundo trastorno que fue la pérdida del litoral sobrevinieron transformaciones en los precios de los minerales a nivel mundial: mientras la plata decaía el estaño se valuó mejor. Dada la paupérrima articulación de la economía boliviana y su dependencia de productos de exportación, el cambio precipitó un cambio de elites que pasó por una guerra federal.

La Guerra Federal de 1899 enfrentó al sur, en donde se encuentran las ciudades de Sucre y Potosí, sede del Cerro Rico entre otros yacimientos de plata, y el norte, capitaneado por la ciudad de La Paz, vigorosa ciudad comercial que magnetizaba el sur peruano y el norte chileno además de estar próxima a los centros estañíferos de Oruro. La guerra se desarrolló de modo favorable para el norte, que alzó banderas de federalismo en contra de la centralidad defendida por los unitarios de Sucre y concluyó con el traslado de los poderes legislativo y ejecutivo a La Paz, pero nunca se avanzó realmente con una agenda de tipo federal.

Un elemento relevante de esta conflagración fue la alianza militar que celebraron el General José Manuel Pando –líder de los federalistas- y el Willka Pablo Zarate –líder de un conjunto de comunidades indias del oeste del país. Las comunidades acabaron siendo el factor desequilibrante en el enfrentamiento entre el norte y el sur pero también desarrollaron su propio programa político para la conclusión del conflicto (Condarco 1966). Sin embargo las expectativas de Zarate y de las comunidades detrás suyo fueron defraudadas cuando Pando, ya victorioso frente al sur, traiciona a la dirigencia de sus aliados y los reduce militarmente. Desde la perspectiva criolla el protagonismo, capacidad de acción y proyecto político propio de las comunidades era una amenaza que podía desequilibrar el emergente orden centrado en La Paz.

Lo anterior deja dos cosas. En primer lugar la Guerra Federal es la expresión militar de un cambio de elites que se opera en la sociedad boliviana. El desplazamiento de ciertos empresarios mineros en favor de otros con un cambio de centro de gravitación de la economía del país aúna diferentes sectores. Este hecho da fin a un siglo de conflictos civiles en el que el Estado era botín de batalla y al predominio de facciones lideradas por caudillos. En ese contexto había una premura de las

fuerzas sociales en competencia abierta y descarnada por el poder y los dividendos que podían adquirirse. La Guerra Federal instituye una élite que, como señala Ximena Soruco (2012), se plantea por primera vez la necesidad de un proyecto hegemónico, de la difusión de una forma de ver el mundo con un sentido común ajustado al proyecto a largo plazo. “Hasta antes de 1880, las disputas entre las élites criollas del sur y del norte no generan una versión unificada y hegemónica de lo nacional ni un discurso que asocie raza y nación, características determinantes de los proyectos nacionales de primera mitad del siglo XX” (Soruco 2012: 52). Son estas condiciones las que dan mayor realce e importancia a la labor tanto de Arguedas como de Tamayo –podrían citarse a otros, pero los rasgos sociológicos relevantes no son significativamente diferentes-. La construcción de un proyecto hegemónico era de primordial importancia estos autores eran los proveedores de los elementos discursivos que permiten la estabilización temporal del orden político de inicios de siglo.

A la vez estos proyectos se confeccionan con un trasfondo que invoca miedos atávicos de la sociedad boliviana que habían sido actualizados durante la Guerra Federal: el de la subversión india. Como señala Soruco, la producción escrita del siglo XIX se caracterizó por ser un soliloquio de lo criollo en el que se narra el devenir de Bolivia tomando como punto de partida tácito la conducción criolla y la aquiescencia del resto de la población. La insurgencia india pone sobre el tapete el problema de cómo deben integrarse otros grupos del país dentro del plan criollo. Tamayo y Arguedas forjaron ideas para cumplir esa tarea y si bien han tenido destinos diferentes dentro de las tradiciones interpretativas de Bolivia, su incordio es el reflejo del establecimiento de un campo particular de discusión que encuentra sus límites materiales en los condicionamientos que se han señalado previamente.

La vigencia de la generación que sale de la Guerra del Pacífico empieza a eclipsar con otra contienda bélica. La Guerra del Chaco que enfrenta a Bolivia con Paraguay y que transforma, por la fisonomía del proceso, las sensibilidades y los intereses políticos de la generación directamente involucrada en el conflicto. Así, al concluir los hechos beligerantes con Paraguay, el país se abre a una nueva búsqueda de respuestas, como había ocurrido medio siglo antes, y eso favorece el desplazamiento de la intelectualidad de principios de siglo. Del mismo modo tanto la Revolución Rusa como el alzamiento del fascismo transmiten un espíritu de época que lleva las discusiones por nuevos rumbos imponiendo la idea de revolución en el léxico. Estas circunstancias llevan a la

emergencia de una capa diferente de sujetos que asumen los roles de “intelectual”. (Cf. Romero Pittari 2009: 159)

El intelectual que busca ser orgánico.

América Latina, del mismo modo que muchas latitudes del planeta, sufrió el poderoso influjo de la Revolución Rusa de 1917. Si bien los partidos socialistas y comunistas así como los movimientos obreros, tienen una larga historia de lucha y organización, el triunfo de los bolcheviques da a los horizontes de lucha de la izquierda radical un referente material muy persuasivo. Se ha mostrado que la literatura anarquista y marxista desarrollada en Europa empezó a llegar a América Latina a través de los migrantes que encallaban en los puertos del nuevo continente, pero es el hecho de la revolución lo que atrae una mayor atención sobre ella. Paralelamente se encendieron candentes discusiones dentro del continente en las que el problema de la organización política y la revolución fueron centrales y se agregaron al léxico político de la región de un modo que parecía irreversible a pesar de la enconada oposición. El estilo político de la izquierda radical que por principio atañe a una política de masas inauguró un modo de acción dentro de la política en la que ciertos actores se aproximaban a los obreros y trabajadores de un modo que luego engendró una variación de los intelectuales.

Antonio Gramsci, militante y pensador marxista italiano, vivió en Europa algo de lo que se describió en el párrafo anterior: influencia política de la gesta de 1917, vislumbrar de una política de masas, avivamiento de las discusiones dentro de la izquierda radical. En esas condiciones, él mismo reflexionó sobre cómo, a diferencia de los intelectuales clásicos que llama “profesionales” y que se componen por profesores, periodistas, editores, aparecen los intelectuales “orgánicos”. Los intelectuales “orgánicos”, argumenta, no son funcionarios pagados para cumplir tareas de producción cultural por un sueldo. Son miembros reclutados dentro de una misma clase para llevar a cabo las funciones de organización tanto de la lucha política como de producción cultural; mientras el burgués se apoya en el periodista o el escritor, la clase obrera recurre a gente que sale de sus propias filas (sin descartar que un burgués pueda ser un intelectual orgánico de su propia clase). Los intelectuales orgánicos y profesionales de la burguesía se abocan a la producción de la cultura que asegure la reproducción de un orden de dominación mientras que los intelectuales orgánicos de la clase obrera organizan y fortalecen la lucha socialista.

Al ocuparse de estas temáticas Gramsci no sólo introduce distinciones analíticas previamente sumidas en la indistinción, además da cuenta de la acentuación del proceso de organización de las masas en una dirección particular. Es decir, Gramsci era testigo, antes que un prescriptor, de la relevancia de ciertas minorías activas de inicios del siglo XX. Este fenómeno tiene una forma particular de aparición en América Latina que puede rastrearse a través de ciertas figuras claves en Bolivia como Tristan Marof, José Antonio Arze, José Aguirre Gainsborg, que conforman constelación con otros iconos del periodo como Víctor Raúl Haya de la Torre, José Carlos Mariategui y Julio Antonio Mella.

Los intelectuales latinoamericanos que aparecen en este momento provienen de un nicho social distinto al de los escritores aristócratas como Tamayo o Arguedas. Pero, a diferencia de los intelectuales franceses clásicos, personajes como Mariategui y Haya de la Torre no son partículas de una capa educada extendida, sino son parte de los casos poco numerosos de estudiantes con algún reconocimiento escolar que provienen de sectores urbanos, precarios pero no necesariamente obreros.

Junto a César Vallejo, Eudasio Ravines, Jorge Basadre y Mariategui, Haya de la Torre se distinguió por su origen provinciano que según los hacía anticentralistas y anti-limeños, enfrentándolos a la oligarquía limeña (...) el tinte mestizo de sus cunas los acercaba a los trabajadores urbanos (Zapata 1990: 98)

Mariategui por ejemplo provino de una familia de jefatura femenina y como joven se desempeñó como ayudante linotipista (ibid: 90). Si bien se puede decir algo similar del cubano Julio Antonio Mella, el caso es ligeramente diferente para el caso boliviano.

Marof es hijo de un comerciante acaudalado de la ciudad de Sucre; ciudad que, como se mencionó previamente, había perdido su centralidad política al concluir el siglo XIX. A la vez, si bien la familia de Marof era rica, no pertenecía a la élite chuquisaqueña. Algo similar ocurre con José Antonio Arze, el reconocido sociólogo y creador del Partido de la Izquierda Revolucionaria, que es de familia cochabambina de clase media con estrecheces (Lora 1980: 150). José Aguirre Gainsborg, fundador del Partido Obrero Revolucionario, siendo de una cuna de abolengo –nieto de Nataniel Aguirre y emparentado con el peruano Manuel Gonzales Prada- vivió en carne propia la decadencia de su familia dentro de la clase dirigente. Para afrontar esa situación desde los 19 años

tuvo que dar clases de historia (Lora 1980: 123 y ss); notable es que no tuvo que dedicarse a labores manuales, contraste con los intelectuales peruanos citados, sino que se mantuvo actuando como hombre de letras. Todos estos escritores padecieron un doble desplazamiento: eran miembros relegados de la clase dominante en regiones subordinadas dentro del esquema geográfico de Bolivia.

Estas diferentes posiciones dominadas que presentan ciertos intelectuales icónicos se suman a los influjos de la época: A la ya mencionada revolución rusa hay que añadir el proceso de reforma universitaria de Córdoba así como la Revolución Mexicana de 1910 (op. Cit. 87) como hitos que amplían los horizontes de transformación y los ámbitos de trabajo político. Nicola Miller va a sostener que este momento permite la modificación parcial de la imagen que se tenía del intelectual. No hablamos solamente del intelectual como conciencia de la sociedad sino del intelectual como personaje comprometido e involucrado como militante en diversas causas.

Esto se aprecia con nitidez en el decurso de las ideas de uno de los protagonistas de este periodo, Mella. Este intelectual cubano refiriéndose a Martí y Rodó destacaba lo que ellos habían hecho como escritores que marcan la tarea:

Liberar a la gente, esa es la misión de la generación actual; la gente es esclava porque ignora sus derechos, así que debemos enseñarles, dejarlos empaparse en nuestro conocimiento, no dejemos que la educación del estado y la iglesia los infecte con el veneno de la insinceridad y la corrupción.
(Mella en Miller 1999: 115)

Y es el mismo Mella el que posteriormente advierte sobre el hecho de que las condiciones sociales obligan a que el intelectual debe estar dispuesto a ceder su estatus cultural en favor de asumir las tareas de un revolucionario profesional (op. Cit. 116).

Esas tareas revolucionarias fueron un encuentro entre la militancia y participación política que convergió con la escritura y la producción de ideas. Haya de la Torre, fundador del APRA, por ejemplo ganó prominencia como uno de los protagonistas de las demandas universitarias que seguían el tono del Cordobazo; Mella funda el partido comunista de Cuba mientras que Marof queda en la órbita de los activistas que trabajan próximos a los obreros. Todos paralelamente escriben, algunos se arriesgan a editar ya panfletos o revistas más en forma. Marof años después relata algo del espíritu que lo animó:

No pasábamos de tres o cuatro los que nos atrevíamos a expresar nuestro pensamiento libre, con grave escándalo de los mayores. Por otra parte en esa edad juvenil, como sueñan los adolescentes en la perfección humana y el progreso social, pretendía en mi inocencia, convertirme en héroe, sacrificar mi vida. (Marof 1967: 59-60)

En este sentir, tornarse en intelectual y a la vez hombre político está marcado no sólo por una opción de acción, sino por una en la que se presentía la feroz oposición a la que se enfrentaban. El tipo de intelectual que emerge en este momento se integra a republicas cuya discusión política había seguido un destino que mal que bien se desenvuelve de ciertas condiciones heredadas del siglo XIX. El influjo revolucionario aparece como nueva fuerza que constituye una amenaza de los equilibrios políticos y es en virtud de ello que los Estados reaccionan de modo coercitivo. La particularidad radical de esta intelectualidad –que como es evidente es contemporánea de la del escritor aristócrata- es que pone a la luz la faceta violenta del Estado.

Haya de la Torre, Mella y Marof son expulsados de sus respectivos países para evitar que siguieran propagando sus ideas, consideradas subversivas. No son los únicos sin duda; la persecución política conforma pequeños núcleos de activistas reagrupados en otros países en donde procuran seguir desarrollando tareas que les permita alcanzar sus objetivos (Rivera Mir 2014). La misma dinámica política permite pensar que mientras algunos intelectuales de esta generación se mantuvieron firmes y con ellos desataron la persecución del Estado –evidentemente una forma de coacción- otros actores de este grupo cedieron ante las estrategias de cooptación, pero sobre este rasgo se volverá más adelante. Lo importante a retener en este punto es justamente que el Estado puede ensañarse contra los actores que desarrollando estrategias radicales se convierten en amenaza del orden político. Al mismo tiempo hay que notar que es la relativa soledad de estos intelectuales lo que los hace especialmente frágiles a la persecución estatal. A diferencia de lo que ocurre en Francia donde hay una capa consolidada, aquí los escritores y organizadores son grupos identificables, relativamente jóvenes –es decir, ni siquiera consagrados en su medio- que no invocan la misma autoridad del mérito que los académicos reconocidos y actúan en una sociedad que no posee las mismas características de ascenso y segmentación social. Esto último es central: Bolivia, Perú y Cuba por entonces seguían presentando fuertes rasgos de un gobierno autocrático y de una segmentación más estamental que clasista, a pesar de la impostada retórica liberal.

Ahora bien, que la irradiación de eventos como las revoluciones rusa, mexicana y universitaria haya servido para nutrir el reguero de los intelectuales que pretendían tornarse en orgánicos, junto a la transferencia de ideas favorecido por la migración, no significa que este modelo se agote en este momento. De hecho las raíces echadas van a crecer y fortalecerse de un modo formidable en algunos de estos países. En Bolivia por ejemplo, la acción de intelectuales más ajustados al “orgánico” va a introducir ideas potentes y de larga duración en el sindicalismo minero.

Lo anterior no se dio de un modo apacible porque, como señala el propio Juan Lechin Oquendo, notable dirigente minero, la labor política y la sindical estaban mutuamente excluidas dentro del movimiento minero (entrevista en Cajías de la Vega 2011). La independencia de los mineros respecto de cualquier partido era una de las mayores preseas a ser conservadas. Esto era repetido como mantra que regulaba la acción política dentro de los sindicatos que, al final de cuentas, era constante y turbulenta pero socapada. Dentro de ese contexto personajes como Marof, Arze o Aguirre aparecían como adherentes de dirigentes o de grupos activos dentro de los sindicatos, mantenían diálogos y orientaban acciones hacia adentro y afuera de los espacios de los trabajadores: hacia adentro agitan, acompañan la organización y median; hacia afuera divulgan escritos y organizan frentes y partidos. Así como los dirigentes mineros, estos intelectuales son objetivo de la coerción estatal y en múltiples ocasiones son expulsados del país, aunque en otras coyunturas alcanzan puestos legislativos en el país.

El impulso revolucionario de la época marca el estilo y la lógica de Marof, Arze y Aguirre, pero al mismo tiempo es muy difícil ajustar su perfil al concepto de intelectual orgánico que desarrolla Gramsci. Estos tres escritores, tomados aquí a modo de ilustración, parecen más bien intelectuales profesionales dentro de la órbita de los trabajadores, y llevados hacia ella por una ruptura o expulsión de la clase de origen. Es decir, desplazados de la clase dirigente por la decadencia familiar, apuestan a reconvertir su posición en una ventaja dentro de la política minera incipiente, novedosa y con posibilidades de expandirse. Lo anterior los distingue de los peruanos Mariategui y Haya de la Torre o del cubano Mella que en términos de clase, sin ser proletarios, proceden de familias trabajadoras urbanas alejadas de las clases más altas. Estas diferencias no son escollo para notar similitudes que permiten catalogarlos como un mismo tipo de intelectuales en virtud de dos cosas: Su proximidad a los sectores trabajadores en un momento en que estos

países inauguran política de masas y, en consecuencia, son intelectuales que reciben la coerción del Estado y, a pesar de incursiones eventuales dentro de este, no son asimilados del mismo modo que otro tipo de personajes, aquellos que, en otra latitud, permitieron a Enrique Krauze (1976) hablar de los “caudillos culturales”.

Los “caudillos culturales”.

Contemporáneos de Arze, Marof y Aguirre se encuentran algunos nombres que dejarán una impronta más reconocida en los procesos políticos del país: Augusto Céspedes y Carlos Montenegro. Antes de 1952 los cinco nombres referidos se encontraron en diferentes ocasiones: compartieron trincheras tanto como trenzaron sonadas polémicas. Si se advierten los orígenes sociales de Céspedes o Montenegro no se encontrarán tantas oposiciones como similitudes con Arze o Marof; al final de cuentas la historia incluirá a los dos primeros junto al grupo dirigente del Movimiento Nacionalista Revolucionario (MNR), luego señalados como los “parientes pobres de la oligarquía”. La historia de la familia venida a menos, la exclusión de la clase dirigente se tiende como suelo para el accionar de los movimientistas. Las diferencias son más grandes respecto de quienes seguían encarnando la figura del intelectual que responde a las tendencias conservadoras y recibe el mecenazgo del superestado minero, mejor representados por Fernando Diez de Medina. Como los fundadores del POR, los movimientistas tenían sus propias proximidades con dirigencias de trabajadores y sus propios círculos de influencia sobre posiciones dentro del gobierno, ocupando eventualmente una cartera cuando la política les sonreía y siendo perseguidos cuando gobernantes opuestos a ellos detentaban la conducción del Estado.

Sin embargo el devenir de los acontecimientos los coloca en una posición diferente que es significativa para el análisis. Céspedes y Montenegro, junto a otros no tan notables o más volcados a tareas de operación política como Fellman Velarde, fueron centrales no sólo durante los gobiernos del socialismo militar que siguió a la guerra del Chaco –los gobiernos de Toro, Busch y Villarroel- sino además en los desenlaces de la revolución de 1952. La derrota boliviana en la Guerra del Chaco (1932 -1935) sirvió como catalizador que llevó a cuestionar los derroteros del Estado boliviano y su modo de conducción. Así fueron surgiendo diferentes fuerzas sociales como la logia militar Razón de Patria (RADEPA) y luego el MNR –fundado en 1941- que corrieron su historia política en paralelo a una serie de malestares sociales que acosaban en el campo y la

ciudad. Como conjunto de la dinámica se observa una progresiva corrosión de las cimientos en las que se asentaba el régimen oligárquico que empieza a desmoronarse con las sublevaciones campesinas de 1949 y finalmente con la derrota urbana del ejército en las ciudades, en 1952 (Murillo 2012). En ese escenario tumultuoso la dirigencia del MNR se encuentra posicionada de tal modo que puede hacerse del liderazgo de la revuelta que sepulta al superestado minero. La revolución, más allá de la polémica sobre la legitimidad o no de su posterior conducción, es un cambio mayúsculo sobre el control del Estado tanto en términos de cuadros como de proyectos. Este relevo demandó un cambio de la matriz ideológica del Estado y de aquí la particularidad de Montenegro, Céspedes, Fellman Velarde y otros: proveyeron los insumos de este cambio.

En ese sentido sus tareas de escritura y publicación orientadas a la polémica y la agitación tienen un cambio cualitativo porque pasan de ser externos al Estado a incorporar algunas de sus ideas en la matriz ideológica del Estado. *Nacionalismo y coloniaje* (1982 [1943]), obra central de Montenegro que tenía como uno de sus objetivos combatir el sentido histórico de la historia arguendeana, se convierte en el faro orientador de la política del gobierno revolucionario. La reivindicación del “pueblo boliviano” como sujeto histórico que se enfrenta a las fuerzas agresoras de la antipatria coloca la espina dorsal de la larga hegemonía del ideograma nacionalista revolucionario (ver Antezana 1983). Del mismo modo la insistencia del conjunto de ideólogos del MNR en hablar de lo mestizo como amalgama de donde emerge lo boliviano y así cancelar –al menos eso pretendían- el problema del indio, queda posicionado como horizonte de integración. Al mismo tiempo, como ya lo venían haciendo desde su periódico *La calle*, reincorporan diferentes autores integrándolos dentro de lo que sería una tradición de lectura diferente: Tamayo es llevado a la órbita de los inspiradores de las posturas políticas del nacionalismo revolucionario mientras que las izquierdas marxistas son ferozmente defenestradas por ser imitación pobre de una política extranjerizante (Céspedes 1979: 66, 69). La separación de la paja y el trigo es común en el despliegue de ideologías políticas, pero lo central en este caso, que no se advirtió antes, es que la selección tiene efecto estatal porque dispone de los medios de su imposición simbólica –que es precaria y parcial en Bolivia, pero aun así hay un cambio de las cualidades porque lo estatal tiene mejores posibilidades de invisibilizar lo arbitrario de un contenido cultural.

Esta situación de intelectuales que acaban cumpliendo roles de proveedores y organizadores de la cultura como consecuencia de un relevo en el Estado se dio de modo previo

en otros países de América Latina. El caso más emblemático es el de la Revolución Mexicana de 1910, que consolidó un aparato de legitimación a través del desarrollo de instituciones culturales en cuyo diseño ciertos intelectuales jugaron un papel central. Como señala Miller (1999: 45 y ss) los intelectuales ya habían jugado un rol importante en el siglo XIX. Benito Juárez fue acompañado de personajes como Melchor Ocampo que contribuyó a la consolidación del proceso de reforma y posteriormente Porfirio Díaz, que despreciaba la actividad intelectual, hábilmente se acompañó de un grupo subordinado al poder militar que fueron conocidos como los “científicos”, pensadores de corte positivista que abastecieron los elementos de legitimación del Estado. No obstante cuando la revolución acontece y se ve que la dirección recae no en los líderes sublevados sino en diferentes actores más o menos anti-intelectuales muchos pensadores se imponen un auto exilio. Se tuvo que esperar hasta el gobierno de Álvaro Obregón para advertir un remozamiento de la necesidad de los intelectuales. Es importante notar, a diferencia del caso de Bolivia, que los intelectuales son llamados de modo posterior a los eventos violentos de la revolución. Existe poca evidencia de que estos pensadores hayan tenido roles activos durante las acciones de armas.

Obregón llamó a José Vasconcelos, que se había exilado en Washington desde el gobierno de Carranza, y lo posiciona primero como rector de la UNAM y posteriormente como secretario de educación. Desde esa posición Vasconcelos reorganiza la educación mexicana y, a partir de una filosofía particular del rol de la educación en la conformación de la nación, despliega una extensa y tupida red de establecimientos escolares, librerías y promoción de las artes con fuertes cargas sobre lo mexicano. Junto a Vasconcelos actuó Manuel Gamio que, dedicado a la antropología y la arqueología, diseñó la narración de los orígenes que daría paso a la recuperación de las dos raíces de los mexicanos, la española y la indígena, y serviría para fortalecer una perspectiva de los mestizo. Artistas como Diego Rivera o David Alfaro Siqueiros también fueron convocados y, a pesar de sus diferencias ideológicas, desarrollaron una obra pictórica que se sumó al acervo de la cultural nacional en ciernes. Este proceso no se realizó de modo sosegado, ya que el Estado, a pesar de su eficacia en moldear un sentido común, chocó repetidamente contra oposiciones que en ocasiones implicó una resolución violenta. La UNAM, por ejemplo, estuvo en varias ocasiones en el ojo de la tormenta ya que el rector Antonio Caso se enfrentó a grupos con horizontes más radicales que los del Estado. Sin embargo la relación podía transitar, como no era posible antes de la revolución, del encono a la negociación.

De un modo más conflictivo algo similar ocurrió en la Argentina con el peronismo. Del mismo modo que los gobiernos que siguieron inmediatamente a la Revolución Mexicana, el Peronismo estaba marcado por un fuerte anti-intelectualismo y a la vez notables pensadores eran reacios al peronismo (Terán, 1991). Las consignas de la época dan una idea de ello ya que tanto el difundido lema “alpargatas si, libros no” como las declaraciones de Eva Perón sobre el peronismo como fenómeno que se entiende con el corazón y no con la cabeza señalan la desconfianza que se tenía en los actores que hacían bandera de la racionalidad. Argentina es un caso especial en el que la oligarquía, modernizándose, retuvo de un modo considerable el poder sobre el país y a la vez las avanzadas liberales mantenían una relación de dependencia de las mismas; en otras palabras la intelectualidad respondía a las elites dirigentes. No obstante salvo excepciones, los gobiernos no se apoyaban tanto en los intelectuales como en el uso de la fuerza militar y los oficios de la iglesia para mantener el país dentro del orden (Miller 1999: 56-57). De ahí que haya una desconfianza popular que entronizó con la desconfianza militar a los intelectuales.

Siendo un gobierno con múltiples oposiciones, Perón jugó cartas diversas que incluyen la represión selectiva, la dispersión –a veces expresada como duplicación de organizaciones universitarias y de escritores- así como la cooptación por medio de la promoción de algunos escritores (James 2013). Dentro de la dinámica de cooptación es notable que el Estado se hizo uno de los más importantes financiadores de empresas culturales, lo cual justificaba alegando que la carencia de una cultura nacional hace al país proclive a convertirse en una semicolonía. El grupo FORJA, conformado por escritores revisionistas que encaraban la tarea de escribir la historia del país en una clave diferente a la mitrista o la Asociación de Escritores Argentino (ADEA) dirigidos por Leopoldo Marechal, son muestras del florecimiento cultural bajo la égida de Perón. De modo simultáneo Perón se apoyaba en escritores favorables al gobierno, tales como Raúl Scalabrini Ortiz, con quienes sin embargo mantenía una relación de altibajos que se traducían en la encomienda de importantes tareas seguidas de exclusiones agudas; similar a lo que ocurre con John William Cooke que, gozando en muchos momentos de la amistad de Perón, debe lidiar también con la humillante frialdad de ser ignorado y apartado de las decisiones importantes (Casullo 2007: 331). En este sentido, el gobierno peronista combinaba a partes iguales represión y control con el auspicio de figuras intelectuales: sus intelectuales tenían espacio abierto para difundir sus ideas a la vez que el Estado ponía coto a las opiniones divergentes de otros grupos.

La combinación de coerción y cooptación es el rasgo distintivo que se advierte en los tres procesos donde el Estado es modificado por procesos súbitos que involucran acción de masas y la caída de élites pre-capitalistas en favor de incipientes burguesías. La relación que los intelectuales mantienen con el Estado puede llevar a perder de vista los objetivos propios de los intelectuales y confundirlos con los objetivos más inmediatos de la lógica del poder. Enrique Krauze se refiere a los “siete sabios” de la generación del 15 en México señalando que

La actitud principal de Vasconcelos, actitud común a los hombres de 1915 (...) fue la de pretender instaurar en México el buen poder, la obra de beneficio colectivo, imponiendo a la realidad cruda y bronca de la Revolución, la sublime y ordenada de la ética absoluta y la técnica. Todos ellos fueron hombres con grados universitarios, ideas, libros y conferencias en sus hojas de servicios; hombres que quisieron embridar culturalmente la Revolución: caudillos culturales (Krauze 1999: 25)

Sin duda hay diferencias regionales de los proyectos que los intelectuales encaramados en el Estado pero estos no se reducen a la reproducción del poder. De naturaleza diferente, cuestionables desde ópticas muy diferentes, los proyectos realizados apuntaban a constituir una relación específica entre el Estado y la sociedad a través del fortalecimiento de las entelequias nacionales. México y el mestizaje, Argentina y el establecimiento de una arena política que tiene en cuenta a los sectores populares son, a su modo, proyectos exitosos. Bolivia y su mestizaje y su independencia económica quedan a medio camino como proyectos, pero ello no implica omitir la relevancia histórica de los acontecimientos.

Independientemente de la bondad o maldad de los proyectos que se llevaron bajo el auspicio del Estado, hay que notar que alrededor del descampado de los proyectos, los diferentes Estados se ensañaron contra posibles rivales y de ideas que compitieran contra el propio. La persecución, la prohibición, la censura, el arresto son algunas de las formas que los estados emplean para ejercer una represión que puede ser selectiva como generalizada. En términos estrictos, este es el devenir de los Estados: el reclamo del monopolio de la violencia legítima no está muy lejos del reclamo del monopolio de la violencia simbólica legítima. Dadas las condiciones de construcción de las entidades políticas en América Latina este reclamo no ha sido efectivizado cabalmente, pero no deja de ser uno de los objetivos recurrentes. Para esto, para abundar, recurrió a los intelectuales porque no todo puede reducirse a la represión y la fuerza coercitiva,

también es necesario proveer los materiales que se busca imponer como sentido común. Esto supuso la cooptación de agentes que pudieran ejecutar la tarea.

A pesar de este escenario, que parece promisorio porque abre mucho espacio para algunos pocos intelectuales privilegiados, la cooptación por parte del Estado suele ser más tormentosa. Nicola Miller considera el caso de José Vasconcelos: el secretario de educación que organizó la educación mexicana y luego publicó *La raza cósmica* era un convencido de una ideología latinoamericanista ya que consideraba que la particularidad del mestizaje era un dato del continente, no de un país. De ahí derivó que la integración de los diversos países del continente era el modelo que debía imponerse. No obstante sus esfuerzos quedaron contenidos bajo el plan general de Obregón, que dejó en manos de Vasconcelos un sin número de decisiones centrales sobre la organización cultural del país, pero sin dar cabida a ideas que pudieran atentar contra la fortaleza del Estado mexicano. Argentina o Bolivia no son extrañas a esta situación: los intelectuales producen un conjunto muy diverso de ideas y construyen sus propios horizontes, pero bajo el tutelaje de los hombres de Estado, más políticos y más pragmáticos en general, la producción de los intelectuales es seleccionada y reacomodada. Dentro de los proyectos estatales se podría decir que los intelectuales proveen materia prima cuando están dentro de su órbita, pero la arquitectura se define por los líderes como Juan Domingo Perón o Víctor Paz Estenssoro, circunscritos por otras circunstancias y respondiendo a una escala de cálculo diferente (ver Miller 1999: 245-6).

El ideal del intelectual militante.

La revolución cubana acaecida en 1959, de modo colateral, contribuyó a modificar la figura del intelectual en el conjunto de América Latina en la década de los 60 y 70. Habiendo partido de un movimiento de guerrillas, el gobierno de Fidel Castro se erigió en un referente de las luchas sociales en el continente, ya que el horizonte de inclusión de los sectores populares en el Estado cobraba materialidad. Su posterior devenir en revolución socialista le dio un matiz particular ya que desafiaba el pasado de las experiencias populares en América Latina que, cuando habían logrado cierta proyección política, se decantaban por seguir los modelos de desarrollo que se habían hecho hegemónicos desde las postrimerías de la Segunda Guerra Mundial. Esto caló de modo relevante en las concepciones de la izquierda, que hasta antes, en general, estaban ceñidas

por las concepciones etapistas de desarrollo de las sociedades, que prescribían que el socialismo sería alcanzado solo después de cumplir cierta consolidación del capitalismo y del desarrollo de las fuerzas productivas. A la vez, como reacción a la Revolución Cubana, desde Estados Unidos se desplegó una estrategia que no sin ironía vino a llamarse “doctrina de seguridad nacional” que con la excusa de pertrecharse contra el avance del comunismo, generó un clima represivo en el que las fuerzas armadas de los diferentes países jugaron un rol central.

La relación entre el gobierno de Fidel Castro y los Estados Unidos encarnó de modo espectacular un antinorteamericanismo que era bastante difundido entre la intelectualidad de los latinoamericanos. Eso le valió a Cuba aliados internacionales que coadyuvaron a la propagación de una imagen inclusive mesiánica de la revolución y la germinación de una mística de izquierda que se hizo canónica; el apoyo de escritores de la talla de Gabriel García Márquez, Mario Benedetti y de Mario Vargas Llosa, en un primer momento, o textos como *Escucha yanqui* de C. Wright Mills (1961) amplificaron los efectos de la revolución sobre la arena de la producción cultural. La participación de intelectuales hizo que Cuba se convirtiera en un epicentro de discusión de lo latinoamericano y de sus derroteros políticos y culturales que se refleja inclusive en el reclutamiento de escritores en la agencia *Prensa Latina* en la que por entonces participaron escritores como Jorge Masetti, Rodolfo Walsh y el mismo García Márquez.

Benedetti escribió que la Revolución Cubana “fue un sacudón que nos cambió todos los esquemas y que transformó en verosímil lo que hasta entonces había sido fantástico. Hizo que los intelectuales buscaran dentro de su propia área vital, motivaciones, temas y hasta razones para la militancia” (1968). Es esta propensión a la militancia motivada en la experiencia cubana que lleva a Nicola Miller (1999) a proponer la figura del intelectual militante. Según esta autora, el compromiso que habrían demostrado en el pasado los intelectuales, se permuta por un involucramiento directo y activo en los decursos políticos de los diferentes países de América Latina. Esto fue favorecido también por el ascenso, como señala Oscar Terán para la Argentina (1991), de la obra de Jean-Paul Sartre que desde su filosofía existencialista daba un lugar central a las decisiones y acciones que los individuos realizan: mantenerse como espectador es una decisión, que en el contexto de ese momento se revelaba como francamente conservadora.

Es en ese ambiente que la vía armada se convierte no solamente en objeto de discusión y aquilatamiento, sino que cobra materialidad en distintas experiencias: El propio Ernesto “Che” Guevara se lanza a la expansión de la lucha socialista en el continente tomando Bolivia como base de operaciones, en donde se relaciona con militantes del Partido Comunista y a la vez inicia la campaña del Ejército de Liberación Nacional (ELN). Años antes, en 1965, en Uruguay había comenzado a operar el Movimiento de Liberación Nacional Tupamaros dirigido por Raúl Sendic y contando entre sus miembros a un joven José Mújica (Aldrigui 2012). En Argentina al iniciarse los años 70 se forma el Movimiento Peronista Montonero, guerrilla igualmente inspirada en Cuba aunque modificando la lucha rural por la urbana. Los ya mencionados escritores de Prensa Latina, Masetti y Walsh fueron parte de estas organizaciones guerrilleras y fueron desaparecidos en el contexto de la represión militar en la Argentina. Estas experiencias, junto a otras igualmente influidas por la revolución de 1959 marcaron una forma particular de poner en comunicación las actividades de los intelectuales junto a las de los políticos.

Al considerar el valor que tuvo la Revolución Cubana en un cambio de los trayectos políticos e intelectuales del continente hay que tener presente cómo se fue gestando desde la misma América un cambio de paradigma. La puesta en marcha de la CEPAL en el escenario resultante de la posguerra puso a debate un conjunto de problemáticas que buscaban la especificidad de América Latina mientras que las teorías de la modernización –impulsada por Gino Germani- así como la teoría de la dependencia –desarrollada por Theotonio Dos Santos, Vania Bambirra, André Gunder Frank entre otros- eran expresión del impulso de pensar América desde sus singularidades. Así se abonó una independencia de pensamiento que era innovadora en la medida que lo genérico había sido pensar América como la imagen especular de Europa. Es esta ampliación de horizontes la que subyace a la velocidad de la propagación e intentos de réplica de la audacia cubana.

Sin embargo hay que tener presente que la diseminación del ejemplo cubano tuvo condiciones de recepción diferentes en los países de la región. Para el caso de Bolivia habrá que considerar dos dimensiones: por un lado la influencia en términos de temas a discutir y por otro lado la dinámica de la actividad intelectual.

En primer lugar los temas: La revolución cubana fue recibida por la intelectualidad como un hecho en definitiva central y decisivo. No obstante dos de las figuras nucleares de la producción intelectual de Bolivia tenían muy presente el hecho de que ellos ya había pasado por una revolución. Entonces, a pesar de la emoción que pudiese suscitar la revolución cubana, Sergio Almaraz Paz y Rene Zavaleta Mercado estaban inmersos en una reflexión de largo aliento sobre las formas en que claudicó la Revolución boliviana de 1952, las formas de dominación que son específicas a la formación social boliviana y la naturaleza de las fuerzas nacional populares de Bolivia.

Almaraz, nacido en los valles de Cochabamba, antes de la revolución de 1952 ya estaba implicado con las juventudes del Partido de la Izquierda Revolucionaria. Este partido, malinterpretando las condiciones sociales durante el gobierno de Gualberto Villarroel, azuzó a las masas precipitando el colgamiento de éste y de hecho devolviendo la iniciativa política a la Rosca Minera. Lo anterior llevó a Almaraz a alejarse del PIR y luego del Partido Comunista y mantener una postura crítica del MNR. Así cuando llega la revolución, Almaraz saluda la gesta de abril a la vez que mantiene una constante crítica contra las dubitaciones y errores de los gobiernos revolucionarios. Es desde esa experiencia que Almaraz reflexiona posteriormente sobre los movimientos pendulares de la política boliviana. Zavaleta, por su parte, deja su natal Oruro en 1953 para sumarse al impulso revolucionario y llegado a La Paz pasa a formar parte de la redacción de *La Nación*, periódico dirigido por Augusto Céspedes, pluma consagrada del nacionalismo revolucionario. Haciendo armas como periodista y escritor, Zavaleta pronto salta a un cargo de diputado y en 1964 asume por un periodo breve, cortado por el golpe militar de Barrientos, el Ministerio de Minas. Del mismo modo que Almaraz, Zavaleta buscará las causas que llevaron a la revolución nacional a naufragar en media empresa. Estas experiencias muestran cómo la revolución cubana se leía en Bolivia a través de los desfallecimientos de la revolución boliviana, lo que se tradujo en un atemperar que pasaba por considerar los nichos de la fuerza popular boliviana, tan disimiles a los cubanos.

Si bien iconos como Zavaleta y Almaraz siguieron una práctica intelectual que empalmó con la política, su estilo fue diferente al de otras figuras que se volcaron de modo decisivo por la vía armada bajo el influjo cubano. Gustavo Rodríguez Ostría describe de modo minucioso las aventuras y desventuras de los militantes del ELN boliviano después de la ejecución de Guevara en

1967. El texto, significativamente titulado “Sin tiempo para las palabras”, muestra cómo un conjunto importante de militantes del ELN estaba disuadido de que la fórmula para alcanzar el socialismo había sido puesta en descubierto en Cuba y que lo que se necesitaba eran una acción decisiva. De tal modo, personas que habían sido determinadas por la gesta cubana dieron la espalda a las discusiones, la escritura y el debate convencidos de que todo ello era redundante en un momento que se prestaba favorablemente para la lucha. Marcadamente distinto fue el estilo de Zavaleta o Almaraz, que sin desentenderse nunca de la política, encontraban una forma de intervención necesaria en la escritura. Así, la revolución cubana impacta sobre subjetividades en Bolivia a la vez que estas procesan de modos diferentes el hecho: Localmente hay una refracción de la influencia, a la vez que la influencia, huelga decirlo, no es homogénea entre diferentes actores.

La refracción local de las influencias internacionales no es una singularidad boliviana. En Argentina por ejemplo la revolución cubana se revela como experiencia valiosa en las postrimerías del gobierno de Perón, derrocado violentamente en 1955. Perón y las directrices de su gobierno habían mantenido una tensión notable tanto con los sectores liberales de la política del mismo modo que con los sectores intelectuales que no comulgaban con sus ideas, lo que favoreció una suerte de frente entre académicos y liberales. Si bien la universidad tenía influencia peronista, existían nichos de oposición tales como la revista *Sur* dirigida por Victoria Ocampo, que mantenía una posición liberal universalista que renegaba de lo que consideraba el populismo del gobierno. En una línea similar hay que considerar la revista *Imago Mundi*, fundada y dirigida por José Luís Romero, que pretendía erigirse como una iniciativa académica que exceda la obsesión por la política que, consideraba, se había impuesto en la Argentina, mermando el espacio para otros intereses.

Sin embargo, cuando cae Perón los intelectuales deben reconocer que algo había calado de modo profundo entre los trabajadores y otros sectores populares. No se trataba sólo de los gestos populistas, sino además de una nueva forma de pensar el país. El advenimiento de la Revolución Cubana va a encontrarse con estas búsquedas de reconocer en el Peronismo una potencia que no se agotaba en el carisma del líder sino que servía para vislumbrar horizontes políticos más ambiciosos.

Esta creencia del “giro a la izquierda del peronismo” sobre la que también pudo ilusionarse el Partido Comunista Argentino irá creciendo al compás de los acontecimientos locales y latinoamericanos, y adoptará rasgos obsesivos cuando se crea notar que la antigua rivalidad entre el peronismo y el comunismo se va transformando en un peligroso “noviazgo” (Terán 1991: 52, ver también James 2013).

Entonces la influencia de la Revolución Cubana no se instala en un vacío, sino que nutre una condición particular que se había gestado desde antes. Es fundamental en términos comparativos señalar que mientras la Revolución Boliviana se va erosionando hasta claudicar en 1964, el peronismo mantiene un vigor inspirado en la mítica que se construye por la interrupción violenta del gobierno y la toma del poder por parte de la “Revolución Liberadora” que proscribía el peronismo, que sin embargo siguió latente.

Chile, a su vez, apropiará la experiencia de la isla de otro modo. Como señala Francisco Zapata (1986: 10) desde los años cuarenta el país había incrementado la base de ciudadanía para sectores obreros y populares bajo el pacto tácito de que estos no intervinieran en política. En 1947 el presidente Gonzales Videla se abocó a embestir en contra de las organizaciones sindicales y a proscribir a los militantes, líderes y dirigentes de todas las tendencias que tuvieran un semblante filocomunista. De tal modo fueron expurgados de las listas de votantes y de los sindicatos a todos quienes se veían como subversivos (Borón 1975: 78). Recién en 1958 las tendencias de izquierda recuperan su carta de existencia pública y el Frente de Acción Popular (FRAP) comienza un largo trabajo de aglutinamiento y organización de los trabajadores, que a pesar de todo habían mantenido algo de sus organizaciones políticas. La acción sostenida desde entonces lleva a un incremento de la importancia del FRAP ya que crece tanto la filiación sindical, las protestas obreras y la votación de la izquierda, pasando de esmirriados porcentajes cercanos al 2% hasta pelear la presidencia de la república ya en 1964 y ganarla en 1970 liderados por Salvador Allende.

La relación entre el FRAP y el gobierno de La Habana era conocida y Miles Wolpin se anima a escribir que “[l]os socialistas y los comunistas que basaron su campaña en un apoyo activo a la Revolución Cubana, aumentaron sustancialmente sus porcentajes en el total de los votos populares” (Wolpin 1972: 474). El avance del socialismo en la política estaba flanqueado por una producción que problematizaba el lugar dependiente de Chile y América Latina en el continente:

Figuras de ellos son Enzo Faletto que como chileno compartía un espacio dinámico de discusión con otros intelectuales avocados en Chile como Celso Furtado y Anibal Pinto que participaban en la CEPAL y la FLACSO, que sin ser instituciones de izquierda, sirvieron como resguardo de pensadores socialistas que acompañaron el proceso chileno hasta el golpe de Pinochet en 1973. A diferencia de lo que ocurría en Bolivia o en Argentina, la revolución socialista era algo que en Chile se vislumbraba en el futuro de un modo menos conflictivo, ya que no habían pasado por una experiencia como la revolución de 1952 o el peronismo.

En síntesis, es relevante notar cómo un evento particular que ocurre fuera de las fronteras de un país puede servir como fuerza influyente sobre otros países. A la vez, es necesario tener en cuenta que estos eventos exteriores van a ser refractados localmente de acuerdo a una historia propia que condiciona la forma en que el evento exterior puede ser refractado. De tal modo hay que considerar que las figuras de los intelectuales que se producen y las formas materiales que efectivamente tienen lugar se tejen en medio de la tensión entre la autonomía local y las vinculaciones con otros países. Sin duda esta relación entre autonomía y dependencia puede ser complejizada dado que hay que especificar qué tipos de eventos o fuerzas provenientes desde el exterior son más influyentes, del mismo modo que cabe tener presente que hay que especificar las condiciones locales para absorber o repeler influencias externas.

El intelectual que emerge con marca étnica.

En páginas anteriores se habló de Gramsci y la noción de intelectual orgánico. Se mostró cómo durante la primera mitad del siglo XX actores de clase media se aproximaron a las clases trabajadoras con una postura que realzaba el rol histórico de estas. Sin embargo, como se habrá percibido, estos actores no calzaban de modo preciso con el concepto desarrollado por el marxista italiano. Gramsci sostuvo que el intelectual orgánico es aquel que emerge de una clase y se torna en organizador de la misma. Su organicidad proviene del hecho de que es parte de la misma clase a la que se dirige y para la cual dirige, en oposición a los intelectuales profesionales que cumplen las funciones de organización y producción cultural para otra clase: tal es el caso de los abogados, periodistas y académicos que sin ser propietarios de modos de producción, trabajan para la clase dominante. La literatura sobre intelectuales ha confundido frecuentemente la idea de “orgánico” imputando este rasgo a cualquier intelectual que exprese los intereses de la clase obrera. Hay que

desprenderse de este malentendido para ponderar lo específico del aporte gramsciano. Tanto la clase obrera como la burguesía –para hablar de modo esquemático- tienen sus intelectuales orgánicos, del mismo modo que hay intelectuales profesionales que se prestan a trabajar –por razones legítimas e ilegítimas- para otras clases o fracciones de clase.

La estructura y segmentación de los sistemas educativos va a marcar propensiones diferentes para que miembros de las diferentes clases sociales adquieran las destrezas que se valoran en los intelectuales. Por lo mismo no es raro que los intelectuales sean reclutados entre capas medias que se inclinan por lo cultural, estableciendo un campo que Bourdieu describió como “fracción dominada dentro de la clase dominante”. A pesar de la fuerza de reproducción de esta dinámica, hay que notar que entre las clases trabajadoras ciertas dinámicas favorecen la emergencia de intelectuales que son propiamente orgánicos aunque su rango de acción sea mucho más local al estar desprovistos de los medios de amplificación de su acción.

Algo de esto es expuesto por Florencia Mallon en *Peasants and the Nation*, donde se muestra cómo en las luchas campesinas en Perú y en México se puede detectar la acción de organizadores y productores culturales que juegan un papel central en la movilización. Estos actores, muchas veces profesores rurales o campesinos que han pasado por la escuela, están en posesión de disposiciones y dotes para relacionarse de modo contencioso con el Estado, y de ahí adquieren su posición como intelectuales. En tanto actores en tensión con el Estado, formalmente son partícipes de una arena de discusión pública, aunque ésta esté separada de los debates públicos que sostienen los intelectuales en posición de dirigirse a la sociedad. Cabe recurrir a la idea de Jürgen Habermas sobre la existencia no del público, sino de los públicos para entender cómo ciertos intelectuales orgánicos, con un radio de acción muy concreto –pero no por ello menos efectivo-, quedan al margen de las discusiones entre intelectuales profesionales. Esta segmentación de los públicos, no obstante, no es infranqueable y la condensación de potencia social puede superar los diques. Esto puede quedar más claro haciendo alusión a un proceso específico acaecido en Bolivia.

En los años 70 los bolivianos vieron eclosionar procesos subterráneos ocasionados por la Revolución Nacional pero que no habían sido ni previstos ni anticipados. Sobre la arena política empezaron a germinar dos tendencias diferentes pero con motivaciones similares: el katarismo y

el indianismo. En un contexto en el que el proletariado minero se constituía como principal protagonista y el discurso de clase era dominante en la izquierda boliviana, el katarismo y el indianismo emergen como fuerzas políticas que lanzan cuestionamientos profundos sobre las contradicciones centrales del país que, lejos de reducirse a cuestiones económicas, incluían una dimensión cultural. Estas fuerzas argumentaron que en razón de su cultura y etnicidad, seguían siendo ciudadanos de segunda clase y que los dispositivos coloniales que aseguraban su sumisión seguían en funcionamiento. A pesar de las resistencias tanto de la izquierda como de la derecha, tanto el katarismo como el indianismo fueron nutriéndose y generando un sentido común sobre la relevancia de su lucha aunque sus énfasis fueran diferentes. Mientras el katarismo, que es engendrado y cultivado en sindicatos campesinos, se asume como potencial dirección de un bloque histórico (como se advierte en el Manifiesto de Tiwanaku), el indianismo, conformado por experiencias más diversas, decididamente rompe con todo aquello que tenga impronta colonial, incluyendo la forma de organización sindical.

Es preciso relacionar cómo la Revolución Nacional a la vez sienta las bases que producen el katarismo y se convierte en uno de los blancos centrales de crítica: la revolución en sus primeros años decreto medidas de grueso calibre: se abolió el pongueaje, se inició la reforma agraria, se expandió la ciudadanía –y por tanto el voto- universal. La educación también pasó a ser universal y las minas fueron nacionalizadas. En las zonas rurales quienes habían estado sujetos al trabajo en las haciendas se convirtieron, de modo paulatino y conflictivo, en pequeños propietarios y para muchos de estos trabajadores la escuela y la universidad se convirtió en una opción para sus hijos. Sin embargo, el cuño monocultural de la ciudadanía ofrecida por el MNR demostró prontamente que para ser ciudadano había que dejar de ser indio, lo cual, por el pasado colonial de Bolivia, es menos sencillo por la raigambre de las divisiones en el sentido común. Así, a pesar de ser reconocidos como ciudadanos formalmente, los sujetos etiquetados como indígenas seguían siendo despreciados cotidianamente inclusive en espacios de trabajadores como la Central Obrera Boliviana. Sin embargo la promesa de ciudadanía había sido hecha y produjo un aumento de expectativa de derechos defraudada para quienes seguían siendo tratados como ciudadanos de segunda.

Dos de las figuras centrales del indianismo, Luciano Tapia (nacido en 1923, hijo de un minero y campesino) y Constantino Lima (nacido en 1933, hijo de un profesor rural), ambos de

orígenes rurales en el departamento de La Paz, tienen experiencias del régimen pre revolucionario en las que anotan la magnitud de la violencia colonial tanto en el campo como en la ciudad (Tapia 1995; Mamani Ramírez 2011). Ambos, aunque por diferentes medios, se van involucrando en política aunque de un modo que podría tildarse de circunstancial ya que por entonces no se hacen miembros orgánicos y a largo plazo de una organización, aunque no es escollo para que vayan proyectándose como dirigentes efectivos en ciertas circunstancias. Ambos acaban conociéndose en la cárcel durante un periodo de represión por parte de la dictadura de Hugo Banzer y desde entonces proyectan la necesidad de establecer un partido (el Movimiento Indio Tupak Katari MITKA) que cuando llegue la transición a la democracia será el instrumento que lleve a ambos al parlamento. Lo distintivo de la posición política de Tapia y Lima es el rechazo a todas las expresiones políticas europeo-occidental, incluyendo el espectro político izquierda-derecha; constituyéndose como un ala radical y contestataria.

A diferencia de los indianistas, los líderes kataristas son más jóvenes y su experiencia con el orden pre-revolucionario es más corta. Jenaro Flores (nacido en 1941) y Raimundo Tola, ambos hijos de campesinos y dos de los principales activadores del katarismo, concluyen la escuela y prosiguen sus estudios en la ciudad de La Paz en donde empiezan a conformar grupos culturales, como el Movimiento Universitario Julian Apaza (MUJA), en los que se resalta la herencia de lucha indígena y “redescubren” la figura de Tupaj Katari. A su retorno a sus pueblos, se hacen parte de los sindicatos y hacen un trabajo secular lejos de los núcleos de la organización, en ese momento todavía cooptados por el Pacto Militar-Campesino que subordinaba los sindicatos campesinos al Estado. Es en la actividad sindical campesina y en la COB donde la experiencia con diferentes tendencias de izquierda es parte de la dinámica diaria y consustancial a la lucha política. En contra de las fracciones campesinas que apoyaban el Pacto Militar-Campesino, el katarismo va sumando adeptos hasta que la Matanza del Valle en la que la dictadura de Banzer ataca campesinos en Tolata y Epizana, acaba de decidir a la mayoría de los campesinos por la opción katarista, francamente enfrentada al gobierno (Hurtado 1986; Rivera Cusicanqui 1986). Es en el anclaje en el nicho sindical y la convivencia tensa pero productiva entre tendencias de izquierda que se emiten los documentos que fundan el partido Movimiento Revolucionario Tupak Katari (MRTK) como una expresión autónoma del katarismo a la vez que abierta a desplegar una lucha conjunta que aúne los temas económicos con el reconocimiento de las diferencias culturales.

Ahora bien, el perfil muy escueto de las dos tendencias remite menos a un trabajo de intelectuales que a una actividad francamente política. De hecho, salvo algunas excepciones como la biografía de Luciano Tapia, los dirigentes indianistas y kataristas no conceden demasiado tiempo a la producción teórica, ni siquiera a la escritura en general. Lo que sí dejan en sus trayectorias es una estela que es retomada por otros actores, indígenas y no indígenas, que reflexionan sobre la importancia de la perspectiva y accionar de estos líderes. No obstante hay que tener presente también la participación de otros actores laterales. Por ejemplo, el manifiesto de Tiawanacu de 1973 es un documento en el que se sientan las bases de un programa de reconocimiento de derechos de los indígenas ante la falta de concreción del proyecto de la Revolución de 1952. No obstante está en disputa la autoría del Manifiesto, ya que hay indicios de que la proximidad con la iglesia católica habría orientado el documento si es que no es un miembro del clero el directo autor. Así, la actividad de organización de estos actores, más ajustados a la definición de intelectual orgánico, no transcurre sin situaciones complejas en las que actores laterales son necesarios para la cristalización de una postura política en una tendencia.

A pesar de lo expuesto, es notable que Fausto Reinaga, figura central del pensamiento indianista, no esté vinculado orgánicamente con las tendencias políticas de inicios de los años 70. Reinaga, nacido en 1906, antes de tornarse en ícono del indianismo escribió con simpatía por el gobierno de Gualberto Villarroel y por los planes de reforma agraria que, desde su lectura marxista, lo aproximó a las posturas nacionalistas de la época (Reinaga 1953). Sin embargo, luego de familiarizarse con el socialismo real en Europa, Reinaga renegó de su pasado y entonces escribió sus textos más conocidos, entre ellos *La revolución india* en la que postula justamente que “hay que sacar a Marx y a Cristo de la mente indígena”, reflejando el rompimiento con el mundo occidental. Reinaga se tornó en una figura que fue creciendo con el pasar de los años por la divulgación e influencia de sus libros, muchos de ellos escritos con una pluma flamígera que hería las sensibilidades coloniales. No obstante es llamativo que figuras centrales de la política india se refieran a él como una figura extravagante, lejana a las preocupaciones concretas y con quien no se cruza más que algunas palabras (Mamani Ramirez 2011: 135). Entonces, si bien es posible reconocer una dimensión intelectual en tanto intelectual orgánico en las tareas de Tapia, Flores o Lima, la posición de Reinaga es más bien debatible, ya que es visto como un profesor universitario alejado de aquello a quienes quiere expresar, un intelectual profesional.

La objeción inmediata que se planteara a esta problematización es que solo se toma una faceta de clase y se deja de lado la identidad étnica. No obstante la construcción dinámica de la etnicidad y la superposición de modos de clasificación (fiscales coloniales, positivistas que oponen civilización y barbarie, raciales de impronta social darwinista, lingüística, ocupacional, autoidentificatorios) es menos un dato que permita someter a un control metodológico las variables y se convierte por si misma en parte de la dinámica que hay que explicar. De cualquier manera, en esta sección se procuró enfatizar la emergencia de una fracción que se ajusta más a la idea de “intelectual orgánico” de Gramsci aunque sus rasgos propios no lo habiliten a entrar en una arena intelectual y participar del tipo de debates públicos que convencionalmente se suponen los diacríticos. De todos modos, en los capítulos que siguen se abundará más en las determinaciones de lo que por el momento se puede etiquetar como intelectuales indígenas.

Tipo ideal para analizar intelectuales.

En las páginas precedentes se ha hecho un repaso sintético y apretado de los intelectuales bolivianos durante el siglo XX, contrastando constantemente estas experiencias locales con las de otros países. El propósito es disponer de elementos históricos significativos que permitan pensar las tensiones en las que la figura de un intelectual aparece y asume una fisonomía y no otra. Desprendiendo los ropajes locales, de los devenires particulares de las situaciones expuestas y de los factores anecdóticos la revisión permite proponer cuatro tensiones recurrentes que en las páginas precedentes se destacaron para facilitar el contraste. Estas tensiones son las siguientes:

Campo intelectual	
Autonomía	Heteronomía
Capacidad de refracción de la influencia de otros campos	Incapacidad de refracción de la influencia de otros campos
Relación con el Estado	
Coerción	Cooptación

Censura y persecución estatal Disidencia, subversivos	Subordinación al Estado ideólogos del Estado
Ámbito nacional	
Autonomía	Heteronomía
Impermeabilidad a la influencia internacional	Influencia internacional determinante
Rol en función de la clase de pertenencia	
Orgánico	no-orgánico
Identificación de intereses con la clase de pertenencia	Identificación de intereses con otras clases

Cabe detallar estas tensiones.

La primera recurre al concepto de campo de Bourdieu y es pertinente porque a diferencia de lo que sucede en países europeos, donde las certificaciones educativas sirven de entrada a un mundo de productores intelectuales y sirve de dique a la intrusión de actores advenedizos, en los países latinoamericanos la producción intelectual valora ciertas destrezas de “cultura legítima” que, sin embargo, no alcanza para mantener barreras infranqueables. Es decir, mientras en los países donde la autonomía del campo es alta, las intromisiones de otra naturaleza son parcialmente refractadas. En cambio en países en los que el campo es más bien heterónimo, la naturaleza del debate intelectual puede ser interferida por influencias externas a la práctica misma de los intelectuales. Ahora bien, cabe hacer una distinción abstracta pero necesaria: Al hablar de los intelectuales no hay que asumir que hablamos del campo académico, ya que el campo académico puede cerrarse sobre sí mismo –como pasa en las discusiones sobre partículas subatómicas-, pero el intelectual no, puesto que de todos modos se dirige al público (o a públicos diversos) y su valor específico depende hasta cierto punto de la validación externa; y en esto es análogo al político que para poder ser consagrado debe ser reconocido por la población. Siendo ambos polos extremos ideales, se da por descontado que no hay un campo que sea o completamente autónomo o completamente heterónimo. Las condiciones concretas estarán en

algún lugar entre ambas posibilidades como lo muestra la diferencia entre los intelectuales franceses del *affaire Zola*, tan autónomos que fundaron la imagen perdurable de la independencia del intelectual, y la universidad peronista que los detractores de ese proceso describen.

La segunda tensión que se advierte significativa para la comprensión de los intelectuales es relativa a la relación que se establece con el Estado. Si bien la autonomía de un campo puede ser vulnerada por fuerzas de muy distinta naturaleza, la revisión hecha de las experiencias boliviana y latinoamericanas permite sugerir que el Estado es especialmente preponderante en la práctica intelectual. Por un lado la tensión tiene la posibilidad de la coerción, que en la historia se ha expresado a través de la censura, la persecución y el exilio de los intelectuales disidentes o aparentemente disidentes. Por la otra parte se tiene la cooptación que el Estado hace de los intelectuales: incluye su trabajo o inclusive a ellos mismos a la esfera del gobierno de un modo subordinado a las razones de Estado y a las decisiones políticas. Esta tensión entre cooptación y coerción ha sido ampliamente desarrollada por Nicola Miller, quien advierte que, a pesar de las imágenes románticas sobre los “presidentes poetas” de América Latina (referencia hecha a partir de Rómulo Gallegos), conviene reconocer que los intelectuales nunca han sido axiales en su participación en política. De ahí que el extremo de la tensión sea cooptación y no algo como “función estatal” simplemente.

La tercera tensión pone en el nivel de país el tema de la autonomía y heteronomía de la labor intelectual, aunque no necesariamente corren en paralelo. Se vio con el ejemplo de la Revolución Cubana cómo un fenómeno puede influir sobre otros países a la vez que estos tendrán condiciones diferentes de recepción. La autonomía del campo intelectual puede ser entendida más cabalmente haciendo referencia a un país como los Estados Unidos, para cuyo campo lo que se produce fuera de sus fronteras tiene en el mejor de los casos valor antropológico sin que ello altere radicalmente las coordenadas de su discusión. Algo muy diferente puede señalarse para casos de países coloniales en los que desde las metrópolis se pueden prohibir de modos más o menos efectivos ciertas manifestaciones. Sin necesidad de pintar un cuadro dramático, algo similar se puede advertir en América Latina cuando las modas intelectuales europeas llegan tarde y descontextualizadas y tienen una vida relativamente corta pero efímeramente dominantes –Como fue *Imperio* de Toni Negri al iniciar el siglo XXI.

Finalmente la cuarta tensión es la relativa a la organicidad de los intelectuales, retomando un tópico de larga trayectoria que muchas veces ha tendido a malinterpretarse en aras de dar relieve a la política de izquierda. Para este tipo ideal he optado por una posición defensiva en la que la clase social de adscripción del intelectual debe corresponder con la clase para la cual habla y desde dónde habla; entonces estaremos frente a un intelectual orgánico y no cuando actores se dirijan a o hablen por lo que someramente podemos llamar las clases trabajadoras. A la vez, hay que tener presente que un intelectual no-orgánico también se ajustaría a lo que Gramsci llamó “intelectuales profesionales” ya que son actores que tampoco responden a los intereses de su clase, sino a los de la burguesía –o dejando de lado los intereses de clase burguesa, trabajan para la clase obrera. Esta definición no deja de ser problemática ya que subyace un problema que Gramsci, dentro de su marxismo no se planteaba: ¿es posible saber cuáles son los intereses de una clase evitando remitirse a la deontología teleológica de la lucha de clases marxista? La cuestión es seria, primero porque al tomar en cuenta la lógica del intelectual orgánico hay una aproximación a los principios marxistas de la lucha de clases, aunque ello no signifique asumir el gran metarrelato de las leyes del desarrollo histórico.

Tomadas por separado, las tensiones señaladas permiten mantener criterios de discernimiento para el estudio de los intelectuales. Pero por si mismas no componen un tipo ideal. En aras de poner en funcionamiento este tipo ideal hay que poner estas tensiones en relación mutua.

Estado			
Cooptación			
	1	2	
Campo intelectual			
Autonomía			Heteronomía
	3	4	
Coerción			

Al poner en relación la tensión sobre la relación con el Estado y la condición de autonomía o heteronomía del campo intelectual surge un nudo sobre el lugar de los intelectuales orgánicos. Si bien la imagen del intelectual idealizado proclama la independencia de éste, al tomar en cuenta tanto la dimensión estatal como la del campo académico se ve que el intelectual orgánico se encuentra más cerca del polo de la heteronomía por el hecho de que su actividad se define en función de una correlación de fuerzas políticas y su labor al servicio de una de estas. En contra de las intuiciones inmediatas, el intelectual orgánico es el que ve su lugar más sobredeterminado por la política y los momentos de construcción de hegemonía. Lo anterior no significa que los intelectuales profesionales sean a su vez los que gozan de la autonomía. De hecho, un intelectual profesional que está inmiscuido en los *affairs* cotidianos de la política, también está sujeto por la coyuntura de los conflictos entre clases. De tal modo tanto los intelectuales orgánicos como los profesionales van a situarse en las proximidades del polo de heteronomía (cuadrantes 2 y 4 del gráfico).

Una lectura precipitada podría llevar a pensar que los intelectuales profesionales ocupan el cuadrante dos y los orgánicos el 4, pero no es así. Como se vio de modo recurrente con diferentes figuras notables como Mariategui o Marof, aun cuando podrían tener alguna proximidad con las clases trabajadoras, ellos eran al final del día intelectuales profesionales que por diferentes razones personales y mecanismos sociales, acaban alienados con los intereses de una clase a la que no pertenecen en el sentido estricto de la palabra. Ellos fueron los intelectuales profesionales de la clase obrera en momentos precisos y compartieron espacio con intelectuales orgánicos opuestos al poder. En cambio los también mencionados Jenaro Flores y Raimundo Tambo, como organizadores del katarismo en la década de los 70, si se ajustan a la idea de intelectual orgánico de sectores subalternizados: su paso por la escuela y la universidad los prepara pero no los separa de su nicho social. Del lado de la coerción y la heteronomía se cuentan, entonces, tanto intelectuales profesionales como orgánicos.

En el cuadrante dos, cerca de la cooptación y la heteronomía, se va a contar también con intelectuales orgánicos tanto como profesionales. Entre los orgánicos están como ejemplos los dos íconos de la primera mitad del siglo XX, Tamayo y Arguedas: miembros de la elite que hace el relevo en el desenlace de la Guerra del Pacífico y desde su posición proveen matrices para emprender la construcción del proyecto hegemónico del ciclo del estaño. En otros momentos

históricos y en otras latitudes saltan con más fuerza los intelectuales profesionales que cumplen funciones de legitimización del orden: Scalabrini Ortíz para el peronismo, Vasconcelos para Obregón, Céspedes para el nacionalismo revolucionario: cercanos a las cúpulas que hacen relevo en el Estado en momentos fundantes, inclusive ellos mismos parte de esas cúpulas que sin embargo están calificadas y gobernadas por otras. Sobre el eje de cooptación y coerción e inclinado hacia el polo de la heteronomía se dibuja entonces el conflicto ideológico político. En las proximidades del Estado se encuentran sus gestores y defensores de layas diferentes: organizadores, operadores y dirigentes. Entre ellos, los escritores, los que apuntan al público para inocular las ideas que legitimen el orden. Al frente, los contestatarios, igualmente diversos, opuestos al Estado y enfrascados en la lucha contra este.

Pensado en términos de la organicidad de los intelectuales, el polo de la autonomía del campo parece quedar vacío. El campo, para redundar, es más autónomo en cuanto tiene más capacidad para refractar la influencia de los otros campos, que en el caso que nos ocupa, es el político. Lo cual tiene una consecuencia inmediata relevante: el intelectual más autónomo será a la vez el más inocuo políticamente justamente porque está lejos del espacio donde tienen lugar las intervenciones políticas y a la vez la distancia social respecto de las fuerzas sociales actuantes es más grande: es justamente el problema de la torre de marfil, de quien munido de todas las credenciales de especialista se expresa para un público igualmente especializado en temas que suelen estar más allá del interés de la mayoría del público. Como se vio al traer a colación el caso de los intelectuales franceses de inicios del siglo XX, la constitución de este espacio de autonomía necesita mucho de la acción estatal en cuanto a la institucionalización del sistema de enseñanza y la instauración de un ideal meritocrático. Una universidad dotada de recursos y a la vez separada de la política permite la aparición de una capa intelectual desanclada de las rencillas inmediatas de la política.

El mismo ejemplo francés, no obstante, muestra que el ideal meritocrático que no se plasma en un acceso meritocrático a las élites gobernantes instaura otro tipo de conflicto propio dentro del campo intelectual: Aquel que enfrenta a los que mantienen las posiciones hegemónicas del campo con quienes se ven coartados en su ascenso e incorporación, que, como ha mostrado Bourdieu, se traduce en conflictos por sucesión y subversión. En este caso estamos hablando de un tipo de competencia y lucha que se establecería entre los ocupantes de los cuadrantes 1 y 3 del

gráfico: sobre el eje de cooptación y coerción pero del lado de la autonomía. En términos abstractos esta pugna no es el espejo de la lucha entre los cuadrantes 2 y 4 porque involucra a fracciones de clase privilegiadas, aunque globalmente subordinadas, que pugnan por el dominio de lo universitario. Si se puede reconocer fracciones de clase en la oposición entre los cuadrantes 1 y 3, hay que derivar algo interesante: los intelectuales, diríamos más académicos, pueden convertirse en intelectuales orgánicos de su propia fracción de clase. La condición de esto es precisamente que se hayan dado las condiciones para que esta fracción tenga consistencia como tal y no sea simplemente un agregado de actores atomizados, y esto devuelve el tema de los intelectuales a preguntas por la conformación y consistencia de las clases intermedias.

Partiendo de la plausibilidad de los puntos anteriores, apoyados en evidencia histórica, cabe preguntarse por los vasos comunicantes que existen entre los polos de la autonomía y la heteronomía, que en este caso implica preguntar también por lo que sucede cuando las fracciones de clase más “académicas” son débiles e inconsistentes. Al final de cuentas ¿las pugnas académicas transfiguran, reflejan o hacen mimesis de las pugnas políticas? Esta pregunta todavía supone que entre los académicos y lo político puede dibujarse una línea que separe los espacios en cuestión.

Capítulo 3

El espectro de discursos sobre la nación

Este país quiere ser otro país

Nacionalismo y coloniaje

Carlos Montenegro

Introducción.

Postal 1) El año 2000 el Paraninfo del Monoblock central de la Universidad Mayor de San Andrés de La Paz albergó el Foro Debate YPFB vs Capitalización. La ocasión congregó a diferentes personalidades para discutir los efectos de la capitalización en el sector de hidrocarburos; entre ellos el senador de Conciencia de Patria (Condepa), Andrés Solíz Rada y el representante de la Coordinadora del Agua, Oscar Olivera Foronda. En su participación Olivera, emblemático ícono de la organización que pocos meses antes había expulsado a la empresa privada que distribuía agua en Cochabamba, apostaba por una reflexión en la que señaló que los “componentes básicos de la nación (...) somos todos los que no vivimos del trabajo ajeno” (Olivera Foronda 2001: 135) y oponía esta colectividad a la élite burocrática y a los “capitalistas angurrientos”. A su vez, el senador Solíz Rada indicó que el desafío político del país era aunar los horizontes que fortalecen a la nación en sus diferentes vertientes en contra del gobierno servil a los intereses extranjeros: “En fin, juntar los sueños del Mallcu [sic], de Oscar Olivera y de Carlos Palenque con la valentía de Marcelo Quiroga Santa Cruz y la profundidad analítica de Carlos Montenegro, Augusto Céspedes, René Zavaleta y Sergio Almaraz” (Solíz Rada 2001: 153). En ese momento, en esa discusión específica, lo que separaba a ambos expositores era una mirada particular sobre el Estado. Olivera apostaba por la organización autogestionaria de la sociedad mientras que Solíz Rada enfatizaba la

necesidad de un Estado fuerte. Ambos coincidían en que la nación es una colectividad cohesionada políticamente y su antagonista eran poderes económicos y políticos extranjeros y un gobierno funcional a ellos.

Postal 2) Durante el año 2003, en Santa Cruz, la ciudad más importante del oriente de Bolivia, el arquitecto Sergio Antelo publicó un texto autofinanciado en el que desarrollaba las tesis presentadas en el Manifiesto del Movimiento Autonomista Nación Camba de 2001. En este libro Antelo denunció que el “Estado canalla” de los Andes se extendió sobre un territorio que no le pertenece, ya que allá, en las tierras bajas, existe una nación, la nación camba. Según el autor “Los cruceños tienen un profundo sentido de nacionalidad (diferenciada) con relación a Bolivia, se identifican plenamente con su territorio al que juzgan propio y tienen formas de hablar que los hace ‘diferentes’ del saldo de congéneres de América Latina” (Antelo Gutiérrez 2003: 21). Esta identificación particular de los cruceños se debe a que supuestamente son mestizos “mezcla de dos o más razas” (op. Cit. 75). En esta línea de razonamiento la tarea que tenían los cruceños era apostar por constituirse en un Estado o por lo menos abogar por un federalismo que los libre de la tutela del Estado colla⁴.

Postal 3) El año 2008 la editorial Plural de La Paz publicó “Derrumbe de la Res pública”, texto en el que Jorge Lazarte Rojas se remite a tres momentos electorales (2002, 2004 y 2005). “Derrumbe de la Res pública” sostiene que la etnicización de la política se ha efectuado en desmedro de la unidad del pueblo y de la nación, reproduciendo una lógica de apartheid en la que ciertos estamentos son beneficiados. Lazarte en ese momento lanza sus ataques más audaces en contra de otros dos intelectuales prominentes del mundo académico: Xavier Albó, cura jesuita que por décadas ha defendido los derechos de las naciones indígenas, y Álvaro García Linera, vicepresidente de la, por entonces, República de Bolivia.

Postal 4) El equipo de investigación integrado por Mario Murillo, Ruth Bautista y Violeta Montellano presentó en 2014 la investigación financiada por el Programa de Investigación Estratégica en Bolivia (PIEB) en el marco de la convocatoria “la nación en tiempos del Estado plurinacional”. El trabajo sostiene que las etiquetas de identidad que se utilizan desde el Estado

⁴ A lo largo del texto se encontrarán diversas grafías de “colla” [qulla, kolla] debido a que diferentes autores escriben de modo diferente. Se ha optado por no homologarlas porque cada una de estas expresa posiciones ideológicas particulares de los autores en cuestión.

para producir una nación o lo plurinacional buscan estabilizar, controlar y administrar una dinámica que funciona de modo fluido, móvil y contradictorio. El trabajo sostiene que la identificación con la nación no emerge ni solamente por la imposición estatal ni emana de abajo como producto natural de la sociedad. En la Isla del Sol, donde se hizo la investigación, se advierte que las formas de construir nación remiten a un entramado ch'ixi donde se entrelazan lógicas estatales y sociales sin llegar a fundirse. En base a este razonamiento critican la postura del más reciente texto del vicepresidente del Estado Plurinacional, Álvaro García Linera, en el que la identidad sigue siendo una forma de dispositivo estatal de administración de la población.

Cuatro postales distribuidas en un periodo de quince años en la Bolivia de inicios del siglo XXI. Cuatro postales que muestran cómo, de modo recurrente, diferentes escritores se han referido al tema de la nación, su especificidad y las formas de construirla. A pesar de que hablan sobre la nación en Bolivia, parece no haber una solución de continuidad entre las diferentes posturas que se han mostrado. De hecho es posible que no sea posible concatenar en un solo movimiento las cuatro posturas expresadas, no hay un arco de desarrollo ni un movimiento dialéctico que les de coherencia.

La falta de ligazones no debe, empero, llevar a descartar sus rasgos comunes. Por un lado está el hecho de que en los cuatro casos hay conflictos en curso. En (1) está la oposición entre la perspectiva que favorece el rol del Estado frente a la organización desde abajo en la construcción de la nación. En (2) hay una decidida toma de partido por la perspectiva de que el Estado es la negación de la nación, pero ya no estamos en clave de clase, sino en clave étnico-racial. En (3) y (4) siendo que son dos posturas con muy poco en común se ve que hay un remitirse común: se debate en contra de los planteamientos del vicepresidente García Linera. Es esta situación de conflicto lo que debe atraer la atención: ¿qué está en juego? Nombrar la nación sin duda, asignarle un contenido, pero ¿cuáles son los modos de hacerlo? ¿Qué implica nombrarla de un modo o de otro? Otro aspecto que aparece es el Estado, sea vilipendiado o enaltecido, rechazado o necesitado, el Estado es parte de todo el entuerto relativo a la nación. Estado y nación, Estado-nación, Estado plurinacional. Nombrar en este caso no es un simple señalar, es definir los parámetros de organización de una colectividad, la extensión de una comunidad imaginada, el núcleo (o núcleos) alrededor del cual se pretende construir algo.

En este capítulo el tema central serán estas diversas formas de nombrar la nación, de darle contenido, de defenderla en una arena política en la que la nación no es un tema resuelto, sino más bien uno candente y decisivo. Para dar cuenta de esto el capítulo está organizado en dos secciones: En la primera se retoma la tensión que opone el modernismo del primordialismo para analizar cómo se ajusta la producción literaria del país a este modelo, arrojando como resultado un espectro que difícilmente puede reducirse a la polaridad mencionada. Los discursos sobre la nación, al ser analizados, desbordan los compartimentos estancos que supuestamente las organizan, pero es en función de la polaridad que se puede resaltar la singularidad de las formas de discurso sobre la nación. En la segunda sección se aborda el conflicto en torno al Estado y cómo este ha sido evaluado tanto en términos abstractos como históricos en lo que respecta a la construcción de la nación. Se muestra cómo se conforman bandos entre los defensores y los detractores del Estado, revelando aristas adicionales de lo que diferentes autores consideran que es una nación.

A través de las categorizaciones propuestas se busca dar cuenta de las formas en que se organizaron las corrientes de pensamiento sobre la nación dentro de un espacio de discusión contemporáneo. Es posible que el cuerpo de literatura sobre la nación pueda ser organizado a partir de otros principios de lectura distintos a la relación con el Estado o la oposición primordialismo-modernismo. Sin embargo el trabajo de organización a partir de estos dos ejes permite resaltar aspectos centrales de las oposiciones que están en juego en el campo político e intelectual, sin que ello implique descartar otras aristas de la problemática. El objetivo del capítulo es mostrar cómo hay una variabilidad de los discursos posibles de ser organizados bajo categorías que enfatizan continuidades y rupturas. Se toma el periodo 2000-2014 empleando la noción de Zavaleta de momento constitutivo en el que se reconoce una primera fase de vaciamiento ideológico, que dará las bases para una forma de discursividad que se modificará al entrar en la fase de disponibilidad social.

Variantes entre lo político y lo cultural

Esquema de progresión

1. El discurso sobre la nación desde la perspectiva “eticista”
 - a. Acentos relevantes en lo cultural

- i. Felipe Quispe, Idon Chivi, José Luís Saavedra, Simón Yampara, Félix Patzi
 - b. Centralidad de lo político
 - ii. Occidente: Silvia Rivera, Fernando Untoja, Pablo Mamani, Álvaro García Linera, Lucila Choque
 - iii. Oriente: Xavier Albó, Isabelle Combes, Elias Caurey
 - iv. Nación Camba: Sergio Antelo, Carlos Dabdoub
- 2. El discurso sobre la nación desde la perspectiva de instituciones
 - a. Acercar lo político y lo cultural
 - i. Fernando Mayorga, Gonzalo Rojas, H.C.F. Mansilla, María Teresa Zegada, Moreno, Wilder Molina, Yuri Torrez
 - b. Escepticismo sobre la aproximación de la política y lo cultural
 - i. Nicolas y Quisbert, Mario Murillo, Luciana Molina
 - c. Primacía de lo Político
 - i. Jorge Lazarte
- 3. El discurso sobre la nación: variantes de mestizaje
 - a. Múltiples mestizaje: Carlos Toranzo
 - b. Lo indo-mestizo: Andrés Soliz Rada
 - c. Mestizaje como encuentro de civilizaciones: Carlos Mesa

En esta sección se ensaya organizar los textos sobre la nación a partir del criterio más divulgado que existe en la literatura especializada del tema. Como se detalló en el capítulo 1 existen dos grandes tendencias de pensamiento al reflexionar sobre la nación: Por un lado la vertiente modernista que pone énfasis en el hecho de que la nación es un producto moderno y que su construcción es dependiente de hechos políticos relativos a la ciudadanía y a la edificación de rituales que promuevan la lealtad a la nación. Por supuesto que se considera una parte cultural, pero en esta lectura la cultura nacional es un efecto de procesos determinados en la arena política. La otra vertiente señala que para poder construir una nación es necesario un sustrato cultural—hay una discusión vigente sobre los grados de profundidad de este sustrato- que permite que el hecho político tenga lugar. Siendo este un debate vigoroso en ciencias sociales no es extraño que encuentre su expresión particular en el contexto boliviano.

Como Secretario Ejecutivo de la Confederación Sindical Única de Trabajadores Campesinos de Bolivia (CSUTCB), Felipe Quispe Huanca ocupó la palestra pública como un líder político desafiante que atacó el tablero de la gobernabilidad neoliberal. Produce un revuelo mayúsculo al sugerir que en Bolivia existen dos Bolivias: la Bolivia de los blancos y mestizos que viven de explotar a la otra Bolivia, la indígena. Durante el año 2000 convocó a exitosos bloqueos de caminos que pusieron en vilo al gobierno del General Hugo Bánzer y lo tornaron en el principal antagonista no sólo del gobierno, sino del *statu quo* neoliberal que, funcionando en clave multicultural, no encontraba la forma de procesar la radicalidad del discurso de Quispe.

Teniendo mucha cobertura mediática pero a la vez muchos anticuerpos en la sociedad no-indígena, Quispe declaró

[A]ncestralmente nosotros hemos sido nación y lo seguimos siendo, porque tenemos nuestra propia cultura, nuestra propia religión, nuestras propias leyes, nuestro propio territorio. Y tenemos hábitos, costumbres, formas de vivir que vienen de tiempos inmemoriales. Entonces por ellos seguimos reclamando nuestros derechos.

Tiempo después, el gobierno de Bánzer no vio otra salida a la presión de los bloqueos de caminos en el altiplano boliviano y respondió con el despliegue de los aparatos represivos del Estado. La acción conjunta de policías y militares concluirá con muertos y heridos. En respuesta a la acción represiva del Estado Quispe declaró en la ONG Caritas el 1 de octubre de 2000:

Nosotros les hemos llamado a ustedes, les hemos dado nuestro territorio, les hemos alojado a ustedes, extranjeros ¿y ahora? Nos matan, ¡Carniceros!, y ahora ¿por qué no me matan a mí? ¿Por qué matan a mis hermanos quechuas? ¿Por qué matan a mis hermanos aymaras? (...) El único delito que hemos cometido es reclamar justicia y libertad, el único delito que hemos cometido es reclamar poder político que nos devuelvan a nosotros [sic] (...) Me da pena ver a esos sanguinarios, se han manchado con la sangre indígena, si no hubiera indios ustedes no serían gente, nosotros somos sus fusiles de ustedes. Nos han manejado, hemos sido sus instrumentos, hemos sido masas votantes y escalera política de estos q'aras. (Declaración en Caritas, 1 de octubre de 2000)

Por un lado se advierte que Quispe recurre a la doctrina básica con la cual se define una nación en términos primordialistas: cultura, territorio y religión que forman un entramado cerrado, completo. A la vez, con la declaración en Caritas, el Mallku señala las brechas que separan

a su nación de los otros: primero los q'aras son extranjeros (sin importar que hayan nacido en Bolivia) por el hecho de que son quienes dan continuidad a una organización de la sociedad que se cimienta sobre la exclusión y explotación de los indígenas.

El periodo de neoliberalismo en Bolivia había puesto en funcionamiento un modelo de integración multiculturalista que reconocía diferencias culturales y daba a los indígenas cabida dentro del diseño institucional del Estado. Una muestra de ello es la Reforma Educativa que propiciaba una enseñanza bilingüe e intercultural con el propósito declarado de que los niños con lengua materna indígena tuvieran una incorporación más sencilla al ámbito escolar. También se puede mencionar el establecimiento de Territorios Comunitarios de Origen (TCO) dentro del marco general de la municipalización del país. Con esta política se reconocía el espacio vital de diferentes grupos étnicos y ciertas prerrogativas sobre la administración de los mismos. Todas estas medidas se daban en un intento de gestionar las diferencias culturales de tal modo que no se transgrediera la centralidad del modelo neoliberal, a tono con la dinámica mundial del multiculturalismo (Žižek 2000). Esta dinámica adquiría su peso hegemónico debido a que este marco de políticas arrastraba a la discusión también a los detractores del modelo imponiendo un lenguaje y dinámica de controversia (Roseberry 2007). Es decir, el cuestionamiento de la Reforma Educativa o de las políticas relativas a TCOs estaba influenciado por el marco en que estas políticas se construyeron. Esto dejaba desfasadas otras aproximaciones a los mismos problemas. Si bien existían diferentes posiciones antagonistas del proyecto neoliberal –entre estas la crítica indianista y katarista- no se disponía del *leverage* político como para transgredirlo de modo eficiente.

Quispe no engendra un discurso *ex nihilo* sino que retoma una larga reflexión que se remonta hasta la obra de Fausto Reinaga y la acción política de Constantino Lima, Luciano Tapia y Genaro Flores entre otros. Junto al líder aymara, otros habían bebido de esas aguas y se lanzaban a la palestra pública reivindicando las demandas de Quispe conformando un bloque común. La resonancia desde 1998 de las participaciones públicas que denunciaban el monoculturalismo de la nación boliviana se explica por la reconfiguración de la organización campesina. Por un lado quien hace de puntal de la discusión no es un académico universitario, sino el líder de la CSUTCB, que, a la vez, retomaba su iniciativa política reactivando las ramificaciones de la organización y actuando colectivamente después de años de fricciones entre las facciones de Alejo Véliz, Román Loayza y

Evo Morales. Quispe es el líder beligerante que los campesinos demandaban para hacer frente a su situación de emergencia ocasionada durante los años de neoliberalismo.

Quispe rápidamente se ve acompañado por intelectuales que con anterioridad habían propuesto ideas semejantes a las suyas pero en condiciones más desfavorables. Con el remezón causado por el Mallku, se empiezan a modificar las condiciones que determinan las discusiones y se reavivan tensiones. Idon Chivi (2000) pone sobre la mesa un cuestionamiento muy duro al procesamiento de las demandas de territorio de los pueblos indígenas dentro del esquema neoliberal ya que se agotaban en la reivindicación del ayllu (la comunidad). Chivi sugiere que las territorialidades ancestrales de los aymaras son mucho más elaboradas y disponen de una organización política propia que abarca, además del ayllu, *markas* y *suyus* (extensiones territoriales que agregan las unidades más pequeñas). Es decir, una territorialidad que entra en conflicto con la del Estado boliviano. José Luís Saavedra (2000) abunda sobre la memoria de las territorialidades a las que alude Chivi, agregando que hay una memoria que reactiva las gestiones autónomas en estos territorios en momentos de confrontación. Por su parte Xavier Albó (2000) celebra el hecho de que las movilizaciones indígenas recuperen el sentido original de nación que había sido excesivamente monopolizado por la faceta política que lo vinculaba al Estado. Las naciones, dice este autor, existen por fuera del hecho estatal.

Políticas y territorio propio y diferenciado de aquel que el Estado boliviano dispone; memoria de la autonomía, de las prácticas de gestión comunal y de la vinculación entre ciclos de lucha; la nación que recupera su sentido desenlazado del Estado. Hay una resonancia de las palabras de Felipe Quispe en los trabajos que empiezan a circular de modo profuso en una sociedad que resentía la política neoliberal y la democracia pactada. La irrupción de una política contenciosa, protagonizada por indígenas en los bloqueos de caminos que comandó Quispe, indujo a pensar que la reformulación de la política pasaba por un tamiz étnico y que la unidad del país entraba en cuestión por su falta de unidad cultural. Quispe y seguidores fueron acusados de propiciar una guerra de razas por reabrir llagas que presuntamente habían sanado con el mestizaje (Díaz de Oropeza 2000). Algunos intelectuales afines al momento de movilización, ensayaron aproximaciones que hacían eco de ideologías raciales. Simón Yampara analizó la particularidad indígena como identidad “agnaciótica” (2005: 151) que se fundamenta en una vinculación de sangre entre los diversos pueblos del Qullasuyu. Patzi (2004) tampoco duda en afirmar el hecho de

que la identidad indígena tiene un referente consistente en el hecho de compartir un fenotipo, que es reconocible como un diferenciador respecto del fenotipo mestizo y criollo. Wankar Reinaga reedita en 2006 un texto de los años 70 donde aboga por la lucha de los indios en cuanto raza.

Reinaga, Patzi y Yampara, en algunos textos, representan el extremo de una posición que establece la distinción entre lo indígena y lo criollo mestizo en un plano esencialista. Moviéndose hacia el centro del espectro se encuentran posiciones que reivindican la importancia de diferentes facetas culturales de los pueblos indígenas, entre ellos el ya mencionado Xavier Albó que como estudioso de las lenguas indígenas ve en ellas acervos de inconmensurable riqueza. De hecho sería posible elaborar un largo catálogo de los libros que exploran la riqueza cultural de los pueblos indígenas del país tanto desde la lingüística y la antropología como en ensayos filosóficos. Sin embargo toda esta literatura no acaba de casarse con el proyecto de abonar o cultivar la matriz que justifica y da cuerpo a las naciones indígenas.

Quispe en sus declaraciones en Caritas decía: *el único delito que hemos cometido es reclamar poder político que nos devuelvan a nosotros* [sic]. Cuando se examinan los textos contemporáneos a esta declaración se percibe que los temas recurrentes son territorio y autogobierno. Las formas de organización social y política inmemoriales son el bastión de esta defensa de las naciones indígenas. La construcción de una memoria histórica que tiene como hecho fundamental el arrebato de la soberanía y la agresión recurrente al ayllu es la tarea central de recuperación del pasado por parte de los intelectuales aymaras. Del mismo modo la falta de reconocimiento de un sistema de autoridades, de una forma de administración de justicia, de modalidades de tomas de decisión e incluso de lógicas económicas sirve a la producción de la imagen del Estado como antagonista.

El centro del problema de las naciones indígenas que defienden una particularidad cultural se muestra como una querrela sobre hechos políticos relativos a los derechos de soberanía sobre el territorio (Chivi 2004⁵; Mamani 2009). Algunos autores inclusive denostan las limitaciones de los reconocimientos de sistemas culturales y simbólicos por operar una neutralización política de lo indígena, entre ellos el mismo Patzi (2004: 108) que pone en la base de su análisis las diferencias

⁵ Como relator de la Mesa Indígena Pablo Zarate Willka

étnico-culturales (Patzí 2006) . El principal factor cultural de los proponentes de las naciones indígenas no es un artefacto folklórico, es un hecho que devuelve al lector al polo político de la tensión entre el primordialismo y el modernismo. No hay que dejar de lado a autores como Rivera (2005) y Untoja (2012) que van a poner el énfasis en las dinámicas económicas propias de los indígenas como lo distintivo de su vinculación supracomunal.

Algunos teóricos críticos del modelo de nación boliviana que entra en crisis en 2000 y a la vez promotores de los gobiernos indígenas plantearon esta situación de un modo bastante explícito. Tal es el caso de Álvaro García Linera:

Las naciones son, por lo tanto, artefactos políticos, construcciones políticas que crean un sentido de pertenencia a un tipo de entidad histórica capaz de otorgar sentido de colectividad trascendente (...) las naciones son comunidades políticas en las que sus componentes se reconocen por adelantado en una institucionalidad que reconocen como propia y dentro de la cual integran sus luchas sociales (2005: 31; Ver también García Linera 2014: 42)

Del mismo modo Pablo Mamani en *El rugir de las multitudes* hace afirmaciones interesantes al señalar que Felipe Quispe es un agitador eximio que permite la visibilización de una nación que no preexiste, la “Qulla”, pero que su construcción se fundamenta en la memoria de luchas y estructuras autónomas de organización (2010 [2004]: 35).

También es cierto que estos autores magnifican esta posición que sostiene el núcleo común de las diversas formas de defensa de las naciones indígenas. García Linera eventualmente sostuvo que existe una identidad nacional aymara previa a Bolivia (2005b) y Mamani (2009) señala que los siete señoríos aymaras pueden ser entendidas como naciones. Es notable no obstante cómo el estudio que hace Sinclair Thomson (2006) sobre el levantamiento de Katari en 1781 muestra que es muy difícil hablar de una identidad unificada en las comunidades y de hecho rechaza que en ese momento se haya gestado un pan-aymarismo. Lo que si existían eran padecimientos comunes tanto del gobierno colonial directo como del indirecto que son los detonantes de la rebelión. Que el levantamiento haya revuelto suficiente polvo que se sedimentó en nuevas formas de organización política es un hecho considerable y posiblemente sea el germen de las formas de resistencia indígena durante la república, pero la adopción de la forma nación

como baluarte de esta lucha se revela como algo propio de las postrimerías del siglo XX y los albores del XXI.

Este reconocimiento de la definición de la nación a través de hechos políticos no es algo que se identifique solamente en los Andes. En las tierras bajas, intelectuales asociados al pueblo Guaraní, que a criterio de Xavier Albó (2012) es el más maduro para acceder a autonomías indígenas, sostienen sin ambages que el nacimiento de la nación guaraní no se remite a algún momento que se hunde en el pasado, ya que no era posible hablar de un lazo que una a los guaraníes antes o durante la colonia. Tampoco es la Batalla de Kuruyuki de 1892 la que cimienta la comunidad, sino la fundación de la Asamblea del Pueblo Guaraní en un momento tan reciente como 1992, verdadera instancia de encuentro de una herencia común tanto cultural y de resistencia que se proyecta como nación hacia el futuro. De modo significativo, los intelectuales asociados a los guaraníes señalan que hay un proceso en curso de búsqueda de los elementos étnicos e históricos que justifiquen todas las credenciales de la nación guaraní. El arsenal inmediato, una vez más, no es esencialmente cultural, sino político: la historia de resistencia común en contra de un invasor que urde la apropiación del territorio como espacio vital (Combes 2005; Caurey 2012).

A pesar de las apariencias que dan las discusiones coyunturales de la política, el argumento básico que recorre los diferentes discursos de fundamentación de las naciones indígenas tiene como núcleo un componente político antes que cultural; considerando un concepto de cultura que remite a lazos primordiales como el idioma, la religión, los ancestros comunes. Si se toma un concepto más amplio de cultura que remite al conjunto de las actividades y productos humanos, es evidente que la política es siempre un hecho cultural, perdiendo el quid de la discusión. Cuando se propone la discusión sobre la construcción del nacionalismo definido por la cultura –vínculos primordiales- frente a la política –como procesos relativos al poder- hay que reconocer que hay un estrechamiento de los conceptos.

Para resolver esto cabe detallar algunos aspectos. En primer lugar los hechos políticos que fundan la perspectiva de las naciones indígenas pertenecen a una historia que se compone como historia común, como la historia de los pueblos indígenas frente a un enemigo que impone una organización colonial que perdura por encima de la constitución de la república. La imposición

colonial niega derechos, restringe accesos, inclusive modela una forma de estratificación social que promueve estigmas y penaliza a quienes son indígenas. La imposición colonial es resistida, combatida en diversos campos contenciosos al costo de vidas y sufrimientos. Ese hecho marca un hilo narrativo recurrente y polivalente. Inclusive el “mito de la conquista” (Gose 2004) se convierte en el arquetipo de la narrativa favorable a las naciones indígenas. Esta historia es el producto de un doble proceso de composición que vincula la transmisión de la memoria colectiva –que es cultural incluso en sentido de vínculo primordial- como la composición contemporánea de esa trama narrativa –política por su intencionalidad dentro de una campo de juego de modernidad periférica-.

Los componentes propios de la modernidad periférica se notan con claridad cuando se advierte la recurrencia de dos conceptos que en realidad son fundamentales del Estado moderno: soberanía y territorio. Antes de la introducción de estas ideas, la política y los arreglos de victoria y derrota giraban en torno al respeto de los pactos de reciprocidad (Ver Platt 1987). Ni soberanía ni territorio son conceptos fácilmente traducibles a las experiencias de los pueblos indígenas antes de la conquista. Lo mismo ocurre con los diagramas de recorridos de los pueblos indígenas de tierras bajas o la ocupación vertical de pisos ecológicos que no concilian con la idea de territorio soberano. Este concepto de territorio es en primera instancia moderno, que sin duda puede no ajustarse a las experiencias biográficas de actores indígenas o indios, pero que tiene su lugar y su relevancia sociológica como arsenal incorporado al cuestionamiento del Estado boliviano. Lo mismo puede decirse de la soberanía, ya que no hablamos de las formas de gobierno que el Inca establecía con su población ni las formas rituales de relacionamiento entre parcialidades de comunidades. No es que ninguna de estas tenga al menos una existencia posible, pero no es lo que queda aludido en los edificios argumentales que defienden las naciones indígenas.

Nada de lo dicho anteriormente puede negar la potencia que adquiere el discurso de los nacionalismos indígenas. Se sugiere en cambio que su potencia proviene de esta composición que desborda las clasificaciones convencionales y el hecho de rasgar la apacibilidad folklórica que se pretendió tender sobre los pueblos indígenas. El concepto de política que puede aprehender los hechos a los que alude el nacionalismo indígena no puede reducirse a un modelo estrictamente moderno porque este modelo no es pleno en Bolivia. Su existencia está mediada por la condición periférica del país y la porosidad del Estado que lleva a reformular las ideas de territorio y

soberanía. Esta condición periférica es la que permite la irrupción de las modalidades políticas de la memoria y la historia que, siendo productos culturales, resuenan en la política en un momento de crisis.

Esta forma de superposición entre lo político y lo cultural que se opera con el discurso del nacionalismo de vertientes indígenas es, para recuperar un concepto de Derrida, catacrética. Lo catacrético concierne a “la imposición de un signo sobre un significado que aún no posee su propio significado en el lenguaje. En tanto aquí no hay una ni sustitución ni transporte de un signo propio en el lenguaje, sino más bien la extensión irruptiva de un signo propio a una idea, un significado, privado de significante.” (1982: 255). Dentro de la tradición de interpretación de los discursos nacionalistas que conciben la polaridad entre lo primordial y lo moderno como dos polos, el nacionalismo indígena emerge como demanda que desde la modernidad de la exclusión cultural, que por supuesto tiene un pasado, pero también una historia de mutaciones, se plantea un horizonte político distinto al que admite la república: una forma catacrética de nacionalismo. No se trata de que las referencias al pasado estén omitidas o no sean parte de la textura de las concepciones de nación indígena, pero su gravitación tiene menos que ver con el núcleo de la propuesta que con la asimilación de todos los recursos que permitan potenciar este horizonte. En cierto modo la forma “nacional” de la política india es también una forma de catacrisis, asumida ante la imposibilidad republicana de procesar un horizonte político que deba reconocer que su seno está escindido.

No cualquier composición de elementos culturales y políticos tiene el mismo efecto en Bolivia. El nacionalismo cambia, por ejemplo pretendió dotarse de una etnicidad producida, supuestamente, en el encuentro de los conquistadores españoles que llegaron por el Paraguay (y no por el Perú como en el occidente del país) y los pueblos indígenas nómadas de tierras bajas. La mimesis a los nacionalismos indígenas es notable en tropos narrativos y argumentos, procurando producir la memoria de la violencia estatal andina que se cierne sobre los llanos de modo especular a la denuncia del Estado colonial. Sin embargo, en este plano de análisis, que en el fondo de la reivindicación territorial y de soberanía que hace el nacionalismo cambia hay un programa corporativo, de economía agroindustrial y Estado de derecho de cuño occidental que no difería de la propuesta neoliberal del Estado boliviano. Es decir, no se produce una superposición política/cultural, sino se mantiene sus ámbitos típicos. De tal modo, si bien el nacionalismo cambia

sirvió como amenaza en un momento de negociaciones, no echó ninguna raíz coherente después del momento de crisis estatal (ver Peña et. al. 2003; Antelo 2003 y Dabdoub 2007)

Los discursos nacionalistas de los pueblos indígenas, que intuitivamente parece lo más próximo a lo que en la literatura sobre nacionalismo se ha llamado nacionalismo primordialista se revela como algo más complejo. Visto aquello cabría suponer que los discursos sobre la nación que ponen el énfasis en lo político tampoco se adecuan de modo apacible a la definición tradicional. En los siguientes párrafos se examina esta otra vertiente.

El año 2002 Fernando Mayorga tituló un artículo “Estado plurinacional y nación multicultural”. El concepto “plurinacional” no es una invención de Mayorga. Había aparecido en 1983 en las minutas resultantes del primer congreso de la CSUTCB (Albó 2007) e inclusive algunos investigadores consideran que es posible rastrearla hasta la década de los 70⁶. Sin embargo era nuevo el hecho de que el tema del reconocimiento de la pluralidad de naciones insertas en Bolivia sea tratado por un intelectual de clase media. Inclusive es notorio que Álvaro García Linera –luego uno de los artífices del Estado Plurinacional- en 2005 todavía hablaba de *Estado multinacional* (2005). Mayorga prefiguraba los escenarios que luego se desenvolverían en el país.

Las ideas de Mayorga en ese momento resonaban al tenor del multiculturalismo. La evaluación que hacía el autor señalaba que el camino de la autodeterminación de los pueblos indígenas no era viable y lo que correspondía era fortalecer la idea del Estado como “comunidad política basada en la preponderancia de normas universales que se combinen con usos y costumbres particulares en ámbitos delimitados y no contrapuestos” (2002: 56-7). De acuerdo a su razonamiento el modelo del *melting pot* que da lugar al mestizaje había cedido espacio a un modelo *salad bowl* en el que se favorece un pluralismo centrípeto. Mayorga, consciente del vigor de la literatura sobre la nación en el debate entre política y cultura se juega por subordinar la cultura a la política en un momento en que la crisis estatal no estaba plenamente develada. De acuerdo a su razonamiento un núcleo común de normas universales podía perfectamente sincronizarse con usos y costumbres particulares para así superar la negación del particularismo propio del asimilacionismo.

⁶ Comunicación personal de Xavier Albó

La preocupación de Mayorga no era aislada. Los años 90 habían dejado sobre la mesa una discusión sobre lo “pluri-multi” en una vena justamente multicultural que mantenía una discusión con los promotores de la interculturalidad. En esa década los ribetes de la controversia fueron variables, aproximándose en diferentes contextos pero enfrentándose en otros. De modo general se puede decir que el multiculturalismo era promovido por el gobierno y la institucionalidad allegada mientras que los promotores de la interculturalidad –que sospechaban de la funcionalidad del multiculturalismo al neoliberalismo- tomaban su piedra angular de las demandas expresadas por la marcha indígena de 1992. Sin embargo los trajines de esa década no estaban resueltos al concluir la década y el cambio de siglo deparó un cambio de coordenadas. Fue preciso para una parte de la intelectualidad asociada a esta discusión hacer un balance de qué se había alcanzado.

Es en ese tenor que Gonzalo Rojas expuso sus ideas sobre la deficiente inclusión de los indígenas en el esquema estatal en un texto que lleva el sugerente título de *¿Por qué el Mallku se yergue como el gran acusador?* (2001). Rojas constata que, a pesar de la perorata de aproximación del Estado a las comunidades indígenas a través del multiculturalismo, los indígenas siguieron siendo los más pobres y marginados del país. Esto fue criticado como una deficiencia en la ciudadanía de los indígenas, que si bien estaba en el papel, no adquiría materialidad. Esa situación revelaba que el país estaba fallando en alcanzar los preceptos incluidos en la constitución en 1995 que reconoce que el país tiene un carácter multiétnico y pluricultural. Rojas coincide con Mayorga en el reconocimiento subyacente de una multiplicidad de étnias en el país y la necesidad de su reconocimiento. Diverge no obstante en el hecho de que su forma de aproximar lo político a lo cultural no concede al proyecto de una institucionalidad con bases culturales.

Una década después Rojas seguirá afirmado en la convicción de una institucionalidad política que dé cabida a la pluralidad, pero que no esté cortada con tijera étnica. El texto *Vicente Pazos Kanki y la idea de república* (2012) aprovecha la figura de este intelectual de inicios del siglo XIX para reafirmar cómo es posible preservar una herencia simultáneamente indígena y criolla sin cejar en una voluntad de construcción de una *res pública* y, como tal, común antes que fragmentada. Es en esa línea que Rojas sugerirá la posibilidad de un “Estado Republicano intercultural”. Este ensayo retoma –como nota la prologuista del texto, Ivonne Farah- la problemática reactivada de las tensiones entre lo particular y lo universal a partir del clivaje étnico

diseminado ampliamente en Bolivia (p 9). Un cambio fundamental en los textos de Rojas está en el tono: mientras el texto de 2001 vislumbraba retos en el fortalecimiento de la democracia y de la institucionalidad, el texto de 2012 presenta serias dudas y preocupaciones por los efectos a largo plazo que puede operar la edificación del Estado Plurinacional.

Este cambio de tono es un rasgo compartido por un grupo considerable e influyente de intelectuales. En este aspecto se puede situar el trabajo de H.C.F Mansilla et. al. (2014) que arroja una crítica en contra del Estado Plurinacional pero también contra la intelectualidad que ha insistido en exacerbar y remachar el particularismo como un argumento convencional. Cuando el Estado Plurinacional hace parte del localismo su propio núcleo institucional, sugieren estos autores, se divorcia de la dinámica de la sociedad. La sociedad busca de modos diversos referentes locales, pero sin ensimismarse en ellos mientras se proyecta en un mundo de dinámicas globalizadas. Así hay una permanencia de valores particulares pero una orientación hacia principios universales. Los actores, plurales, serían un producto sincrético que excede las pretensiones normativas del Estado Plurinacional que, supuestamente, combate los principios universales.

Mayorga, Rojas y Mancilla et. al. y otros (Zegada et. al 2007; Komadina 2009; Tórrez et. al. 2014) sostienen posiciones diferentes aunque comparten un problema común relativo a la resolución del clivaje entre política y cultura. Comparten también la preocupación por aproximar los polos de esta tensión aunque los productos de estas reflexiones los lleven a resultados diferentes. El hecho en contra del cual se construyen los argumentos de estos tres pensadores es la marea alta de la política indígena que en el desarrollo de las confrontaciones políticas gana terreno y adeptos.

Entre los primeros textos citados de Mayorga y Rojas y los textos de Rojas y del equipo de Mansilla media una decena de años. Las sublevaciones de 2000 en el altiplano y Cochabamba todavía se veían como estallidos de malestar que podían ser procesados dentro del sistema político. Cuando acontece la Guerra del Gas y se precipita la sucesión presidencial, la elección de Morales, la apertura de la Asamblea Constituyente y los conflictos por la aprobación del texto constitucional, lo indígena pasa del acecho del Estado a hacerse parte del seno estatal. Ese hecho imanta la discusión y el campo político de un modo que convoca a los intelectuales a pronunciarse

dado que sospechan de los beneficios posibles de esa modificación institucional. Estas sospechas se extienden a una intelectualidad más amplia, pero los autores citados hasta acá se lanzan a ensayar modelos que tengan en cuenta tanto lo étnico como lo político, en respuesta a esa potente política indígena.

Otros autores en cambio desarrollan sus argumentos cancelando la importancia de la reivindicación étnica reduciendo su papel a un tema de gestiones que se operan dentro del Estado. Moreno et. al. (2014) y Molina et. al. (2014) constatan que existen diferencias étnicas pero señalan que estas no se constituyen en escollo para la construcción de la nación. El equipo de Molina parte de concebir la nación como un modo de unificación política que articula diferentes esferas de la vida social. Dentro de esa dinámica la construcción de la nación pasa por la articulación también de los pueblos indígenas dentro de una dinámica de convivencia. Moreno y allegados por su parte van a constatar que la pluralidad de identidades indígenas no se contraponen a la identidad boliviana: la pluralidad existe dentro de la dinámica de construir Bolivia. Estos dos autores comparten un rasgo que consiste en ver la institucionalidad de Bolivia en un arco amplio que va ajustándose en un sentido cada vez más funcional. Los problemas circunstanciales afectarán al Estado en esa dirección: más eficiente cohesión de la comunidad política sin que lo indígena signifique una interrupción. Esta mirada de matiz teleológico cancela los conflictos étnicos y se reafirma en el supuesto de que el Estado eventualmente alcanzará equilibrio.

Pero el reconocimiento de lo indígena y su inclusión dentro de una matriz política no es la única forma de abordar el problema. Es posible identificar una versión activamente embarcada en contra de cualquier forma de etnicización de la política y de la definición de la comunidad nacional. El intelectual más obcecado en rechazar lo que denomina “eticización de la política” es Jorge Lazarte. En 2003 Lazarte escribió en el semanario Pulso una nota que salió en dos partes el 4 y 11 de julio. En el texto, titulado “El conflicto entre el Estado del ‘demos’ y el estado del ‘étnos’” Lazarte sostiene que fundamentar el Estado en las etnias sería un retroceso histórico porque al exacerbarse el particularismo se borraría toda huella de espacio público compartido. El mismo semanario Pulso publicó el 22 y 29 de agosto de ese año una respuesta de Álvaro García Linera llamada “Democracia multinacional y colonialismo” en la que expone que el Estado boliviano ha sido un estado esquizofrénico que acepta formalmente a los indígenas pero basa su funcionamiento simultáneamente en su exclusión y explotación. Sin embargo los pueblos

indígenas, específicamente el aymara, estarían en condiciones de reclamar autogobierno no para separarse de Bolivia, sino para instaurar una forma de organización en la que se revierta la perversa organización del Estado.

El siguiente mes Lazarte volverá a embestir en contra de la argumentación de su replicante. Reafirma en su posición señalando que es una verdad histórica que el Estado se ha fundado sobre la base de la exclusión de las mayorías indígenas y que efectivamente se ha alimentado de los excedentes producidos por esta población. Sin embargo la solución de todo ello no es la construcción de una institucionalidad cimentada en la diferencia étnica, sino justamente una institucionalidad de corte democrático que incluya a todos por igual. Era nítida la influencia de los ideales de ciudadanía del modelo francés que recorrían los argumentos de Lazarte. El mismo Lazarte en una revista académica desarrollaría esta idea de modo más extenso: La ciudadanía universal que arroja la revolución de 1952 y la anulación de cualquier forma de servidumbre o sujeción de la población es el hecho fundamental de la vida política moderna del país. Sin embargo las críticas que se arrojan sobre este modelo son precipitadas porque no se ha permitido que esta forma de entender la condición del ciudadano se asiente y se asimile por parte de la población. En ese sentido, señala, hay una injusta movilización de las demandas étnicas al buscar trastocar ese orden ya que no soluciona el problema de fondo.

En textos posteriores Lazarte (2008, 2011) persiste en su crítica. La consolidación del Estado Plurinacional dispara una serie de contradicciones que él no duda en llevar a la discusión. En esta perspectiva se confirmarían los tempranos temores de Lazarte, quien ve refrendada la extinción del espacio común de la nación al consagrarse lo plurinacional que es incompatible con lo unitario que el gobierno insiste en pregonar. Lazarte no evita hablar de lo étnico, pero a diferencia de otros autores no ensaya una propuesta de institucionalidad combinada. Insiste en que el problema queda mal planteado si no hay una reafirmación de una institucionalidad universal que es esencialmente política y no cultural. Siendo un intelectual con una importante trayectoria es llamativo que Lazarte sea la única voz en este frente de discusión.

A Lazarte y su posición estrictamente política y al abanico de los escritores que apuestan por una institucionalidad con elementos mixtos se agrega una tercera forma de aproximarse al problema y es la que alude al mestizaje. Esta posición es más heterogénea que las anteriores ya

que adquiere diferentes acentos dependiendo de la finalidad política con la que quede revestida la amalgama propuesta. Todo esto reactualiza uno de los elementos subyacentes a la construcción del modelo de nación de 1952 que se basa en el modelo del *melting pot* pero que en el contexto contemporáneo entra en la arena de discusión no como panacea al fisuras sociales sino como un modelo en competencia con otros. En los siguientes párrafos se va a desarrollar la idea de que si bien las vertientes que hablan del mestizaje como condición general del país deben acudir a la cultura y la etnicidad, lo hacen así sólo para en última instancia cancelar el conjunto de factores culturales: es la “modalidad multicultural del mestizaje” que se instaure de modo diferente al mestizaje de la revolución.

La primera referencia central el momento de revisar los discursos del mestizaje que mantienen defensores a inicios del siglo XXI es Carlos Toranzo. Toranzo fue una de las figuras centrales de la consolidación del discurso de lo pluri-multi en la década de los 90 y en ese sentido su trabajo se acopla a la amplia difusión de las lógicas del multiculturalismo neoliberal. Durante el periodo de la crisis estatal Toranzo se abocó a defender la vigencia de sus tesis en un escenario adverso no solo intelectual sino además político.

Dentro de la lógica del multiculturalismo Toranzo introduce una variación novedosa:

El multiculturalismo considera una pluralidad de variaciones culturales diferentes entre sí, pero Toranzo alega que en Bolivia estas diferencias en última instancia son producto de algún tipo de mezcla. Esto da paso a hablar de múltiples mestizajes que no necesariamente están unificados. Esta primera diferencia respecto del mestizaje de 1952, que era de carácter monolítico, frente a este que es plural y supone abarcar combinatorias múltiples. Toranzo (2006, 2009) advierte que la etnicización de la política es un peligro por que favorece lo fragmentario, pero además porque no se corresponde con la situación de múltiples mestizajes donde ya no tiene sentido proclamar condiciones originarias. Lo múltiple existe, pero es un factor que suma de modo iterativo a la construcción de un nosotros común. Es decir, hay un reconocimiento de lo étnico pero subordinado al hecho de que las mezclas resultantes son equivalentes. Se extiende una forma particular de entender el tema étnico para el conjunto de toda sociedad borrando en esa extensión el valor propio de cualquier singularidad. Si todos son mestizos y todas las formas de mestizaje son equivalentes, todas las singularidades acaban cubiertas por el mismo paraguas y se catalogan como una sola cultura. De ahí se desprende que ninguna tiene un valor específico y el

señalamiento de las diferencias o fronteras étnicas de las que habla Fredrik Barth (1976) pierde toda utilidad. La etnicidad diseminada al todo por igual, pierde su razón. A esto nos referimos cuando hablamos de la modalidad multicultural del mestizaje.

La perspectiva de Toranzo va de la mano de un horizonte de desarrollo de los múltiples mestizajes. Los diferentes actores mestizos no están retraídos a modos de vida comunales o localistas como alega que sugieren diferentes tendencias indígenas. Más bien se encuentran abiertos a un mundo ancho en el que Bolivia y el mundo presenta diversas oportunidades de emprendimiento. La burguesía chola es una muestra de ello, ya que remontando las desventajas de su posición se conecta con el mercado y produce acumulación económica y de poder que la convierte en un actor notable de la sociedad. Por lo mismo Toranzo piensa en una institucionalidad que favorezca estos múltiples mestizajes, globalizados e incorporados al mercado y no aquellas formas de política que nieguen la existencia de esto en favor de indígenas de museo. Sin embargo Toranzo, que celebra ciertas formas de existencia de lo indígena, se opone a otras, que siendo muy reales y posiblemente parte de esos múltiples mestizajes, no se conforma con las condiciones de la ciudadanía que proveen las instituciones.

Las conceptualizaciones de Toranzo no son la única forma de mestizaje presente en Bolivia. Andrés Soliz Rada y los colaboradores de la izquierda nacional desde la década de los 90 se opusieron tanto a los discursos del multiculturalismo como a los discursos que se gestaban sobre la autonomía de las naciones indígenas. Rechazaron el discurso del multiculturalismo como parte del paquete de reformas de segunda generación que debilitaba el Estado en favor de los intereses extranjeros y sus empresas. De hecho consideraban que detrás de los discursos de autonomía indígena se agazapaba un interés extranjero de fortalecer fuerzas centrífugas que desgasten no sólo al Estado sino la misma idea de la nación boliviana (Paz Rada 2005 y 2013).

Es en oposición a lo mencionado que van a hacer una defensa de lo “indomestizo” (Soliz Rada 2013) que es una reformulación de la lógica del mestizaje de 1952 a la que se agrega la crítica que hace el katarismo a la monoculturalidad del Estado revolucionario. Lo indomestizo es entonces una fusión de diferentes vertientes que aúnan a héroes de levantamientos indígenas, a una gama de políticos notables que favorecieron la construcción de un Estado fuerte, que apostaron por la defensa e integración de la nación y las aspiraciones de todos los sectores que

pueden englobarse bajo el concepto de nacional-popular en oposición a las oligarquías (Solíz Rada 2001). En ese sentido lo indomestizo es un concepto que reconoce un trasfondo de diferencias culturales que han sido superadas a la vez que se proyecta como identidad unificadora de la realización de lo boliviano. Esta identidad, a pesar de estar orientada en una dirección política muy diferente a los múltiples mestizajes de Toranzo, coincide en operar un efecto de mestizaje multicultural al afirmar categóricamente que todos quedan englobados al ser resultado de alguna mezcla que se agrega al gran caldo de cultivo de las mezclas que lograrán la unidad de la cultura nacional.

El proyecto político al que sirve el concepto de indomestizo es evidente: construcción de un Estado fuerte con control de los sectores estratégicos de la economía y que favorezca la industrialización del país, que es, en suma, un proyecto moderno de Estado interventor. Este proyecto de alta concentración de fuerzas sociales requiere la compactación de la sociedad bajo una identidad común que Solíz Rada y sus allegaos no dudan en recuperar de la obra de José Vasconcelos. Apoyados en la idea de raza cósmica los citados sugieren que no hay diferencias culturales que corten el continuo de lo indomestizo en el continente americano y que esta unidad es la que sostiene a la Patria Grande, proyecto de unificación política y económica del continente. Las posiciones de Toranzo y la de Solíz Rada tienen en común el hecho de que aparecen antes del 2000, pero el escenario de crisis estatal los enmarca en una arena de discusión diferente. La crisis estatal lleva a Toranzo a hablar de los excesos de la etnicización de la política mientras que las figuras de izquierda nacional se ven enfrentados a la tarea de discutir contra los excesos centrifugos de los nacionalismos indígenas.

Existe una tercera posición que opera la modalidad multicultural del mestizaje pero que aparece enunciada de modo tardío respecto de la crisis estatal y en realidad es una respuesta dentro del esquema de organización plurinacional. Este es el trabajo de Carlos Mesa, que fungió como presidente entre 2003 y 2004, y desarrolla mejor su posición en *La sirena y el charango*. En este texto publicado en 2013, Mesa describe el mestizaje como el encuentro de dos civilizaciones que se entremezclan culturalmente y también, aunque esto es marginal al argumento central, se mezclan biológicamente. El autor pone mucho énfasis en señalar cómo las creaciones artísticas y las expresiones culturales muestran sincretismo, del mismo modo que en los imaginarios, la lengua, la religión. Todo se entremezcla con hebras de uno y otro mundo dando un resultado

singular que es la identidad boliviana que hace eco de la ideología del nacionalismo revolucionario. El texto publicado en el compás de discusión sobre el censo de 2012 y los resultados sobre autoidentificación indígena, que habían reducido drásticamente respecto de 2001, dio a Mesa mucho espacio para difundir sus ideas y recibir apoyo. Tal la importancia relativa del texto que el vicepresidente en funciones, Álvaro García Linera, dedicó un pasaje de su texto de 2014 a discutir con Mesa.

Para Mesa la mezcla es algo que se constata fácilmente, simplemente poniendo atención a que los productos culturales son sincréticos, pero, como señala el vicepresidente, todo esto adquiere su fisonomía particular viendo la relación de poder que se establece entre aquello que se mezcla. Sin el rasgo de poder y la fisonomía particular, la mezcla, es en efecto, una afirmación de Perogrullo porque absolutamente todo es siempre el resultado de una combinación operada por la historia de la sociedad. Si se piensa en los términos de intercambio de diferentes colectivos, grupos o regiones es evidente que no se mezcla lo mismo y no se mezcla del mismo modo, la historia se compone tanto de imposiciones, violencia, negociación, asimilación y un largo etcétera posible donde lo que cabe discernir, siguiendo a García Linera, es la organización del poder del que resulta la mezcla. Por último, Mesa cae en un error típico: considerar que el Estado de 1952 estaba enfocado hacia curar las heridas de la segregación a través de la integración. Olvida que es precisamente la revolución en sus efectos no previstos la que produce el fenómeno del katarismo en tanto su marco ideológico puede pretender una cosa pero la materialidad de los procesos arrastra la historia por otros rumbos.

Es preciso señalar que la modalidad multicultural del mestizaje que las diferentes posiciones plantean existe como forma de abordaje de los problemas de la conformación cultural del país y como reductos desde donde se propone políticamente. El hecho de que estos discursos coexistan con otras tantas formas de discutir lo indígena y criticar lo mestizo nos señala que el borroneamiento material de las diferencias no se ha producido. En ese sentido estamos lejos de poder hablar de una condición de cancelación de la diferencia étnica como hecho en Bolivia. Lo constatable es un proyecto que pretende construirla aunque las condiciones contemporáneas parezcan adversas.

Partiendo del eje política-cultura en el debate de la construcción de la nación se ha examinado la variedad de discursos que existen en Bolivia. Tomando un lado de la tensión se advirtió que lo que intuitivamente parece lo más cultural –el discurso de nacionalismo étnico- en Bolivia presenta una compleja composición que aúna factores de política que necesitan de una lente cultural para ser advertido en su justa medida. En ese sentido se trata de una perspectiva de transposición política-cultural que se denominó como la forma catacrética del nacionalismo indígena. Llamativamente en el otro extremo están las posiciones que aluden a un gesto étnico sólo para acabar cancelada su importancia por un efecto de mestizaje multicultural primando los horizontes políticos de construcción de la nación. A medio camino entre estas posiciones, en una situación incómoda pero atrincherada, están las posiciones que procuran intentar una aproximación entre lo político y lo cultural. No obstante se puede percibir que, dados los términos efectivos en los que la tensión se establece en el país, la posición intermedia juega con conceptos insuficientes como para resolver la tensión. De hecho la evocación de soluciones intermedias entre el principio político y el principio cultural de la nación está impregnado de lo que Chatterjee ha denominado “imaginación colonial”: las formas de pensar la nación que se imponen desde ciertos sectores de la academia se componen en parte de una venia a las tradiciones de la comprensión de la construcción de la nación generadas en el norte global y la búsqueda de un punto dónde ubicar a Bolivia sin desentonar mucho, sin desafiar las categorías establecidas, que a pesar de su impertinencia para contextos de fuerte impronta colonial, igual debe ser ajustada a los mencionados moldes académicos. La imaginación colonial entonces oblitera la posibilidad de pensar Bolivia de un modo que no sea pura derivación o mimesis de procesos históricos de otras latitudes. Sí, existe una organización de los discursos a lo largo del eje política-cultura, pero su particularidad se resuelve de un modo mucho menos apacible de lo que dicta la teoría general. La utilidad de ésta es evidente en cuanto nos permite acceder a la riqueza y complejidad de las discusiones sobre la nación.

Entre los gestos de la imaginación colonial que se hacen presentes en diversas formas de comprensión la existencia de la nación en Bolivia hay que contar con la preeminencia que adquieren algunos conceptos centrales de la modernidad: derechos individuales, ciudadanía, igualdad ante la ley así como la forma igualmente moderna de algunas ideas, como la de *res pública*. Ésta es parte de la herencia que se tiene de occidente que, según algunos adláteres de las formas de nacionalismo que combinan el principio étnico con el cívico, debe ser conservada y a

partir de esa base se debe incorporar elementos étnicos, derechos colectivos, inclusive tuiciones especiales y quizás otros reconocimientos más específicos. Piensan la nación con un núcleo moderno que se revista de entradas que faciliten el concierto de los diferentes grupos étnicos del país. Lo que queda velado en este razonamiento es un asumir tácito de que lo que la modernidad europea propone como universal, efectivamente lo es sin recaudos posibles. Más aun, se asume que la universalidad de aquella Europa hiperreal (Chakrabarty 2008) no es también, al final de cuentas, el producto de un desarrollo cultural particular en el que se plasmaron unas formas políticas igualmente singulares, que luego, por el desarrollo de los imperios coloniales, se filtraron hacia el resto del mundo.

Que los principios que Europa propone como “universales” son un producto cultural parece una perogrullada. Sin embargo, como advirtió Veena Das (1995. 29 y ss) la antropología colonial se aproxima a sus objetos tomándolos sólo como objetos de cognición que tienen un valor intelectual, pero que en definitiva no se constituyen en un referente considerable para contrastar o evaluar los valores “civilizados”. De tal modo los valores de la civilización occidental no se ven interpelados por los valores de los Otros, a la vez que estos últimos son exhibidos como curiosidades. En Bolivia es patente el hecho de qué es lo que se toma como núcleo conceptual de la organización de la sociedad y qué es lo que se le añade como una exigencia contextual y circunscrita. De entrada está cerrada la posibilidad de que las “formas jurídicas universales”, que aparecen para diversos autores como *factum*, puedan tomar algo de los usos y costumbres de los pueblos indígenas. En ese sentido es pertinente la mención de Das: el lugar de enunciación válido, que puede ser más o menos permisivo, es de carácter occidental. Esto se acentúa por el hecho de que, a pesar de que se acepta un doble origen de lo que conforma lo nacional, no se abandona el hecho de que Bolivia debe “transitar” (o alguna otra metáfora que signifique la brecha entre occidente y Bolivia) hacia el mundo integrado, globalizado, flexible.

La imaginación colonial que concibe solo réplicas de los modelos de nación, para explicar Bolivia se remite a la situación de un debate occidental pero sin pronunciarse sobre él: reconoce la existencia del debate y parece comprender las aristas del incordio que existe entre las posiciones. Pero respecto de esa pugna no se anima sino a quedar bien con una y la otra posición, afirmar que Bolivia tiene algo de cívico y de étnico y sobre ello hacer un pase de manos para situar el punto medio que describa al país. Para esta forma de entender la nación el debate académico no es sólo

corset, es camisa de fuerza que recluye los impulsos por aproximarse a los procesos específicos del país. No se trata de que Bolivia sea una singularidad sin parangón, pero su especificidad dentro de un conjunto de rasgos comunes de países con pasados e improntas coloniales, no emerge de la incitación a la reverberación estéril de la teoría que no es tomada como instrumento.

Estado-nación, Estado vs nación, Estado plurinacional.

Esquema de progresión

1. Perspectiva contra-estatal
 - a. Silvia Rivera, Julio Mantilla, Esteban Ticona, José Luís Saavedra, Idon Chivi, Simón Yampara, Fernando Untoja, Carlos Dabdoub, Sergio Antelo
2. Perspectiva reformistas del Estado
 - a. Andrés Solíz, María Teresa Zegada, Gonzalo Rojas, Nicolas y Quisbert, Elias Caurey, Wilder Molina, Yuri Torrez
3. Reposicionamiento anti gobierno
 - a. Carlos Toranzo, Jorge Lazarte
4. Reposicionamiento en la esfera de reforma del Estado
 - a. Esporádica: Pablo Mamani, Raúl Prada
 - b. Largo plazo: Álvaro García Linera, Esteban Ticona, Idon Chivi

El mundo moderno ha dejado una marca indeleble en los procesos políticos a nivel mundial. Aun si consideramos que la modernidad es un fenómeno que establece relación entre epicentros y periferias, no es posible obviar que hay una herencia política moderna propagada por el globo. Los estados-nación en Europa se van configurando en buena parte como resultado de la inercia de otros procesos relacionados con el desarrollo del capital y la concreción de una forma particular de Estado. Charles Tilly (1985) ha señalado la importancia de la capacidad de llevar adelante campañas bélicas efectivas, controlar un territorio, eliminar amenazas interiores y recaudar impuestos en la construcción de Estados. Sin embargo en el momento germinal de los Estados europeos, nadie se dedicaba a estas tareas porque así se construía un Estado, sino porque era práctico y era beneficioso para intereses inmediatos.

Cuando estos procesos llegan a ebullición se produce la Revolución Francesa y con ella un reguero de pólvora se enciende en Europa. La misma chispa llega a América a través de los canales

de comunicación del mundo colonial y sirve para encender la mecha de pasiones anticoloniales. Sin embargo los procesos latinoamericanos no tenían la misma fuerza inercial que en Europa, por lo mismo la construcción de naciones y de Estados dependió de acciones orientadas en ese sentido. A lo largo el continente las situaciones eran muy diferentes y se dieron casos que funcionaron mejor que otros. Del mismo modo, al cambiar el siglo las chispas volaron hacia el este y el colonialismo europeo vio su fin en África y Asia a la vez que se alzaban innumerables proyectos que simultáneamente aspiraban a conformarse como naciones con Estados independientes. Es el mismo Tilly quien anota las condiciones de fuerza diferenciadas, ya que en Europa las naciones y sus estados aparecían en conflictos con otros proto-estados nacionales. Cuando América en un primer momento y luego África y Asia se vuelcan en la misma dirección tienen que contar con que una de las fuerzas que juega en su entorno son Estados nacionales consolidados, muchos con aspiraciones imperialistas. De todas maneras se impone el léxico. La unidad política del mundo moderno es el Estado-nación. A pesar de los devenires diferentes, diferentes regiones del mundo tratan de adecuarse del modo más funcional a la fórmula.

Pero ¿cómo se evaluaba la consecución de este objetivo en Bolivia a fines del siglo XX? Recapitulando algunos elementos señalados antes cabe señalar que desde antes del año 2000 se encuentran dos cadenas causales separadas: por un lado se encuentra el desarrollo del indianismo y del katarismo desde los años setenta que, como señala Cecilia Salazar (2012), representaba las desilusiones de generaciones de indígenas a quienes la revolución había prometido ciudadanía sin hacerla efectiva sino al costo de borrar sus marcadores culturales. Este pensamiento se desarrolla y gana fuerza y adeptos. Por otro parte, a nivel global surgen los problemas del multiculturalismo relativos primero a la presencia de importantes contingentes migratorios en los países de Europa y problemas relativos a su incorporación en sociedades nacionales. Esto luego se extiende, en parte por una suerte de bovarysismo intelectual (Tamayo 1979) a regiones donde hay poblaciones indígenas considerables. Así el bovarysismo se concreta cuando en países como Bolivia de pronto se habla de “minorías” indígenas y se plantea el problema como relativo a la gestión y administración de la minoría en el territorio nacional. En apariencia en multiculturalismo y el indianismo/katarismo empalman porque los primeros creen que los segundos son su contraparte. La radicalidad de las demandas y el tenor indianista y katarista pone en alerta a los gestores del multiculturalismo que tratan de cerrar la puerta que había abierto.

Hay un elemento central que facilita la instalación de esta confrontación entre los gestores del multiculturalismo e indianistas y kataristas: la crisis del discurso de clase. La caída del muro de Berlín y la Perestroika significaron la reorganización de los campos discursivos en Bolivia porque una de las fuerzas centrales repentinamente se había quedado sin piso. Las corrientes marxistas en Bolivia son diversas y han tenido una incidencia notable. El trotskismo minero en 1946 propuso la Tesis de Pulacayo, un programa de acción que ha tenido una influencia poderosa; Diferentes tendencias marxistas fueron parte de las acciones durante la revolución de 1952. La presencia de Ernesto “Che” Guevara en Bolivia así como los escritos de Tristan Marof, Sergio Almaraz, Rene Zavaleta, Guillermo Lora también alimentaron los caudales marxistas. La crisis del gobierno de la Unidad Democrática Popular (UDP) en los años 80 –un gobierno de izquierda-, la instauración de un modelo neoliberal en 1985 y la caída del muro de Berlín fueron las tres estocadas que hirieron al marxismo boliviano de modo perdurable.

Desplazado el discurso de clases, el discurso étnico en sus muy diversas formas fue el parapeto tanto de gente de izquierda como de derecha. Indianistas y kataristas, que rechazan la oposición izquierda-derecha por referirse a política de q’aras, ganaron espacio. Cabe señalar también que estas dos corrientes políticas entraron desde los años 70 en interminables controversias con la izquierda clasista que veía con recelo las implicaciones étnicas de los discursos emergidos de aymaras y quechuas. Dentro de la academia boliviana el marxismo gozó de mayor salud y legitimidad –sin duda también por ser discursos de gente que viene de la clase media- mientras que quienes hablan de etnicidad –ni siquiera había que ser de alguna de las corrientes indias- ocupaban un lugar secundario. Esto se invierte en los años 90 y de pronto el enfoque de clases se vuelve obsoleto mientras que el otro se convierte en moda teórica. Esto permite entender por qué cuando se examinan los discursos críticos del Estado a inicios del año 2000 haya un predominio de la visión étnica y que la clase aparezca aunada a ese tronco. Inclusive Álvaro García Linera habló de esta discrepancia entre los movimientos políticos de eje étnico y clasista como el desencuentro de dos razones revolucionarias (2008).

En 2000, cuando la crisis estatal empezaba a ser develada, ya había un arsenal instalado en contra del Estado en el que se lo denunciaba como un Estado ajeno a las mayorías populares. Estas críticas tienen largo alcance ya que no se detienen sólo en la crítica del modelo instaurado en 1985, sino que se exponen diversas formas de violencia ejercida y consolidada desde la fundación.

No obstante, si bien hay un acuerdo casi completo en que el periodo previo a 1952 fue deleznable, es el hito de la Revolución lo que divide las aguas. Silvia Rivera anota que “[e]l pecado original de la revolución de 1952 reside en la contradicción entre su base de legitimación rupturista, basada en el discurso de la independencia económica y el mestizaje y la continua adscripción de sus elites al mundo occidental” (2003: 95). Esta adscripción al mundo occidental, argumenta Rivera, se efectúa al costo de negar en el país todo aquello que no se ajusta al canon occidental. Esto produce lo que ella propone como su hipótesis de “mestizaje colonial-andino” como una forma de autodesprecio centrado en aquello que tiene raigambre indígena. Dentro de ese marco, la Revolución, sugiere la autora, afinó una pedagogía nacional-colonial que convirtió a los indígenas en campesinos.

La crítica de Rivera es semejante a la que hace Julio Mantilla (2008) quien coincide en que la revolución de 1952 tiene un innegable núcleo de anulación de lo indígena a través de la interpelación que hace el Estado de los indígenas. Mantilla no obstante se remonta algo más hacia el pasado para notar cómo la discusión que se establece entre Arguedas y Tamayo es lo que va a dar la fisonomía a las discrepancias que se acontecen durante el siglo XX. Por un lado está la vertiente social-darwinista que ve en el indígena un lastre para la consecución de una nación en forma, mientras que las versiones vitalistas de Tamayo y seguidores ven que sólo el indígena puede ser el alma de la nación. Según Mantilla la revolución falla en incorporar esa tarea en su agenda. Sin embargo, y en esto Rivera y Mantilla vuelven a coincidir, a pesar de las intenciones del Estado de hacer desaparecer a los indígenas de la faz de la nación, estos encuentran las formas de organizarse, resistir y dar batalla. En esto hay una convergencia entre los dos autores que vale destacar porque será recurrente a otra parte de la literatura: El Estado revolucionario no pudo ejecutar su plan. Pueden vislumbrarse dos posibilidades: a) la sociedad indígena era muy fuerte y logró resistir al Estado al menos parcialmente o b) el Estado era muy débil para imponer sus objetivos a los indígenas. Sin duda “fortaleza” y “debilidad” son términos relativos asociados, pero dirimir entre las opciones propuestas no es sencillo porque supone indagar en la raíz de ese desequilibrio de fuerzas.

En esta crítica del Estado como antagonista y la historización de la resistencia indígena es importante el aporte que hace Esteban Ticona (2004): Producto de un esfuerzo colectivo del Taller de Historial Oral Andina (THOA) se han identificado diferentes momentos y formas de lucha

específica a través de las cuales las comunidades del lado occidental del país han mantenido reductos aún con vientos en contra. Ticona va a señalar un periodo de “apoderados generales” (1880-1900), uno de caciques apoderados (1912-1952) en los que diferentes actores tomaban a su cargo la defensa legal de las tierras de comunidad a través de la recolección de documentos coloniales que garantizaban ese derecho apoyándose en el *utis possidetis juris*⁷. El eje rotatorio del argumento de Ticona, que luego empalma con los recuentos históricos de Mantilla y Rivera, es la constante relación de conflicto por la tierra. A pesar de que una de las críticas que se hacen al Estado pasa por la resaltar que el 52 quiso anular a los indígenas al convertirlos en campesinos para cualquier fin práctico, es notable que la misma literatura ha tenido problemas para desembarazarse de un indígena que es, a la vez, un trabajador del campo.

Este problema no se refiere simplemente a un tema pasado por alto en la literatura que podría resumirse como “olvidarse” de los indígenas que no son campesinos. La literatura sobre clases populares (Barragán 2009) antes de 1952 se vuelca a hablar de sindicatos, de organizaciones de trabajadores, de gremios. Todos actores que, dentro del sistema de etiquetación del estado pre 52 no eran considerados indios, sino mestizos o cholos sobreponiendo efectivamente las categorías laborales con las étnicas. Es cierto que los sistemas de etiquetación del país han variado mucho entre censos (y por otra parte, la realización de censos era un tema quimérico: uno se hizo en 1900 y el siguiente se hizo 50 años después). La falta de estandarización es sintomática de una situación de precariedad de las formas en que el Estado administra la sociedad. Al mismo tiempo muestra una situación por *default* relativa al hecho de que gran parte de lo que no es urbano es considerado indígena y que en cierto modo está más allá del Estado. Los vacíos en la literatura en ese sentido no son faltas de la práctica académica –al menos no en primer lugar- sino puntos ciegos creados por las contradicciones entre el Estado y la sociedad. Simultáneamente se ve que el Estado tenía suficiente poder para etiquetar a la población de las principales ciudades borrando las autoidentificaciones indígenas pero era incapaz de producir ese mismo efecto con la misma eficacia en el conjunto del país

⁷ Lo cual no deja de ser notable porque *uti possidetis juris* se refiere a derechos de soberanía. Sin embargo este fue el principio invocado por apoderados y caciques para hacer respetar reconocimientos de tierras comunitarias por parte de la Corona española durante la colonia y que no podía contravenirse en el marco republicano.

La literatura que defenestra al Estado señala con insistencia que históricamente este se enfrentó a las comunidades querellando por la tierra. Se denuncia que el Estado innumerables veces desarrolló planes para hacerse cargo del problema del indio, que ha tenido muy diferentes facetas pasando por el exterminio hasta la incorporación subordinada. Pero al mismo tiempo este cuerpo de literatura que ataca el Estado no puede salvar el hecho de que el Estado tenía reductos en los que su funcionamiento era hasta cierto punto eficiente por determinados momentos, pero a la vez, fuera de esos reductos era bastante incompetente para fungir como la teoría clásica propugna.

De manera ensamblada a la crítica del Estado en su relación histórica con los pueblos indígenas, los escritores que mantienen una postura contra estatal también detallan diferentes aspectos contemporáneos de la que entienden como una relación perversa. José Luís Saavedra (2000) señala por ejemplo que el Estado se apropia de los excedentes producidos por lo indígenas a través de una red de intercambios desiguales. En suma se indica que las ciudades pueden sobrevivir al abastecerse de productos por los cuales no se paga un precio que permita la reproducción de las condiciones originales de producción. Simultáneamente se trata de desfalco y transferencia de valor. Es notable que el razonamiento de Saavedra tenga alusiones veladas a procesos de explotación que han sido descritos por Marx, pero en este caso se emplea categorías étnicas en vez de categorías de clase a partir de una extrapolación que es significativa.

Otro de los elementos notables de la acción negativa del Estado es expuesto por Chivi (2000) al señalar que los marcos operativos del Estado imponen un lenguaje que es ajeno al de las demandas y necesidades indígenas. Mientras el Estado neoliberal reformaba las formas de tenencia de tierra empleó conceptos como “propiedad agraria” o “distribución” mientras que los indígenas presentaban demandas que tocaban el tema del territorio y de la autonomía para administrar estos. Desarrollando esta idea Chivi afirma que el Estado está conformado de un modo en el que es impermeable a las demandas indígenas. Su misma fisonomía no le permitiría procesar e incorporar a los indígenas sin despojarlos de su misma condición.

Yampara (2005, 2008) va a sostener que el problema con el Estado colonial es que responde por sus formas y organización a un tipo diferente de civilización. Sus instituciones y expresiones son la negación de sistemas y estructuras propias de los pueblos indígenas que

funcionan a partir de una cosmogonía distinta. De allí se desprende que hay un cortocircuito intersubjetivo entre lo que el Estado pretende hacer e imponer y lo que efectivamente es posible para aquellos que ven el mundo de otra manera y se organizan políticamente de otra manera. Esta perspectiva contrasta agudamente con las propuestas de Fernando Untoja (2012) que critica de un modo radical la elucubración de pasados con tonos milenaristas ya que nubla la visibilización de la verdadera potencia kolla. Esto no le impide asegurar que el Estado boliviano no tiene nación y que la nación kolla carece de Estado. La relación que se teje entre ambos entonces es de carácter colonialista.

Atravesando el espectro de los escritos contraestatales se constata que la figura central que los une, a pesar de sus discrepancias y tonalidades diferentes, es la alusión a la situación colonial del país. En esta versión de lo colonial (luego se verá otra) predomina la idea de que la institucionalidad del Estado responde a intereses ajenos a los de la mayoría del país. Sin duda lo mismo puede encontrarse en discursos de naturaleza anarquista o marxista, pero en esta versión lo colonial proviene de una reedición de la oposición instaurada en la conquista entre una elite de origen europeo y una población nativa. El eje fundamental de esta forma de entender el colonialismo es una fuerte estamentación que permite muy pocos pasos entre grupos étnicamente diferentes. Las facetas pueden ser muy diversas y abarcar desde lo cosmogónico o ser muy prácticos y relativo a la forma de hacer comercio y establecer redes mercantiles. Así, a pesar de que el rasgo básico de lo colonial es distinguible hay una saturación semántica de su contenido. “Colonial” acaba siendo un término que tiene funciones polimorfos para atacar al Estado y que lo hierde en virtud de que su propagación con definiciones múltiples se ha infiltrado en el sentido común como un arma que puede blandirse para efectos muy distintos.

El nacionalismo cambia inclusive replica los gestos de los escritores que hacen la defensa de las naciones indígenas y apropia la idea del colonialismo interno. Cabe señalar dos diferencias relevantes del ensayo cambia de conceptualizar un colonialismo interno. Por una parte alegan que su situación colonial tiene una raigambre étnica acentuada por la problemática regional. Se cuestiona que el Estado central abandonó a las regiones y que cuando se aproximó a ella lo ha hecho para avasallar libertades y extender su poder. Si bien esta crítica no es en definitiva nueva – el regionalismo es un problema boliviano que fácilmente se rastrea en el siglo XIX- es llamativo que sólo se convierta en “colonialismo interno” cuando el concepto está siendo utilizado como

ariete efectivo por un grupo completamente diferente de intelectuales. Este discurso inclusive cae en la misma aporía que señala que el Estado simultáneamente era débil como para instaurar su institucionalidad de modo efectivo (el mentado abandono) como fuerte para mantener su dominio ilegítimo. Existe entonces una caracterización dual del Estado.

El otro gesto llamativo del nacionalismo cambia es cancelar la separación que existe entre el Estado y los indígenas de las tierras altas y conceptualizarlos como dos caras de una misma medalla. Denuncian la labor nefasta del Estado que ignora y abandona a las regiones a su suerte a la vez que las explota. Por el otro lado está el problema de la migración de indígenas hacia las tierras bajas, que representa el aumento de la presión sobre la tierra y sobre el mercado laboral en general. Al fundir al Estado con los pueblos indígenas de occidente estos escritores pretenden anular la premisa de colonialismo interno de quienes escriben desde los pueblos indígenas. Si bien el nacionalismo cambia ha sido una bengala solitaria en la noche, no hay que dejar de lado cómo intentaron voltear el bagaje analítico que crítica el Estado en contra de sus principales promotores.

En suma, los escritores que asumen una postura contra estatal lo hacen apoyados en la noción de colonialismo. Esto es así a pesar de que la misma noción implique diferentes registros según los autores que se consideren. Hay algunos puntos en común centrales dentro de todas las divergencias que se han anotado. Primero lo colonial convierte al Estado en una institución ilegítima, que domina y gobierna sin un principio de autoridad que, supuestamente, sea reconocible para el conjunto de la población. En segundo lugar el carácter colonial del Estado remite a una dirigencia que no pertenece a las naciones indígenas y originarias sino que es ajena al grueso de la población del país. En esa línea se entiende que el Estado ha sido construido y es manejado por impostores. En tercer lugar se cuenta que el ensamblaje institucional tiene por objetivo mantener la situación de dominación y reproducir por la mayor cantidad de tiempo posible la situación de subordinación de las naciones que, presuntamente, si existen. Del agregado de todo esto la conclusión es que la forma del Estado boliviano es perniciosa y no es a través de reformas que su funcionamiento puede ser enmendado. Al considerarse que el mal está en la raíz, los abordajes de esta naturaleza consideran que una reformulación de base es imprescindible.

Cuando nos movemos de los discursos que tienen una marcada impronta contraestatal hacia aquellos que apuestan por el Estado como espacio en el que es posible solucionar las contradicciones del país no nos encontramos con trabajos más atemperados sobre su función. Lo que se halla son diferentes argumentos críticos del Estado pero, ahora sí, que vislumbran que una reforma es posible y que un ajuste institucional podrá gestionar los problemas que acosan al país. A continuación se examinan estos discursos y junto a ellos también las visiones institucionalistas que tienen una fisonomía particular que cabe resaltar.

En párrafos anteriores se mencionó la existencia de una interpretación del colonialismo que no asumía una forma contraestatal. Esta posición es la desarrollada por Solíz Rada que sostiene que el problema del colonialismo se establece entre naciones imperialistas y naciones oprimidas. Este esquema de oposición recupera el pensamiento y análisis de Carlos Montenegro que señala la existencia de fuerzas que operan a favor de la patria y otras, las antagonistas, que son la antipatria. La antipatria se compone de los intereses extranjeros que se ciernen sobre el país pero que además se valen de una élite política nativa que es su cómplice y se beneficia de la situación colonial del país. Para quienes defienden las posiciones de la izquierda nacional hay una constante pugna entre el fortalecimiento de la nación a través del Estado para la realización de su autodeterminación frente a los gobiernos que saquean el Estado y en consecuencia debilitan la nación desvaliéndola de sus recursos naturales así como de su autoestima. Este concepto de colonialismo se ajusta más a la definición política clásica del concepto mientras que las variantes contraestatales son más próximas al concepto de colonialismo interno de Silvia Rivera⁸.

Esta forma de conceptualizar la situación del colonialismo no es contraestatal por la evaluación que hace de la institución que pretende el monopolio de la violencia legítima. Solíz Rada va a señalar que en el proceso de construcción del Estado hay una alternancia entre momentos de afirmación nacional y momentos de primacía imperialista. La revolución del 1952 por ejemplo es vista como un momento en el que el Estado toma las riendas de la economía para apuntar hacia un desarrollo autónomo de la nación hasta que en 1964 se cae bajo la presiones de los Estados Unidos. Del mismo modo las medidas del gobierno del General Ovando Candia son valoradas positivamente por la nacionalización del petróleo mientras que la dictadura de Banzer

⁸ Cabe señalar que el concepto de Rivera es producido y gestado en un proceso paralelo pero dislocado del concepto de colonialismo interno desarrollado por Pablo González Casanova (Cf. Rivera 2006)

es catalogada de modo negativo por la apropiación privada del erario y los recursos nacionales. De tal modo el Estado es visto como una institución que se debate entre impulsos diferentes que le otorgan su matiz. A diferencia de la narrativa y descripción contraestatal que no duda en establecer una visión totalizada el Estado como aparato de dominación.

La perspectiva que señala el déficit estatal es crítica del Estado pero al mismo tiempo apuesta por apuntar que es el espacio en el que deben producirse las transformaciones institucionales. En esta postura hay una amplia gama de autores que en diversos grados retoman el señalamiento de René Zavaleta sobre los problemas de la ecuación estatal boliviana. Según esto el Estado boliviano se habría construido primordialmente como un instrumento apropiado por la élite señorial para la captación de excedentes y como tal su construcción a lo largo de los casi doscientos años de vida independiente se ha limitado a funciones muy específicas y localizadas. Esto derivó en un Estado incompetente e incapaz que, a pesar de sus momentos de expansión, sigue divergiendo mucho del modelo ideal de Estado que emerge en Europa.

La condición de déficit estatal es señalado por autores como Zegada et. al. a propósito de la incapacidad del Estado para confeccionar una comunidad imaginada sólida, o por autores como Rojas que señala las insuficiencias en cumplir los proyectos de establecer una ciudadanía plena y garantizada. El mismo Fernando Mayorga señala que el Estado boliviano es un Estado en construcción y que por lo mismo no tiene sus capacidades desarrolladas y a pesar de que se han hecho esfuerzos por cambiar las matrices que impiden la consolidación de la comunidad política ello ha quedado incompleto.

En una vena próxima de análisis, Vincent Nicolas y Pablo Quisbert desarrollan un estudio comparativo entre las formas de construir comunidad imaginada por parte de dos procesos de gran envergadura: la revolución de 1952 y el “proceso de cambio” iniciado en 2006. Contrastando con los artefactos que Benedict Anderson describe como los adyacentes a la construcción de una comunidad imaginada (el censo, el museo, el mapa) y agregando algunos otros (monumentos, biografías de los líderes, narrativas históricas) Nicolas y Quisbert anotan que ambos gobiernos discurren por los mismos tópicos persiguiendo la conformación de un sentido común que reconozca como evidentes los signos de la comunidad que cada uno de estos proyectos enarbolaba. Sin embargo ambos gobiernos acaban entrampados por las debilidades estructurales

del Estado que, aun cuando intenta aproximarse a la sociedad para captarla y producir algo en ella, lo logra de modos intermitentes, discontinuos, heterogéneos en el territorio y el tiempo. Esa relación entre sociedad y Estado, signada por la interferencia, arroja resultados que difieren de gran modo de aquello que los gestores planificaban obtener y que en algunos casos son opuestos a lo que se buscaba.

Quienes señalan la condición de deficiencia estatal atribuyen al Estado una característica genérica que lo atraviesa desde sus inicios en el siglo XIX hasta el momento presente. Cabe identificar una marcada cautela entre estos autores sobre lo que está ocurriendo con el “proceso de cambio” liderado por Evo Morales. La hipótesis de la deficiencia estatal no se contradice con la de la alternancia patria/antipatria de la izquierda nacional, pero los pesos explicativos están distribuidos de manera desigual entre las dos perspectivas. Ciertamente es que para la perspectiva de izquierda nacional el Estado debería ser potente para garantizar los intereses de la nación, pero su expansión o contracción se explica por las correlaciones de fuerzas de la nación con las fuerzas imperialistas. En la hipótesis del déficit estatal este déficit es el que explica el resto.

Hay una literatura que ha emergido en los años de consolidación del proceso de cambio que parten de considerar las debilidades históricas del Estado para evaluar la profundidad de los cambios contemporáneos. Autores como Caurey, Molina et. al. (2014) Torrez et. al (2014) Moreno et. al. (2014) señalan que el déficit estatal se ha prologando por gran parte de la historia del país pero que el momento presente implica una serie de transformaciones que, al cumplir tareas de democratización abren el espectro de la construcción de la nación. Caurey por ejemplo señala que el pueblo guaraní ha sido históricamente avasallado pero que actualmente se ha llegado a un punto en el que la madurez de la organización se encuentra con un dibujo estatal en el que puede negociar y participar. Molina y allegados que trabajan el mismo tema en una vena regional llegan a conclusiones similares. Torrez enfatiza específicamente cómo el Estado es hoy, a diferencia de las experiencias pasadas, un espacio de encuentros, conflictivos, contradictorios o, como expresa siguiendo a Zavaleta, “abigarrado”. El Estado no ha alcanzado un óptimo y esto es explicitado por esta literatura reciente. Pero salta a la vista que la situación estatal no es la misma.

Sin duda esta producción novedosa hace apuestas audaces ya que está ante fenómenos que pueden catalogarse como nuevos y al mismo tiempo hay una necesidad imperiosa en el país

de entender qué está pasando (y si el llamado proceso de cambio efectivamente cambió algo). No obstante lo cierto es que sopesar la larga duración y funcionamiento de proyectos desatados en los últimos años sólo podrán verse en el largo plazo. Lo significativo es que de modo coyuntural hay enfoques que se arriesgan a señalar transformaciones y llevan a considerar un reajuste institucional.

Retomando el modelo de análisis de crisis que se enunció en la introducción hay que notar que las producciones emergentes nos hablan de estas transformaciones. Zavaleta señala que un momento constitutivo se define por un vaciamiento ideológico y por una disponibilidad social. Todo el armazón de las críticas tanto favorables al Estado como las contraestatales son el conjunto que acompaña la perforación del Estado o por lo menos la constatación de su estado de degradación. La producción de una literatura que da cuenta de las transformaciones más contemporáneas y puede señalar las arenas de recomposición de la relación entre el Estado y la sociedad no nos asegura que haya un cambio duradero en el Estado que, como se dijo es un tema que se advierte en el largo plazo. Si indica, en cambio, que hay un efecto de llenado de la disponibilidad social que emerge como respuesta al vaciamiento. Es significativo que para afirmar este cambio no se tome un conjunto de textos que provienen del centro de gravedad del gobierno actual sino de textos, que reconociendo falencias y límites, si describen la resolución de algunas contradicciones y la emergencia de otras en el entramado de la sociedad. Cabe también señalar que dentro de esta literatura aparecen visiones conscientes del cambio operado pero con perspectivas más escépticas de los logros como el ya citado trabajo de Nicolas y Quisbert al que se puede añadir los trabajos de Murillo et. al. (2014) y Molina Barragán (2013).

Existe otra vertiente de trabajos que han sido producidos en el contexto de la crisis estatal que no son contra estatales pero son en definitiva antigobierno. Estos textos están unidos por una perspectiva que atiende a la larga duración de la construcción del Estado y ven su conformación como la acumulación de momentos de ampliación de las instituciones, de la democracia, de intensificación de las cohesiones sociales. La historia que sugieren no es una historia apacible ni libre de violencias, pero es por último una historia que se desarrolla en un sentido teleológico positivo.

Carlos Toranzo por ejemplo escribe que la construcción de la nación es un proceso iterativo que va a sumar en momentos determinados más aristas al “nosotros”, así la república de Bolivia se construye poco a poco. Toranzo va a señalar momentos clave de esta iteración en los que el Estado juega un papel relevante: 1825 –independencia-, 1899 –guerra civil-, 1935 –guerra del chaco-, 1952 –revolución nacional-, 1994 –reformas multiculturales de la Constitución Política del Estado-. Es interesante que frente a los hitos que Toranzo retoma como centrales todos excepto uno (las reformas de 1994) sean eventos violentos en los que incluso se enfrentó la población boliviana entre sí. Tomando eso en cuenta es interesante anotar que él ve en lo que llama la etnicización de la política y el ascenso del monoculturalismo aymara un problema y no un momento más en la iteración de la construcción del “nosotros” sino una amenaza que ha logrado anidar en el Estado.

Jorge Lazarte es otra pieza central en la crítica radical del gobierno de Evo Morales al mismo tiempo que valora los logros de la construcción estatal en el largo plazo. Lazarte tampoco es ciego frente a los avatares de la construcción estatal y no vacila en señalar que “el mayor defecto de la construcción el Estado [fue] haber funcionado excluyendo a la mayoría originaria del país en favor de minúsculas élites que creyeron que eran el país” (2003: 29). Lazarte apunta a la ciudadanía que emerge de 1952 como el modelo correcto de construcción estatal pero si acepta que ha sido débilmente socializada, pero que ello puede ser reencauzado. En cambio cuando critica el dibujo institucional que se construyó durante el gobierno señalado, explica que la nueva Constitución Política del Estado disuelve la separación entre el Estado y la sociedad que es el supuesto de la democracia moderna. Lazarte va a señalar que el Estado efectivamente ha cambiado en los últimos años pero porque se ha homologado su lógica a la de la sociedad, de tal modo que no hay un funcionamiento de contrapesos institucionales y si hay grupos de interés, lógicas corporativas y una pugna entre derechos de todos y prerrogativas de grupos étnicos. Así los logros institucionales se trastocan y pierden aquellas cosas meritorias que había alcanzado. Ahora bien, todo lo que describe Lazarte no es precisamente algo que sea negado por otros escritores vinculados al tema. De hecho otros investigadores (Torréz et. al 2014) describen lo mismo pero ven en el mismo fenómeno un proceso que es valorado de otra manera: si el Estado había estado disociado de la sociedad, que la sociedad se haga presente en el Estado era algo positivo. En cambio para Lazarte esa presencia en el Estado menoscaba las funciones ideales de esta institución. El mismo fenómeno visto con lentes diferentes.

Lazarte y Toranzo comparten una perspectiva general sobre la historia de Bolivia que es optimista sobre el hecho de que en el tramo largo se han logrado cosas positivas. Como se señaló previamente, esta valoración es realizada sin detenerse a considerar cómo los momentos vitales donde el Estado participa en la construcción de la nación han sido momentos violentos. Eso contrasta seriamente con el modo en que se juzga el “proceso de cambio” y se señalan sus diversos errores aun cuando el contexto contemporáneo, si bien ha tenido episodios violentos, no ha alcanzado las magnitudes de una conflagración interna. Por lo anterior es difícil de entender cómo estos autores pueden encomendarse a una idea de desarrollo histórico que incluso tiene ribetes teleológicos pero reniegan tanto de la forma actual de ese desenvolvimiento.

En las páginas precedentes la atención se ha centrado en mostrar dos posturas presentes en la discusión sobre la nación en lo relativo al Estado: la contraestatal y la reformadora del Estado. Se mencionó también que existe una literatura nueva que da cuenta de las transformaciones ocurridas durante el proceso de cambio. Pero a la vez que ésta emerge, hay que notar que hay tránsitos que llevan de una posición a la otra, principalmente de lo contra estatal a lo pro estatal.

Autores como Idón Chivi o Esteban Ticona que durante el periodo de crisis estatal hacen críticas muy duras del Estado colonial durante el gobierno de Evo Morales cambian de posición y apuestan por el ensamblaje del nuevo Estado. No es lateral a todo esto el hecho de que ambos dejen posiciones de docencia y acompañamiento de movimientos sociales a ser parte de los cuadros del nuevo gobierno y del nuevo diseño del Estado.

Otros, como Raúl Prada o Pablo Mamani, tienen un periodo breve de aproximación al gobierno aunque en este caso sus decursos sean diferentes. Raúl Prada es un escritor que ha profundizado en el desarrollo de un discurso más filosófico que retoma muchas vertientes posmodernas y las ha trabajado en una dirección que laxamente puede describirse como anarquismo posmoderno. Durante el periodo de crisis Prada enfatizó en lo que él denomina los devenires plurales de la multitud, que en sí mismas son poseedoras de una multiplicidad que no puede encerrarse dentro del corsé de las categorías modernas. En ese sentido tanto Estado como nación son categorías que restringen el fluir de lo múltiple. Cuando el periodo de crisis empieza a

encontrar sus medios de resolución a través de la Asamblea Constituyente, Prada participa como asambleísta del partido de gobierno. Al comentar en 2012 su perspectiva sobre lo que significaba realmente el “Estado plurinacional” Prada va a señalar que el concepto servía para desmontar tanto el Estado como la idea de la nación y dejar que los caudales e intensidades plurales alcanzaran su autoorganización en una fase post capitalista de organización. En su momento Prada suscribió la construcción del Estado Plurinacional, pero al ver defraudadas sus expectativas sobre los rumbos que tomaba el proceso –según él la reposición de la lógica estatal y la nación unitaria– tomó distancia y volvió a posiciones críticas del Estado.

El caso de Pablo Mamani es diferente pero igualmente ilustrativo. Los textos de Mamani escritos entre 2000 y 2006 llevaban implícito un proyecto discernible de abonar las expectativas de lucha indígena. En ese sentido sus trabajos a la vez que son críticos del Estado resaltan la potencia organizativa y de acción de las juntas de vecinos en la ciudad indígena de El Alto así como de los movimientos campesinos. Si bien Mamani ha mostrado en trabajos breves las posibilidades abiertas por el gobierno de Morales, nunca ha pertenecido a alguno de los entornos próximos al MAS. Sin embargo el año 2009 en un texto publicado con Máximo Quisbert abren la posibilidad de que un arreglo institucional es posible en el marco del nuevo gobierno. El problema para alcanzar tal arreglo proviene, según estos autores, del entorno blancoide del presidente que supuestamente operarían una injerencia que apacigua las luchas recientes y las reorganiza en una repetición del Estado colonial. La posibilidad estuvo abierta de modo breve si se atiende a la producción de Mamani, que en trabajos posteriores volverá a una posición más escéptica sobre el Estado y se dedicará a rastrear las fuentes políticas que sirvan efectivamente a los indígenas. De tal modo se puede percibir que los años de la Asamblea Constituyente conforman un periodo en el que transiciones son favorecidas por las transformaciones que se están dando aunque algunos autores como los recién señalados reculen posteriormente.

Pero así como los mencionados Chivi y Ticona que transitan hacia el lado de reforma estatal hay otras transiciones significativas como las de Xavier Albó y Álvaro García Linera. Xavier Albó es uno de los intelectuales más reconocidos del medio boliviano en parte porque ha impulsado desde los años setenta una de las iniciativas no gubernamentales más exitosas: el Centro de Investigación y Promoción del Campesinado (CIPCA) y también por sus trabajos empíricos sobre pueblos indígenas. Albó ha cuestionado, junto a muchos otros, la falta de

apertura del Estado al carácter nacional de los indígenas. Así en un texto de 2000 señala que los pueblos indígenas han sobrevivido a pesar de los intentos estatales. Implícitamente lanzaba una acusación al Estado de aferrarse a su monoculturalismo. Sin embargo, con el discurrir de los eventos de inicios del siglo, Albó apoya los rumbos que toma el diseño estatal y brega porque muchos de los principios que incluye la nueva Constitución Política del Estado, como las Autonomías Indígenas, sean alcanzadas de modo efectivo. Este autor ha sido crítico del gobierno porque, según su criterios, se aplicaron políticas que no cumplían el espíritu de la Constitución – por ejemplo la Ley de Deslinde Jurisdiccional-; pero dentro de todo sus escritos señalan que es el Estado plurinacional el espacio en el que habrán de producirse los cambios de aquí hacia adelante.

Otro caso, quizás el más significativo de estos tránsitos por la relevancia que tiene en la conducción del proceso es el que hace Álvaro García Linera. García Linera ha sido de los intelectuales más notorios durante el periodo posterior a la Guerra del Agua en parte por su vinculación con algunos de estos movimientos así como por un abordaje que en su momento fue novedoso para trabajar los acontecimientos. En un texto de 2005 desarrollaba lo que él veía como una “[a]ctitud esquizofrénica del Estado que promueve institucionalmente la inexistencia de identidades étnicas mayoritarias al mismo tiempo que reglamenta la exclusión étnica como medio de monopolización razificada de los poderes sociales”. Con alguna sofisticación particular este autor coincidía en líneas gruesas con los pilares de la crítica al Estado como institución de la administración colonial. Sin embargo cuando García Linera pasa, en calidad de Vicepresidente de la República, al lado estatal opera toda una transformación de su postura.

No se trata de que García Linera, ni ninguno de los mencionados, reniegue de sus participaciones previas en el debate, pero el inicio del proceso de cambio introduce un cambio de signo en la política que es difícil de omitir. Antes de 2006 García Linera recuperaba la noción de Estado Aparente formulada por Zavaleta pero posteriormente hace disquisiciones sobre lo que es el Estado y cómo se está transformando. Incluso llega a firmar que desde 2006 el Estado boliviano se encamina a ser un Estado integral. Es notable que en muchos escritos previos a 2006 el autor señalara que el único pueblo que tiene la madurez política para constituirse en nación dentro de un esquema plurinacional es el aymara, dada la larga data de acumulaciones sociales y organizativas. Reconociendo su propio trabajo en 2014 escribe que “La constitución de una nación estatal aymara (...) se abrió como posibilidad ante el blindaje anti-indígena del Estado republicano

(...) pero la historia transcurrió por otro camino”. Ese otro camino fue la transformación del Estado y no su ruptura. Aquello que en 2005 era un objetivo vislumbrado de autonomía aymara en 2014 se ha desvanecido en favor de una unidad nacional en la que, asegura, tienen espacio y participan las diferentes naciones indígenas.

Las transiciones que se mencionan distan de ser saltos mortales y se asemejan más a cambios paulatinos de posición que responde a momentos coyunturales y la estructura de oportunidades políticas (Tarrow 1994) que presentan. Algunas transiciones son de larga duración y representan reposicionamientos hacia posiciones estables mientras que otras no superan el momento de la oportunidad arriesgada que no se convierte en apuesta ganada. Por supuesto las transformaciones del Estado no convencen a todos y es comprensible que muchas posiciones mantengan su radicalidad, aunque también es cierto que podría detallarse cómo el periodo 2000-2006 incita reflexiones diferentes a las del periodo 2006 -2014 especialmente en torno al tópico de si hay cambio o no.

Se ha mostrado la existencia de dos posiciones relativas al Estado boliviano y su desempeño en la construcción de la nación. Por un lado la crítica contra estatal habla del Estado boliviano como aquella instancia que se ha impuesto por sobre y en contra de la nación o las naciones. En esta visión el ensamblaje estatal es el enemigo de la nación ya que como estado colonial, niega la existencia y autodeterminación de las naciones. Del otro lado está la posición que todavía otorga un lugar relevante al Estado para la construcción de la nación o lo plurinacional pero a la vez es crítica de diferentes formas de insuficiencia estatal que ha menguado la consolidación de una comunidad de nosotros en las diferentes formas propuestas.

A lo largo de la sección también se ha procurado mostrar cómo el periodo abarcado puede ser mejor comprendido en lo que toca a la producción intelectual sobre la nación si se consideran los quiebres de 2006. Se señaló que después de que la crisis estatal encuentra una forma de resolución con la presidencia de Evo Morales y la instalación de la Asamblea Constituyente, que cambiaron el tenor de lo contencioso de la política, se verifican cambios. Perspectivas críticas que señalan insuficiencias siguen estando presentes a la vez que hay un reconocimiento de arenas novedosas en donde se negocia y produce lo nacional. Del mismo modo se constata que existe una modificación en los discursos de diferentes actores que se aproximan hacia el lado pro estatal,

algunos permanecen mientras otros retroceden a sus posiciones originales. Así se advierte que los frentes de discusión son heterogéneos y dinámicos y sin embargo sí son asibles a través de distinciones gruesas que agregan los rasgos centrales. Los polos de oposición no se han disuelto, pero sin duda la fuerza de la tensión es diferente cuando se consideran diferentes momentos. Si bien escritores como Jorge Lazarte o Carlos Toranzo son referencias intelectuales ineludibles, la gravitación que tienen sobre el conjunto del debate se ha visto mermado. Por otra parte es notorio cómo otros han adquirido prominencia durante la crisis estatal. Tal es el caso de Álvaro García Linera. De modo simultáneo a estos movimientos grandes y notorios de las placas de discusión habrá que reconocer una filigrana de disposiciones sociales que orientan la toma de partido del mismo modo que las transiciones. Esto empezará a ser visto en el siguiente capítulo.

Conclusiones.

En las páginas precedentes se han empleado dos ejes diferentes para pensar las diferencias de discursos sobre la nación que existen en Bolivia actualmente. En la primera sección se ha hecho una lectura a partir de la oposición que existe en la literatura entre principios étnicos y políticos de la nación. Se ha visto que en el espectro de los discursos de nación, estos principios están presentes de diversos modos pero a la vez no se mantienen inermes: La teoría tiene un lugar de referencia que a la hora de pensar los procesos actuales desde diversas ópticas, obligan a mutar estos principios para poder aprehender los procesos contemporáneos. La utilidad de pensar estos principios étnicos y políticos está no en replicar o fortalecer estos polos, sino en advertir cómo hay un juego con estos, una forma práctica de poner en marcha una forma de discurso que apunta a contribuir a unos horizontes políticos que se encuentran disputando la forma en que se habla de la nación.

Los discursos de la nación que se hacen desde intelectuales que defienden las reivindicaciones de los pueblos indígenas en apariencia se encontrarían más cerca de lo étnico. Hay una historia de resistencia cultural que denuncia las exclusiones coloniales del país que no puede ser negada. A la vez se advierte que el núcleo del discurso sobre las naciones en Bolivia no se apoya primordialmente en estos rasgos, sino en la articulación de un horizonte político que diverge de la República en la consideración de momentos claves de su historia. Reivindica la forma contemporánea de movimiento político que se postula como nación frente a las negaciones

estatales de su existencia como sujetos políticos. Se trata de que los horizontes políticos están escindidos entre el oficial y el de los diferentes grupos étnicos: esto produce que no haya un hilo conductor para narrar la nación pero a la vez que las historias de los pueblos indígenas sean las del forjamiento de modernidades periféricas que son distintivas y no reducibles a la modernidad europea. No hablamos entonces de discursos de nación que se remitan a pueblos milenarios – aunque si muchas veces folklorizados- sino a pueblos que adoptan un modo catacrético de discurso sobre la nación.

Frente a esta conformación de un discurso sobre las naciones indígenas está el desencuentro con las formas de discurso que abogan por una combinación de lo étnico y lo cívico. Uno de los rasgos de esta perspectiva es que se teje a partir de una idea de etnicidad y pueblos indígenas que atiende menos a las formas históricas de desarrollo de los pueblos indígenas, de alguna manera esclerotizándolos a la vez que imponiéndoles un deber ser, muchas veces de carácter milenario. Dentro de esta concepción hay tres variantes entre las cuales se cuentan aquella que asume una forma multiculturalista y defiende la centralidad de un núcleo de derechos universales provenientes de la ilustración que se combinan con concesiones especiales para los grupos étnicos que han visto truncado su acceso a la ciudadanía. En esta variante se impone una visión de gestión de la diferencia. La otra variante, si bien puede reconocer que Bolivia se ha fundado sobre exclusiones étnicas, considera que la inclusión debe ser ciudadana –a tono con el universalismo liberal- en toda la línea sin permitir que haya una etnicización de la política. En ambas variantes es común la concepción velada de que Bolivia debe transitar por una vía u otra hacia los mismos derroteros que los países plenamente funcionales al capitalismo global. Finalmente la tercera variación del análisis que conjuga los principios mencionados es la que aparece de modo más reciente ante los avatares de la construcción del Estado plurinacional y advierte las contradicciones que emergen entre los acentos que ponen énfasis en la ciudadanía universal y lo que se llama étnico.

Mientras en la posición anterior la nación se conforma en una combinación entre lo étnico y lo cívico, una tercera posición que no comulga con las formas de discurso indígena sobre la nación se abre paso y apela a una identidad cultural abarcadora: el mestizaje. Los intelectuales que apelan al mestizaje como componente central de la nación también se dividen en tres vertientes. Por un lado están aquellos que hablan de múltiples mestizajes, dando cuenta de un

sinfín de mezclas ocurridas en Bolivia que son correlato de formas diferentes de integrarse a la globalización y al mercado. Esta forma de mestizaje rompe con las funciones históricas que había tenido el mestizaje homogeneizante y se acerca más bien a una forma multicultural de mestizaje que pretende señalar que es posible modernizarse sin dejar de ser indígena, que implícitamente sugiere que ser indígena es vivir petrificado en el tiempo pretérito. Las otras formas que apelan al mestizaje tienen como referencia común el proyecto de integración cultural de 1952 y las reticencias frente a los poderes disgregadores de los nacionalismos indígenas. Se diferencian no obstante en que uno de estos, el que defiende la idea de lo indomestizo, reconoce un trasfondo colonial vigente en la sociedad boliviana, mientras que el otro reivindica la herencia del nacionalismo revolucionario y el encuentro de civilizaciones. El aspecto común de estos ensayos que recurren a la idea de mestizaje radica en que, a diferencia de los proyectos del siglo XX que hicieron de la amalgama su bandera, estos “mestizajes” están en un orden de competencia frente al empuje de las reivindicaciones indígenas que no se apaciguan en la simple incorporación.

El segundo eje con el que se organizaron los discursos de la nación es el relativo al Estado y adquiere su pertinencia de la larga discusión sobre el rol del Estado en la conformación de la nación pero además por ser un tópico común al conjunto de discursos sobre la nación que existe en Bolivia. Nuevamente la forma esquemática de la discusión se presta a una reducción de la complejidad de la polémica contemporánea si no se examinan el detalle de las argumentaciones que se estrellan o defienden el Estado y su rol en la invocación de la nación. Las cuestiones sobre qué hace o deja de hacer el Estado, cómo lo hace y cuáles son sus logros en la construcción de la nación adquieren aquí un rol relevante ya que se pone en juego si la colectividad se plasma como una acción de imposición desde arriba, una forma de resistencia contenciosa desde abajo y en contra del Estado o un ir y venir entre la sociedad y el Estado. Sin duda algo hace el Estado, pero en este punto esta certeza necesita de examinar la filigrana de los argumentos que celebran o denostan la acción estatal.

Una de las variantes más nutridas dentro de la literatura es la que desde la idea del colonialismo cuestiona el conjunto de toda la acción estatal. El Estado colonial, que concretamente puede ser muchas cosas muy diferentes dada la saturación semántica de la idea de “colonial”, es el aparato de imposición de una institucionalidad que pretende hacer una nación juntando fragmentos y reproduciendo un orden de dominación en el que no es posible hablar de

una comunidad. En esta vena, las naciones existen por fuera del Estado, o bien se constituyen en contra de él y sus intentos de reproducción de la violencia, o en definitiva se conforman en sus márgenes, en líneas de comunicación que unen la sociedad por debajo de la urdimbre del Estado. El punto crítico de esta forma de conceptualizar el problema está en que el Estado, que es retratado como una máquina de opresión, es a la vez incapaz de cumplir con las mínimas funciones que le corresponden. Es, paradójicamente, inepto en su labor y eficaz en su dominación. La contradicción se disuelve si se considera que, si bien el Estado boliviano puede ser catalogado como un aparato colonial, es a la vez un Estado diminuto que aspira sin éxito a replicar lo que hacen otros estados.

La otra forma de considerar el lugar del Estado podría ser denominada reformista, en contra de la anterior que es claramente contraestatal. La perspectiva reformista acepta que el Estado ha jugado roles nefastos en la historia del país, pero también ha sido instancia central de momentos importantes y es el espacio contemporáneo en el que debe producirse un encuentro entre los diferentes sectores del país. A diferencia de la posición contraestatal que se plantea la necesidad de prescindir del Estado, la vertiente reformista apuesta por una transformación del Estado. Esta posición, a diferencia de la transhistoricidad de la posición contraestatal, por fuerza admite un desarrollo dinámico del Estado en el que su fisonomía cambia de acuerdo a lo que podemos sintetizar como las correlaciones de fuerza en la sociedad: el Estado no es de una vez y para siempre una entelequia inmutable sino un producto de acciones humanas que pueden transitar por otros rumbos. A pesar de estas coincidencias, también hay que reconocer divergencias relativas al hecho de que los diferentes autores aquilatan y valoran de modos distintos los mismos momentos históricos: la posición reformista del Estado no supone una comunión sobre cuáles son los momentos de los avances y de retrocesos en la constitución del Estado como sintetizador de la sociedad.

La tercera posición es la que se puede calificar como conservadora en la medida que aboga por la preservación del Estado que precedió a la crisis estatal. La misma posición, sin embargo, adolece de una dislocación: Su propio recuento de la evolución del Estado boliviano reconoce que ha habido momentos de fuertes enconos (la guerra federal, la revolución de 1952) que han contribuido a que el Estado adquiriera la fisonomía multicultural de los años 90. Frente a la evolución beneficiosa del decurso histórico de la institucionalidad política, la crítica destructiva del

Estado abre la posibilidad de que todo lo conseguido en casi doscientos años de vida republicana vaya a dar al basurero de la historia por la irrupción de actores radicales. Lo paradójico de esta posición es que los antagonismos del pasado son recuperados como hitos de la nacionalidad, mientras que los antagonismos del presente se presentan como inminentes riesgos de disgregación. Estas lecturas implícitamente están imbuidas de una forma de teleología que corona el proceso iterativo de constitución de la nación y la trayectoria que este proceso prefigura debe ser conservada. Su oposición entonces no es en contra del Estado, sino en contra del gobierno de Evo Morales, el cual es señalado como proceso negativo por el descalabro de la república y la instauración de lo plurinacional.

A diferencia de las posiciones sobre lo étnico y lo político, las posiciones relativas al Estado son mucho más sensibles al cambio durante el periodo estudiado. En términos generales, quien piensa que la nación estará mejor bajo un modelo multicultural o quien defiende el mestizaje en alguna de sus variantes modifican de modos apenas perceptibles sus posiciones al respecto en la medida que se sale de la crisis estatal –sin descartar algunas transformaciones notables-. En cambio en lo que respecta a la actitud respecto al Estado, los cambios de posición son reconocibles. Lo anterior no es inaudito si se considera que la Guerra del Gas de 2003, la elección de Morales en 2005 o el desarrollo de la Asamblea Constituyente entre 2006 y 2008 son momentos críticos de la crisis estatal y prefiguran modificaciones del Estado tanto en su estructura como en su ocupación. El efecto de ello es palpable en cómo, para muchos, el Estado deja de ser la encarnación de la perversidad de la dominación y tiene oportunidad de redención. El cambio en algunos casos es temporal, mientras que para otros es sostenido, pero en definitiva hay una dinámica política que reconocer y examinar (capítulos 5 y 6). El análisis de cómo una perspectiva sobre la nación –ya no sobre el Estado- dependerá de lo que parecen disposiciones sociales incorporadas de mayor permanencia que habrán de ser buscadas en los orígenes y trayectorias de socialización de los impulsores de estas posiciones. Este el objeto del capítulo siguiente.

Capítulo 4

¿De dónde vienen los intelectuales?

El análisis adecuado se construye sobre un doble rechazo: recusa tanto la pretensión del texto filosófico a la autonomía absoluta, y el rechazo correlativo de toda referencia externa, como la reducción directa del texto a las condiciones más generales de su producción.

La ontología política de Martín Heidegger

Pierre Bourdieu

Introducción.

En el capítulo anterior se examinaron las tensiones que organizan la discusión sobre la nación en Bolivia, remitiéndose en lo esencial a los argumentos centrales que están en oposición y en solidaridad dentro del debate. En este capítulo se cambia el nivel de análisis y se deja parcialmente los textos para enfocar con detalle los rasgos sociológicos relevantes sobre el origen social de los intelectuales. El propósito es comenzar a examinar el proceso material a partir de remitirse a las experiencias biográficas que marcan el devenir de actores singulares en escritores y contendores por la definición de aquello que la nación es. Estas experiencias biográficas no son tratadas por separado y por lo tanto no se trata de la búsqueda de los detalles dramáticos que en las narrativas de los actores se constituyen en hitos. Se trata, más bien, de un análisis de conjunto en el que se advierte la orquestación de las experiencias sociales para tomar nota de los procesos microsociales y reticulares que, por medio de la incorporación, se convierten en factores que moldean las labores intelectuales.

Al moldear las condiciones en las que se desarrollan las labores intelectuales, las trayectorias personales van a dotar a, lo que de modo provisional podemos llamar campo intelectual, de una dinámica que no se define por su propia autonomía. Por un lado es cierto que cada uno de los actores estudiados en este trabajo se incorpora paulatinamente a un campo

preexistente en el que hay una correlación de fuerzas que induce al individuo a participar del juego: a los actores se les imponen ciertos temas irrecusables, ciertas metodologías que deben ser consideradas y ciertos estilos de participación: hay un abanico de posibilidades, pero no todo puede ser dicho ni dicho de cualquier manera. A la vez, y esto no es menor, los diferentes actores renuevan el campo intelectual en la medida que llevan un bagaje de destrezas, de capitales incorporados, de principios de visión y división con los que organizan la realidad, en fin, llegan dotados de un habitus que es partícula generadora dentro del campo (Bourdieu 2009:31). Evidentemente esta partícula puede no ser suficiente para subvertir una situación del campo (Cf. Elias 1998), pero en la medida en que se adhiera a otras, que nuevas se incorporen a la vez que algunas dejen de participar, es posible que la situación del campo se modifique o altere de modos significativos.

La situación específica de un campo en un momento dado tendrá como telón de fondo el hecho de que los bagajes que se incorporan no sólo son diferentes sino que son desiguales y desigualmente apreciados por los actores involucrados. No todos los intelectuales que se hacen partícipes están en posesión de las destrezas y sentido del juego que el campo demanda, de tal modo quienes las tienen están en posición de ascender y posicionarse ventajosamente mientras otros actores se rezagaran; y sobre este respecto sería muy fácil invocar el ejemplo de la destreza en la escritura, destreza escasa y a la vez imprescindible dentro de un campo en el que se tiene como consenso la importancia de la publicación de textos. Entonces, el dominio de la escritura se erige como uno de los requisitos manifiestos para participar del campo de un modo efectivo y, como se sabe, el dominio de la escritura –entre muchas otras cosas que cabrá detallar en las páginas siguientes- expresa grandes desigualdades sociales que se rastrean hasta las posibilidades familiares de transmisión de capital cultural y la trayectoria escolar que consagra o penaliza los orígenes familiares (Bernstein 1977, Bourdieu y Passeron 1996, Luykx 1999)

No obstante, a pesar de que el campo privilegia ciertas destrezas, su autonomía no es total, es decir, no puede hacer prevalecer sus reglas de un modo efectivo en todo momento. Ésta es la precariedad del campo que se insinuaba en un párrafo anterior: el campo intelectual difícilmente se consagra en un país como Bolivia en el que la educación misma no ha alcanzado un grado de reconocimiento que excluya las influencias de la política o la economía (Spedding 2015:99). Esto es comprensible porque la educación, que hunde sus raíces en un Estado censitario

—previo a 1952- ha sido por mucho tiempo —y aun hoy- un medio, más que de producción de conocimiento, de legitimar una distribución singular del excedente y de ejercicio del poder. Al estar atado a disputas sobre la ciudadanía, el campo intelectual es una arena de pugnas donde, entre otras, se disputa la legitimidad de la jerarquización vigente, de hecho desafiada por efecto de procesos de ciudadanía lenta desatados desde 1952. Estas pugnas de naturaleza política quedan inscritas en el mismo campo intelectual que ve modificado su orden por la presencia de actores que experimentan un ascenso social y a la vez traen demandas insatisfechas en lo tocante a su incorporación en la sociedad política.

En las siguientes páginas todo esto será detallado, mostrando cómo la dinámica interna del campo intelectual incorpora actores con trasfondos sociales desiguales en un contexto de fuerte influencia de modificaciones sociales en lo que respecta a la ciudadanía. Estas condiciones y la dinámica asociada permitirán comprender cómo las oposiciones teóricas que se fundan en la estructura del campo son expresivas de modos diferentes en que la nación se encarna en los diferentes actores involucrados: la experiencia que se tienen de la nación es distinta y va a engendrar problemas teóricos también distinguibles según la experiencia personal y la posición que se ocupa en el universo de contendientes.

Desigualdades de origen.

Al considerar las desigualdades de origen y cómo estas se hacen presentes en el campo intelectual es necesario partir de una constatación empírica: Entre los intelectuales que discuten sobre la nación se puede distinguir entre actores que vienen de orígenes sociales en las que la disponibilidad de ciertos recursos permiten entender una trayectoria como el resultado de propensiones cultivadas en el origen. A la vez hay que reconocer otro conjunto de actores que en su origen social carecían de los recursos, las facilidades e inclusive de los modos de hacer que favorecen la incorporación en el campo intelectual. No obstante esa diferencia, no hay que dejar de lado algunas características del campo que permitan contextualizar la diferencia de orígenes. La labor intelectual demanda cierta ocupación en la lectura y la escritura, labores que resultan más difíciles de llevar a cabo si se tiene un trabajo manual extenuante que se extiende por la mayor parte del día: sin que haya una prohibición, la labor intelectual resulta más factible para quienes pueden ocuparse justamente en trabajos como la enseñanza, las consultorías, el periodismo, la

investigación, la política profesional y en menor medida para quienes ocupan determinados puestos en la burocracia estatal o en la cooperación internacional u organismos internacionales. Es decir, en líneas generales nos referimos a un conjunto de actores que ocupan una gama muy estrecha de ocupaciones.

Esta primera constatación deja algo en claro: a pesar de los orígenes sociales diferentes que tienen los intelectuales, hay –sin duda con matices que habrá que reconocer– un destino ocupacional similar. Entonces entre orígenes sociales desiguales y destinos ocupacionales similares media un ascenso social que permite la generación de expectativas por parte de los actores en ascenso a incursionar en ámbitos que antes estaban vedados o por lo menos prácticamente cerrados para su clase de origen. Habrá que rastrear, por otra parte, hasta dónde los actores que no experimentan un ascenso social tan notable se limitan a reproducir sus condiciones de clase o son protagonistas de otros tipos de movimiento ascendente, descendente u horizontal (es decir, un movimiento en el que se permutan la primacía de ciertos capitales por otros). Ahora bien, dadas las condiciones coloniales de un país como Bolivia se puede adelantar que los procesos de movilidad social no son apacibles y de hecho, desde la perspectiva de los actores, tienen ribetes mortificantes. En el caso de la movilidad descendente es evidente la causa de una mortificación asociada a la pérdida de posición y prestigio. En cambio la mortificación en movilidad ascendente tiene que ver con la existencia de dispositivos discriminatorios que se atraviesan de modo tortuoso. Cabe detallar todo esto.

Lo primero que cabe considerar es el oficio del padre como un indicador bastante fuerte del origen (Breen y Goldthorpe 1997; Goldthorpe 2010): Si bien sería posible detallar ampliamente las diferencias en las labores del padre, existe una división pertinente clara y a la vez totalizante de las variaciones en las ocupaciones de los padres: la distinción entre trabajo manual y no manual. Entre los intelectuales que van a otorgar preponderancia a lo indígena en la conformación de la nación⁹ los padres son principalmente trabajadores manuales: agricultores (con madres agricultoras, que es lo típico en las unidades domésticas altiplánicas que poseen parcelas propias, en contraste con campesinos jornaleros como ocurre en emprendimientos en el oriente del país), mineros y profesores rurales, entre quienes no viven en las urbes. En las ciudades predominan los

⁹ En clave de lo que en el capítulo 3 se entendió de modo elaborado como “superposición político/cultural” y no en el sentido plano de etnicidad.

padres fabriles u ocupados como carpinteros, mecánicos y comerciantes. Las madres ciudadinas se ocupan mayoritariamente a labores de casa, pero también se emplean como empleadas domésticas y vendedoras. La educación se limita a algunos años de primaria para los padres y para las madres es recurrente que no haya ninguna educación formal y a la vez no es raro que sean monolingües en aymara o quechua, una condición que se ha tematizado en Bolivia y Perú como un marcador de mayor indigeneidad dada la mayor separación que media entre el sujeto y el mundo urbano (CF. De la Cadena 1991).

En cambio entre los intelectuales que se van inclinar por la defensa del mestizaje (en sus distintas variantes) o por la aproximación que busca conciliar lo étnico y lo cívico, la gama de los ocupación paterna es nítidamente no manual. Se encuentran padres médicos, abogados, ingenieros, cientistas sociales entre los profesionalizados y por otra parte se identifican empleados bancarios, choferes de taxi, administradores de almacenes, vendedores de libros y artistas. Considerando esto se debe tener en cuenta que la distinción entre los trabajadores manuales y no manuales no es una forma de manifestación de la oposición entre clases propietarias y clases trabajadoras. De hecho, anticipando que el campo intelectual, y el campo cultural como conjunto englobador, va a generar una fracción dominada dentro de la clase dominante, es comprensible que no sea un ámbito de atracción de los vástagos de familias ricas, aunque algunas sean acomodadas. En ese sentido el origen social urbano y no manual es diferente al de las contrapartes rurales y manuales sin que ello signifique que hablamos de una extracción de elite económica como generalidad.

La educación de los padres en trabajos no manuales respecto de los intelectuales de origen rural o de ocupaciones manuales es grande: La conclusión del bachillerato es la línea de base desde dónde parten trayectorias diferentes por el sistema educativo. Médicos, abogados e ingenieros han concluido la universidad e incluso se cuentan especialidades, acercando extraordinariamente los años de escolaridad a los 20, muy distantes de los años de escolaridad de los padres en el campo, que por lo general no alcanzan el bachillerato. Entre los empleados bancarios se encuentran tanto individuos que han concluido con carreras como administración pública como los que no, y que sin embargo han podido ocuparse en el mercado de trabajo. Si bien se encuentra que muchas madres, del mismo modo que las madres rurales, se dedicaron a labores de casa, la diferencia sigue siendo grande entre nula o pocos años de escolaridad y

bachillerato concluido. Por las disposiciones del orden de género de buena parte del siglo XX, cabe considerar hasta dónde el paso por la universidad de mujeres se considera un espacio determinado por la necesidad de conseguir el título antes de sentar cabeza dentro de un marco familiar:

[M]i abuelo trabajaba para Naciones Unidas [y vivió] en muchos lugares distintos. Entonces mi madre estudia en México. Mi tío, o sea su hermano, en Brasil y mis [otros] dos tíos se vienen a Bolivia. Mi madre estudia en México, sí, la verdad no sé bien que estudia, me parece que ni lo terminó, estudió algo, un poco, seguramente literatura o algo así. Pero desde una perspectiva más, más anecdótica digamos (...) estudió idiomas también. (H. 1980 P. Empleado bancario)

Esta cita, que muestra un caso extraordinario respecto del conjunto de madres menos privilegiadas, tiene la virtud de mostrar de modo exagerado algo que había sido percibido por Bourdieu y Passeron en *La reproducción* (1996) sobre las carreras universitarias que sirven como parapetos para actores privilegiados (como ser hija de un oficial de Naciones Unidas) antes de transitar a la vida adulta y emplearse en un banco, lugar donde conoce al marido.

La situación educativa de las madres para los diferentes intelectuales no es mejor que la de los padres, pero sí es sensiblemente diferente en la medida que se cruza de un polo al otro de la tensión entre la marginación y el privilegio. A pesar de lo que puede verse como un relegamiento sistemático de las mujeres por medio de una acción patriarcal, hay que considerar que los efectos sobre la transmisión del capital cultural a los hijos son tremendamente desiguales. En el mínimo común está el hecho de que una madre que ha terminado el bachillerato y se dedica a labores de casa está más adecuada a las rutinas de incorporación de contenidos escolares y puede guiar a sus hijos, opción que le queda vedada a la mujer que siendo monolingüe y desconoce el castellano no sólo no puede guiar a sus hijos sino que además es objeto de maltratos por hijos que cursan unos pocos cursos de primaria y se creen legitimados por la escuela para sentirse superiores a sus padres (Spedding 2015: 109).

Entre los intelectuales de origen urbano y padres de ocupación no manual hay un antecedente de inestabilidad que evita concebir a este grupo como una élite consolidada inmune a las vicisitudes. En uno de estos casos hablamos de un abuelo, propietario de hacienda que estaba ubicada en el sur del país, que con la reforma agraria pierde la propiedad, que es

fragmentada y entregada a los campesinos, dejando a la familia con un terreno que al ser dividido a la muerte del “patriarca”, es francamente insuficiente. Uno de los hijos –luego padre del intelectual en cuestión- decide migrar para seguir estudios de medicina en la ciudad de La Paz, en donde se casa y procrea dos hijos sin haber concluido los estudios. A la vez que estudia medicina se hace simpatizante del Ejército de Liberación Nacional al cual apoya declaradamente y en cuyas filas milita un amigo íntimo. Sin embargo, las responsabilidades familiares lo persuaden de no sumarse a la iniciativa de Teoponte. Cuando sobreviene el golpe de Banzer el padre, reconocible como alguien cercano al ELN, busca los medios de salir hacia México –destino común del exilio boliviano dada la situación del continente- dónde finalmente concluye su educación como médico y donde sus hijos ya cursan el ciclo básico. Desde la perspectiva del intelectual que narra esta historia, su padre logra recomponer las condiciones económicas de la familia aunque nunca se vuelva a alcanzar el rango del abuelo (H. 1965 P. Médico)¹⁰

Otro caso nos remite a una familia en la que los progenitores (nacidos en 1950) comienzan carreras universitarias que quedan inconclusas. A pesar de no haber terminado de estudiar en la universidad, ambos consiguen trabajo dentro de la banca, en dónde hacen una carrera más o menos estable hasta que a mediados de la década de los ochenta la madre, que llega al Banco Central, es “relocalizada¹¹” por la reducción del aparato estatal provocada por la implementación de políticas neoliberales y el padre se jubila de modo anticipado. En ese momento ambos padres pueden disponer de sus liquidaciones y jubilación para comenzar emprendimientos de pequeña escala como un restaurante y un servicio privado de transporte escolar cuando los hijos ya están a punto de concluir el ciclo secundario. (M. 1970 P. Empleado bancario/ Chofer)

Los dos casos que sirven de ilustración aquí muestran un rasgo más común a los orígenes familiares de trabajo no manual y es la relativa inestabilidad de la posición de clase. En el primer caso se advierte la decadencia intergeneracional en la que se pasa de una posición social dominante en el campo a una ocupación prestigiosa y relativamente bien pagada en la ciudad, que

¹⁰ De aquí en adelante la información de los entrevistados detallara la siguiente información: el primer carácter (H o M) para designar si el entrevistado es hombre o mujer y a continuación el año de nacimiento. Esto es seguido de la ocupación del padre (P) o de la madre (M) en el caso de que el padre esté ausente.

¹¹ Cuando en Bolivia entra en vigor el Decreto Supremo 21060 el año 1985, miles de mineros de la minera estatal son despedidos con la promesa nunca cumplida de ser “relocalizados”. Que el término sea empleado por una entrevistada para referir la situación de su madre se debe a que la situación comparte contexto y causa con la de los mineros.

a pesar de su prestigio, es económicamente dependiente. En este caso la caída es frenada por la vía de la educación y una elección de carrera que apunta a lo más convencional del espectro profesional. En el segundo caso se ve los embates que una familia afronta en el transcurso de la evolución de la unidad doméstica, especialmente aquel que está relacionado con la transformación estatal operada posteriormente al decreto 21060. Al analizar caso por caso los vaivenes familiares son de naturaleza diferente y no llegan a organizarse de un modo sistemático lo que se debe en parte a que tratamos con cohortes de edad (Ryder 1965) con marcadas diferencias y un número limitado de casos distribuidas en estas. Sin embargo persiste el hecho de que las familias volcadas a actividades no manuales no gozan de una estabilidad a prueba de tropezones y una situación desfavorable pone en evidencia la carencia de un sostén más sólido. Lo anterior no es sorpresivo si se considera que inclusive las elites económicas dominantes del país son frágiles y llegan a desplomarse en un tiempo relativamente corto (Arnold y Spedding 2008). Considerando este dato, es comprensible que estratos menos consolidados igualmente sean sensibles a los vaivenes políticos y económicos.

La inestabilidad de las élites y su cambio va a marcar otra situación de desigualdad entre los intelectuales de origen urbano y rural, esta vez en lo que respecta a la vinculación familiar con las élites políticas. Entre los orígenes familiares de los intelectuales de origen rural se puede rastrear casos muy localizados de vinculación con líderes de movimientos campesinos del siglo XX e inclusive del siglo XXI, como en el caso conocido de Ayar Quispe -hijo de Felipe Quispe Huanca- que antes de su deceso en 2015 empezaba a tornarse en una voz pública crítica de lo plurinacional desde la postura indianista. Otro intelectual de origen rural señala que su involucramiento con la política en sus primeros años era primordialmente la vinculación con el sistema de cargos en los que sus padres ejercían responsabilidades en sus lugares de residencia. Pero a la vez la experiencia más común de los intelectuales de padres en oficios manuales es una desvinculación de la política por estar estos volcados a la unidad doméstica como conjunto a la reproducción de las condiciones de vida. Esto es más comprensible entre las ocupaciones que se desarrollan en cierto aislamiento como entre los carpinteros y también entre agricultores-aunque estos si suelen estar organizados en sindicatos campesinos, es notable que no haya sido importante para los intelectuales que refirieron su historia familiar-. En cambio entre los trabajadores fabriles o mineros, donde las condiciones colectivas del trabajo facilita la organización y además se comparte un sentido común de las necesidades del colectivo, las experiencias políticas de los

padres se limitan al conocimiento de panfletería marxista en sus más diferentes venas, sin que ello se constituya en un tipo de simpatía marcada y patente por una vertiente ideológica. Entonces, a pesar de que se pueden distinguir razones para que haya mayor o menor involucramiento en la política, se impone más bien una distancia respecto a la política.

Mi padre se caracterizaba por tener una aversión a la política. No militaba en ningún partido político y mi madre nos contó después los grandes problemas que tuvieron cuando yo era pequeño. Cuando el MNR tomó el poder hubo una gran crisis económica, un desabastecimiento y tenían acceso a las vituallas quienes tenían la capacidad de tener los famosos cupos. El cupo era una especie de prebenda de don, de regalo, de ticket que daba el gobierno a quienes eran militantes del MNR. Entonces quienes no tenían ticket, entonces no tenían acceso a la carne a productos de primera necesidad y mucho menos a la leche, entonces me parece que hubo una situación bastante difícil, mi familia se vio en bastantes problemas para conseguir lo necesario para la sobrevivencia de mi persona y de mi hermana que era un año mayor que yo, que nació un año antes que yo. Fue una cuestión bastante marcada por ese momento por una antipatía de mi padre hacia la política y cualquiera que hubiese sido el gobierno y particularmente el MNR porque le echaba la culpa de la miseria que se vivía (H. 1952 P. Carpintero)

En cambio entre los intelectuales de padres en oficios no manuales es común encontrar antecedentes familiares de participación política más allá del voto y además algunos casos de vinculación familiar con gente que se ha desempeñado en altos cargos del gobierno. El cambio veloz de protagonistas de la política favorece que, en coyunturas de convulsión social que deponen los órdenes precedentes, familiares próximos sean parte de los transitorios gobiernos antes de que estos sufran, a su vez, de las embestidas de la convulsa política boliviana.

A mi tío (...) por ejemplo lo exilian por intentar golpear a Barrientos, cuando ya toma todo el perfil de dictador ¿no? Yo tenía como seis, siete años, algo así, ya me interesaba la política siquiera para entender por qué un tío querido estaba perseguido como delincuente (H. 1959 P. Empleado bancario)

El padre de mi mamá era, era un líder comunista estaba en el gobierno de la UDP también. Es minero muy, muy marxista ¿no? Y el abuelo de mi papá, del lado paterno, más bien era [allegado] de Torres, de izquierda pero militar, que ha sido canciller en el gobierno de Juan José Torres (M 1985 P. Antropólogo]

De tal modo el Estado y el gobierno, la burocracia estatal así como las direcciones partidarias, no son ámbitos completamente ajenos, como no son completamente extrañas las bondades del prestigio estatal –marcado en el hecho de recordar de modo preciso las condiciones en las que parientes han sido parte de diferentes gobiernos, un tipo de conocimiento familiar transmitido como fuente de orgullo- ni la hiel de la derrota política que se expresa en la persecución, el exilio y también en el asesinato.

El Estado y la política, desde las experiencias de las familias de origen, engendran experiencias diferentes en actores situados en lugares distintos de la sociedad y que ni siquiera han llegado a edad legal de ser actores políticos. Para algunos la experiencia es la de la fría lejanía que sólo ocasionalmente se hace presente de modo macabro o el telón de fondo de una cotidianidad mezquina que se complica por las prácticas del clientelismo y la prebenda. Para otros en cambio, sin dejar de ser telón de fondo o eventualmente tornándose en pesadilla, es a la vez escenario que potencialmente puede cambiar de protagonistas, sea que estos se encaramen en las cúpulas estatales o que se hagan parte de las líneas activas de la oposición o la resistencia. El Estado es aprehendido como posible destino laboral a la vez que potencial persecutor si se opta por desafiarlo de modo constante. Lo anterior es consistente con los modelos de participación política que Verba (Verba et. al. 1978 y Verba et. al. 1995) describe: mayor disponibilidad de recursos facilita la propensión a participar en política, aunado al hecho de que esa facilidad, que permite la participación de los padres, favorece una socialización en política.

Se podría oponer a las ideas del párrafo anterior que la política y la forma en que el Estado se vincula con sectores populares empezó a cambiar desde el establecimiento de los sindicatos campesinos en la revolución de 1952 o inclusive desde el Congreso Indígena durante el gobierno de Gualberto Villarroel y sin duda eso es cierto. Sin embargo hay que reconocer que la penetración estatal en los sindicatos se daba en los niveles más centralizados de éste y las células más capilares no estaban sometidas a ese control, lo que permite sospechar que en términos de

actores involucrados en la dinámica entre sindicatos y gobierno los protagonistas son numéricamente pocos aunque estratégicos. A la vez hay que considerar que en zonas alejadas de los epicentros del poder estatal la política cambiaba de fisonomía: Las competencias y pugnas partidarias en pueblos o ciudades intermedias antes de ser la expresión de un conflicto ideológico o programático eran la forma legalizada que asumen las rencillas locales o interfamiliares por razones de un orden distinto al político (CF. Spedding 2013). Uniendo lo anterior con el conjunto de literatura que examina la heterogeneidad del Estado en el conjunto del territorio boliviano, es plausible sugerir que la distancia que muchos actores van a sentir respecto de la política y del Estado se deriva de que este se encuentra muy mal desplegado por el conjunto del territorio y que va a ser una experiencia relevante para las familias de quienes viven justamente en ciudades como La Paz, Santa Cruz y Cochabamba.

A pesar de las grandes diferencias que se pueden rastrear en los orígenes familiares se advierte una convergencia en la importancia que las distintas familias otorgan a la educación de sus hijos. A lo largo del espectro de experiencias se puede percibir esfuerzos de diferente índole para que quienes luego se convierten en intelectuales tengan una estadía prolongada en las aulas. Este interés, no obstante, se va a desplegar de modos diferentes, evidencia de los distintos recursos a la mano con los que cuentan los padres y la capacidad también diferenciada para anticipar las mejores condiciones de llegada a la universidad. Aun cuando la universidad es evaluada de modo distinto en cuanto a destino educativo –gran objetivo por alcanzar para los padres bajamente escolarizados, estación de paso para los más escolarizados- es importante retener el hecho de que el objetivo universitario no es algo a lo que algunos padres se hayan opuesto o que hayan considerado quimérico. En esto hay que notar, con Salazar de la Torre (2012: 40 y ss.), que las transformaciones de la educación desde la promulgación del Código de la Educación Boliviana en 1955 promovió la implementación de un sistema culturalmente unificado, que en distintos momentos tuvo un cariz violento, pero que en cualquier caso incrementó la matriculación de un modo geométrico (op. Cit: 42) y la expansión de núcleos educativos en muchos lugares donde antes no había ninguna chance estatal de educarse. Sin embargo “las instituciones educativas rurales, al mismo tiempo que transmitían los valores de igualdad cultural ciudadana, restaban a una gran parte de la población campesina sus capacidades materiales para alcanzarla” (ibid.). Esta educación, aun cuando fue precaria, enajenante y centrada en modelos de enseñanza memorísticos (Luykx 1999) y rechazada en las zonas rurales cuando pretendía marcar

nuevas diferencias culturales a través de la enseñanza en idioma indígena (Yapu y Tórrico 2003) dejó marcado el sentido de que la educación es una vía de ascenso social a la cual se tiene derecho, aunque ese derecho demande mucho esfuerzo para ser ejercido plenamente.

De tal modo los padres dedican una variedad de esfuerzos a lograr la profesionalización de sus hijos. Un intelectual hijo de agricultor relata cómo su padre, excluido de la educación, le pone esfuerzo y presión para que su hijo rinda en la escuela:

“[Mi padre] me exigía como si [él] supiera leer, bien exigente era mi papá. En las mañanas me daba a leer “a ver, léemelo esto” y me mostraba cosas como si él supiera. (...) Él no sabía leer, pero me exigía.” (H. 1955 P. Agricultor)

Estos esfuerzos no se acaban en las actividades cotidianas de seguimiento del estudio de los hijos, sino que se expresa en esfuerzos mayores como el traslado de la residencia familiar a la ciudad o en su caso el envío de los hijos a centros urbanos dónde puedan proseguir con su formación, en casos recurriendo a parientes en la ciudad que puedan albergar al estudiante. Del mismo modo hay esfuerzos en las gestiones para conseguir becas, admisiones pero también pagos en instituciones de educación privada. Así por ejemplo, el mismo padre que se sentaba a procurar que su hijo lea, aun cuando él mismo era analfabeto:

Mi papá se preocupó de llevarnos a Oruro (...), hemos buscado y por azar de la vida hemos caído en el colegio Aniceto Arce. El director (...) nos recepcionó [sic] y mi papá llegó a hablar con él, pero mi papá, como es esta cuestión de la reciprocidad, se había ido con un desollado de oveja y le regalo al director. Nadie le regalaba al director, entonces [el regalo] le impactó (...) y nos han recibido con la condición de dar una prueba que hemos aprobado.
(H. 1955 P. Agricultor)

U otro caso

[Mi padre] reflexionaba que era la falta de educación, de conocimiento que provocaba los problemas digamos sociales o la falta de éxito en la vida (...) y buena educación era ser parte de un colegio (...). Quienes aseguraban ese supuesto triunfo social eran (...) colegios de los jesuitas (...). Se le metió en la cabeza digamos el que yo estuviera en el San Calixto (...). Cuando mi padre solicitó beca, porque no podía pagar digamos la pensión, los curas aceptaron en la medida de que yo fuese buen alumno o sea y, sí era un buen alumno tenía beca completa, si era alumno regular tenía media beca, si no rendía los estudios fuera, fuera del Colegio, entonces a mi padre le encantó eso. (H. 1952 P. Carpintero)

La persecución del logro escolar en el caso de los intelectuales cuyos progenitores tienen baja escolaridad se logra, en parte, por esfuerzos y pericia paterna que entienden que aquellos que les fue negado si tienen un valor social. En otros casos el esfuerzo no es tan gráfico, pero si demanda sacrificio, por ejemplo, en lo que toca tanto mantener un hijo en la ciudad, del mismo modo que pagar las colegiaturas de establecimientos privados.

Lo anterior debe llevar a plantear, para retomar luego, dos temas que se derivan de esta dinámica de involucramiento de los padres en la educación de los hijos. Por un lado están los planteamientos que hace Cecilia Salazar de la Torre et. al. (2012) en *Intelectuales aymaras*, texto que tiene entre sus tesis centrales que estos intelectuales se desanclan de los ámbitos comunitarios y se constituyen como individuos, en el sentido moderno del término, y por lo mismo entre sus tránsitos sociales se generan derroteros personales que los convierten en sujetos que, aun cuando en lo teórico retornan a la idea de comunidad, su propia existencia y constitución se debe al desarraigo. En términos generales la tesis de Salazar de la Torre es correcta en cuanto a la importancia de los procesos post 1952 para la emergencia de sujetos individuados, sin embargo, profundizando en su argumento y tomando en cuenta los roles jugados por los padres, hay que resaltar que estos mismos actúan ya movilizados por un sentido de individualidad tanto propia como considerando la de sus hijos. El señalamiento que hace Salazar de la Torre es preciso en un contexto académico donde se supone, prácticamente por corrección política, que el ayllu y la comunidad son negaciones de los individuos, pero a la vez las decisiones educativas y los esfuerzos personales de los padres muestran que este sentido de individualidad no depende solo del desarraigo que precipita la educación. (Cf. Martuccelli 2010)

Hay un segundo tema emergente importante relativo a la dinámica de reproducción de desigualdades. Si se contrastan los datos educativos de los intelectuales y las condiciones de origen en el polo más excluido con los datos generales de logro escolar en Bolivia la diferencia es enorme, algo que sin duda se podía anticipar. Mientras los intelectuales que crecen en condiciones de desventaja alcanzan más de 13 años de educación (sólo 14.5% de la población boliviana lo logra) la mayoría de los bolivianos no superan los cinco años. Por supuesto los intelectuales son un grupo que ha sido seleccionado intencionalmente y de ningún modo su condición es representativa de los bolivianos, al contrario, es una condición extraordinaria. De

cualquier manera los datos sirven para poner en consideración una tesis desarrollada por Mora y De Oliveira (2014), que señalan que para el caso de México se ve la importancia del apoyo paterno –supervisión y cuidado- en evadir la transmisión intergeneracional de desventajas.

Del lado de las familias donde el padre es de ocupación no-manual se ve que el interés paterno por los estudios es también intenso pero se desarrolla en un ambiente distinto en el que la transmisión de un capital cultural radica en el centro de la experiencia biográfica.

[L]a primera palabra que he debido pronunciar ha debido ser Warisata, ¿no? porque siempre ha estado presente en mí vida. De hecho, teníamos una pequeña biblioteca en la casa, en un rinconcito así medio apartado, tenía un aire así un poco de aventura. [Allí] estaban no solamente los libros de mi papi ¿no? Sino también sus cuadros, sus esculturas, porque el hizo arte también (...) eso fue determinante para mí (...), mi vida intelectual está marcada por la presencia de mi padre y por su ideología. (M 1960 P. Educador/artista)

Trato de recordar alguna influencia externa, quizás esos debates de mi madre con los jóvenes que venían a visitar a mi hermana mayor; quizás el encuentro con los libros de mi abuelo, libros viejos que estaban atrás [de la casa]: literatura y libros de economía y socialismo. Me acuerdo que llegó a mis manos, no sé cómo, una fotocopia (...) con textos de filósofos marxistas; puede haber sido por esos debates en los que participaba mi hermana (...) y comienzo a buscar por mi cuenta. (H 1962 M. Secretaria)

Las citas presentan varios elementos que son comunes a la narrativa familiar y que conviene exponer por separado a fin de aquilatarlas en sus particularidades. Por un lado está el descubrimiento de la biblioteca familiar a edad temprana. La naturalización del habitus puede hacer parecer como evidente la existencia de una biblioteca en la casa paterna –por muy variopinta o esmirriada que pueda ser-, pero el hecho es que la experiencia no sólo de tener los libros en un estante, pero además la inducción a utilizarla no es una experiencia automática ni un hábito espontáneo. El ejemplo dramático de ello es el aprendizaje del valor de los libros: en tiempo de dictaduras, los libros se convertían en objetos que merecían un cuidado adicional porque podían producir la persecución política de sus poseedores: las historias de infancia en las que los libros son forrados con papel madera o trasladados a escondites son parte de una socialización del valor y poder que estos tienen.

Más allá de las circunstancias dramáticas, el acceso a los libros marca el inicio de recorridos personales, como señala Fernando Escalante (2007). Si bien la producción de libros va a estar condicionada tanto temporal como espacialmente, los trayectos de lecturas van a ser irrepetibles para los diferentes actores y van a engendrar una experiencia altamente individualizada del lugar de uno mismo en el mundo. A la vez, como se advierte en la segunda cita con más nitidez, los libros abren senderos de intereses personales que marcan una distancia respecto de lo que se hereda en primera instancia: la exploración de la biblioteca familiar no concluye en la reproducción de la trayectoria de lectura de los progenitores, sino que se diferencia de ella tanto más porque los horizontes de búsqueda son nuevos en tanto añoran tanto la experiencia de lectura como la experiencia personal. Y sin embargo, no deja de haber una gravitación de aquello que se hereda: “Warisata” en la primera cita, “filósofos marxistas” en la segunda; hitos personales que en combinación con la acción de la escuela constituirán la gente que luego se tornará en intelectuales.

Por otra parte se rastrea la presencia familiar pero de un modo que representa una variante respecto al esfuerzo deliberado que se pone en las familias de trabajadores manuales y es la transmisión que se produce por un efecto de acción sostenida en el tiempo bajo la forma de rutina. En el caso de la primera cita se advierte que Warisata, la ideología del padre, los libros son todos elementos de un mundo simbólico asociado a una izquierda revolucionaria que se respira en la casa, al final de cuentas una fracción del mundo político e intelectual es aprendida por la cohabitación con ella. Para la segunda cita en cambio se ve el movimiento de jóvenes, amigos de la hermana mayor, que discuten con la madre sobre autores y sobre filosofía en un momento de agitación política. De tal modo el comentario con referencia bibliográfica como parte de una charla se incorpora en los modos del habla, no necesariamente cotidiana, pero por lo menos si es una variante incorporada y utilizable de ser necesaria. Las variedades específicas de aprehensión e incorporación de conocimientos que se constituyen en el acervo de un capital cultural (Bourdieu 2013), de un código elaborado (Bernstein 1977), pero también de la conformación de la heteroglosia de la que habla Bajtin y que es la expresión de una formación dentro de una clase social (1989) son variadas, pero responden a la rutina de una inculcación prolongada que permite una asimilación tan naturalizada que es invisible para su poseedor y para su medio y que se constituye en recurso valioso dada su escasez.

En contraste con esta experiencia rutinaria y poco costosa, hay esfuerzos considerables que se despliegan para asegurar la educación de los hijos. La oferta académica en las ciudades es mayor y dentro de ella se pueden distinguir niveles y prestigios, haciendo de la selección de una escuela y un colegio un modo de escoger, dentro de límites materiales, un tipo de educación que se considera conveniente para las aspiraciones objetivas de reproducción o ascenso social. Ahora bien, dado que la expectativa de ascenso social suele ser mayor a las posibilidades reales de consagrar ese ascenso muchas veces las instituciones educativas elegidas implican sacrificios. Si bien entre los intelectuales de origen más precario se vio la posibilidad de asistir a colegios privados ya sea pagando o buscando una beca; hay que notar que a pesar de que la matriculación privada es apenas mayor al 10%, la oferta es amplia y no necesariamente reservada a la élite económica. Si, en cambio, las escuelas prestigiosas son un puñado y comparativamente su costo las hace inaccesibles para el grueso de la población.

En ese escenario, las aspiraciones de los padres por colocar a los hijos en establecimientos reconocidos demanda un esfuerzo consciente para cuando esta elección implica pago de matrícula y colegiatura: “[Mi madre] estudiaba con monjas alemanas ¿no? Entonces nosotros le esperábamos con la tarea hecha (...) mi hermano, como era hermano mío, ha estudiado becado casi todo el tiempo si es que no los doce años y, en medio, casi todo el tiempo abanderado” (H. 1959 P. Empleado bancario). La disciplina familiar no se contradice con la incorporación rutinaria de capital cultural, pero sí señala el hecho de que se fomenta también un ethos de disciplina y trabajo que encuentra su recompensa inmediata, pero no la más duradera, en la adquisición de becas para miembros de la familia. La necesidad de conservar la beca del mismo modo que los sacrificios económicos que demanda el pago de colegiaturas son dos de las formas que hacen que una existencia disciplinada y hasta cierto punto austera (“vivíamos humildemente” o “siempre hubo comida que agradecer aunque nunca lujos”) empareje la necesidad y la virtud.

La educación privada, si bien es recurrente entre los hijos de trabajadores no-manuales, no es la única opción existente, ya que se encuentra también un antecedente de educación fiscal. El tipo de experiencia educativa en estos colegios será detallada más adelante, pero cabe resaltar algunas continuidades respecto de lo anotado en el párrafo anterior. Como es de suponer, la educación fiscal se impone como única elección posible para quienes vienen de orígenes menos

privilegiados, aunque si se distingue un abanico estrecho de establecimiento elegidos: unidades educativas que dentro del sistema público se constituyen en la avanzada de transformaciones del sistema de enseñanza (la Escuela Piloto Naciones Unidas en La Paz por ejemplo, mencionada recurrentemente) y los establecimientos de prestigio largamente cultivado como el Ayacucho o Bolívar de La Paz o el Wilge Rodríguez de Cochabamba. Es interesante que mientras las trayectorias de quienes permanecen en el campo o migran a la ciudad constituye un conjunto de colegios dispersos (salvo el Gualberto Villarroel, verdadera cuna de activistas kataristas), quienes son de origen urbano se cruzan en un conjunto muy pequeño de escuelas y colegios que son descritos como epítomes de la educación fiscal, lo cual también nos habla de la naturaleza de la selección hecha por los padres y de la efectividad de los colegios que han ganado renombre.

La condición de una existencia precaria, hasta cierto punto ascética, se expresa en los hábitos de consumo (“Recuerdo la actitud de mi madre, es una persona que ha mantenido cuatro hijos, no tenía casa propia y ella no tenía profesión y tuvo que trabajar de secretaria pero siempre hacia aguantar un poquito de dinero cada dos o tres meses para regalarme para que yo me vaya a comprar libros.” H. 1962 M. Secretaria) Como en la necesidad de incorporarse pronto al trabajo (Vendedor de zapatos, ayudante en fábrica de sellos, vendedor de salteñas, mesera) y combinarlo con los estudios. La premura del trabajo para disponer de dinero para gastos personales no es tanta como para provocar que se cambie la educación diurna por la nocturna, recurso de los estudiantes menos privilegiados que debían ocuparse en trabajos más absorbentes (albañilería, atención de heladería, ayudante en taller mecánico). Esta situación muestra que entre los estudiantes con padres en ocupaciones no manuales menos favorecidos y los más favorecidos de los que tienen padres en ocupaciones manuales, la distancia que media no es tan grande. Es imposible disolver la tensión entre el privilegio y la exclusión (nunca tan extrema como se vería si no se considerara un agregado de gente relativamente pujante) pero a la vez es necesario comprender que no hablamos de mundos completamente inconmensurables.

Así, el interés familiar por la educación de los hijos es a la vez un antecedente común como un abanico de posibilidades de materializar ese apoyo. Salvo dos casos sobre los que habrá ocasión de profundizar en la siguiente sección, el factor común aunado al interés es el esfuerzo y el sacrificio, que visto bajo el prisma de las desigualdades sociales de origen muestra cómo las familias acomodadas transmiten contenidos escolares y familiarizan al sujeto con la institución

que lo albergará. En cambio, desde la precariedad de condiciones, las familias menos privilegiadas deben costear estudios (ya por migración, ya por elección de institución privada) desde un trasfondo que, podemos sospechar, resiente más la erogación de recursos. Los trasfondos familiares son desiguales y aquello que los actores han podido incorporar en su familia entrará en juego –un juego desigual- en la escuela, en la que se centra la próxima sección.

La experiencia escolar.

La institución escolar es uno de los objetos predilectos de la sociología. Esto por un lado por el lugar que ocupa dentro del diagrama institucional de los estados modernos en tanto se ocupan de tareas fundamentales como la transmisión de una cultura nacional que permita la cohesión interna y además se establezca un tipo de ciudadanía; y como señala Gellner (1994), la escuela también provee un suelo mínimo de capacidades demandadas en sociedades capitalistas. A la vez, la dinámica interna de las escuelas es reveladora de los mecanismos a través de los cuales se da una producción de esquemas de visión y división y también de cómo se reproducen las desigualdades (Bourdieu 2008; Bourdieu y Passeron 1996). Las instituciones escolares deben su importancia al hecho de que son una parte importante en la vida de sujetos que están en procesos de socialización: para muchos la escuela se prolonga por muchos años y su acción cotidiana tiene el efecto de moldear en una parte importante a quienes transitan por ella, incluso cuando la relación es de hostilidad (Willis 1977). Inclusive para quienes no asisten a la escuela o lo hacen de modo interrumpido, ésta levanta muros que afectan su vida posterior (Gambetta 1987).

Se mencionó previamente que, después de la Revolución de 1952 y la promulgación del Código de la Educación Boliviana en 1955, El Estado boliviano cambia el tenor de su sistema educativo: la educación, que había sido durante la primera mitad del siglo XX un privilegio urbano en un país predominantemente rural se convierte, en el papel, en un derecho universal y una obligación hasta la conclusión del ciclo básico. Antes de la revolución una de las discusiones acuciantes de la educación pasaba por definir qué educación proveer a los indios. Por un lado estaban quienes defendían que los indios debían recibir una educación que se ajuste a su lugar en la sociedad, en ese orden de cosas, debían ser capacitados en lo básico de la lecto-escritura y la aritmética y por lo demás recibir capacitación para trabajar la tierra. Evidentemente, el presupuesto de esta posición era que los indios deben trabajar la tierra. En la acera del frente,

otros sostenían que una educación escindida producirá que los indios sigan estando separados de la civilización y –de acuerdo a las vertientes más socialdarwinistas- sigan siendo un lastre para los bolivianos. Proponían por tanto que la educación este unificada y que se dé oportunidad de que los indios se eduquen del mismo modo que los muchachos de la ciudad (CF. Larson 2007).

Mientras tanto, más allá de las atalayas urbanas donde residía el poder de un lánguido Estado, en las comunidades del altiplano y de los valles los indios se organizaban para defender la tierra. Para las comunidades la garantía de posesión de la tierra equivalía a la seguridad de poder sobrevivir de modo autónomo. Los embates del Estado por expropiar las tierras de comunidad había sido frecuentes desde los gobiernos de Melgarejo y Frías durante el siglo XIX y recurrentemente los gobiernos apuntaban a ellas para paliar sus problemas económicos. Para defender las tierras de comunidad no bastaba con los levantamientos, había que desplegar también una batalla legal que en muchos casos implicaba desplazarse en archivos coloniales buscando reconocimientos oficiales del gobierno colonial así como del mismo Estado. De tal modo, leer se convirtió en necesidad imperante atada a la sobrevivencia (Gotkowitz 2007). Así, como se advierte en el relato de vida de Constantino Lima (Mamani 2011), se organizaron escuelas clandestinas en las que los comunarios se familiarizaban con la lectura y escritura; de modo simultáneo los hacendados y los representantes locales del Estado perseguían a quienes asistían a estas escuelas.

La Revolución de 1952 rompió con la vieja discusión y en su afán de convertir a Bolivia en una nación moderna impulsó una educación universal en la que los indios serían en lo futuro “campesinos” e incorporados en una matriz monocultural (Cf. Rivera 2003). Si bien este proceso ha sido común en la construcción de Estados nacionales, el Estado boliviano emergido de la revolución resultó muy débil para fagocitar de modo efectivo a las culturas originarias que a la vez ofrecieron tenaz resistencia. El resultado, como se vio antes, fue una superposición de promesas de ciudadanía e inclusión que se materializaron parcialmente pero que desataron inconformidad por parte de quienes habían sido defraudados; paralelamente subsistió entre las clases urbanas la concepción de que los indios debían hacer mucho para dejar de ser tales y constituirse en ciudadanos de pleno derecho (lo cual en realidad es una forma de esconder un mecanismo de diferenciación que permitía legitimar un privilegio amenazado por la irrupción de los indios en las

ciudades)¹². En otras palabras, temporalmente intersectados en 1952, el Estado y sectores de la sociedad se proyectan hacia el futuro parcialmente acoplados, pero la velocidad de maduración ciudadana y política de la sociedad excede la capacidad y velocidad de despliegue del Estado, reconvirtiendo patéticamente la condición del Estado aparente de la que habló Zavaleta (1990b) en tanto el proyecto de Estado moderno se marchita y hace anacrónico.

Este proceso enmarca la experiencia de los estudiantes que luego se tornarán en intelectuales. El proyecto monocultural que se ampara en las nociones de desarrollo, civilización y modernidad tiene un efecto que se hace patente a través de la violencia.

Para mi fundamental ha sido la educación, la parte que más me ha dolido cuando llego del campo a la ciudad. Mis papás se quedan afincados en la zona del Cementerio General (...) Mis papás deciden ponerme en la escuela Holanda y ahí había una directora, la señorita Julia. Ella nos dice, en la escuela, “pasen al frente todas las indias” y nos hace pasar. Había un muro de cemento, teníamos pues faldas, fajas, trenzas y nos dice “estas faldas, estas fajas ya no tienen que ponerse en la ciudad; tampoco trenzas” y nos ha cortado nuestras trenzas. (M. 1967 P. Comerciante minorista/músico)

Otra cosa que yo recuerdo es que una profesora (...) ella era Beniana pero digamos rubia, alta. Era muy raro ver en la escuela eso, era lo que llamaba la atención. La tipa llegaba, era diferente a las otras profesoras y nos dijo una vez “ustedes ya no son como sus papás” en una clase, era muy buena, muy amable, era muy cariñosa (...) pero ahora en lo que pienso [es] en sus prejuicios (...) “ustedes ya no son como sus papás, ustedes ya son, ustedes ya se han civilizado ahora son mestizos” (H. 1979 P. Zapatero).

Hay que aceptar como punto de partida que las acciones estatales de construcción de una cultura nacional irremediablemente son violentas en tanto son siempre la negación de particularidades que son afectadas por instituciones como la escuela y el ejército. A la vez hay que tener presente que si bien se puede pensar que la violencia monocultural era un rasgo del paradigma del nacionalismo revolucionario, de modo tardío, ya en el marco neoliberal, sigue en funcionamiento (lo que se percibe en la segunda cita). Si bien se ha argumentado de modo

¹² Irrupción que para ser precisos, no era nueva. Sólo que los criterios incoherentes y contradictorios de la etiquetación estamental tendían a clasificar como “mestizos” a quienes no trabajaban la tierra y secularmente eran etiquetados como “cholos” (Cf. Spedding Censo)

contemporáneo sobre la persistencia de categorías raciales en Bolivia (“pasen las indias” en la cita, ver también Rea Campos 2015) hay que penetrar de modo más agudo en lo que está en juego: una dinámica que busca propiciar la reclasificación étnica que se hace manifiesta en el orden de “ustedes ya no son como sus papás”. Este proceso que busca la negación de los orígenes y el abrazo de lo mestizo se constituye en contradicción performativa ya que a la vez que declara que “ya no”, adquiere toda su fuerza de imposición de la existencia de categorías que se oponen como la virtud frente a lo ruin.

A pesar de ello, hay que cuidarse de hablar de discriminaciones de tipo racial (inclusive si hablamos de las versiones de “racismo cultural”, que es una contradicción en términos). En primer lugar porque la reclasificación étnica posible desnaturaliza la condición de lo inherente propio de una concepción racial. En segundo lugar porque los elementos que atraen la coerción discriminatoria (fajas, trenzas, faldas y otras que enseguida se verán) son elementos propios de una identificación cultural que efectivamente en Bolivia se aproximan a lo rural, al monolingüismo y al trabajo de la tierra, por lo cual se asociaron durante mucho tiempo a la categoría de “indio” que en Bolivia ha sido para muchos propósitos una categoría fiscal. Desprenderse de los marcadores de identidad mencionados ha llevado que ya desde la colonia se hable de categorías intermedias sin que medie el tan mentado “cruce” en el que se apoyan las ideologías del mestizaje. En tercer lugar, y en contra de la propuesta de Rea (2015), la noción de racismo como biopoder, en la línea desarrollada por Foucault, es inadecuada porque en Bolivia no existe ni siquiera un sistema unificado de etiquetas “raciales” o “étnicas” (Benavides et. al. 2012) lo cual tiene su origen en la intermitencia e incompetencia del Estado. Se mencionó ya que el Estado boliviano, Estado aparente, se despliega pobremente sobre el territorio y adolece de una institucionalidad intermitente y contradictoria. Desde esa miseria de accionar es imposible que se despliegue un biopoder –concepto originado pensando en el Estado francés- efectivo para sus funciones de “hacer vivir y dejar morir”¹³. Lo que existe en Bolivia es una sedimentación de capas ideológicas y de prácticas asociadas a ellas que de modo incoherente funcionan como dispositivos coloniales de la estratificación y de la preservación de privilegios.

¹³ Dejando de lado que el biopoder puede perfectamente funcionar sin aludir a categorías raciales, lo cual lleva a preguntarse por qué Rea persiste en usarlo para comprender el racismo cuando a todas luces resulta postizo.

La forma no solo escolar en que estos dispositivos coloniales operan pasa por lo que podemos llamar pedagogía colonial que como primera función ejerce una distinción y separación entre la identidad rechazada y la deseada, como ilustran los ejemplos anteriores. No se detiene ahí, ya que tanto la escuela como la cotidianidad urbana se ocupan de recordar recurrentemente aquellas actitudes o modos de comportamiento que deben ser penalizados.

En el caso de un estudiante nacido en 1955 de padre agricultor se advierte un conjunto de recriminaciones microfísicas que son hechas por los compañeros de curso: El hecho de que desconozca la práctica de planchar la ropa (“lavar, estrujar, secar y nos poníamos”), se utilice zapatillas Induvar –zapatillas de industria nacional, utilizadas por los sectores populares y por ello, marcadores de pobreza y ruralidad- y, de acuerdo a su racionalización, tener que correr de la casa al colegio y por lo mismo llegar bañado en sudor a clases, con el olor que supone la actividad física (“el perfume que emitíamos les molestaba a mis compañeros”) le merece ser tratado como “indios, cochinos, nos pateaban. Trataban de aborrecernos [sic]”. Lo que trasciende es cómo un conjunto de prácticas son demandadas como propias de la etiqueta del espacio urbano, sin duda asociado a ser moderno, en oposición al campo y la imagen especular de lo que se cree que es “tradicional” aunque en realidad sólo sean variantes de todo aquello que no calza en la idea contextual de lo que se interpreta por urbano, tal como manifiesta otro entrevistado

Yo recuerdo de niño, cuando llegamos a esta ciudad, el maltrato de los paceños, la segregación. (...) Recuerdo que nosotros recién llegados acá solíamos salir a la calle y andábamos todos agarrados de la mano, mis cuatro hermanos, mi mamá y mi papá. Y claro, ocupábamos toda la acera y nos reñía la gente “Estos indios no saben ni caminar por la calle” (...). Mi hermano la pasó muy mal en el colegio, le decían “miliciano”¹⁴, “indio”. (H. 1947 P. Agricultor/ minero)

Todos estos temas, comprensibles y esperables en la narración de quienes van a oponerse a las concepciones monoculturales de la nación y van a denunciar el hecho colonial como sustrato elemental del Estado boliviano y por ende de su práctica, no aparecen de modo exclusivo entre estos actores. Los intelectuales que luego defenderán la posibilidad de construir un Estado que a

¹⁴ Después de la Revolución de 1952 el MNR organizó a sectores de los sindicatos campesinos como milicias armadas que podrían actuar en caso de que el gobierno se vea acosado. Los miembros, “milicianos”, son los miembros de los sindicatos campesinos que apoyan al MNR. De modo coloquial se empleó –el término casi ha desaparecido hoy- para designar despectivamente la falta de docilidad y pertenencia a la ciudad.

través del mestizaje o de la síntesis de los principios étnicos y cívicos de la nación también son testigos de las formas en que se ejerce la pedagogía colonial y una disciplina que busca moldear ciudadanos de corte occidental. Ahora bien, existe una diferencia en el lugar que ocupan los sujetos que son modelados por la pedagogía colonial: en los casos vistos hasta ahora, es el propio sujeto el que encarna el objeto de coerción normalizadora. Para los actores que no cuentan entre sus antecedentes la ruralidad o el idioma indígena la posición es distinta, ya que si bien son modelados por los mismos criterios de diferenciación, estos no impactan en su subjetividad de un modo tal que se sientan heridos a tal punto de narrarlo con ese énfasis.

“Un sacerdote nos decía ‘os estáis portando como el hijo de la cocinera’”; “la monja podía dar bofetadas o sacar su zapato y pegar al niño que le venga en gana (...) más a [quienes venían de] los sectores sociales de pobre o a los criterios raciales de indígena [sic]”; “había un profesor que llegó a ser casi una institución (...) y yo recuerdo cuando daba sus clases de educación física decía: ¡a ver corran pies planos, parecen indios!”

La variación en el modo de relatar la experiencia con la pedagogía colonial es significativa. En estos casos la acción coercitiva no es una vivencia personalizada, íntima sino más bien un mandato para el colectivo, una instrucción velada que prescribe formas de comportamiento, que induce a abrazar ciertos modelos y renegar de otros. Así, esta forma de experimentar y aprender lo colonial echa raíces sin que el cuerpo individualizado de los estudiantes en el polo más privilegiado padezca todas las mortificaciones del yo (Goffman 1970) de un modo destructivo.

Esta variación en la forma de experimentar la pedagogía colonial se muestra más comprensible no a partir de las interacciones, sino de la contrastación de la experiencia:

Me encuentro con la sorpresa de que el racismo, la discriminación, el clasismo eran más fuertes en el [colegio fiscal de prestigio] que en el [colegio privado de bachillerato internacional] ¿no? No podía entender mucho eso hay alumnos becados, el hijo de portero estaba estudiando en el colegio (...) había una relación muy igualitaria entre todos. No había regente que nos castigara físicamente. (...) Encontré militantes de izquierda también en el colegio [privado], mucho más firmes, más ilustrados que en el [fiscal]. En el [fiscal] yo veía cómo se discriminaba a los que tenían origen indígena. (H. 1966 P. Médico)

Esta experiencia singular pone en relación desde la propia perspectiva del actor una situación de expresiones abiertas de discriminación que parecen más ajenas al ámbito de élite. No se trata de afirmar que por una u otra razón las actitudes discriminatorias sean comunes entre los sectores populares alegando alguna rémora social o económica, sino de percibir el efecto de la distancia social que existe entre ambos establecimientos y la generalidad de su estudiantado. Si bien el entrevistado se sorprende de que la discriminación sea menor en un establecimiento privado de élite, también se ha presentado información sobre cómo en otros establecimientos privados el profesorado recurre a insultos coloniales como parte de la instrucción que se provee y simultáneamente se comentó que esas prácticas no lastimaban –por lo menos no de un modo que amerite contarlos así- la subjetividad de los estudiantes.

Es plausible sostener que, dado que los estudiantes de establecimientos fiscales o privados no tan prestigiosos van a reclutar un estudiantado que combina sectores urbanos populares – probablemente con antecedentes de migración paterna- con estudiantes de origen rural, migrantes de primera generación o estudiantes residentes, la condición misma de la pertenencia urbana está en juego. Es decir, los hijos de artesanos y de otros oficios manuales en su afán por hacerse parte plena de la ciudad, rechazan –de hecho son conminados por sus profesores a hacerlo- las marcas que hagan recuerdo a ese origen. Al no estar tan lejos de lo rural y de los marcadores de identidad indígena, se necesita un esfuerzo activo y deliberado para expurgarlos. En cambio quienes han nacido en la ciudad y no se rastrea en su familia inmediata los signos de la ruralidad o de lo indígena, pueden ser coaccionados de modo colonial, pero ello no pone en riesgo su posición social: dentro de un decurso normal de las cosas –ese decurso que provee seguridad ontológica-, muy poco podría cambiar su estatus urbano y mestizo –si no “blanco”-. Las distancias sociales entonces, al definir la proximidad con uno u otro polo, modulan la fuerza de los disciplinamientos coloniales.¹⁵

Poniendo el ojo en la forma en que se practica una pedagogía colonial, no planeada por nadie pero dependiente de la orquestación de las disposiciones escolares de los actores

¹⁵ En ese orden de cosas cabe sospechar que en la medida en que ha evolucionado la situación escolar hacia una mayor presencia indígena acompañada de políticas que le dan realce a los marcadores de identidad no se ha ido modificando el espacio liminar que separa campo y ciudad. En ese sentido, en un espacio donde abundan los antecedentes indígenas-rurales (diada cada vez menos precisa) sería concebible que haya una coerción contra lo urbano demasiado orpelado y contra el desconocimiento de lo popular.

involucrados, se sigue una variación respecto de lo que Bourdieu había señalado como función escolar: la transmisión de la cultura y de cierta relación con la cultura (2013: 129) que se expresa menos en unos contenidos o unos saberes académicos, que en unas disposiciones y unos principios de visión y división. Sin embargo, ironía suprema, en la medida de que esta imposición de principios de visión es débil a la vez que el entorno escolar ve el ascenso de una sociedad que no se ajusta al plan original, el resultado es el desacoplamiento parcial entre la demanda y la oferta educativa. La pedagogía colonial, que funcionó por más de cincuenta años, no pudo borrar a los indígenas aunque pudo ponerlos en una situación dilemática. A la vez, estos transcurren por las escuelas, se arman de conocimientos y se constituyen en resultado paradójico de ascender por la estructura que buscaba deshacerse de su identidad. Algunos de estos productos son los intelectuales que ponen en tela de juicio el colonialismo boliviano y debaten con quienes abogan por una nación única a pesar de haber visto el colonialismo aunque sea de manera oblicua.

Conviene volver a decirlo: hay algo de singular en las carreras académicas de quienes se habla en este texto. Por lo mismo, a pesar de que sí se tiene en cuenta un conjunto de factores estructurales que habilitan la conformación de los intelectuales para el tiempo presente, hay que tener cuidado de no extender demasiado pronto y de modo demasiado fácil los mecanismos que se han descrito. Hay singularidades en las carreras de los protagonistas de estas páginas, una de ellas, como ya se vio, es el rol muy concreto de las familias en el buen ojo para conducir de inicio ciertas carreras. Ahora habrá que hablar de otra de estas características comunes a las formaciones intelectuales que es evidentemente muy lejana al conjunto de experiencias escolares de la población boliviana y es el factor religioso en la educación, algo que, como se mostrará, se constituye en educación privilegiada.

La modalidad de la educación religiosa no es la única que se constituye en privilegio. En los párrafos precedentes ya se mencionó al pasar distintos tipos de establecimientos educativos: los fiscales prestigiosos que hacen residir parte de su prestigio en su historia y en un abolengo del rendimiento escolar; los particulares laicos de prestigio que además hacen gala de sus dobles titulaciones y de su bachillerato internacional y finalmente los establecimientos privados religiosos, algunos muy exclusivos, otros orientados específicamente a brindar educación a sectores populares. Entre los religiosos, la mayoría abrumante de corte católico, están los más prestigiosos como los de ralea intermedia, que vistos dentro del universo de la oferta escolar

proveen el suficiente hándicap de ventaja para propulsar trayectorias académicas exitosas en combinación con las características de las familia de origen.

En estas instituciones, para usar las palabras de Bourdieu en otro contexto, “la acción primordial (...) consiste en crear las condiciones para un uso intensivo del tiempo, en hacer del trabajo sostenido, veloz, y hasta precipitado, la condición de supervivencia y de la adaptación a los requerimientos de la institución” (Bourdieu 2013: 120) y con “una suerte de inmenso esfuerzo (...) llevar casi violentamente los espíritus a una suerte de precocidad artificial y aparente” (Durkheim citado en *ibid*). Estas diferencias empiezan a notarse en la misma experiencia de los actores:

Yo creo en el particular hasta los pupitres eran mejor, de calidad, el ambiente era mucho mejor en calidad material. Hasta notabas la diferencia el docente, era de piel clara, en el fiscal era de piel morena y tenía menos cuidado en el trato (...) y hasta más laxo si se quiere la rigurosidad de los profesores. O sea en otras palabras en el fiscal me sentía más cómodo yo, me sentía más cómodo porque no estaba como [en] una prisión el particular. Pero en el fiscal sí me gustó más, fue más fácil, bueno claro también tiene sus consecuencias porque, al ser menos rigurosa la formación es de peor calidad, pero bueno yo noté esa diferencia.
(H. 1979 P. Zapatero)

En este caso particular lo “fácil” del fiscal se opone a la “prisión” del particular. Este es más demandante en cuanto las tareas son supervisadas de modo meticuloso mientras que en el fiscal lo “laxo” y “menos riguroso” son a la vez garantías de una existencia más relajada pero que en el largo plazo rinde menos frutos.

Los oblatos abrieron dos años de colegio, privado, ahí mismo [comunidad en el altiplano orureño]. Entonces traían profesores, algunos canadienses. Eran profesores interesantes en matemáticas y en ciencias. Dos años de colegio he hecho, después me fui a Oruro. Cuando llegué a Oruro, el nivel de mate en el colegio era bajísimo (...). [Los oblatos] nos han enseñado a hacer demostraciones [matemáticas], nos han enseñado francés, dactilografía. Que nos ha ayudado muchísimo cuando nos hemos ido a la ciudad. (H. 1950 P. Agricultor/minero)

Hay cosas de los jesuitas que también las he incorporado. Por ejemplo, la férrea disciplina impuesta en el colegio. (H. 1939 P. abogado)

Sentía cierta opresión digamos, al mismo tiempo como que un simulacro de rigor o de cierta exigencia que en el fondo no existía (...). Ahora que me acuerdo vino, había un cura muy joven, bueno un aspirante a cura, que al final no fue. Argentino. Con él estuvo muy buena la literatura porque leímos, no sé, leímos Borges, leímos Bioy, leímos Denevi (...) cosas que uno no se ponía a pensar [de otro modo]. (H. 1980 P. empleado bancario)

La enseñanza religiosa se muestra como una enseñanza que ataca en diferentes frentes y provee capacidades muy diversas. Pero la conformación de su estudiantado no es casual. Las escuelas religiosas tradicionales, privadas instauran formas de selección estatutaria de tal modo que no se puede ingresar si no se es descendiente de un bachiller del colegio en cuestión o si no se tienen familiares –hermanos o primos- cursando o si no se tienen una recomendación o contactos con los religiosos que conducen la institución. De tal modo, hay una selección no sólo por capacidades económicas, sino además un intencionado recorte del universo de aspirantes a través de consanguineidad, lo que favorece de modo muy evidente el establecimiento endogámico de un cierre social muy poco poroso. Así, colegios como el San Calixto, San Ignacio, La Salle de La Paz; San Agustín, Irlandés, Don Bosco y Domingo Savio de Cochabamba, Sagrados Corazones de Sucre, hacen un reclutamiento de élite basados en el éxito escolar y la catolicidad de los padres. De modo menos recurrente, estos establecimientos proveen becas, por supuesto condicionadas, a quienes prueban desempeñarse con destreza y que son potenciales talentos.

En cambio los establecimientos orientados hacia los sectores populares son mucho más amigables en los criterios de selección por antecedentes, pero a la vez son colegios cuyo reclutamiento es muy específico. Hay una búsqueda deliberada de selección y preparación de talentos en una vena que es muy conocida entre los jesuitas (Fe y Alegría, Juan XXIII) pero que no es ajena a otras órdenes religiosas que encuentran sus propias especificidades para ganar adeptos. De hecho, de modo posterior a la Revolución de 1952, el campo se abrió a una gama de emprendimientos educativos de diversas órdenes religiosas que también aprovecharon los espacios que se les brindaba para lanzarse a establecer organizaciones que desarrollan proyectos de desarrollo agrario, algunas conocidas como el Centro de Investigación y Promoción del

Campesinado (CIPCA); programas de internado para estudiantes en regiones de la amazonia y el bosque seco que siguen sus estudios en núcleos que brindan el bachillerato. El caso de CIPCA es interesante ya que bajo la forma de un Organismo No Gubernamental, es una forma reticular y no escolarizada de proveer capacitación y educación para actores tanto que han pasado por la escuela como para aquello que no, pero albergando su talento en un marco de orientación jesuita.

La importancia de todo este despliegue institucional no es menor en cuanto a su relevancia en la política y en la producción intelectual. Si bien la parte más influyente de la iglesia ha mantenido posturas conservadoras a lo largo siglo XX y entre los jesuitas se contaban simpatizantes del franquismo español, una parte muy activa del clero se volcó hacia la sociedad, siendo la “opción por los pobres” y la teología de la liberación expresiones de esa actitud (Suárez 2003). El “Manifiesto de Tiahuanacu”, piedra angular del movimiento katarista, contó para su redacción con la participación de miembros de la iglesia, entre ellos el sacerdote Gregorio Iriarte, a la vez que un ex jesuita, Rafael Puente, ha sido una de las figuras permanentes de capacitación de líderes de organizaciones sociales y en años recientes Ministro de Gobierno de Evo Morales. La misma carrera de sociología de la ciudad de La Paz fue fundada por Mauricio Lefebvre, oblato canadiense, que a su llegada a Bolivia era un anticomunista que acaba moviéndose hacia la izquierda hasta hacerse detractor de los gobiernos autoritarios. Xavier Albó, sacerdote jesuita, lingüista y antropólogo, es uno de los más prolíficos escritores en temas relativos a las culturas indígenas de Bolivia, defensor de los derechos de autodeterminación de estas y el principal gestor de la ya mencionada CIPCA, en donde hicieron armas intelectuales pensadores de matices tan diferentes como Gonzalo Rojas y Esteban Ticona. También gestor de CIPCA se cuenta a Francisco Pifarré, una de las figuras centrales en la propaganda de defensa de los derechos del pueblo Guaraní en Santa Cruz. En Cochabamba el centro Cuarto Intermedio mantiene una publicación periódica de larga data (llamada Cuarto Intermedio también) y un espacio de discusión que sirve como punto de encuentro donde participan intelectuales como María Teresa Zegada o José Luís Saavedra –ambos bachilleres de colegios católicos. Fernando Mayorga, gestor del Centro de Estudios Superiores Universitarios de la universidad en Cochabamba, es bachiller de un colegio salesiano, que a la vez le facilita la llegada a México para seguir estudios universitarios. El ministro de hidrocarburos de Evo Morales que nacionaliza los hidrocarburos en 2006, Andrés Soliz Rada, crítico de las posturas conservadoras de los jesuitas pero recuperador de la figura de Luís Espinal, es bachiller de un colegio jesuita de La Paz, al igual que el ex presidente y actualmente embajador

de la causa marítima boliviana Carlos Mesa y, por su parte, el vicepresidente Álvaro García Linera es también bachiller de un colegio católico de Cochabamba.

Las personas enumeradas están lejos de actuar de modo coordinado y más lejos aún de sostener opiniones y posturas similares. De hecho, entre los diferentes autores vinculados por el antecedente religioso existen fuertes –y a veces agrios- debates intelectuales –ejemplo es el choque a tres bandos entre García Linera, Soliz Rada y Albó que habrá ocasión de retomar-. Lo que esta presencia de gente eventualmente vinculada con la iglesia enseña son dos cosas: por un lado la propulsión que provee la educación católica para los individuos que persiguen carreras políticas e intelectuales, rasgo que no se presenta con tanta fuerza si se concatenan los establecimientos escolares de otras maneras. Por otro lado hay que percibir la presencia de una actitud particular para encarar tanto el debate académico como la vida política, lo que nos lleva a preguntarnos por las formas que adquiere un catolicismo cultural –análogo al protestantismo cultural, mucho más estudiado- que además ha estado fuertemente influenciado por el giro a la izquierda de ciertos sectores de la iglesia católica. Esto se puede observar con el tropo del “camino de Damasco”, recurrente en las narrativas de los propios intelectuales.

Yo hice un equivalente del servicio militar que era el programa OSCAR [Obras Sociales de Caminos de Acceso Rural] que llevan adelante los franciscanos (...) nos daban medio día una instrucción, educación universitaria, dos semestres de Filosofía y el otro medio día trabajábamos haciendo caminos (...) Hay todavía eso pero un mix con estudiantes justo del San Ignacio y cosas así ¿no? (...). Lo que escuchas decir a tus padres, que no necesariamente son cosas buenas a propósito de la pobreza y de las cosas que uno ve. Ahí me di cuenta que los más pobres eran los que más trabajaban ¿no? Entonces eso me cambió mucho. (H. 1980 P. empleado bancario)

He ido al colegio Irlandés que era un colegio de monjas, muy conservador, pero también hay una cosa interesante porque llegó una monja peruana cuando yo iba en la pre promo. Ella era muy dada al trabajo social, entonces armamos un equipo bien grande en el colegio e íbamos a las comunidades rurales a hacer trabajo, no sé, a ayudar en lo que se podía y ahí conocí a gente que después se han vuelto compañeros de largo plazo (...) Eso ha sido algo que ha marcado mi inclinación al mundo intelectual (M. 1962 P. abogado)

El Camino de damasco para quienes están del lado más privilegiado se conforma a partir del descubrimiento de un mundo injusto en el que el propio sujeto puede afectar un cambio de tomar ciertas decisiones. Los elementos de este descubrimiento, sin embargo, no se deducen de la simple observación por parte del sujeto en un contexto que puede ser tanto familiar como propiciado por la institución escolar. El sentido de la falta de correspondencia, por ejemplo, entre el trabajo, el sacrificio, la explotación de otros y el lugar que ocupan en la sociedad –los estratos inferiores- necesita de un marco interpretativo que privilegie ciertos valores por encima de otros y que, sin negar el lugar del individuo, reivindica la iglesia como comunidad. A la vez difiere del marco protestante en el que el principio de que la riqueza es señal del favor de Dios y puede ser interpretado como que la riqueza y pobreza está justificada (variante posible también dentro del catolicismo, huelga decirlo).

Otro factor relevante es justamente el lugar del sujeto en ese ordenamiento que se identifica como injusto. Antes de privilegiar las formas de religiosidad donde la persona se vuelca sobre sí misma y la relación con Dios es una relación íntima y privada, se favorece la proactividad de los sujetos con los que devienen como sus semejantes. De tal modo se ponen en juego ciertas interpretaciones que favorecen lecturas que incitan a tomar parte de lo que ocurre en el mundo (“De cierto os digo que en cuanto lo hicisteis a uno de estos mis hermanos más pequeños, a mí lo hicisteis” Mateo 25: 40) frente a lecturas e interpretaciones que resultan más conservadoras¹⁶

De modo conjunto al marco de interpretación que se supone en la puesta en movimiento, está el movimiento por sí mismo y su valoración. La forma en que se pasa del marco interpretativo aprendido a la acción es guiada por otros miembros de la comunidad, en las dos citas previas, religiosos. De tal modo el encuentro con la situación que se cuestiona se da en el acompañamiento de un preceptor –usualmente referidos como “guías”- que al mismo tiempo funciona como celosía entre ese mundo y el sujeto en formación, que por esta vía es cuidado en lo

¹⁶ En otro contexto de observación etnográfica en la ciudad de La Paz pude asistir a un encuentro de jóvenes católicos que no mantienen un vínculo significativo con el mundo intelectual o político y son de extracción más bien empresarial. Allí el sacerdote –polaco, sensiblemente más conservador que los españoles- inducía la lectura de Mateo 5:3 (“Bienaventurados los pobres de espíritu que de ellos será el reino de los cielos”) de tal modo que el bienestar material del que gozaba el auditorio era pasado a segundo plano y por lo tanto no merecía un cuestionamiento.

que deviene central de esta experiencia: la precipitación de una transformación íntima del sujeto para la llegada a otro estado de subjetividad.

Ahora bien, lo anterior, que puede ser entendido como un modelo arquetípico que sintetiza los rasgos comunes, se produce de modos distintos y produce variantes en el resultado:

Mi colegio de alguna manera marca el hecho que tenías que hacer tu trabajo de solidaridad en cuarto medio. Más o menos te preparaban desde octavo e ibas a las áreas rurales, esa era la parte que más o menos me gustaba, pero también era una forma bien paternalista, (...) estos trabajos sociales eran súper paternalista también, algo muy propio del país de cómo ayudar al otro ¿no? (...) yo veía y decía -pucha que complicado y que fuerte puede ser justamente el, entrecomillas, “ayudar” al otro desde una perspectiva súper paternalista desde la zona sur¹⁷ a un área rural (M 1985 P antropólogo)

Por un lado se cuentan las variantes, como la anterior, en las que no hay un rechazo completo de la función de inducción (“me gustaba”) pero a la vez hay un distanciamiento que se pregunta por la calidad de la acción que se realiza, por la forma en que se concatena como intervención en el mundo. Consecuentemente, la crítica no viene por señalar lo inoportuno o trivial de la acción, sino del hecho de que mantiene ribetes verticales en la forma en que se produce la aproximación al prójimo. Al entrecomillar “ayuda” hay una pregunta doble subyacente que involucra tanto al sujeto como a aquellos quienes se les dispensa un “servicio”. Del lado del sujeto se percibe un cuestionamiento sobre el lugar del propio privilegio y cómo ese privilegio habilita una forma de actuar que “sana el alma” propia pero quizás no representa mayor repercusión. Del lado de quienes reciben la ayuda emerge la duda sobre quienes son realmente y qué esperan; o en otras palabras, se duda de la representación de ellos como representación mediada y ajena a la autoimagen que ellos tienen de sí. Todo esto, que podría ser un desafío frente a la forma que asume el cambio de estado subjetivo favorecido por una fracción de la iglesia, es la consecuencia esperable de una capacidad de crítica que se vuelca no sólo sobre la institución que la provee, sino además sobre el sujeto que critica, lo que nos lleva a encontrarnos de nuevo con la caracterización que hacía Zavaleta del intelectual como sujeto dilemático por excelencia, aquel que duda por todos aquellos que no lo hacen.

¹⁷ La zona sur de La Paz alberga los barrios residenciales de las clases acomodadas.

Pero las modalidades de crítica no se detienen ahí y de hecho se amplifican cuando las capacidades críticas propiciadas por la institución se aúnan a las condiciones de origen social menos privilegiadas.

Yo creo que si tengo cierto interés intelectual quizás se debe a la formación que uno ha tenido ¿no? Si uno, digamos, reflexiona sobre los traumas o problemas con visiones que ha tenido quizá se lo debe a esta experiencia que se ha tenido en el colegio, porque quienes, como yo, hacíamos parte de un mundo social diferente, éramos unos cuantos (...) en un medio social que es diferente a con el cual has nacido, el cual es tu familia y esto sobre todo yo digo, tomando el contexto de la Compañía de Jesús, en ese momento era normal, por ejemplo que, los profesores, los curas y las monjas, porque los primeros años en la educación en primaria era asegurada por monjas, tuviesen una actitud dura, racista y discriminatoria (H. 1952 P. carpintero)

En este caso, un becario de uno de los colegios de la Compañía de Jesús, aprehende su propia experiencia como parte del mundo injusto o desequilibrado a la vez que pueden dirigir sus críticas a la institución escolar. La experiencia de la pedagogía encarnada sumada al fomento de la capacidad crítica se convierte en detonante que vehiculiza las expectativas de ciudadanía por un vía rupturista. Ahora bien, dada la fuerte presencia de religiosidad católica en Bolivia que ha permeado elementos de religiosidad andina y amazónica –dependiendo de la región del país– parece plausible incorporar la presencia del tropo del camino de Damasco en el relato de otros intelectuales que no han tenido una vinculación tan estrecha con la iglesia católica. La autobiografía del líder indianista Luciano Tapia (1995: 324-5) muestra una forma de articular una “revelación” del mundo de cabeza que no se diferencia mucho de las epifanías que siguen otros actores del mundo intelectual, algo que se puede rastrear en muchos otros relatos biográficos de líderes indígenas como los de Constantino Lima o Marcos Marín (Mamani 2011). Dada la distancia respecto a la iglesia católica cabe mantener una duda abierta sobre las condicionantes sociales que propician en estos casos singulares en el cambio de estado subjetivo.

Si bien no es condición venir del lado menos privilegiado para romper con el colegio, si hay mayor recurrencia de esto si de manera paralela surge el interés político o la familia está vinculada con la arena pública. A ello hay que sumar contextos precisos en los que la política se abre como ámbito atrayente en los que la participación adquiere sentido.

Yo venía de un colegio religioso había tenido una crisis de fe, lo que me había impulsado fuera de la esfera de jesuitas. Pero al mismo tiempo tenía una necesidad, un deseo de comprensión que es lo que la religión te otorga ¿no? Una comprensión completa y más o menos capaz de producir certidumbre ¿no? Entonces yo tenía esa ansiedad de fe ¿no? De tener una fe y el marxismo lorista fue la respuesta (H 1965 P. médico)

Así, el antecedente católico puede convertirse en semilla de militantes de izquierda. Si bien el caso de la Guerrilla de Teoponte ha sido ampliamente exagerado en cuanto a su raíz netamente católica (Rodríguez Ostría 2006; Cf. Suarez 2003), no hay que despreciar la presencia de gente vinculada a la iglesia en la organización de la empresa armada y tampoco la fuerza con la que se propagandizó la misma como una suerte de martirologio, señal de la predisposición del público a aceptar esa influencia como preponderante. Otras figuras, como Renzo Cota o Luís Espinal también son influyentes en las formas en que se construye la mística de izquierda asociada al catolicismo y la teología de la liberación, fenómeno que excede largamente a Bolivia y que de hecho se ha convertido en uno de los referentes de iniciativa política más propios de América Latina.

Para los intelectuales en su conjunto (no solo los próximos a la iglesia) los contextos de apertura democrática o de movilización de masas (postrimerías de los gobiernos de Ovando, Banzer o García Meza, o la Asamblea Popular durante el gobierno de Torres, la Guerra del Agua o la del Gas) convirtieron sus propios entornos escolares en espacios de discusión y debate. Grupos de estudio o de discusión como también actividades extraescolares participando en cineclubs donde se discuten temas de coyuntura son la antesala de participar en volanteadas, pintadas y distribución de panfleteria. Simultáneamente escribir se convierte en una necesidad en tanto se siente la presión, pero también el placer, de asumir una postura pública, con todos los problemas de la producción pueril que en retrospectiva es vista con cierta vergüenza. A la vez la presencia de profesores que participaban activamente de política o que realizaban actividades de enlace entre la institución educativa y la sociedad se convierten en figuras que fascinan y cuyo ejemplo sirve de referencia para adentrarse más en la política. Se conforma así un espacio interrelacionado donde, en la medida que se asume un compromiso, un conjunto de elementos refuerzan esa participación y se constituye la ilusión de “estar hecho para eso”.

Pero mientras los que asisten a colegios particulares encuentran su camino en parte alejándose de entorno escolar, a veces de modo voluntario, otras siendo echados, los estudiantes de los establecimientos fiscales encuentran en la Federación de Estudiantes de Secundaria un micro mundo político con sus propias tendencias y correlación de fuerzas. La FES, órgano que en algún momento gozó de reconocimiento y convocaba una participación considerable de estudiantes, es el campo de entrenamiento donde se aprende a nadar en aguas políticas y también el lugar desde donde se puede saltar a la política universitaria. Los estudiantes de colegios privados en cambio deambulan buscando un espacio propio, precipitando su vinculación con la universidad y con sus estudiantes. El interés por la política se convierte en el polo de atracción aunque posteriormente el modo de relacionamiento haga privilegiar la militancia por encima de lo académico o a la inversa. Así, a la edad en la que empiezan a desembrarse de las dos instituciones de socialización primaria, los intelectuales llegan munidos de arsenales que remiten a su origen social, mismo origen que los posiciona y relaciona de modos diferentes frente a una problemática.

Conclusiones.

Al examinar la relación que se establece entre los antecedentes familiares y las variedades de discurso sobre la nación que se expusieron en el capítulo anterior hay que notar cómo, entre los entrevistados, el antecedente de padres de oficios manuales se relaciona con la adopción posterior de una defensa de las naciones indígenas. Mientras tanto los intelectuales que provienen de familias en las que el padre estaba en empleos no manuales las orientaciones son diversas: defensa del mestizaje o de la conciliación entre lo étnico y lo cívico y, en menor proporción dentro de las entrevistas, también la defensa de naciones indígenas. Cabe recordar que las entrevistas provienen de una selección hecha sobre la productividad sobre el tema de la nación en Bolivia y no hablamos aquí de relaciones estadísticas, sino de una tendencia cualitativa que permite acentos. Por ejemplo se podría invocar el ejemplo del ex vicepresidente con el MNR Víctor Hugo Cárdenas, líder del katarismo con un padre de ocupación manual y también profesor rural, que defiende el marco republicano y que a pesar de los intentos de entrevistarlo, no fue posible. Este caso no podría ser invocado como “la excepción que confirma la regla”, muestra más bien que la relación de propensión a defender las naciones indígenas a partir de un antecedente de padre de ocupación manual no es una regla de hierro sino una tendencia que encuentra mediaciones en el

trayecto durante la vida adulta, pero que se orientan a partir de las disposiciones incorporadas en las instancias de socialización como la familia y la escuela.

Entre las experiencias que favorecen la incorporación de disposiciones favorables a la defensa de las naciones indígenas se encuentra la de la pedagogía colonial. Se describió en las páginas precedentes cómo la escuela es un espacio en el que los individuos se familiarizan con las formas de la dominación de carácter colonial y la incitación continua a renegar del pasado indígena y rural y de las formas de castigo y coerción que funcionan como suplementos pedagógicos. En este tópico también se percibe la proximidad entre tener padres de ocupaciones manuales y los modos en que el actor asimila en su perspectiva subjetiva el hecho de haber sido discriminado y hostigado en la escuela a causa de su origen. Atendiendo a las precauciones sobre la ficción biográfica de la que habla Bourdieu, hay que señalar que es factible que un autor que defiende naciones indígenas en contra de una situación de negación indígena operada desde el Estado, reorganice la narración de su experiencia como forma de sumar fuerza a sus argumentos académicos.

El arquetipo de este proceso ha sido descrito también por Agnes Hankiss (1993) que examina cómo, a partir de una variedad de estrategias de narrar el propio yo, los actores sociales procuran salvaguardar su propia integridad psíquica, produciendo una historia coherente allí donde existen retazos que vistos de otro modo podrían ser dispersos. Lo anterior no es ajeno a los intelectuales entrevistados y no debe tomar por sorpresa que ellos mismos construyan una imagen coherente de sí mismos. Teniendo en cuenta lo anterior hay que retener dos elementos: el primero es que las narrativas sobre la pedagogía colonial no son una exclusividad de algunos actores. Los actores menos privilegiados enfatizan las mortificaciones vividas y los intelectuales que provienen de la gama más privilegiada del espectro reconocen haber visto y haber sido sujetos de pedagogía colonial. El hecho es reconocido de modo unánime entre quienes aceptan hablar de su experiencia educativa: en contra de los lectores más escépticos que podrían sugerir que la pedagogía colonial existe solo en el modo de retrospección de los interesados en remarcarla, se enfatiza que sea que esta deje una impronta o no, es vista por la gama de actores entrevistados (y una literatura especializada sobre el tema). La diferencia se encuentra, y este es el segundo punto, en que el dramatismo con el que cala la pedagogía colonial también está distribuida de modo coherente en relación a la ocupación del padre: quienes reconocen la

virulencia de la imposición de un principio de visión colonial como experiencia encarnada provienen de hogares o rurales o artesanos. El resto reconoce la violencia de la pedagogía colonial menos como imposición que se encarna y más como experiencia de un orden desigual del mundo.

Teniendo en cuenta las reservas metodológicas que permiten hablar de la pedagogía colonial, hay que detenerse en su modo de operar en relación a la forma en que se adquiere ciudadanía. La pedagogía colonial se despliega como mecanismo de inculcar un principio de visión y división que separa lo positivo de lo negativo, asociado éste con la lengua aymara, quechua, etc., la vestimenta indígena, la ruralidad y el trabajo del campo; a la vez que lo positivo se asocia con valores y hábitos relativos a lo urbano. Los actores más urbanizados y de castellano con menos vestigios de aymara o quechua establecen una distancia social que los exime de los riesgos de la contaminación ritual (Douglas 1978) que conllevan los caracteres asociados a lo rural –reales o ficticios- situación que es inversa para quienes no pueden establecer esa distancia. Esto se convierte en una experiencia de ciudadanía que es diferente: el gozo de una posición en la que los derechos están garantizados frente a quienes los tienen amenazados, lo que proveen un sentido de integración y los que se ciernen como procesos de exclusión como penalidad. Cecilia Salazar señala que la revolución de 1952 tiene el efecto –aun de modo paradójico- de producir integración horizontal en la que indígenas pueden acceder a grupos de élite, como los intelectuales y disputar la representación de la nación (2012: 88). Sin embargo en la medida que Salazar no considera la trayectorias de las contrapartes no indígenas, se pierde el hecho de que la precariedad del ejercicio de la ciudadanía, que se logra al costo de la mortificación personal de unos y el ejercicio “natural” de ésta por parte de quienes nacen en el seno de la sociedad urbana y con mayores arreglos de capital cultural y económico.

El otro elemento, más subrepticio en cuanto su mecánica solo se releva en el contraste de las experiencias divididas por la clase social está en la dotación de destrezas académicas. Las familias mejor acomodadas están a la vez munidas de recursos en apariencia informales –como una biblioteca familiar y contactos en el mundo académico- y los que se desprenden de estrategias conscientes de búsqueda de una instrucción reconocida –por ejemplo, la educación en ciertos establecimientos. Mientras tanto quienes están orillados al lado menos privilegiado carecen no solo de recursos económicos, sino además de la acumulación de desventajas para seguir un trayecto escolar exitoso, lo que es remontado con esfuerzos de los padres y el aprovechamiento

de oportunidades excepcionales –como las becas y la educación religiosa rural-. La asimetría de oportunidades muestra que analíticamente hay un polo que ve facilitada su reproducción social, mientras que para el otro polo hay un escenario de mayores incertidumbres.

El mecanismo (o la poética) social de cómo se producen las nociones diferenciadas de entender la nación y de pugnar por la forma de su representación tiene aquí uno de sus asideros importantes: La experiencia de ciudadanía jurídicamente plena pero socialmente en vilo y por ende pasible de ser cuestionada o puesta en suspensión va a generar la inclinación a negar la validez de ese marco de ciudadanía y, a través de mediaciones que se detallan luego, de la nación que la alberga. En ese sentido, cuando Salazar et. al.(2012) argumenta que los procesos de diferenciación social que desarraigan al intelectual de su nicho en la comunidad (51 y ss), asume demasiado rápido que el proceso de individuación se produce siguiendo los derroteros de la modernización. Antes bien, siguiendo a Martuccelli (2010: 291) se puede decir que la individuación no se produce dentro de las instituciones sino en contra de ellas, con un profundo sentido agónico del ser social y de las vicisitudes que enfrenta. Es pues una forma de individuación que abreva en la configuración particular de condiciones de periferia capitalista con cuño colonial que no puede reducirse a la integración a la modernidad ni a la globalización.

Para los intelectuales que provienen de trasfondos menos precarios los procesos de individuación también tienen singularidades, lo que refuerza la idea de que un intelectual proviene de una situación dilemática de existencia. Por ejemplo, el antecedente de educación religiosa en un momento en el que la iglesia tiene sectores progresistas muestra dos cosas: por un lado la toma de consciencia de gozar, al menos relativamente, de un privilegio en un país en dónde las desigualdades tienen raíces profundas –sea que se acepte o no la hipótesis del colonialismo- y el Estado que, como se vio en el capítulo tres, se presenta divorciado en diversos grados respecto de la sociedad. Así, la influencia de ciertas tendencias de la acción religiosa aparecen como factores de inclinación a preguntarse por la suerte y destino de la colectividad, más en el sentido de instalar una preocupación que, a través de diferentes mediaciones, se provee de respuestas diversas. Recurrentemente se ha hablado de las mediaciones que se suscitan entre la experiencia social originaria y el decurso de forjarse como personajes públicos, como intelectuales. En el siguiente capítulo ello empezará a ser dilucidado fijando la atención en cómo un decurso de la discusión política habilitó la posibilidad de discutir la nación.

Capítulo 5

Horizonte de visibilidad y posicionamientos políticos

The story is not in the words; it's in the struggle.

The Locked Room

Paul Auster

Introducción.

Poco después de las elecciones generales de octubre de 2014, en las que Evo Morales fue reelegido presidente con más del 50% de los votos, el vicepresidente, también reelecto, Álvaro García Linera me recibió en Palacio de Gobierno para concederme una entrevista. Como era usual comencé explicándole de modo general de qué se trata esta investigación y por qué ahondo en las vidas personales de quienes se han abocado a discutir sobre la nación boliviana. En ese momento García Linera antes de empezar su relato, me dijo que yo no debía olvidar tomar en cuenta no sólo los orígenes sociales, sino además el hecho de que cada coyuntura política plantea diferentes líneas de fractura y oposición. Por lo tanto, sugería él, era esperable que a lo largo del tiempo se den cambios en las posiciones, en los énfasis y en los matices relevantes para una coyuntura de polémica política e intelectual. La observación es legítima y sin embargo no deja de ser llamativo que en el contexto de la investigación haya sido García Linera quien más hincapié haya hecho en que yo debía apuntar la importancia de las coyunturas. Tanto más porque al revisar la producción intelectual del vicepresidente boliviano es evidente un cambio de tenor y posición a partir de 2006; algo que es reconocido por él mismo en un texto de 2012.

Para cualquiera que haya participado en política es evidente que la acción política está circunscrita fuertemente por la correlación de fuerzas que existe en un momento preciso. A la vez, para ser efectivo, un accionar debe tener en cuenta aquello que es posible y aquello que cae más allá de lo factible. Los intelectuales de inicio del siglo XXI han pasado por diversos de estos momentos. Los veteranos, por un efecto edad obvio, han estado involucrados en más coyunturas de reposicionamiento político, mientras que los más jóvenes cuentan menos experiencias de esta naturaleza. De esta dinámica se desprende que los mayores cargan en su acervo una memoria de luchas pasadas que informan su accionar de un modo que es distinto al de los más jóvenes, que al iniciarse enfrentan las situaciones con ojos frescos. Por sí mismas estas cualidades pueden ser tanto positivas como negativas, por lo que no cabe detenerse en esclerotizar ni el valor de la experiencia ni el de la juventud. Lo que cobra relevancia en la lectura de lo político, es la forma en que diferentes experiencias entran en juego en diferentes momentos.

Las páginas siguientes están dedicadas a mostrar cómo diferentes intelectuales activos en el periodo 2000-2014 han ido desplazando sus posiciones y en consecuencia las experiencias se orquestan para favorecer una forma de explotar el horizonte de visibilidad de la época (Zavaleta 1988). En ese sentido se busca conciliar tanto las condiciones estructurales de un momento político, en una vena de análisis zavaletiano, a la vez que se sitúa el lugar de la práctica y el posicionamiento de actores concretos (Romero 2009). Lo anterior obedece a varios propósitos: el primero mostrar cómo lo micro y lo macro (Alexander 1987) se enlazan en lo político. El segundo, analizar cómo una dinámica de largo plazo constituye unas condiciones específicas en las que se discute la nación en la Bolivia contemporánea, condiciones que llevan la impronta tanto de la práctica como de las condiciones estructurales. Finalmente se trata de entender que las coyunturas políticas redistribuyen sucesivamente los frentes de discusión (que no es lo mismo que la posición en el campo, aunque ambas cosas no estén desvinculadas): quienes estuvieron en la misma trinchera en un momento, no necesariamente la van a seguir compartiendo en otra coyuntura. Esto habla menos de la inconsecuencia de la práctica política –que en si misma debe ser problematizada- y más de los factores que ligan lo personal y lo colectivo.

La comprensión de las coyunturas políticas y la reorganización de las tomas de posición necesariamente remite a un análisis que trata ampliamente con la historia. Sin embargo en las siguientes páginas no se hace, propiamente hablando, una historia. Los relatos de vida que son la

fuentes primarias de este capítulo son las entradas para remitirse a momentos específicos de la historia reciente del país. La importancia de los momentos viene entonces de la recurrencia de los mismos como parte de una narrativa; y a partir de ello es que se proveen elementos adicionales de investigación histórica que permitan comprender las experiencias de los intelectuales. Lo anterior produce una “historia” sesgada. Por ejemplo se notará muy pronto que hay un desbalance narrativo que hace primar la experiencia de la izquierda boliviana por sobre la derecha. Hay razones para ello: la derecha de la posrevolución de 1952 se agota de modo irreversible después de la dictadura de Banzer, cuando nace el gonismo (tendencia que hace referencia al liderazgo de Gonzalo Sánchez de Lozada) que recluta intelectuales entre gente que fue de la izquierda. Al no existir ningún intelectual de principios de siglo XXI que escriba desde las coordenadas de Falange Socialista Boliviana, el recuento histórico no le concede peso porque se ha perdido esta influencia en la experiencia biográfica de los entrevistados. Estos vacíos no necesariamente van en desmedro del propósito del capítulo, ya que el hecho de que el Falangismo o el nacionalismo anticomunista se hayan desvanecido de la faz del conflicto ideológico boliviano habla de la especificidad de la pugna actual.

El capítulo está organizado en tres apartados que siguen una concatenación cronológica. El primero parte de la estela dejada por la revolución de 1952 y concentra las experiencias hasta las consecuencias inmediatas del golpe de Banzer, periodo marcado por la maduración de la discusión ideológica sobre el socialismo y los caminos hacia éste. El segundo apartado va de las postrimerías del gobierno de Banzer hasta la instauración de la hegemonía neoliberal a nivel global, que es cuando la izquierda deja de presentar batalla y cae temporalmente rendida. El conflicto ideológico de este momento tiene en el centro la discusión por la recuperación de la democracia. La última sección va desde la partidocracia de los años 90 hasta el presente, pasando por la crisis estatal y los sinuosos caminos transitados durante el “proceso de cambio”. El capítulo incluye además una decena de semblanzas personales de diferentes participantes de las pugnas ideológicas del periodo posneoliberal, las que permiten captar la variedad de experiencias y a la vez los hilos de conexión que los unen.

Vislumbrar el socialismo.

Cuando se produce la Revolución de 1952 mi madre se moviliza para que toda mi familia, éramos ocho hermanos, yo el mayor de 14, nos vayamos del país. Porque con el MNR y el 52 este país, ante la idea de mis padres, era inhabitable. Mi padre, español, de un pensamiento conservador, fue el maestro político de todo el grupo que funda la Democracia Cristiana que se fundó el 54. El 54 nos vamos a España, a la España de Franco. (H. 1940 P. Hacendado)

Yo nazco en una familia muy joven y con bastantes dificultades económicas, pese a que mi padre descendía de una familia de terratenientes en Camargo ¿no? Pero muy venidos a menos por la reforma agraria y luego por la reducción de la tierra como resultado de las sucesiones por la muerte del patriarca de la familia que era [mi] abuelo. (H. 1965 P. Médico)

La revolución de 1952, evento político más importante del siglo XX, reverbera en la experiencia de no pocos intelectuales contemporáneos. Ciertamente la influencia directa se ha ido desvaneciendo con el pasar de los años, ya que los actores más veteranos que participan de la polémica intelectual actual vivieron el 52 principalmente como una épica que transcurría frente a sus ojos juveniles y que afectaba el funcionamiento de la cotidianidad. Notable es la influencia oblicua que la revolución tiene sobre la vida de abuelos y padres de modos muy diversos: Las familias afectadas en sus intereses económicos reniegan del movimientismo y de los derroteros que imponen al país, y a la vez no pocos vástagos crecen para cambiar de bando. En el otro extremo de las experiencias sociales se tiene que las fracturas del poder hacendal liberan del viejo yugo a la vez que se configuran nuevas formas de sujeción a través de los sindicatos campesinos que se ponen en marcha o son refuncionalizados por el MNR (Rivera 1986) . Las familias rurales de zonas de hacienda como aquellas del artesanado resienten la puesta en marcha de un juego donde los derechos se negocian a cambio de lealtades. De modo contrastante, el movimiento obrero durante la revolución puede escenificar su poder gravitatorio, lo que se expresa inclusive en apoteósicos torneos de fútbol que ponen en juego el espíritu nacional (Quisbert 2014) mientras que algunos hijos de padres avecindados en comunidades, más allá de la influencia inmediata de la hacienda afirmarían que “no pasó nada”.

Estas imágenes retrospectivas, revisitas subjetivas, se vuelcan en el proceso iniciado en 1952 como el tendido de la cancha en la que discurrirá por décadas la pugna política. El Estado oscilará, como ha señalado Luís Antezana (1983), entre un polo nacionalista y uno revolucionario, privilegiando en diferentes coyunturas uno y por ende estrangulando el otro. En términos genéricos este ideologema, este movimiento pendular, limita y organiza las fuerzas participantes: el MNR ocupa una posición hegemónica prácticamente incontestable, mientras que a la derecha se ubicará el Partido Demócrata Cristiano y la Falange Socialista Boliviana mientras a la izquierda aparece el Partido Comunista, el Partido Obrero Revolucionario y una pléyade de tendencias con énfasis diferentes. Al mismo tiempo, el protagonismo de la COB y de los sindicatos campesinos es insoslayable.

Semblanza: Felipe Quispe Huanca

Felipe Quispe Huanca nace en la comunidad Jach'a Ajllata de la provincia Omasuyos en 1942. Hijo menor de una familia de padres monolingües aymaras y sujetos por el régimen de hacienda. La Revolución de 1952 afecta la vida cotidiana de la familia, comenzando por la participación de un hermano como miliciano en las postrimerías de la revolución, pero fundamentalmente a través de la reforma agraria y los cambios en el sistema educativo que permiten a Quispe aprender el castellano y a la vez pasar por experiencias de maltrato de cuño colonial por parte de los profesores. Se presenta en la ciudad de La Paz al servicio militar y es enviado a Riberalta, en las tierras bajas del país.

A su regreso en la comunidad, se casa y se establece. Como parte de la comunidad, se hace autoridad sindical. En 1971 participa como dirigente en un congreso de campesinos. Iniciado en tareas políticas, conoce en Potosí a Constantino Lima, Raimundo Tambo y a Jenaro Flores. En esa época también conoce a Fausto Reinaga, quien a la vez que era admirado por sus escritos, era cuestionado por ser, en el fondo, otro "opresor del indio" según Quispe. El triunfo del golpe de Banzer pocas semanas después del congreso en Potosí significa primero el regreso a la comunidad en Omasuyos, para luego salir en dirección a Santa Cruz, donde no era conocido y pudo mimetizarse entre los trabajadores campesinos. Permanece en la zona rural del departamento de Santa Cruz hasta 1976, cuando la persecución política se hace más laxa. En esa circunstancia regresa al occidente del país.

De regreso en el departamento de La Paz y en el tránsito entre su comunidad y la sede de gobierno, Quispe es convocado por Jaime Apaza, locutor de radio San Gabriel y próximo a CIPCA y a las tendencias kataristas e indianistas, para organizar un movimiento partidario a fin de encarar la apertura democrática

(Tapia 1995: 361; Hurtado 1986). En 1978 Quispe es parte de la fundación del Movimiento Indio Tupak Katari e integra la dirección del partido. En 1981, después del golpe de Estado de García Meza, Quispe evade la persecución política saliendo hacia el Perú. Allí Apaza lo contacta con militantes del Ejército de Liberación Nacional. Viaja por El Salvador y Guatemala en tiempos de movimientos armados que se convierten en referente de lucha. A su regreso en Bolivia en 1984, se aboca a organizar los Ayllus Rojos y posteriormente el Ejército Guerrillero Tupak Katari, en donde Álvaro García Linera es su compañero de armas. De modo paralelo sigue participando en niveles dirigenciales de los sindicatos campesinos. En 1989 los aparatos de represión del Estado detienen a los miembros del EGTK que quedaron en prisión hasta la segunda mitad de la década de los 90. Durante su estancia en la cárcel comienza sus estudios de historia en la Universidad Mayor de San Andrés en una modalidad provista a los reclusos.

A su salida de la cárcel culmina la carrera de historia en la universidad y vuelve a la actividad sindical. En 1998 ya compete por el máximo cargo del órgano campesino del país. Siendo elegido secretario ejecutivo desplazando la influencia de Evo Morales y Alejo Veliz, despliega un plan de reivindicaciones que lo llevan a comandar el cerco a La Paz en 2000 así como sucesivos bloqueos de caminos que ponen en jaque al gobierno en democracia de Banzer. El año 2002 es elegido diputado nacional con su propio partido, el Movimiento Indígena Pachacuti que logra el 6% de los votos, a la vez que conserva su ascendencia irigencial sobre los campesinos. Su protagonismo no cesará con la presidencia de Sánchez de Lozada y será uno de los líderes reconocibles de las movilizaciones de 2003, que fuerzan la renuncia del presidente.

En 2006 su partido es eclipsado por el Movimiento al Socialismo y pierde personería jurídica después de una contienda electoral en la que Morales gana de modo incontestable. Ello lleva a Quispe a abandonar temporalmente la arena pública aunque aparece ocasionalmente para criticar la gestión presidencial de Morales señalándolo como un continuador del neoliberalismo.

Los gobiernos militares de la década de los 60 reciben escasa atención en las narrativas biográficas de los intelectuales contemporáneos, principalmente porque el grueso de ellos por entonces estaba en la infancia. Otros que ya tenían edad de involucrarse o por lo menos tener una curiosidad por la política, como Rafael Puente, Hugo Celso Felipe Mansilla, Xavier Albó (que había llegado de España por primera vez en 1952) estaban estudiando fuera del país. No obstante el caso singular de Andrés Soliz Rada, quien luego se tornará en el principal exponente de la izquierda nacional muestra los avatares políticos de la época:

Esos años, 62, 63, se desarrolló una fuerte pugna entre la Unión Soviética y China por todo lo que significó la ruptura de Mao Tse Tung con el estalinismo. En el Congreso del PCB [Partido Comunista de Bolivia], de 1963, debía discutirse las posiciones chinas y soviéticas, desde la perspectiva de nuestra propia realidad nacional. Para decepción mía, los representantes de ambas tendencias se limitaban a citar revistas traducidas del ruso y del chino, casi sin ninguna referencia a lo que acontecía en nuestro país. La decepción motivó mi alejamiento silencioso de la JCB [Juventud Comunista de Bolivia]. En aquella época se decía que la JCB era la “escuela” del Partido. Yo felizmente, me aplacé, ya que no llegué a ingresar al Partido. Por esa época conocí a Sergio [Almaraz], a quien ya valoraba profundamente por haber leído su libro “Petróleo en Bolivia”. El contribuyó a que me acostumbrara a analizar la realidad nacional con mirada propia, sin sometimientos a los centros de poder mundial. Para mí, “Petróleo en Bolivia fue el complemento de los dos libros nacionales que más influyeron en mi visión ideológica: “Nacionalismo y Coloniaje”, de Carlos Montenegro, y “El Presidente Colgado”, de Augusto Céspedes”. (H 1940 P. Administrador de almacén)

Semblanza: Andrés Solíz Rada

Andrés Solíz Rada nace en La Paz en 1940. En esta ciudad asiste al Colegio San Calixto, de filiación jesuita, en donde realiza sus estudios hasta el bachillerato. En esta institución predominaba la simpatía de la curia por el franquismo español. La tendencia ideológica que se propagaba en el colegio choca con la influencia de su padrastro, un allegado de los círculos de izquierda. Todavía en la infancia, vive tanto el colgamiento de Villarroel en 1946 como la revolución de 1952, que a su decir, dejan una impresión viva sobre la política. En 1957 hace el servicio militar en Guabirá, donde el gobierno del MNR construía carreteras en el plan de integración del oriente a la economía del país.

A su regreso se inscribe en la Facultad de Derecho de la UMSA y participa de discusiones como miembro de las Juventudes Comunistas de Bolivia, en las cuales llegó a ser secretario de formación política. Sin embargo en los años 60 el Partido Comunista enfrenta conflictos internos entre facciones pro-chinas y pro-soviéticas. La “réplica local” de la discusión entre las tendencias del PC lo lleva a alejarse de la JCB y aproximarse a disidentes ocupados de las cuestiones que afectaban la realidad del país. El alejamiento favorece su

encuentro con Sergio Almaraz Paz, ex militante del PIR y del PCB, y Adolfo Perelmann, argentino formado en el trotskismo y luego militante de la izquierda nacional. Solíz Rada encontró en la izquierda nacional y en ese entorno la ideología que expresaba mejor sus inquietudes y orientación.

Durante el gobierno militar de Ovando Candia, Solíz Rada dirigió el periódico Prensa, órgano del sindicato de periodistas que circulaba de modo exclusivo los lunes y tenía una línea de apoyo al gobierno. Ante el intento de golpe a Ovando Candia, Solíz Rada es detenido por los militares afines a Juan Ayoroa Ayoroa –de la tendencia nacionalista conservadora- para luego ser rescatado por militares afines al contragolpe del general Juan José Torres, que es apoyado por sectores de trabajadores y estudiantes. La tendencia izquierdista de Torres provoca una contraofensiva nacionalista anticomunista que deriva en el golpe de Estado de Hugo Banzer Suarez, que significó el exilio de Solíz Rada en la Argentina y posteriormente en México. Especialmente en la Argentina hace contactos con otros militantes de la izquierda nacional como Jorge Abelardo Ramos.

Después de la amnistía general que el gobierno de Banzer fue obligado a condonar, Solíz Rada regresa a Bolivia. En el contexto de ascenso del neoliberalismo, este miembro de la izquierda nacional denuncia el giro antinacional principalmente desde su trabajo como director de noticias de France Presse. Cuando en 1989 se funda Conciencia de Patria encabezada por Carlos Palenque, Solíz Rada asume tareas de formación y doctrina, propalando un programa de izquierda nacional bajo el manto carismático que Palenque ejercía en los sectores cholos del occidente boliviano. Por ese camino Solíz Rada llegó al parlamento como diputado y senador (entre 1989 y 2002) desde donde combatió las políticas gonistas, máxima faceta del neoliberalismo boliviano.

Después de un tiempo, entre 2002 y 2006, en el que se dedica a escribir insistiendo en la necesidad de tener un Estado fuerte y defender los recursos naturales, Solíz Rada es llamado por Evo Morales para ser ministro de hidrocarburos. En esta función viabiliza la nacionalización de los hidrocarburos, viga maestra del proceso comandado por Morales. Abandona el gobierno por discrepancias con otros miembros del gabinete. Desde entonces se dedica a escribir difundiendo las ideas de la izquierda nacional.

La cita trae a colación varios elementos relevantes. Por un lado está la cuestión de las relaciones personales en política¹⁸, en este caso con Sergio Almaraz quien en su juventud y en la antesala de la Revolución de 1952 había primero fundado las juventudes del Partido de la

¹⁸ En el siguiente capítulo se dedicara atención minuciosa a los roles del capital social en el juego intelectual boliviano.

Izquierda Revolucionaria para luego romper con ella y el PIR en su conjunto. El argumento de Almaraz sostenía que en 1946 el PIR, asumiendo una pose de radicalidad revolucionaria contribuyó a socavar el gobierno de Villarroel, que como resultado allanó el retorno temporal del Superestado minero. Es decir, Almaraz había tenido el mismo alejamiento de los partidos de izquierda que Solíz Rada opera a mediados de los 60s. Pero este alejamiento no significa un desconocimiento de las matrices del pensamiento socialista en su vertiente marxista, sino un cambio de ángulo respecto de él, uno que, sostiene, privilegia la lectura de la política desde la realidad propia, que por la coyuntura de la época traía a colación la perspectiva de dos ideólogos del nacionalismo revolucionario, los mencionados Céspedes y Montenegro.

La expresión del pensamiento de la izquierda nacional tiene un acento que lo diferencia de las fuerzas como el PCB, que consiste en la consideración del ejército como un actor que puede ser atraído por el pueblo en contra del poder y las clases dominantes para que cumpla una función revolucionaria –en lo cual es reconocible un aprendizaje de la experiencia peronista pero, ante todo, del rol jugado por la logia militar RADEPA en la posguerra del Chaco. De ahí que Solíz Rada haya cumplido una función como periodista, dirigente sindical e intelectual afín a los gobiernos militares de Alfredo Ovando Candia y Juan José Torres instaurado en 1968 y 1971.

La coyuntura de golpes militares de los años sesenta pone de manifiesto la naturaleza bicéfala de las Fuerzas Armadas después de su reorganización en los años cincuenta. Por una parte quedó un ala proclive a los Estados Unidos, que a su vez desplegaba esfuerzos conscientes por cultivar lealtades entre los militares. Por el otro lado y bajo la influencia de los eventos revolucionarios, se constituye un ala militar de naturaleza nacionalista. Esas dos alas son las que se escenifican en los golpes consecutivos de los 60. Como representante de la primera ala, René Barrientos Ortuño que pone en funcionamiento el Pacto Militar Campesino, vasallaje político de los campesinos bajo la refuncionalización de la estructura sindical para hacer contrapeso al avance minero que oscilaban entre el nacionalismo, el socialismo, el comunismo y el troskysmo. A esta discordia entre el gobierno de Barrientos y los mineros se añade aquella devenida por la aniquilación del foco guerrillero comandado por Ernesto Che Guevara, que inclina a diversos sectores de izquierda a condenar el gobierno y a sus personeros, entre ellos Ovando Candia.

Jorge Lazarte Rojas nace en La Paz el 2 de diciembre de 1945. En 1957, siendo de una familia orientada a la derecha y con apenas ocho años, es incorporado por una reclutadora de Falange Socialista Boliviana a las juventudes del partido antagonista del MNR. Posteriormente, con dieciséis años y un vivo interés por la política, comienza a frecuentar –antes que todo por la proximidad física de las oficinas- la Federación de Estudiantes de Secundaria, que en ese momento era dominada por estudiantes de filiación falangista, la que Lazarte reivindica en ese momento. Como dirigente de la FES de la ciudad de La Paz, participa del directorio de la Confederación Nacional de Estudiantes de Secundaria, en donde entra en contacto con estudiantes de filiación marxista. A decir del mismo Lazarte, es el hábito de intensa lectura y la coherencia ideológica que llama su atención y acaba aproximándolo a la izquierda marxista, con la que simpatiza para luego militar en el trotskismo del POR y donde forja una amistad personal con Guillermo Lora.

A la conclusión de colegio, Lazarte realizará estudios en la universidad, donde seguirá siendo dirigente. Cuando se instala la Asamblea Popular en 1970, es acreditado como representante del sector universitario, defendiendo posiciones marxistas de corte radical. El golpe de Banzer lo obliga a abandonar el país, teniendo como destino Francia, donde pasa la mayor parte de la década de los 70. Es allí en donde las condiciones de la democracia y la institucionalidad marcan un giro en su perspectiva política, lo que lo lleva a incorporar en su reflexión la importancia del pluralismo. Asimismo, en Francia seguirá cursos en la universidad que le valdrán un doctorado en Ciencias Políticas. Mucho de este cambio es ocasionado por la apreciación más directa de las experiencias del socialismo real que lo llevan a endurecer una crítica de la falta de libertades democráticas.

A su regreso a Bolivia durante la apertura democrática es asesor de la Central Obrera Boliviana. Por entonces reivindica que la singularidad del sindicalismo boliviano es la pluralidad existente dentro de la COB, en la que efectivamente coexistían diferentes tendencias ideológicas. Sin embargo, durante el gobierno de la UDP Lazarte trata de enlazar a Siles Zuazo, que fungía como presidente, con Juan Lechin, máximo dirigente de la COB. El desbarrancamiento de un gobierno de izquierda por acción de fuerzas de la misma izquierda lo llevan a considerar que la pluralidad que existía dentro de la COB, ésta la negaba para la sociedad. De ahí que se haya orientado todavía más hacia los aspectos de institucionalización de las condiciones de la contienda política. Son esos intereses lo que lo llevan en la década de los noventa a ser uno de los miembros de la Corte Nacional Electoral, institución que buscó la modernización del sistema electoral del país.

A la conclusión de su mandato como vocal de la CNE, ya en el siglo XXI, Lazarte se convirtió en referente público y analista en los medios de comunicación. Frente a la situación de emergencia popular y

organización de fuerzas indianistas, indigenistas radicales y de izquierda anti sistémica, Lazarte defendió los logros de la institucionalidad, la importancia de una ciudadanía universal y advirtió frente a los peligros de los excesos, incluyendo lo que consideró una innecesaria Asamblea Constituyente. A pesar de su oposición a ésta, fue electo asambleísta en 2006 y formó parte de la comisión de Visión País, una de las más importantes de la instancia deliberativa. A la conclusión de la Asamblea Constituyente se ha mantenido como un referente crítico y publica regularmente artículos de prensa, artículos académicos y libros sobre las cuestiones de política contemporánea, siempre oponiéndose a lo que considera los errores de la etnicización de la política.

Ovando Candia asume el poder, golpeando a Siles Salinas, sucesor del fallecido Barrientos. La izquierda se encuentra dividida entre los que apoyan la orientación nacionalista del gobierno y los que apuntan que había una continuidad de la política “burguesa” subordinada a los intereses de Estados Unidos. Solíz Rada, allegado a Adolfo Perelman, conforman parte de ese entorno de izquierda próximo a Ovando. Sin embargo Ovando estaba estrangulado entre sus propias tendencias nacionalistas, expresadas de modo más ilustrativo con la designación de Marcelo Quiroga Santa Cruz como Ministro de Petróleo y la decisión de nacionalizar los hidrocarburos, frente a las tendencias pronorteamericanas de militares representados en el gabinete por Juan Ayoroa Ayoroa, quien encabezó la cacería del foco guerrillero de Teoponte en ese periodo (Rodríguez Ostría 2006). Años después René Zavaleta dirigió una crítica agria contra Ovando Candia por la naturaleza bonapartista de su gobierno, que al pretender conjuntar moros y cristianos, quedó ciego frente a la insolubilidad del antagonismo de las clases presentes en el gobierno. Solíz Rada, en cambio, narra cómo el gobierno daba pasos firmes hacia la industrialización, pieza clave de la nación según el propio Zavaleta (1963), negociando la adquisición de fundiciones provenientes de Alemania Occidental, que se encontraba en malos términos con los Estados Unidos.

Más allá de resolver las tensiones interpretativas sobre el gobierno de Ovando que presentan Zavaleta y Solíz Rada, hay que retener los hechos que alejan a este último del resto de partidos de izquierda. Solíz Rada, principal ideólogo de fines de siglo XX de la izquierda nacional y del programa de defensa e industrialización de los recursos naturales bolivianos, adquiere su posición política en el alejamiento de la tradición de izquierda del Partido Comunista en sus diferentes vertientes. Paralelamente está el allegamiento a otras personas, de más edad, que habían hecho un camino similar al provenir o del socialismo o del trotskismo y también romper

con estas tradiciones al privilegiar un ángulo de visión que recuperaba lo que consideraron era lo más progresista del nacionalismo revolucionario. No menor es la ya señalada posición sobre las Fuerzas Armadas, catalogadas no como la fuerza violenta de las clases dominantes sino como una arena en la que es posible ganar espacios y cambiar la orientación de su accionar, lo cual era impensable para las fuerzas políticas que consideraban que los sujetos de la revolución eran indefectiblemente o el proletariado o el campesinado. Esta proximidad con ciertos sectores de los militares favorecieron cierta ascendencia ideológica de las ideas de izquierda nacional, que se vieron movilizadas cuando en 1970 militares del ala de derecha pretendieron dar un golpe de Estado a Ovando con la consecutiva respuesta de la movilización tanto de los militares de izquierda como de sectores populares que lograron contrarrestar la intentona y poner a Juan José Torres a la cabeza del gobierno.

Mientras Solíz Rada apoyaba al gobierno de Torres, otros intelectuales vigentes en el siglo XXI hacían su aparición en la escena para hacer sus primeras armas. La puja que llevó al poder a Torres estuvo protagonizada por los militares de izquierda, sectores de trabajadores, campesinos y estudiantes universitarios; todos ellos considerados por el propio Torres como los cuatro pilares de su gobierno –que duró menos de un año-. El reconocimiento de Torres obedeció a la fuerza que había adquirido el movimiento estudiantil con la Revolución Universitaria durante el gobierno de Ovando y su protagonismo en el golpe y contragolpe de 1970. En la fuerza de la movilización estudiantil concurrían urgencias internas como externas: entre estas últimas hay que contar con la influencia del Mayo Francés así como la emergencia por la guerra imperialista en Vietnam, pero fundamentalmente los estudiantes reaccionaron y se organizaron en contra del control de la universidad por parte de camarillas que estaban coaligadas al poder del Estado. Durante el gobierno de Barrientos la universidad estaba controlada en todas sus facetas, convirtiendo la educación en una forma de apaciguamiento para el mejor acomodo a las prescripciones del Estado, lo cual fue desafiado por los estudiantes siguiendo el impulso de las fuerzas sociales.

Semblanza: Pedro Portugal Mollinedo

Pedro Portugal Mollinedo nace en La Paz en 1952 pocos meses después de la revolución de 1952. Su padre es un carpintero antipático a la política y crítico de las políticas seguidas por el MNR. El padre realiza gestiones para inscribir a Portugal en un colegio de filiación católica en el que permanece hasta poco antes de alcanzar el bachillerato. En el contexto de la Asamblea Popular en 1970, la hermana era parte de un

grupo maoísta con base en la universidad. A partir de ello Portugal se familiariza con las tendencias de izquierda de la política boliviana y empieza a gestar pequeñas iniciativas con guiños comunistas en el colegio. Por el vínculo con grupos de izquierda, también se relaciona con dirigentes de la FES, lo que, rumores mediante, llevó a que el colegio católico en el que estudiaba lo orillase a abandonar para no ser expulsado.

Cuando acaece el golpe de Banzer, Portugal es detenido y recluido en la cárcel de San Pedro. Posteriormente, aprovechando una visita de salud al hospital, se evade de sus guardias y sale al exterior apoyado por curas que conoció en colegio. El colegio ya le había valido como experiencia de la pedagogía colonial y la profundidad del tema cultural en Bolivia, la militancia de izquierda, que primero se pensó como una forma de encarar aquellos problemas le mostró sus limitaciones en el momento crítico de la represión militar. Portugal sale en primera instancia al Perú, de donde se dirige a Santiago de Chile. Residiendo en Santiago llega el golpe de Pinochet y es arrestado una vez más antes de recibir asilo en Francia.

En Francia vive diez años. Hace estudios de historia pero se dedica principalmente a la activación de redes de grupos políticos con protagonistas indígenas de América Latina. Es parte de la organización del Comité de Solidaridad con Pueblos Indígenas y la difusión INTI que lo vincula con dirigentes y representantes de movimientos de Ecuador, Chile, Guatemala y Perú. Años después se vincula con gente que promovía el indianismo y luego es uno de los fundadores del MITKA, y mantiene una relación personal tanto con Constantino Lima como con Luciano Tapia, entre otros (Tapia 1986). Ubicado en medio de una red de actores conectados con países de América Latina, se hace parte del Frente de Liberación del Tawantinsuyo fundado en 1981 y que reúne activistas que buscan recuperar la soberanía Inca. Siendo redes internacionales, estas iniciativas son de coordinación e intercambio antes que fuerzas políticas eficaces.

A su regreso a Bolivia durante el gobierno de la UDP se hace parte de los gestores que buscan reorganizar el MITKA y darle consistencia a largo plazo. Sin embargo las fricciones entre moderados y radicales, junto a una variedad de rencillas internas llevan a que el proyecto de un partido indio sólido quede truncado. Temporalmente se dedica junto con otros militantes a la divulgación del órgano indianista "Citacolla", que es criticado por el mismo Constantino Lima. De modo conjunto, Portugal considera que hay una resistencia no-indígena que teme a, y por lo tanto se dedica a socavar, los alientos políticos de signo indianista.

Durante los noventa hay una aproximación entre algunos grupos dispersos de indianistas que encuentran un espacio para participar en elecciones junto al MIR. Así, Portugal llega a ocupar cargos como concejal y alcalde en el municipio rural de Mecapaca, aledaño a La Paz, para posteriormente trabajar en la Prefectura de La Paz. Cuando la partidocracia de los años noventa se desmorona, Portugal se dedica a reorganizar un

órgano de difusión indianista, la revista Pukara, que se convierte en un espacio de reflexión y crítica apuntada en contra del gobierno de Evo Morales. A la vez Pukara es muy dura contra las versiones de política indígena que consideran mistificantes al aludir a un “buen salvaje” y estar financiadas por organismos internacionales.

El gobierno de Torres siguió el tenor de izquierda nacional del gobierno de Ovando y a la vez tuvo que lidiar con el ascenso del poder de la Central Obrera Boliviana en un contexto que le fue favorable y que desembocó en el establecimiento de la Asamblea Popular. La Asamblea Popular, cuya naturaleza ha sido discutida (Zavaleta 1977, Lora 1972) fue una instancia organizativa popular, paralela a los poderes estatales, en la que estaban representados los diferentes sectores trabajadores con especial protagonismo de los mineros. Distintas fuerzas políticas concurren a la misma, contando entre ellas a delegados próximos al MNR, partido que se había ido alejando de los trabajadores desde 1964. En el discurrir de las deliberaciones de la Asamblea los representantes del MNR acabarán desmarcándose y haciendo frente con la derecha castrense anticomunista presta a intentar un nuevo golpe de Estado. La Asamblea, a la vez que condensó bullentes fuerzas de izquierda que imantaron la arena política, acabó desgarrando el horizonte de izquierda que se dividió entre los que apoyaban a Torres y los que veían que este debía entregar el poder a la Asamblea. El entuerto desgastó y fragmentó a la izquierda que por un momento había vislumbrado una salida socialista sólo para encontrarse de pronto desguarnecida y a merced del golpe.

En esos años los grupos de estudiantes universitarios y la Federación de Estudiantes de Secundaria se convirtieron en uno de los pertrechos políticos en los que los intelectuales contemporáneos urbanos empezaron una marcha política que luego continuaría en otros escenarios.

La agitación de la época no afectaba solamente a los estudiantes de los establecimientos públicos, aunque en los colegios privados si es posible rastrear un control mayor sobre los límites que se impuso a las iniciativas políticas, que a la vez no estaban desenlazadas del movimiento de estudiantes públicos:

Yo me acuerdo de un poema que reprodujimos de Óscar Alfaro, “Camarada cristo” ¿no es cierto? Entonces era una cuestión bastante molesta para los curas [que] no podían,

digamos, reprimirnos, sí podemos hablar en ese término, porque el grupo que teníamos no llenaba los requisitos que puedan justificar una represión. Éramos buenos alumnos, o sea, no había ni un problema ¿no? [Un profesor] habló con el Director y (...) comunicó a los curas que yo tenía relación con el Sindicato de Estudiantes, [con] la Federación de Estudiantes de Secundaria (...) Y era la época en la que dentro había algunas corrientes de izquierda.(...) Había una agudización de las tensiones bastante grande. Entonces este profesor fue donde los curas y dijo “¡pucha aquí hay un alumno que está articulando con los colegios fiscales para intervenir el colegio” ¿no es cierto? Entonces ya cuando terminamos el año (...) me llama la Dirección y me dice “mire, creemos que usted es una persona muy interesante, le respetamos mucho, pero parece que no está a gusto, no, no se siente bien acá, comparte otras cosas (...) y quizás es mejor para usted que pues vaya a desarrollar sus objetivos en otro lugar. (H. 1952 P. Carpintero)

Más allá de los centros urbanos la ascendencia de la izquierda como frente político y del marxismo como ideología permeaba. Felipe Quispe Huanca, luego líder máximo de los campesinos en la coyuntura de la crisis estatal, relata cómo había llegado a tener noticias del marxismo a partir de la propaganda anticomunista diseminada por los militares durante su servicio militar en 1964. Dicha propaganda enunciaba que Marx y el comunismo pretendían instaurar un gobierno en el que “iban a matar a tus padres, iban a quitar la tierra”. Quispe, una vez licenciado del ejército, profundizó en su conocimiento de Marx para encontrar que los militares difundían ideas tendenciosas al respecto. A través de su actividad como dirigente novato, ya iniciada la década del 70, Quispe se involucró en discusiones sobre línea política con miembros de la Unión de Campesinos Pobres (UCAPO) que era un movimiento de corte maoísta que tenía presencia en un puñado de sindicatos campesinos. Otros líderes, como Jenaro Flores y Raymundo Tola, que luego serían piezas clave de la fragua del katarismo, en 1970 se encontraban ascendiendo la estructura sindical campesina llevando un bagaje de experiencia urbana que los puso al corriente de las tendencias de izquierda, con las cuales mantuvieron una relación de diálogo a la vez que buscaban fortalecer la autonomía de la organización campesina a partir de un horizonte político propio (Hurtado 1986; Ticona 2000).

Las condiciones de la política en 1970, vicarias de un ascenso de las fuerzas de izquierda y del incremento de tensión en el espectro entre lo nacional y lo revolucionario, posibilitan una

incorporación de la nueva generación de activistas bajo el horizonte de visibilidad de un socialismo posible. La fuerza y debilidad de la izquierda se ve en la producción de tendencias ajustadas a actores muy diversos con valoraciones diferentes de los medios para alcanzar el objetivo del socialismo (pasando del trotskismo a la social democracia cristiana con una constelación de acentos en medio) que a la vez que ofertaban algo para sectores muy diferentes, fueron ineficientes para conformar un bloque consistente frente a la emergencia de la dictadura proimperialista de Banzer en 1971.

Los intereses políticos y primeras militancias de una parte de los intelectuales contemporáneos –aquellos nacidos antes de 1954- encuentran en este ascenso, en la imagen de una solución revolucionaria que casi podía tocarse con las manos, un puerta abierta participar en política. La atmosfera ideológica está marcada por una referencia al socialismo, que trae a colación las vertientes de discusión marxista. Diferentes instancias, como las universidades y la FES siguieron siendo a la vez el espacio orgánico de unión de los jóvenes ciudadanos, mientras que los sindicatos campesinos cumplieron ese rol para los jóvenes del campo. Desde estas dos esferas, socialmente muy diferenciadas, se proyectó la participación hacía instancias de agregación más altas, como ampliados de la COB, o de peso decisivo, como las deliberaciones mineras. A la vez, en esos espacios de organización se siguió desplegando un aparato de reclutamiento político de las diferentes tendencias a fin de inclinar a diferentes actores hacía la órbita de influencia partidaria.

La objeción que despierta el cuadro descrito radica en la ausencia de consideraciones sobre la gente que estaba fuera del ámbito de influencia de la izquierda. Lo anterior deriva de las reminiscencias que deja el gobierno dictatorial de Hugo Banzer. El golpe del 21 de agosto de 1971 que extenderá el régimen de facto por siete años tiene la característica de ser el súmmum de las tendencias más anticomunistas y proclives a los Estados Unidos. Todavía dentro del Estado instaurado por la revolución del 52, será la expresión más conservadora de un nacionalismo cipayo que paradójicamente desplegó una estrategia de seguridad nacional en contra de una “amenaza interna” a la vez que fortalecía su dependencia y subordinación a los centros del capitalismo mundial. Este esquema de acción impuso por la violencia un orden político que al mismo tiempo terminó por agotar la matriz ideológica no sólo del ala de derecha del ideologema nacionalista revolucionario, sino que también fisuró el modelo de Estado inaugurado a mediados de siglo. Este despilfarro implicó la obsolescencia ideológica de quienes fungieron como organizadores de la

cultura y las ideas desde el ángulo conservador, que a la vuelta de la coyuntura no tuvieron opciones de renovación. Será desde otra postura que las fuerzas de derecha se reorganizarán bajo el influjo de empresarios de la minería mediana, los nuevos terratenientes del oriente y los banqueros.

La pléyade de militantes de izquierda la dictadura de Banzer atravesó un cambio sustancial de la arena política. Para los intelectuales que estudiamos que ya estaban activos, la dictadura significó tres trayectorias posibles. Por un lado está la opción del exilio o la evasión de la persecución. Desde activistas de base de la FES hasta las cúpulas dirigenciales se vieron en la encrucijada de salir del país o arriesgar la vida. En ese momento los destinos fueron diversos: El Chile de Salvador Allende en un primer momento representaba una opción por demás adecuada gracias a los auspicios para seguir siendo parte de un frente político activo. Argentina, Colombia y el Perú de Velasco Alvarado también fueron destinos para quienes pudieron quedarse en América Latina. No obstante, cuando sobrevinieron los golpes de Pinochet primero y Videla después, los contingentes bolivianos salieron hacia México, país con gran tradición de recibir exiliados. Otros actores salieron hacia Europa. La segunda opción era la clandestinidad en Bolivia a fin de seguir activando y organizando la resistencia, lo que suponía una vida de carestías y miedos constantes. Finalmente se tiene el aislamiento más allá de los centros urbanos y principales pueblos del país, allá donde el control del Estado es más intermitente e ineficiente. Dos tipos de actores siguieron este camino. Por un lado se encuentran los dirigentes campesinos que retornaron a las comunidades o pueblos de donde provenían u otros destinos rurales en los que encontraron trabajo. Por otro lado se encuentran los actores que estaban cubiertos bajo el manto de la iglesia católica, entre los que se cuentan a los religiosos Rafael Puente –luego retirado- y Xavier Albó, ambos resididos en Bolivia después de estudiar en el extranjero y que podían apartarse de los centros urbanos y hacer un trabajo de formación política que no concitó la represión por parte del gobierno.

La experiencia del exilio reporta una serie de fisuras que quedaron en la izquierda de modo persistente. Como señalan Peñaranda y Chávez (1992) uno de los problemas que surgió con el exilio consistió en las rencillas que se establecieron entre quienes se encontraban fuera del país, genéricamente en mejores condiciones que quienes permanecieron en la clandestinidad. Mientras quienes permanecieron en Bolivia atemperaron sus posiciones a fin de lograr mayor receptividad

entre la población atemorizada por las represalias contra quienes emprendían acciones políticas, desde fuera de las fronteras bolivianas se demandaba la persecución de los objetivos revolucionarios socialistas sin hacer concesiones o guiños nacionalistas. La diferencia de las condiciones en las que se podía hacer llamados a la acción resintió a los clandestinos frente a los exiliados. Así, dentro de las fronteras bolivianas la espuma radical descendió por las constricciones para hacer política que impuso la dictadura.

Otro problema surgido de esta coyuntura fue el alejamiento de actores estratégicos de procedencia aymara de los núcleos de izquierda. Una reflexión surgida desde diferentes puntos cuestionaba que en la izquierda se había reproducido la estructura de subordinación cultural/racial/étnica que existía en la sociedad y que por tanto la agenda de los frentes de izquierda no prometía la superación de esta situación. Los léxicos de la izquierda efectivamente estaban preñados de otras categorías: se hablaba de clases así como de naciones oprimidas (en el sentido de que Bolivia era una de ellas) pero el tema de la diferencia cultural era descalificado por ser considerado reaccionario y potencialmente disgregador. Si bien la crítica a la izquierda que acabaría dando nacimiento al indianismo y al katarismo tenía ya algunos representantes, como Fausto Reinaga, fue la coyuntura el golpe lo que terminó de perfilar líneas de acción propias: pronunciamientos independientes, órganos de difusión propios, afiliación a redes internacionales que trabajaban la cuestión de los pueblos indígenas y finalmente partidos con sus propias aspiraciones electorales.

La tercera fisura se produce por debajo de lo que parecía un reencuentro de las fuerzas de izquierda en el exilio. Acaecido el golpe, se organiza el Frente Revolucionario Antiimperialista (FRA) que cohesiona a todas las fuerzas contestatarias a Banzer, poniendo en una misma mesa a quienes habían estado con Torres como a aquellos que habían buscado defenestrarlo para superarlo. El nudo de aquella alianza era por supuesto el encono común dirigido a lo que se consideró un golpe fascista. Pero los buenos oficios de reorganizar la resistencia se vieron plagados de una seguidilla de reyertas en las que los diferentes grupos se responsabilizaron mutuamente de haber truncado la situación revolucionaria. Inclusive estas diferencias se hicieron personales en tanto el exilio acentuó diferencias de clase –expresadas en la brecha entre quienes disponían de recursos familiares para vivir y los que no- que acarrearón críticas que se convirtieron en rencillas personales. Otras facciones rechazaron integrar el FRA porque consideraban que no se

había hecho una autocrítica de las estrategias erradas durante la Asamblea Popular y hacer borrón y cuenta nueva significaba que en el siguiente cambio se volvería a caer en la misma trampa. A pesar del impulso inicial del Frente, problemas internos corroyeron las posibilidades de trabajo conjunto, que sumado al contexto latinoamericano de instauración de dictaduras feroces terminó por disolver la potencia social alcanzada en 1970.

La lucha por la democracia.

A pesar de las duras condiciones que impuso la dictadura, hubo actores que pudieron mantenerse por debajo del radar de la represión. Entre ellos hay que contar a miembros de la iglesia católica que siguieron desarrollando actividades de transformación social así como la defensa de una postura crítica. La permisividad estatal frente a ello se explica porque el gobierno se apoyó en buena medida en el alto clero boliviano para legitimar su imagen frente a la población. Incorporada a la dictadura en sus órganos decisivos, la iglesia servía como cobertura para que personas religiosas fuera de la jerarquía actuaran con alguna, restringida, libertad. Así, durante la dictadura de Banzer, Rafael Puente, por entonces todavía jesuita, era miembro de una comunidad campesina en el oriente boliviano que puertas adentro se manejaba con “ideas socialistas” aunque mantenían un discreto silencio de puertas para afuera.

Semblanza: María Teresa Zegada

De padre abogado y madre dedicada a las labores domésticas, María Teresa Zegada nace en Cochabamba a finales de 1962. Educada en el colegio Irlandés, de filiación católica, entra en contacto con religiosas con un pensamiento progresista, que por entonces eran lunares dentro del clero. Su hermano, que asiste a otro colegio católico, pronto se ve participando en grupos que demandan el retorno de la democracia y la defección de Banzer. Esto le vale ser detenido y posteriormente exiliado, lo que intensifica el compromiso de la casa paterna con la lucha por la democracia. Zegada por su parte participa en grupos de lectura así como en actividades de protesta, pintas de paredes y otras similares. Para ella la adscripción política era más a la “mística” de las cosas por hacer antes que una militancia partidaria en propia regla. Se inscribe en la carrera de sociología en la Universidad Mayor de San Simón en donde obtiene su licenciatura y posteriormente sigue sus estudios en el Centro de Estudios Superiores Universitarios, también parte de la UMSS- en donde consigue su maestría.

En los años finales de la década de 1970, Zegada sentía más afinidad por el Partido Socialista 1 y admiración por su líder, el carismático Marcelo Quiroga Santa Cruz. El PS-1 sería luego destruido durante el golpe de García Meza, en el que Quiroga es asesinado junto con tres obreros a la salida de la COB. El resto de cuadros del PS-1 se dispersan en la clandestinidad o el exilio. Años después, en la antesala de las elecciones de 1985, Zegada apoya secularmente a amigos suyos que habían conformado el Movimiento Bolivia Libre, un desprendimiento principista del MIR, que sin embargo alcanza votaciones moderadas. Zegada tenía cercanías personales con mucha gente en partidos como el MIR, MBL y también el PCB, pero la estructura de los mismos le parecía cerrada, asfixiante y por eso nunca se inscribió en ninguno. Sin embargo mantuvo una perspectiva política crítica cuando en 1985 el gobierno de Paz Estenssoro inició las reformas neoliberales, lo que la lleva a lamentar “cómo la democracia por la que el pueblo luchó, se vuelca ahora en contra de él”. Durante el gobierno de Paz Zamora (1989-1993), candidato del MIR, el esposo de Zegada es designado en un cargo jerárquico del Estado, lo que le significa vivir en La Paz y hacer un hiato en su carrera como socióloga.

La Guerra del Agua reaviva la organización y movilización popular en Cochabamba. Sin ser parte orgánica de una organización, Zegada participa en los bloqueos de calles y avenidas de su barrio, contemplando con expectativa como se rompió el predominio de los partidos políticos. En esos años también se hace asidua de los grupos de reflexión que se tienen en el Centro Cuarto Intermedio, un espacio generado por jesuitas aunque de carácter ecuménico, en donde se discute coyuntura política desde un ángulo crítico. Desde 2006 ha sido invitada recurrentemente a ser candidata –dada su notoriedad pública como estudiosa de la política– aunque siempre ha declinado tales ofrecimientos. Al momento de la entrevista, Zegada se encontraba en el tramo final para conseguir su doctorado, el cual se realiza en una universidad chilena.

Más gravitante en el largo plazo sería la conformación del Centro de Investigación y Promoción del Campesinado (CIPCA) entre otras organizaciones vinculadas a la iglesia católica. En 1970 los curas jesuitas Luís Alegre, Francisco Santiago y Xavier Albó fundan CIPCA en sintonía con ideas de izquierda que había crecido en la iglesia, la teología de la liberación. En enero de 1971 CIPCA ya está en funcionamiento en las parroquias de Tiwanaku y Jesús de Machaca, desde donde despliegan un plan de investigación-acción en el que los campesinos debían ser los sujetos de su desarrollo y destino. Dado lo incipiente de la acción de CIPCA, sus actividades no llamaron la atención ni suscitaron movilizaciones de cuestionamiento del gobierno aunque efectivamente se estaba tendiendo una red que si bien no funcionó de modo partidista, fortaleció capacidades locales de organización y liderazgo. Desde un principio CIPCA se propuso no ser una organización de asistencia, sino un motor de arranque que coadyuve a las capacidades y organización

campesina (Gianotten 2006: 55-60). Más allá de que estos objetivos hayan sido cumplidos a cabalidad o no, CIPCA irá convirtiéndose en uno de los núcleos con más fuerza de formación y diseminación de ideas en las décadas siguientes.

La coyuntura de los gobiernos de Ovando y Torres sirvieron como ventana de oportunidad para la reorganización de los campesinos. Después de que en 1968 Barrientos lanzó el Proyecto de Impuesto Único que pretendía incorporar un impuesto específico a la propiedad de la tierra, emergieron iniciativas de conformar un sindicalismo desembarazado de las estructuras vinculadas al Pacto Militar-Campesino como el Bloque Independiente Campesino y la Unión de Campesinos Pobres. Pero como señala Esteban Ticona (2000: 40-2), el movimiento más importante que propició la independencia sindical peleó desde dentro de los sindicatos ya establecidos ganando primero sindicatos en provincias para obtener el 2 de agosto de 1971 (19 días antes del golpe de Banzer) la secretaría ejecutiva de la Confederación Nacional de Trabajadores Campesinos de Bolivia (CNTCB). El golpe de Banzer sería un golpe frente a los avances de autonomía sindical a causa del clima político de represión y las trayectorias de exilio y clandestinidad de los líderes de este movimiento.

Evadiendo la represión y los circuitos de control de la dictadura, diferentes agrupaciones de activistas kataristas acompañados por miembros de la iglesia católica, como el oblató Gregorio Iriarte, siguieron madurando sus posiciones no solo internas sino además en relación con el conjunto del bloque de fuerzas populares. Fruto de esta dinámica es la publicación del Manifiesto de Tiahuanacu en 1973, documento en el que se postula que, junto a los problemas económicos y sociales que tienen los campesinos, también hay un problema de no reconocimiento de su especificidad cultural y la identificación del origen en la raíz colonial del Estado (Ticona 2000: 47; Hurtado 1986: 59-60). Este documento que en principio circuló de manera clandestina y que se usó para la formación ideológica de los cuadros kataristas y sindicales también se convertirá en uno de los documentos críticos de las formas posteriores en que se piensa la problemática social boliviana y la conformación del Estado. (Ticona 2000: 47).

Entre los intelectuales contemporáneos que durante la dictadura de Banzer llegaron a la adolescencia es posible identificar una afectación de las sensibilidades juveniles por el clima ideológico que se condensaba: el gasto por parte del banzerato de la legitimidad anticomunista en

los sectores más conservadores de la sociedad, erosionada por los manejos discrecionales y corruptos del Estado. A la vez que el miedo a los comunistas se disipaba y ganaba fervor la opción de la democracia.

[M]i papá (...) al igual que mi mamá, se involucró mucho en la Asamblea Permanente de Derechos Humanos. Fue presidente de la Asamblea en La Paz y me acuerdo bien que se produjo la huelga de hambre del [19]78 en diciembre, y mi papá era el médico del piquete que estaba en Presencia, donde estaba Xavier Albó y Domitila Chungara. Entonces a partir de ahí comenzó una relación muy fuerte, sobre todo a partir de vivencias familiares ¿no? De ver a mi papá yendo al piquete, de ver a mi papá reuniendo sueros, reuniendo todo lo necesario para atender a los huelguistas (...) vivimos muy de cerca el triunfo de la huelga de hambre, la amnistía y por supuesto todo el tiempo en la casa se debatía sobre esto. (H. 1966 P. Médico)

Comenzaron a llegar los docentes del exilio, la Silvia Rivera ¿no es cierto? El Eduardo Paz Rada, yo comencé a escucharlos en las asambleas cuando ellos comenzaban a ofertar su agenda para elegir a, al Director de Carrera [de sociología de la UMSA]. Fue un momento maravilloso porque ¡había cada cuadro! Uno podía escuchar y deleitarse horas escuchando el debate entre el Erick Rojas del POR-Versus, alguien de POR-Combate, al Raúl España, al Raúl Prada. Fue un momento espectacular ¿no? Lleno de emociones (...) Tenía 17 años pero ya pensaba que la unidad era lo más importante frente a la posibilidad de que la dictadura remontase. (M. 1960 P. Educador/artista plástico)

Como resultado de la puja política de esos años se forjaron coordenadas políticas diferentes a las de 1970. En el ocaso del gobierno de Banzer, se desplegó una presión importante sobre éste, primero logrando que se llamaran a elecciones y garantizando que se hagan después de decretar una amnistía general. Las huellas de los programas políticos propalados durante la Asamblea Popular y luego resguardados en secreto no se habían disipado y se convirtieron en banderas de lucha en la antesala de unas elecciones de pronóstico difícil. Sin embargo, como se percibe en la atmósfera de las citas previas, la mística de la radicalidad estaba contenida por la necesidad de hacerse de una victoria inmediata. A diferencia del clima instaurado diez años antes,

las convicciones partidarias eran una moneda común que se deponían para lograr la salida de los gobiernos castrenses. En ese orden de cosas es comprensible también que la discusión de la época tuviera menos que ver con las vías al socialismo que con los medios de lograr la democracia.

Semblanza: Fernando Molina

El 30 de mayo de 1965 nace en La Paz Fernando Molina, hijo de un estudiante de medicina y una estudiante de colegio. Su padre era un simpatizante del Partido Comunista aunque sus responsabilidades familiares (ya tenía un primer hijo) lo mantienen alejado del involucramiento más intenso. Con el golpe de Estado de Banzer, la familia sale hacia México dadas las condiciones de inseguridad que existían en el país. Allí Molina cursa los primeros años de la primaria mientras el padre hace estudios de especialización. La vinculación con la comunidad de exiliados y perseguidos políticos es intensa y la familia forma parte de la comunidad boliviana en el Distrito Federal. En la segunda mitad de la década de los setenta la familia retorna a Bolivia, Molina es el segundo de cuatro hermanos y el padre se distancia de la política de modo prácticamente definitivo.

A su regreso de México, Molina atestigua la apertura democrática como estudiante de un colegio jesuita de la ciudad de La Paz. Las condiciones incentivan la inquietud política que lo lleva a participar en diferentes tipos de reuniones con carácter político al mismo tiempo que empieza a hacer lecturas sobre el marxismo. En un primer momento, influenciado por el ambiente de restricciones políticas del gobierno de García Meza. Con el gobierno de la UDP, Molina, todavía estudiante de colegio, se vincula con grupos trostkistas, de tal modo que al inscribirse a la carrera de economía en la UMSA él ya era un activista y miembro de URUS (brazo universitario del Partido Obrero Revolucionario). En las postrimerías del gobierno de Siles, Molina es parte de URUS que se hace de la Federación Universitaria Local (FUL) de La Paz y al mismo tiempo activa para las elecciones de 1985 en las que Guillermo Lora iba como candidato trostkista. El resultado electoral fue desastroso para el trotskismo y ante el cuestionamiento al partido que hace el grupo de Molina, Lora los expulsa. Durante la implantación del neoliberalismo y expulsado del POR, Molina se aleja de la política, deja sus estudios de economía y se pasa a comunicación en la Universidad Católica de Bolivia y se dedica al periodismo por varios años.

Después de una larga marginación de la política y de un retraimiento hacia el periodismo económico hay un reflorecer de la inquietud política pero ya dentro de las coordenadas del neoliberalismo. Pero, como el mismo describe, un “liberalismo crudo” acuñado bajo premisas más bien clásicas de igualdad de derechos ciudadanos, apartándose de las reivindicaciones identitarias indígenas que por entonces se propagaban. Sin

militar en el MNR neoliberal, escribe textos que realzan los aportes de la participación popular del mismo modo que escribe un balance de la experiencia de capitalización.

Como periodista con conocimientos de comunicación política, funda con su hermano mayor una empresa que luego es contratada para tareas de comunicación en la campaña de Gonzalo Sánchez de Lozada, candidato del movimientismo, rumbo a las elecciones de 2002. Después del resultado favorable para el MNR, la empresa de Molina sigue siendo contratada para diferentes trabajos realizados para el Estado. Cuando Sánchez de Lozada renuncia, Molina ya ha pasado a formar parte de un liberalismo de tono multiculturalista y como director del seminario Pulso empieza a discutir frontalmente con los intelectuales favorables a los movimientos sociales, entre ellos Álvaro García Linera. En la última década ha sido nombrado director de la Fundación Pasos Kanki, un think tank liberal desde donde se hacen investigaciones y discusiones que apoyen la perspectiva del liberalismo en oposición a las líneas maestras del gobierno de Evo Morales.

El camino hacia la restauración de las libertades democráticas no fue sencillo. La transición a la democracia pasó por una inestabilidad que turnó en el poder a presidentes civiles cuyo único mandato era llamar a elecciones, las mismas que, al arrojar resultados adversos a los militares, los empujaba a golpear nuevamente, sin embargo carecían de la fuerza y legitimidad para mantener un régimen estable. En ese contexto de toma y daca, el miedo por la restauración de los gobiernos militares era patente e inclusive tuvo un último turno relativamente extendido: la dictadura de dos años de Luís García Meza (1980-1982). El último periodo de dictadura del siglo XX fue un ejercicio aberrante y descarado de violencia que con nula legitimidad instauró una dictadura asociada con el narcotráfico. El estilo delirante de García Meza lo había puesto en malos términos con varios países vecinos, incluyendo los Estados Unidos, usual basamento de las dictaduras conservadoras bolivianas. Todo esto terminó de soldar el proyecto de democracia en el lado de la sociedad boliviana.

Sin embargo el retorno a la democracia en 1982 estuvo lejos de materializar los ideales políticos empeñados en ella.

Se hizo una transición rápida ayudada por el pobre papel que hizo Siles Zuazo en los primeros días de su gobierno (...) pero tenías muchísimas expectativas. Él nos pidió perdonar a los dictadores, pidió los famosos 100 días que luego se volvieron un gran

problema para él, entrepapeló su discurso de posesión, se lo veía viejo y había muchas peleas en la UDP, entre el MIR y el MNR. Entonces digamos que no fue tan difícil decepcionarse. (H. 1965 P. Médico)

El gobierno de la Unidad Democrática Popular tuvo que lidiar con un sinfín de adversidades comenzando por la relación contenciosa que se estableció con la COB y Congreso Nacional.

La COB y Siles Zuazo, yo pensé, que en lugar de enfrentarse debían entenderse (...) En ese entonces con Filemón Escobar, la Silvia Rivera trabajamos, hicimos lo posible para que Lechín estuviera en la mesa con Siles Zuazo, para que los dos se entiendan. Porque decíamos “aquí hay una izquierda que está en el poder y otra en la Central Obrera Boliviana que están destrozándose mutuamente”, desde arriba y desde abajo. La derecha, sobre todo la banzerista, está en el Parlamento observando cómo la misma izquierda termina destruyéndose desde dentro sin que los otros hagan gran cosa desde afuera, esperando que se desplome. (H. 1945 P.)

De modo simultáneo a la presión que ejerció la COB, el gobierno de la UDP tuvo que enfrentarse con los sectores empresariales que emprendieron un sabotaje económico que estranguló al presidente entre dos fuerzas que no claudicaron hasta hacer de la economía un despojo con una inflación del 3000%. Finalmente la UDP fue orillada a adelantar elecciones en un contexto favorable para sepultar al Estado de 1952.

Semblanza: Álvaro García Linera

Álvaro García Linera nace en la ciudad de Cochabamba en 1962. Cuarto y último hijo de una familia con jefatura femenina y parte de un linaje en el que los abuelos habían sido afectados por la reforma agraria¹⁹. La familia nuclear mantenía distancia con la política, mientras favoreció la apertura hacia la cultura académica. Estudia en un establecimiento católico, el Colegio San Agustín. Incentivado hacia la lectura por la familia, es testigo de cómo la coyuntura de apertura democrática en 1977 motiva que los estudiantes de cuarto medio organicen grupos de discusión de coyuntura en los que García Linera participa esporádicamente. Sin embargo la política de la coyuntura no atrae la atención del joven estudiante, más abocado a la lectura de filosofía y teoría social y económica.

Realiza sus estudios universitarios en México aprovechando la residencia de una tía en esa ciudad. Como estudiante universitario de la carrera de matemáticas, traba relación con tendencias izquierdistas radicales

¹⁹ Comunicación personal de Alison Spedding

que tenían por nicho la Facultad de Ciencias Puras. Es en la UNAM que García Linera se asocia con personas activistas de la solidaridad con los movimientos armados de Guatemala y El Salvador a la vez que conoce gente que hace trabajo de organización con obreros. Es la experiencia en México que lo lleva a plantear el aterrizaje de las cuestiones teóricas en una práctica política que se nutre de los referentes de Centro América. Al mismo tiempo se marginó de las actividades de los bolivianos en México y la naturaleza de la reflexión política más orientada por la discusión de la democracia.

Su regreso de México lo hace en compañía de un círculo íntimo en el que participaba quien por entonces era su pareja, Raquel Gutiérrez Aguilar, además de su hermano y cuñada. Llegados a Bolivia comienzan la organización de lo que esperaban que sea una estructura de apoyo político-militar originalmente pensada para los sindicatos mineros. Durante el gobierno de la UDP, García Linera entra en contacto con Felipe Quispe Huanca, dirigente de los sindicatos campesinos, con quien establecen una cooperación que apuntaba al desarrollo de la lucha armada. Cuando en 1985 se impone el neoliberalismo con el subsecuente debilitamiento de los sindicatos mineros, la organización militar que llevaban hacia adelante cambia de protagonistas y se da una aproximación mayor hacia los campesinos y una problematización del indianismo –tendencia de la que Quispe proviene. Los miembros de la organización, el EGTK, a poco de empezar acciones abiertas de subversión, son detenidos por los aparatos de represión del Estado, lo que le vale a García Linera permanecer detenido entre 1992 y 1997, cuando son liberados por falta de pruebas.

Al salir de la cárcel García Linera funge como profesor en la universidad de La Paz y escritor abocado a discutir a favor de la autodeterminación indígena, al mismo tiempo es asesor de distintos movimientos sociales. Los acontecimientos sociales desde 2000 lo convierten en un intelectual mediático que produce, junto a un círculo intelectual –la Comuna-, un discurso que acompaña y busca orientar las movilizaciones. Entre 2000 y 2005 su línea ideológica lo sitúa más cerca de Quispe, no obstante, en 2005, Evo Morales lo invita a ser su candidato a la vicepresidencia y él acepta. Elegido para el cargo, es reelecto en 2009 y en 2014, convirtiéndose en una de las personas más decisivas de lo que el gobierno denomina “proceso de cambio”. Como vicepresidente, García Linera afrontó coyunturas críticas como la realización de la Asamblea Constituyente, el golpe cívico-prefectural, y sucesivos procesos electorales que por lo general le han sido positivos.

Víctor Paz Estenssoro, quien había sido el líder del MNR revolucionario, fue también el enterrador del modelo de Estado. Se dieron condiciones especiales en el terreno de la disputa política para que el ideologema del nacionalismo-revolucionario dejara de proveer las coordenadas de la política boliviana. Los gobiernos militares, especialmente el de Banzer,

agotaron la reserva de legitimidad de la faceta más nacionalista del ideologema. Del otro lado, el desperdicio de la oportunidad abierta en 1970, el fisuramiento de la izquierda y el descalabro –en parte por la falta de unidad en la izquierda- del gobierno de la UDP truncaron el extremo revolucionario en cuanto a sus posibilidades reales, aunque lo peor estaba por acontecer. Mientras esto ocurría, los sectores de la minería mediana y la banca, ya sin el resguardo de las fuerzas armadas como los perros guardianes del privilegio, habían pergeñado un modelo de sustitución del Estado benefactor y desarrollista. El hombre que orquestó el plan de sustitución del Estado y se convirtió en la espina dorsal por detrás del liderazgo de Paz Estenssoro fue Gonzalo Sánchez de Lozada, él mismo un empresario minero y con el patrimonio para imponer en el MNR su visión del cambio por venir. Notablemente este cambio en su coordinación de fuerzas no necesitó de una difusión ideológica potente, sino de la articulación de los intereses económicos de los sectores de la protoburguesía del país.

En las elecciones adelantadas de 1985 Víctor Paz Estenssoro es electo presidente al tiempo que daba un diagnóstico que quedaría para la historia: “Bolivia se nos muere”. La situación del país era tan trágica y las respuestas tan escasas que había una disponibilidad social a aceptar cualquier plan que revierta o ayude a paliar la urgencia del momento. Es por eso que el engendramiento del neoliberalismo no necesitó de una irradiación ideológica organizada, sino de la oportunidad en medio del estado de shock para encaramarse en las vetustas estructuras estatales. No obstante, con el advenimiento de los acontecimientos, las posiciones de los diferentes actores se reorganizarán en el campo de fuerzas político-ideológicas.

La Nueva Política Económica que arranca con el decreto supremo 21060 transformó el escenario del país. El Estado abandonó las que habían sido sus responsabilidades en la organización de la política cambiaria y se flexibilizaron las condiciones de trabajo, habilitando la libre contratación y despido de trabajadores. Se instauró un plan de austeridad estatal para reducir el gasto corriente, reduciendo el tamaño de la burocracia. Pero la estocada en ese momento fue la liquidación de la Corporación Minera de Bolivia, principal administradora de las empresas mineras el Estado, que a la vez implicó el cierre de las minas estatales por no ser “reditables”. Los mineros cuya fuente de trabajo cerraba, supuestamente serían “relocalizados” aunque en realidad fueron despedidos. La respuesta minera a través de la Marcha por la Vida, que

salió de las minas rumbo a la sede de gobierno, fue emboscada por el ejército y forzada a regresar. Los mineros habían sido derrotados.

Para los intelectuales contemporáneos que en esos años ya habían trajinado sobre la arena la situación se presentó como momento de reacomodo. Este momento de implosión se acentuó con la caída del Muro de Berlín en 1989, la derrota de la revolución sandinista y los giros políticos en Estados Unidos e Inglaterra, que de la mano de Reagan y Thatcher universalizaron la doctrina del libre mercado neoliberal imponiéndola en gran parte del globo. Derrumbado el mundo bipolar, los diferentes actores buscaron vías de reacomodarse en el escenario.

Se abrieron tres tipos de trayectoria a partir de esa situación. El primer camino recorrido consistió en abrazar la nueva hegemonía y buscar la forma de acomodarse dentro de ella aunque no pocas veces ello requirió de giros de 180 grados y piruetas intelectuales para apoyar aquello que habían combatido. La readecuación no siempre fue sencilla, especialmente cuando el tránsito que se hace implica atravesar una mayor parte del espectro político, como sucedió con el siguiente militante del Partido Obrero Revolucionario:

La revolución de mi generación fue la de Nicaragua. Salimos mucho por Nicaragua, contra los Contras, contra la intervención. El 89 dos fenómenos, uno más directo para nosotros fue que Ortega entrega el poder a Chamorro y se acaba la Revolución Sandinista, y el segundo, un poco de mayor eco después, es la caída del Muro [de Berlin] ¿no? con eso personalmente [tengo] una crisis de fe. Mi fe había sido el marxismo hasta ese momento ¿no es cierto? Me viene una crisis de fe que me lleva a apartarme de la política. (H. 1965 P Médico)

Muchos otros, vueltos del exilio e instaurada la discusión sobre la democracia, desplazada la discusión del socialismo, pudieron presentarse como conocedores de sistema político, partidos, gobernabilidad y otros. La puesta en marcha de una institucionalidad de democracia representativa de cuño más “moderno” pudo absorber a todo un conjunto de gente que había hecho labor intelectual previamente.

La otra ruta, siguiendo la argumentación de Spedding (2014), radica en quienes se abocaron a buscar otro sujeto revolucionario una vez que hablar de los obreros se volvió estigmatizante por anacrónico. Para la búsqueda de nuevos horizontes de lucha, el terreno arado

por el katarismo y el indianismo se presentó como la oportunidad ideal para extender la práctica de izquierda por otros medios. Ahora bien, este vuelco sobre los pueblos indígenas como sujeto central de la política afectó no solamente a intelectuales urbanos de origen clasemediero, sino también a actores de origen rural que redescubrieron masivamente su estirpe indígena después de haber pasado una militancia por los mismos partidos tradicionales como el MIR o el POR. Sin duda había una dirigencia influyente del katarismo y del indianismo, en sus diferentes premisas, que no tuvo necesidad de reacomodo, pero en sentido político fueron participes de las desventajas de la institucionalización multicultural de sus demandas pero también de las ventajas de un protagonismo renovado.

A la vez, el vuelco es atemperado por las posiciones en el campo el momento del reacomodo: mientras una buena parte de los izquierdistas conversos hacia el sujeto indígena lo hicieron tomando el marco de coordenadas institucional que se había fortalecido, algunos optaron por seguir vías anti-institucionales. Entre estos últimos hay que contar a Álvaro García Linera quien luego jugaría un rol público en el contexto de crisis estatal. Según el propio García Linera, la organización en la que militaba a su regreso de México estaba principalmente orientada hacia los mineros, a dotar de una estructura militar a los sindicatos existentes. Por entonces las unidades que participaban con ellos estaban conformadas mayoritariamente justamente por mineros. Después de la relocalización y del éxodo masivo lejos de los campamentos, la organización se aproxima a las organizaciones campesinas, cambiando la fisonomía de las reuniones en donde los mineros pasan a ser minoría. En la singularidad de las trayectorias de Felipe Quispe y Álvaro García Linera hay que notar que, en contraste con un conjunto de actores que después del descalabro de la izquierda aceptan la democracia como escenario de lucha, ellos se ven involucrados con las redes de apoyo y solidaridad con los movimientos armados de Centroamérica, lo que les da una proximidad con la vía armada que en Bolivia se había ido difuminando hasta prácticamente quedar como aventurerismo. Es en las condiciones particulares del momento de la reconversión que ciertas trayectorias se habilitan como más plausibles para diferentes actores.

Por último están las trayectorias de quienes se rehusaron a reacomodarse y quedaron aferrados a sus posiciones. Evidentemente la negativa a reacomodarse tiene un efecto de aislamiento y marginación de la discusión, dejando muy pocos espacios y menor capacidad de amplificar las propias ideas en la medida que esta participación resulta a contrapelo. Al ocupar

posiciones inocuas, la participación en política pierde relevancia como parte de la cotidianidad y se privilegia un retiro temporal de la política para dedicarse a carreras profesionales de perfil bajo, muchas veces en reductos que hicieron las veces de palacios de invierno. A la vez, la distancia respecto de las líneas maestras de organización de la discusión ideológica, cerró muchas, mas no todas, las oportunidades de plegarse al boom del financiamiento internacional que llegó al país a través de cooperación y organismos multilaterales.

De la hegemonía neoliberal a la crisis estatal.

Los intelectuales contemporáneos más jóvenes, los que superan la adolescencia en el periodo posterior a 1985, crecerán en condiciones sustancialmente diferentes a quienes los precedieron. Su percepción de la política se hará en un campo que pretende ser “desideologizado” aunque lo que campea es una hegemonía de la doxa neoliberal y del léxico de esa institucionalidad: capitalización (como eufemismo de privatización), gobernabilidad, democracia pactada, país pluriétnico y multicultural (las modalidades criollas del multiculturalismo). Los diferentes frentes de oposición que cuestionaron el entramado de este orden, ni consiguieron coaligarse en un frente consistente ni pudieron contestar la hegemonía con un clivaje polarizante. Los partidos que ganaron protagonismo en esos años se turnaron en el gobierno, pactando cuotas de poder, inclusive “cruzando ríos de sangre” que crecieron entre ellos desde los años de la dictadura. Una poeta plasma la incertidumbre de la época en un texto en el que rememora sus años de activista por una democracia de calidad:

[Nuestros] argumentos de entonces reflejaban de alguna manera el afán de nuestros padres por encontrarse y reubicarse discursivamente en el sistema democrático. Provenía[mos] de familias en las que la política, por distintas razones, había jugado un papel fundamental durante generaciones y, a diferencia de las agrupaciones que pudieron antecedernos, la nuestra: producto de su época, estaba compuesta por miembros, si puede decirse, de clanes tradicionalmente antagónicos. Éramos sin más los pacíficos nietos de los Montescos falangistas y los Capuletos emeneristas, francamente ignorantes de la antigüedad de la pugna y lo que nos unía, hasta cierto punto, era el estupor frente a las contradicciones de nuestros progenitores. (Maldonado 2007: 50)

No es que la época neoliberal haya inhibido los intereses políticos, pero sí había una palpable escasez de experiencias inmediatas que incentivaran la participación y el involucramiento en los

asuntos de la sociedad. El Estado aparente boliviano (Zavaleta) quedó develado patéticamente como instrumento de captación del excedente de las elites mineras y bancarias, imponiendo un patrimonialismo sin ambages que favoreció la articulación de una élite estatal que basó su poder en la exclusividad de su acceso al poder. Esto provocó lo que Huáscar Cajías de la Vega (Citado por Urioste 2007: 18) describió como la ruptura de la cadena de aprendizaje intergeneracional que habilitaba la acumulación de una memoria política de lucha y que perdió sentido cuando la política fue capturada a través de un cierre social.

La época neoliberal es agreste para el florecimiento de opciones alternativas. El pensamiento único y el “fin de la historia” resonaban como un mantra con efecto hipnótico sobre la sociedad civil. No obstante, aunque las alternativas no daban frutos, las experiencias novedosas de participación provinieron desde un margen inesperado. Conciencia de Patria (CONDEPA) y Unión Cívica Solidaridad (UCS) fueron dos partidos de ideologías muy distintas que, sin embargo, comparten un rasgo central común. CONDEPA, partido organizado alrededor del carisma del radialista Carlos Palenque, albergó los remanentes de izquierda nacional, pero fundamentalmente movilizó a una población de origen rural afincada en las periferias urbanas y ocupada en el artesanado y el comercio informal, los sectores cholos. UCS, un partido con un líder millonario de extracción chola, Max Fernández, recurrió a una lógica política de la beneficencia (Mayorga 2002) que también tuvo recepción en sectores cholos. En el pasado la política popular había irradiado o desde los sindicatos mineros y fabriles o desde los sindicatos campesinos, con CONDEPA y UCS en cambio se movilizaron, bajo una clave diferente, aquellos que llevando una etiqueta étnica, no se ajustaban a la imagen del campesino que se mantiene lejos de la ciudad ni se ajustaban a lo que se entendía era el proletariado. Los cholos, los habitantes indígenas que habitan la ciudad, cobraron un protagonismo que no habían tenido antes, siendo ferozmente resistidos tanto por la derecha, que los repudiaba con asco, como con la izquierda, que con desprecio disimulado denunciaba el populismo. Más allá de las formas verticales de ejercicio de la política en estos dos partidos, laxamente llamados neopopulistas, hay que reconocer que sirvieron como escuela para una constelación de actores urbanos que hasta poco antes habían permanecido acallados. La llegada de la crisis estatal los pondrá en el centro del escenario

La inexistencia de un clivaje que permita reunir en un frente de oposición al neoliberalismo no significó que las disidencias dejaran de existir. Uno los ámbitos nucleares de

resistencia al neoliberalismo estuvo en torno a la defensa de la hoja de coca, criminalizada por instrucciones de la Embajada de Estados Unidos. Los campesinos cocaleros tanto de los Yungas como del Chapare se atrincheraron en organizaciones gremiales que defendían el producto que les permitía subsistir pero a la vez colocaron su lucha bajo la bandera del antiimperialismo, lo que les permitió ganar progresivas simpatías entre las clases urbanas. Las condiciones de publicidad de los cocaleros les dieron realce en el escenario de las organizaciones campesinas, en las que desde la segunda mitad de los años noventa había una competencia importante de liderazgos de diferentes regiones. Cuando Felipe Quispe sale de la cárcel, en donde había estado arrestado bajo cargos de levantamiento armado, se convierte en el articulador de una tendencia radical dentro de los sindicatos campesinos. Dada la vapuleada situación de los campesinos en esos años, el discurso beligerante de Quispe cundió con facilidad y le permitió lograr la máxima dirigencia de los campesinos de Bolivia.

Así quedarían establecidas los dos núcleos de irradiación contestatarias que empezarían a flanquear al neoliberalismo. Tanto Morales, líder de los cocaleros, como Quispe ya secretario ejecutivo de los campesinos condujeron a sus organizaciones a ofrecer resistencias de distintos matices: mientras la resistencia cocalera era de naturaleza sindicalista, campesinista y antiimperialista, el frente de Quispe se articuló bajo ideas de etnicidad, nacionalismo étnico, y una fuerte impronta contra el carácter colonial del Estado boliviano. Por esos años dos ideólogos aparecían como próximos a las figuras de Quispe y Morales, sin que ello implique adjudicarles un rol en la gestación de tales movimientos: Por un lado, cercano a Quispe, su compañero de armas y cárcel, Álvaro García Linera también salido de la cárcel perfilaba como el defensor en lo escrito de las posturas de la CSUTCB. Por el otro lado un líder proveniente del sindicalismo minero de cuño trotskista, Filemón Escobar, se aproximó a los cocaleros después de la relocalización de los años 80 y mantenía una relación cercana con Morales.

El neoliberalismo recrudesció las condiciones de vida de la población y la constitución de los focos de irradiación contestataria sembró cierta disponibilidad social entre otros actores, esta vez urbanos y periurbanos. Cuando en Cochabamba, el año 2000 la empresa transnacional que se había hecho con las concesiones de distribución de agua, otrora públicas, aumentó las tarifas pero además se dispuso a cobrar por uso de pozos, vertientes y acopio de agua de lluvia, la situación reventó. Organizaciones de regantes que convergieron en la Coordinadora del Agua, a la que

luego se sumaron otras organizaciones de diferente naturaleza, iniciaron una protesta para recuperar el carácter público de la distribución de agua potable. La protesta ascendió hasta que la empresa Bechtel tuvo que dejar el país y la distribución de agua fue recuperada como bien público y una empresa de servicio igualmente público.

El estupor que había impuesto los noventa se resquebrajó y dio inicio a una serie de movilizaciones que convocaron, primero de modo disperso, luego con creciente organización, una ciudadanía que había estado actuando de modo atomizado cuando no se había anquilosado. A la Guerra del Agua siguieron los bloqueos de caminos comandados por Felipe Quispe y que pusieron en vilo a la población urbana, del mismo modo la resistencia cocalera a la erradicación de hoja de coca siguió escribiendo capítulos.

Los más jóvenes encontraron en los acontecimientos de inicio del siglo XXI un incentivo de participación pero también para pensar la política y el país. Las narraciones de quienes por esos años empiezan a participar remiten a la urgencia que imponía la situación. Frente a la distancia, a veces académica, a veces producto del desinterés, surgió un nuevo espíritu e interés que había estado perdido por años.

Semblanza: Carlos Macusaya

Segundo de una familia de cinco hermanos, Carlos Macusaya nace en El Alto en 1979. Su padre, zapatero, es un migrante de la provincia Camacho, mientras que la madre es originaria de la provincia Los Andes. Asiste primero a un colegio particular de las zonas periféricas de la ciudad de La Paz, para luego proseguir sus estudios y salir bachiller de un colegio fiscal. Por diferentes circunstancias personales, entra a la carrera de comunicación social de la UMSA recién en 2003, movido por el interés que le suscitaban las movilizaciones de la CSUTCB comandada por Felipe Quispe desde 2000, lo que lleva a considerarse parte de una generación Mallku²⁰. Sin embargo en la universidad, en la carrera de comunicación de la UMSA, encontró un ambiente dominado por corrientes marxistas y trotskistas que le parecían que poco tenían que ver con las discusiones políticas que se llevaban en las calles. El indianismo de Quispe y la reivindicación de la política aymara son sus fuentes teóricas, que al no encontrar cabida en la universidad lo llevan a abandonar comunicación social.

²⁰ En contraste con una facción de las juventudes del MAS que se denominan Generación Evo (Morales).

Macusaya participa como uno más de los manifestantes que toman las calles tanto en febrero como en octubre de 2003, las cuales desembocan en la renuncia de Gonzalo Sánchez de Lozada. Ahí forja su espíritu político en las discusiones en la Plaza de San Francisco y traba amistad con otros jóvenes aymaras con quienes años después, en 2009, conformará el grupo político y de reflexión Movimiento Indianista Katarista (MINKA). Desde entonces es parte de una discusión en grupos pequeños en lo que la cuestión de la dominación de los indios por parte de los blancos es cuestionada, en el que el libro TawaIntiSuyo de Wankar Reinga –hijo de Fausto Reinaga- deja una impronta profunda. Siendo un votante de Quispe, Macusaya reconoce que en 2005 cuando Evo Morales es elegido, siente que hay una identificación entre ambos por el color de piel, un color de piel que durante la historia de Bolivia había sido despreciado.

Sin embargo mantiene una distancia respecto del gobierno de Morales, al que considera una administración en la que no participan quienes salieron a protestar en 2003, sino que está muy influenciada por cuadros de izquierda que provienen de clase media y que no son indígenas. La crítica de Macusaya se hace en los términos del indianismo, criticando severamente las corrientes que hacen de los indígenas un estereotipo amable y folklórico. Defiende, en contraste, las prácticas reales de los comerciantes y de los aymaras urbanos, lejos de la imagen idealizada que ciertos indigenismos tienen en Bolivia.

Para 2014 Macusaya regresó a la carrera de comunicación para concluir su licenciatura, aunque ya ha publicado varios artículos de prensa y un libro. Es parte de un grupo que es reconocido como de jóvenes aymaras críticos del gobierno. Igualmente es participe de redes de discusión y de movimientos indígenas que vinculan Perú, Bolivia, Chile y Argentina.

Cuando ya es demasiado terrible te manifiestas ¿no? O sea yo creo que, o sea sobre todo ir a marchar, pero ya te digo en los momentos más jodidos del 10 al 17 [de octubre de 2003] subí hasta la UMSA (...) iba a la plaza e incluso pensaba, estábamos pensando, convocar otra huelga de hambre ¿no? Pero era como una manifestación muy, claro como cuando ya es demasiado jodido lo que estaba pasando y es necesario manifestarte. (H. 1980 P. empleado bancario)

Los eventos que llevan de 2000 a 2003 muestran un ascenso de la protesta social dirigida en contra de las diferentes facetas del neoliberalismo y socavan las bases de su funcionamiento. Si bien durante los gobiernos de Jorge Quiroga y el segundo de Gonzalo Sánchez de Lozada se mantuvieron planes de continuidad al saqueo de los recursos del país, paralelamente se

consolidaron las fuerzas contestatarias que durante la Guerra del Gas obligaron al presidente a huir hacia los Estados Unidos. El momento se definió como una radical oposición al neoliberalismo a partir de un clivaje polifacético que incluso puso en vilo la unidad del país: las dos Bolivias anunciadas por Felipe Quispe, que a la vez que era una declaración en favor de la nación indígena, también caló como oposición entre los que expolían el país y aquellos que sufren la opresión de un gobierno ajeno. Tal la profundidad del clivaje señalado por Quispe, fue apropiada para fines regionalistas y elitistas por actores funcionales a la agroindustria de las tierras bajas, que al quedarse sin aliados de peso en tierras altas, buscaron forjar su propia opción política recurriendo al regionalismo (Paz Gonzales 2011). Tres perfiles de posiciones quedaron en el aire: Por un lado quienes se plegaron al momento subversivo, con distintos matices que en un momento preciso podían convivir. Por otro aquellos que apostaban a una reforma que salve el orden vigente y llamaba a apaciguar los ánimos para volver a la institucionalidad. Finalmente está el atrincheramiento de los sectores más conservadores que atinaron en leer que ante la caída del neoliberalismo se avecinaba una disputa por los derroteros del país.

A modo de ilustración cabe traer a colación una trayectoria particular que es significativa para entender las vicisitudes por las cuales atraviesan quienes se abocan a la defensa de la república y de las instituciones. Esta trayectoria es la del ex presidente Carlos Mesa, quien durante los años 90 fue un prominente periodista y comentarista de noticias de un equipo que luego adquirió un canal propio: Periodistas Asociados Televisión (PAT). Durante el primer gobierno de Gonzalo Sánchez de Lozada, Mesa fue un periodista afín al gobierno y mostró en repetidas ocasiones su apoyo, siendo una de muchas voces mediáticas que apoyaron las reformas de segunda generación neoliberal. A la vez, desde antes de los años 90 Mesa se forjó como un intelectual a partir de sus participaciones como director de la cinemateca boliviana y luego escribiendo libros y artículos, siendo entre estos el más notable uno de historia general de Bolivia que escribió junto a sus padres, José De Mesa y Teresa Gisbert.

El año 2002 es contactado por Gonzalo Sánchez de Lozada que le pide que se reúna con asesores suyos. Estos le explican que entre los resultados de una encuesta sobre percepciones políticas, él aparecía como un personaje a la vez reconocido y apreciado por la población, destacando del resto de los nombres incluidos en la boleta. A partir de ello es que le piden ser compañero de fórmula de Sánchez de Lozada, a lo que accede. Después de una campaña

complicada que concluye con la victoria relativa del MNR y la consecución de una coalición de gobierno, Mesa es posesionado como Vicepresidente del país (Mesa 2008).

Sin embargo la posición que le toca ocupar en el gobierno resulta opaca: aquellas facultades extraordinarias que se le habían prometido, por ejemplo para combatir la corrupción, se revelan como tibias posibilidades de acción que son netamente anuladas cuando contravinieron a los intereses y agentes del gobierno. El aislamiento de Mesa se agudiza en la medida que la situación política se tensa y acorrala al gobierno frente a las movilizaciones sociales. Las opiniones de Mesa pesaron cada vez menos en el entorno del presidente en la misma medida que este perdía contacto con la realidad y fallaba en mesurar el encono de la población en contra suyo. En los momentos críticos que antecedieron al desenlace del gobierno, Mesa abogó por aceptar demandas a fin de salvar al gobierno pero ya era patente que no era oído, lo que aceleró el apartamiento de Mesa del gobierno.

Expulsado Sánchez de Lozada, Mesa asumió como presidente desarmado de partido –el que lo llevó al ejecutivo siguió respondiendo a su jefe prófugo en Estados Unidos- sin ninguna estructura de apoyo, acompañado de un equipo de asesores sin influencia sobre la población y una oratoria notable como principal recurso. En esas condiciones Mesa tuvo un trabajo cuesta arriba, asediado por las diferentes fuerzas políticas tanto de las regiones y el parlamento como de los movimientos sociales. Si bien en diferentes momentos contó con el apoyo espontáneo de sectores de la población y tuvo una aceptación relativamente alta como presidente, quedó estrangulado por la dinámica específica de la política.

El gobierno de Mesa se desarrolló a partir de una declarada defensa de las instituciones del país y de la democracia para llevar adelante lo que octubre de 2003 impuso como agenda política nacional: Esto en la interpretación de Mesa, que se declaró un nacionalista revolucionario, fue un cambio de régimen sobre la propiedad de los hidrocarburos y la preparación de un llamado a Asamblea Constituyente. Para alcanzar ambos objetivos Mesa insistió en que los marcos jurídicos debían respetarse a la vez que invocó invariablemente la herencia de la construcción de la república, reconociendo las demandas de los pueblos indígenas pero comprendiéndolas dentro del mestizaje como encuentro de dos civilizaciones que hoy se expresan en la riqueza de lo boliviano. Dentro de esa riqueza y como legado de la herencia europeo también cuenta los valores

universales del humanismo y la ilustración, lo que le impide adoptar una posición que favorezca lo que ve como la segmentación de los bolivianos.

La debacle del gobierno de Mesa resulta de la falta de correlato de la orientación de su gobierno con una base social: su postura de mestizaje ilustrado, si bien muchas veces le dio legitimidad y oxígeno para sacar a flote su gobierno, resultó ser baluarte insuficiente para batirse con los intereses y horizontes políticos de actores con mayor potencia social. Es en ese sentido que el mestizaje ilustrado, metaforizado por los infortunios del gobierno de Mesa, representó la bien intencionada acción de rescatar y remozar un programa político que cada vez latía con menos fuerza. Esta debilidad se puede leer en otras señales exteriores, como su propio lugar en el gobierno en el que fue vicepresidente: Es seleccionado para acompañar a Gonzalo Sánchez de Lozada por su popularidad, pero aquellas prerrogativas que el político le promete al intelectual son vacías. La relación entre ellos se percibe incluso en su trato. Cuando Mesa escribe “por una vez el Presidente no me había citado a una hora para hacerme esperar otra” (Mesa 2008: 64) expresa la condición de completa subordinación al político, expresa la situación de figura ornamental del intelectual en el entorno del gobierno. Luego, ya presidente, Mesa va de tropezón en tropezón sin encontrar el espacio en el que su acción pueda tener efecto. Es, de modo dramático, la figura que representa al intelectual fagocitado por unas arenas más ariscas de lo que puede anticipar.

El tumulto político y social siguió incesante hasta que en unas elecciones adelantadas Evo Morales es elegido como presidente de Bolivia en 2005. Morales, llevado a la presidencia por la marea –que en votación se tradujo en un 54% de apoyo- que exigía transformaciones profundas, tomó medidas de trascendencia a largo plazo: en el primer semestre de su gobierno nacionalizó los hidrocarburos del país y convocó a la realización de una Asamblea Constituyente. La nacionalización de los hidrocarburos cambió las coordenadas económicas del país, convirtiéndose en ingresos extraordinarios para el país que a través de políticas redistributivas y el fomento de la producción interna se orientó al desarrollo de un mercado interno más dinámico. El PIB que en promedio entre 1999 y 2005 creció al 2,6%, llegó al 4,8% entre 2006 y 2012; la renta petrolera pasó de 673 millones de dólares en 2005 a 4.244 millones de dólares en 2012. Esto se tradujo en un incremento del gasto social del gobierno que pasó de 9 548 millones de dólares en 2005 a 21 419 millones en 2012 (Paz Rada 2016). Sin duda los precios internacionales de los hidrocarburos

propulsaron la nacionalización, pero sin ésta los montos recibidos por el Estado hubieran sido sustantivamente más pequeños.

La Asamblea Constituyente por su parte tuvo una existencia agitada, contando por primera vez en la historia con representantes de orígenes indígenas, trabajadores y no solamente una constelación de abogados de apellido con abolengo. El MAS controlaba la mayoría absoluta, pero no los dos tercios que la convocatoria establecía para la aprobación de los artículos, lo que dificultó enormemente las labores de la asamblea, que en más de una ocasión estuvo a punto de quedar truncada. Una variedad de posiciones políticas se hicieron presentes en la asamblea, pero sin dejar de manifestar la oposición entre los partidarios del cambio de coordenadas neoliberales, los defensores del régimen agonizante y la ofensiva conservadora de las regiones. Después de muchos exabruptos la Asamblea arrojó un texto que fue aprobado por la mayoría de la población boliviana y que expresa la correlación de fuerzas entre las fuerzas populares y las elites regionales derrotadas, haciendo de Bolivia un país plurinacional con autonomías departamentales.

La derrota del bloque conservador merece un comentario. Cuestionada por diferentes fuerzas sociales de las regiones, la Asamblea se vio trabada repetidamente. En un momento en que la demanda de autonomía departamental exhibía fuerza, las fuerzas conservadoras planificaron alcanzar la autonomía de facto y lanzaron un golpe cívico prefectural que debía concluir con la dimisión de Morales al perder el control de la mitad el país. En las primeras horas del golpe cívico-prefectural el gobierno central se vio acorralado, pero en el departamento de Pando se produjo una emboscada en la que los opositores dispararon contra una marcha favorable al gobierno y el saldo fueron muertos y heridos. Al patentizarse la posibilidad de una guerra civil, el gobierno echó mano del argumento moral de detener el enfrentamiento entre civiles y desplegó el ejército en este departamento del norte del país, en donde detuvo a los líderes del golpe. Frente a la caída de estos dirigentes y el argumento moral a favor del gobierno, el golpe perdió fuerza y empezó a desmoronarse, creando incordios entre los involucrados que acabaron por trabar conflictos internos. La correlación de fuerzas entre los sectores conservadores y el gobierno apoyado por las fuerzas populares y las fuerzas armadas necesitó de un enfrentamiento en términos militares en lo que en ese momento se dio a llamar “empate catastrófico”. (Miranda 2012)

Semblanza: Claudia Peña Claros

Claudia Peña Claros nace en Santa Cruz en 1970, es parte de una familia vallegrandina avecindada en la capital oriental. Como vallegrandina, conserva una identidad regional que la distingue y separa del cruceñismo en tanto es parte de una colectividad regional dentro de la ciudad. En ese entendido, no es parte de las familias tradicionales con poder del departamento. Ella considera que su identidad es una amalgama entre la regional del valle y la “camba”, que, señala, le permitió ver lo cruceño con perspectiva. Su padre se dedicó a las actividades ganaderas, trabajando como empleado para diferentes emprendimientos. En la familia la política no jugó un rol relevante sino hasta el cambio de siglo.

Estudiando en el Colegio Alemán de Santa Cruz, un colegio de estudiantado mayoritariamente elitista, Peña sintió que no era parte de la colectividad que se conformaba al no ser ni de familia tradicional y siendo de familia de ingresos de clase media. Estudia comunicación social en la Universidad Católica de La Paz en donde encuentra un espacio ideológico más plural, puesto que considera que en Santa Cruz las corrientes de izquierda son ampliamente rechazadas en las universidades. Después de un paso breve por Oruro, regresa a Santa Cruz trabaja en el Centro de Investigación Agrícola Tropical, institución que promueve el desarrollo agrario desde una perspectiva más técnica. Al cabo de tres años, renuncia y se vuelca su actividad al teatro en combinación con consultorías esporádicas.

Lo que la lleva a hacer investigación en ciencias sociales fueron los hechos distintivos ocurridos en Santa Cruz durante octubre de 2003. Mientras en buena parte del país diferentes sectores populares tomaron las calles para exigir la renuncia del presidente Gonzalo Sánchez de Lozada, en Santa Cruz se desató un espíritu beligerante en contra de las protestas. Campesinos que iban a la ciudad a exigir la renuncia fueron atacados violentamente por grupos de ciudadanos que no querían que en la ciudad oriental se dieran protestas populares protagonizadas por indígenas. Esto llevo a Peña a cuestionar el accionar de la élite, lo cual inició sus investigaciones y publicaciones académicas.

La publicación de “Ser cruceño en octubre” le vale simultáneamente el reconocimiento nacional como investigadora al captar un momento clave de la coyuntura, así como conflictos profundos con los actores hegemónicos de la región. Esto significó que dentro de la ciudad nadie la contrató para trabajar porque estaba etiquetada como parte del partido de Evo Morales, muy resistido en esa capital. Sin ser parte del MAS, Peña participa en opciones alternativas como “Santa Cruz somos todos”, una opción de pluralidad política frente a la ideología del cruceñismo, que subordina las ideologías al interés regional de la agroindustria.

En 2010, dentro del proceso dirigido por Evo Morales, Peña es llamada a ser viceministra en el Ministerio de Autonomías, para luego, en 2014, ser posesionada como ministra de la misma repartición estatal. Siendo el tema de la autonomía una demanda que surge desde el oriente boliviano, se asume que los sujetos indicados para llevar este proceso adelante deben provenir de las tierras bajas de Bolivia. Esto juega a favor de Peña, que siendo una disidente de los grupos de poder cruceño y a la vez una oriunda de aquellos lares, perfila como candidata para el cargo. En 2015, cuando Morales asume su tercer mandato, Peña se aleja del gobierno para seguir proyectos personales.

Una de las expresiones del conflicto regionalista se dio en la condensación de una postura radical de secesionismo que partió de la idea de las dos bolivias pero utilizada para entender la relación entre occidente –retratado como centralista y étnicamente conflictivo- y oriente – autónomo y producto del feliz amancebamiento de los indígenas a los conquistadores- . Si bien el problema del regionalismo tiene larga data (Roca 1980, Pruden 2001, 2003, 2009) que a inicios del siglo XXI haya tomado una forma nacionalista con la presencia de agitadores e intelectuales tiene su propia significación. Entre 2001 y la derrota en 2008 del golpe cívico prefectural, el “nacionalismo cambia” corrió como un rumor, como el acoso de un fantasma, que llevaba hasta su exceso las demandas de autonomía, poniendo en duda la integridad territorial de Bolivia. La faceta violenta y racista de las luchas autonomistas llevaba a pensar que el nacionalismo cambia promovido por un puñado de intelectuales empezaba a encarnar como sentir común en las tierras bajas. Sin embargo la derrota militar de las fuerzas conservadoras del oriente boliviano fue de la mano con la desmovilización de los brazos activos y el aislamiento de los intelectuales que habían generado las ideas del nacionalismo cambia.

La posterior aprobación a través del voto de la nueva Constitución Política del Estado fue decisiva para la configuración de algunas vetas de discusión sobre la naturaleza de la nación. El diagrama político del momento refleja el empuje que las ideas de naciones indígenas alcanzaron en el país, manteniendo una relación compleja pero no antagónica –en tanto se abrió un abanico de posibles arreglos institucionales- con la nación boliviana (en las diferentes concepciones que ésta tiene). En cambio la versión de las dos bolivias como conflicto entre tierras altas y tierras bajas perdió la fuerza de interpelación en la medida que el bloque social conservador se fracturó en múltiples tendencias. Por ese camino la “nación cambia” y sus apologetas fueron eclipsados en un contexto de ascenso de lo plurinacional no ya como demanda apuntada hacia el Estado sino como parte de su arquitectura. Erigir este Estado plurinacional, sin embargo, probaría ser un

desafío de tal envergadura que la hegemonía naciente del gobierno no sería suficiente para plasmar.

El momento crítico en el que se advierte las paradojas del proyecto plurinacional se sitúa en el conflicto del Territorio Indígena y Parque Nacional Isiboro Sécuré. El TIPNIS geográficamente se encuentra en el corazón del territorio boliviano y permaneció por mucho tiempo como una zona inaccesible para el Estado en la que habitan diferentes pueblos indígenas. Después de la aprobación de la CPE, el gobierno volcó muchas de sus energías en la persecución de objetivos económicos. Entre ellos figuró la construcción de un tramo carretero entre las ciudades de Trinidad y Cochabamba, separadas en cierto punto por el TIPNIS. Al difundirse el plan de hacer una carretera por el medio del parque, organizaciones indígenas protestaron por las consecuencias depredadoras de la construcción de la carretera (expansión de los cultivos de coca del Chapare, deforestación, degradación del territorio indígena) y emprendieron una serie de protestas, entre ellas una marcha indígena rumbo a la sede de gobierno. El gobierno argumentó en su momento que la carretera permitiría integrar el nororiente con el occidente del país y en ese sentido el beneficio era para el conjunto del país. Igualmente sostuvo que se tomarían recaudos para evitar que la carretera tuviera un impacto negativo.

La marcha indígena, que fue apoyada por diversos sectores urbanos después de atravesar el oriente, se aproximó desde el norte a la ciudad de La Paz. En la localidad de Chaparina, donde los indígenas hicieron un alto de descanso, la marcha fue intervenida por fuerzas policiales que golpearon y desbarataron la marcha. El gobierno que había logrado incorporar a las naciones como parte constitutiva del Estado a la vez reprimió sin contemplaciones una demanda que ampliamente fue tomada por justa entre la población. Diferentes sectores, incluyendo los pueblos de tierras bajas, representados por la Central Indígena Del Oriente Boliviano, rompieron con el gobierno. El bloque que había logrado vencer a la oposición conservadora se fisuró, dando paso a una diversidad de tendencias centrifugas al bloque gobernante. Del mismo modo intelectuales que veían con buenos ojos el gobierno se apartaron del mismo y empezaron a gestar una crítica sobre las contradicciones del Estado en la construcción de lo plurinacional y las continuidades de un modelo extractivista de economía, indolente a las decisiones de las naciones indígenas. El gobierno, de modo posterior a la represión de Chaparina, realizó una consulta en territorio indígena para saber si los afectados aprobaban o no la carretera. La validez de estos resultados fue

discutida públicamente por un sinnúmero de elementos, pero de modo permanente quedó el alejamiento del gobierno de muchos sectores que exigían que lo plurinacional cobre una materialidad más inmediata y real, frente a un gobierno que ha ralentizado la construcción de lo plurinacional.

Semblanza: Juan Pablo Neri

Uno de los trillizos de la familia Neri Pereira, Juan Pablo nace en La Paz en 1988. Su padre es un ingeniero con una empresa de construcción cuya familia proviene de Sucre. Asiste al colegio Franco Boliviano, uno de los más exclusivos de la sede de gobierno. Estos antecedentes lo llevan a catalogar su propio origen como “conservador”. Estando en colegio sintió la tensión que se imponía de estudiar en Francia como conclusión exitosa de su paso por un colegio de educación francesa, sin embargo declinó la opción a pesar de la presión social del entorno familiar y escolar. En esos años tenía un interés abstracto por la política, autodenominándose como “liberal”.

Comienza a estudiar economía en la Universidad Católica, para luego dejarla y cambiar a ciencias políticas. Es en esta carrera que Farit Rojas Tudela lo interesa más por la teoría posestructuralista y a la vez le provee una entrada de reflexión que considera interesante para pensar la política. Es a través de la relación que forja con Rojas que Neri y otros estudiantes se aproximan a miembros del grupo Comuna, grupo de intelectuales entre los que estaba Álvaro García Linera. Siendo los primeros años del gobierno de Morales, los estudiantes de Rojas participan en coloquios y talleres de formación con gente con alguna influencia en el gobierno. Es por esa vía que encuentra los primeros espacios para publicar.

Los contactos de Neri lo llevaban a ser incorporado en 2009 a un grupo de análisis de la nueva Constitución Política del Estado, en donde trabaja por un tiempo. Simultáneamente a ello se desarrolla el conflicto del TIPNIS, que enfrenta demandas de pueblos indígenas de tierras bajas con los planes del gobierno de construcción de una carretera en dicho territorio. La represión estatal desplegada contra la marcha indígena que se dirigía a La Paz, vuelca un gran apoyo urbano en favor de la marcha, rechazando el accionar del gobierno. Neri entre ellos, se suma a los activistas que apoyan la marcha y denuncian las acciones del Estado. A partir de ese momento Neri se vincula más con grupos anarquistas y autogestionarios, buscando espacio en lo que se puedan construir espacios alternativos al Estado.

La crisis del neoliberalismo abrió el paso para la construcción de una alternativa que tuvo entre sus premisas la idea de que Bolivia no es una nación –o por lo menos no es una nación monolítica-. Después de un periodo de crisis (2000-2005) empieza a plasmarse políticamente una alternativa al neoliberalismo que se ve enfrentada a una oposición de intereses muy ajenos a los populares. Este enfrentamiento se extiende por cinco años, hasta que la aprobación de la nueva Constitución Política del Estado que define el carácter plurinacional del Estado, marca el ascenso de una hegemonía del MAS, que a poco de iniciada empieza a ser cuestionada en sus propios términos: El léxico de la legitimidad política ha sido transformada y el MAS no es su único detentor. A partir de ese momento las luchas políticas e ideológicas se dan mayormente, aunque no únicamente, dentro de las coordenadas de un escenario posneoliberal que sin embargo zozobra por definir su perfil a largo plazo. La presidencia de Morales, la nacionalización, la Asamblea, la nueva Constitución son hitos de una transformación profunda en la fisonomía del país, y esto es notable en los abordajes de investigadores que tratan de captar este momento. Hay un cambio profundo, pero eso no ha significado –¿cómo podría?- el fin de las contradicciones y de hecho hay un reagrupamiento de fuerzas contenciosas que pugnan, entre otras cosas, por lo plurinacional.

Conclusiones.

La polémica sobre la nación que se despliega entre 2000 y 2014 tiene las raíces de su fisonomía en la evolución de las discusiones políticas de la segunda mitad del siglo XX. No se trata simplemente de que las discusiones se sucedan una a otra en función de ciertas querellas precisas de los diferentes contextos. Los marcos ideológicos de las disputas políticas le deben su fisonomía a la profundidad con la que los distintos momentos constitutivos edifican una forma de hegemonía que permite el desarrollo de sus fuerzas internas hasta su agotamiento. Así se examinó cómo la estela de la revolución de 1952 y el ideologema del nacionalismo revolucionario define las tomas de posición política entre 1952 y 1985 en el movimiento pendular entre lo revolucionario y lo nacionalista. Es en la explotación de este horizonte de visibilidad que la discusión sobre el socialismo toma una forma particular que es influyente en gran parte de los intelectuales veteranos activos entre 2000 y 2014. El cambio de paradigma ideológico operado con el momento constitutivo, diríamos antipopular, de 1985 es abonado por las raíces marchitas de ambos polos del ideologema nacionalista revolucionario: el revolucionario que es dispersado por la violencia del

Estado con la dictadura de Banzer y que en la transición democrática no tiene más baluarte que la negación del autoritarismo. El nacionalismo en cambio es dilapidado por un tajante anticomunismo y el uso patrimonial del Estado de los años de dictadura. El neoliberalismo es, en esa secuencia, una reorganización que aprovecha de la falta de proyecto popular para implantar uno de corte elitista dotado de una fuerza, si bien temporal, inusitada y sin contendor. Sin embargo, su falta de asentamiento y sus resultados magros socavan su hegemonía relativamente rápido, dando paso a la crisis estatal y un nuevo relevo de élites políticas.

La sucesión de marcos ideológicos que se construyen como grandes bloques de largo plazo asociados a momentos constitutivos no existen solo como disputa simbólica, ya que en cada uno de ellos se abren y cierran oportunidades de acción política. Dentro de las élites políticas que estuvieron volcadas al elogio de la centralidad minera –muchas veces hecha desde la clase media– las posibilidades de que se erija una interpelación campesina del Estado como la del 2000 era mucho más improbable. Del mismo modo, las acciones de represión –la persecución, el exilio, la proscripción de partidos– que socavaron las condiciones de discusión del socialismo que se dieron con el gobierno de Torres, hicieron inviable que el mismo tenor de discusión y de derrotero político ganen fuerza en el contexto de transición a la democracia. En este sentido la política muestra su faceta más realista en tanto las limitaciones de lo posible se imponen con más fuerza en cuanto el universo de posibles es asimilado sin necesidad de una coacción organizada. Lo impertinente o inoportuno se deriva del sentido del juego del conjunto de los participantes: Por ello a pesar de que es posible rastrear las pistas de la enunciación sobre la singularidad de las naciones indígenas hasta la década de los 70, sus efectos sobre el conjunto de la sociedad estaban limitados.

En cuanto los diferentes horizontes de visibilidad presentan diferentes aspectos que pueden ser explotados por una coyuntura política, el paso de uno a otro implica el reacomodo de los actores que participan en ella. Lo anterior se advierte en la forma en que el colapso de la izquierda que apostó por el socialismo se convierte en trayectorias diferentes: mientras existen actores que haciendo una crítica de las prácticas de izquierda asumen la disolución de la oposición entre derecha e izquierda y se suman a la tecnocracia neoliberal, otros –en este caso los del mismo origen social de clase media que procesan la derrota tratando de reagruparse– se hacen allegados de las organizaciones campesinas, del discurso de defensa de lo indígena y de lo étnico.

Los primeros se aproximan hacia la gravitación de la idea de multiculturalismo mientras que los segundos buscan un sujeto revolucionario o por lo menos de transformación ante la debacle de la COB. Por supuesto una mirada de actores de tendencias indianistas y kataristas se encuentran librados de la sujeción minera pero sustantivamente más solos. Así, entre los intelectuales que no provienen de la clase media también se siguen trayectorias en las que se distingue o la participación en el neoliberalismo o el trabajo que reivindica a un actor político marginado. Es en la situación desesperada de la derrota de la izquierda al iniciar el neoliberalismo que hay que buscar las condiciones de permeabilidad para el discurso romántico –que no por ello dejó de ser efectivo- del indio sin mácula, ese indio hiperreal y a la vez mesiánico que traería la revolución. Mientras tanto al nivel más práctico el entramado de las organizaciones indígenas y campesinas siguieron en la reconstrucción una historia de lucha y resistencia, que también sería central para la interpelación indígena del Estado, que combinó lo más realista con un romanticismo en cierto momento funcional, aunque luego lastrado pesadamente.

Los intelectuales en sus nuevas posiciones durante el neoliberalismo vieron cómo la correlación de fuerzas sufrió una tumultuosa reconfiguración y lo que llamaremos “bandos”, para ser gráficos, vieron las ventajas invertidas. En el próximo capítulo se examinará con más detalle cómo los intelectuales contribuyeron en el cambio de correlaciones de fuerza desde la crisis estatal; pero antes hay que decir que el cambio de las correlaciones de fuerza, que favoreció a lo que en los noventa habían estado criticando desde fuera del Estado, o en casos dentro de él pero sin mayores efectos, les permitió en el cambio potenciar sus posiciones, cambiando las coordenadas de discusión, avasallando y pasando por encima las peticiones de sensatez de quienes estuvieron del lado desfavorecido. Estos cambios de posición y de gravitación del lugar que se ocupa se entiende mejor como práctica a partir de la idea de figuraciones de Norbert Elias, ya que la toma de posición no es una reproducción de una disposición, es a partir de estas disposiciones que se juzga un momento (hasta donde se alcanza a ver) y se anticipa las jugadas de los otros.

Las figuraciones a las que se hace referencia son algo más que la develación de que detrás de una postura hay un individuo con un interés ajustado a un objetivo. Los diferentes momentos muestran también cómo los intelectuales se ubican también en la contradicción entre sus sensibilidades y afectos. La pérdida del clivaje nación/antinación y la posibilidad de una pluralidad

sin aparente solución de continuidad es escalofriante para algunos. Para los más jóvenes en cambio el horizonte de visibilidad contemporáneo es el que han tenido siempre –porque son jóvenes- y la incertidumbre de lo plurinacional es más la expresión de pulsiones políticas de las cuales son testigos antes que la desmembración de la nación unitaria, que les resulta extraña justamente por no vivir la hegemonía del nacionalismo revolucionario. Esto es, hay cambios de sensibilidades en los actores que obedecen, tanto como sus cálculos más fríos, a las condiciones en las que se experimenta la política y su discusión.

En el capítulo anterior se abundó sobre cómo los orígenes sociales favorecen ciertas disposiciones que inclinan la propensión a asumir un discurso de nación. En ese momento se explicitó que, a pesar de la fuerza que tienen algunas variables para explicar el mecanismo, era necesario recurrir a una serie de mediaciones que permitan entender cómo una disposición encuentra su lugar de realización. Justamente las transiciones entre horizontes de visibilidad no solo como marcos ideológicos sino como coyunturas de relaciones de fuerza entre actores que tienen oportunidades desiguales, permite ver cómo la disposición social se convierte en trayectoria, en toma de postura y en sentido de juego. Todavía queda por explorar la práctica intelectual no a través de la sucesión de momentos históricos, sino la práctica intelectual y su relación con un Estado en crisis.

Capítulo 6

La fuerza gravitatoria del Estado

El hecho de que las personas socialmente dependientes se adapten a un grupo dominante, de acuerdo a la distribución de poder, es algo que se considera relativamente normal. Los empleados (...) aprenden por lo general con bastante celeridad a ajustar su comportamiento al canon de su *establishment*, especialmente cuando se esfuerzan por conseguir un ascenso.

Mozart, sociología de un genio

Norbert Elias

Fragilidad de la práctica intelectual.

Los intelectuales bolivianos están sujetos a condiciones precarias de trabajo. Salvo situaciones excepcionales, la regla es que ellos constantemente deben transitar de un área laboral a otra porque resulta imposible mantenerse por mucho tiempo en un solo lugar. Esto contrasta con lo que en otros países conforma una carrera intelectual o académica. En el caso clásico, Francia, los intelectuales encuentran su lugar de consagración ya en la universidad o en el oficio de escribir, siendo pagados por ello –algo que en Bolivia es excepcional y en realidad se escribe por prestigio y presencia pública. Frente a otros países, de realidades más comparables con Bolivia, como México o Argentina, donde la universidad e institutos de investigación proveen muchos elementos que permiten el desarrollo de una actividad intelectual con alguna solvencia. Sin duda durante los años de neoliberalismo estas seguridades sociales se han visto damnificadas y hoy son un privilegio. Aun así, las condiciones en las que se desarrolla el trabajo intelectual en Bolivia destacan por las inseguridades, intermitencias e irregularidades de la práctica.

Quienes escriben encuentran cinco espacios de trabajo que les permite asegurarse un ingreso económico. Inventariados sin orden particular estos son la prensa, la universidad, los organismos no gubernamentales y agencias internacionales, las consultorías y finalmente la función pública dentro del Estado. Si bien cabría detallar las condiciones en las que se sale de uno

de estos espacios para acceder a otro, por lo pronto hay que dejar señalado que estos diferentes espacios no se concatenan en una secuencia que marca una carrera ascendente. Los itinerarios de los diferentes intelectuales están marcados por la incertidumbre y una constante necesidad de anticipar los acontecimientos para reacomodarse. Así, una de las características de la práctica intelectual es la inseguridad laboral. Frente a esta situación general, que se irá afinando en las siguientes páginas, Spedding (2015) señala que hay tres tipos de intelectuales y académicos que pueden sustraerse al gobierno de la zozobra laboral: por un lado están los escritores que se inclinan al polo de investigación-enseñanza de modo casi exclusivo por ser poseedores de recursos heredados (la autora incluye aquí a H.C.F. Mansilla y Carlos Mesa). Por otro lado se tiene a los intelectuales que mantienen una vinculación permanente o intermitente con el extranjero, lo que les significa un tipo de ingreso extraordinario (Silvia Rivera sería un ejemplo según Spedding, aunque yo mismo la colocaría en el primer tipo). Finalmente están los académicos que renuncian a tener las satisfacciones convencionales y la seguridad laboral para abocarse a lo intelectual (por ejemplo Roberto Choque y la autora de las distinciones) (Spedding 2015: 127). Los bienes de la herencia y la vinculación con el exterior así como el sacrificio de la renuncia son, empero, escasas. A pesar de que las elecciones que orientan las trayectorias hacia las prácticas sociales anidan en un cuestionamiento de lo convencional y de lo establecido, al final del día hay un conjunto de aspiraciones muy mundanas que la mayoría de los intelectuales persigue para sí.

La prensa es uno de los espacios de desarrollo laboral. Se advierte, principalmente entre los hijos de trabajadores no manuales, que el acceso a los círculos del periodismo es en un inicio más un espacio de desarrollo de destrezas que un espacio propiamente laboral. Quienes comienzan la universidad y están munidos de acervos mínimos de conocimiento general y dotes de escritura encuentran en la prensa un primer refugio.

“Bastante desgastadón y en La Prensa, pues no había dinero entonces no te pagaban. (...) salgo el 2001, de la prensa” “Entonces escribía todas las semanas y no me pagaban. He estado casi 4 años escribiendo ahí y sobre todo haciendo entrevistas (...) tenía las posibilidades como estudiante de estar todo el tiempo ahí, me podía faltar a clases, no tenía grandes obligaciones” “se decidió sacar un semanario, pero ya con muy pocos recursos, con mucho sacrificios, con meses y meses sin salario, con nula publicidad ¿no? Pero también con mucho, mucho esfuerzo también, mucho, mucho compromiso”

Estos inicios suelen estar marcados por la falta de pago –privilegio que se permiten quienes dependen de padres con alguna solvencia durante la universidad- pero también por la adquisición de conocimientos prácticos sobre el funcionamiento de la política, la relevancia de ciertos personajes y las virtudes de ciertas redes sociales a las que se aspira a acceder. El trabajo en la prensa tiene una importancia subjetiva que deviene de la posibilidad de empezar a cultivar uno de los bienes centrales para un intelectual: un nombre, pero un nombre asociado a la facultad de escribir de un modo que llega a un público, aunque este sea limitado en número. A pesar de las limitaciones de los públicos lectores, el autoconsumo de escritos entre gente del medio de la prensa, convierte el nombre, plasmado en la firma del articulista, en la credencial que permite un primer acceso al mundo de quienes escriben.

La importancia de las vinculaciones sociales que se aprenden al ingreso en el medio no cesa en importancia posteriormente. Para muy diferentes escritores del mundo intelectual de inicios del siglo XXI ha sido importante contar con alguien que los promoció o los ampare en la práctica. Tanto para acceder por primera vez al puesto como para conseguir trabajo en un momento de desempleo, la llegada a un nuevo medio de prensa es narrado por los actores como la fortuna de tener una amistad en el medio en cuestión. En la experiencia de trabajo en los medios de prensa no aparecen las anécdotas sobre el concurso, la postulación o la entrevista de trabajo. No se trata de decir que la prensa funciona simplemente por vínculos sociales, pero sin duda estos juegan un rol central a la hora de hacer un reclutamiento laboral. Esto es más notable cuando se presta atención a las iniciativas colectivas para fundar nuevos periódicos o semanarios: grupos de periodistas que mantienen una amistad se lanzan a la aventura de tener un periódico propio, en repetidas ocasiones bajo el mecenazgo de un inversionista con quien también se mantienen relaciones personales. Es justo insistir: en el caso del trabajo en la prensa juegan articuladamente la demostración de atributos para hacer el trabajo, el talento para el oficio debe estar acompañado de las relaciones sociales que permitan su desarrollo.

La minoría de los trabajadores de periódicos, y de medios de comunicación en general, se convierten en o hacen carrera de intelectuales. Quienes aspiran a ello ponen énfasis en el desarrollo de los medios que les permita exponer su propio punto de vista y, como se dijo, hacerse de un nombre. Es como parte de ese afán, en el que prima una declaración explícita de hacer

conocer el propio punto de vista, por lo general mucho más difícil en un medio establecido que tiene su propia línea editorial, que se producen las iniciativas de los órganos propios de difusión. En un medio pequeño como el boliviano es posible mantener semanarios y quincenarios de corte casi artesanal. La presencia de medios grandes no toma las facetas de oligopolio que excluye las iniciativas pequeñas, que a su vez se concentran en llegar a un público muy específico que tiene capacidad adquisitiva de periódicos y semanarios. Esto encierra sus propias trampas: En las ciudades más grandes del país es posible comenzar una publicación periódica haciéndose de recursos de inicio, muchas veces con ahorros de los involucrados o con la participación de un mecenas (más que un inversionista). Posteriormente se apunta a llegar a un público no masivo pero que es parte de las clases medias vinculadas con la política y las letras y que puede adquirir el periódico. En la medida en que este público no alcanza masa crítica constante, las iniciativas decaen por falta de una venta regular y de auspiciadores, llevando más temprano que tarde a que el impreso en cuestión cierre sus puertas. Solo algunos medios que son parte de iniciativas privadas, pensadas de modo empresarial o en su caso con el apoyo del Estado, pueden capturar de modo constante una parte del público disponible.

La evanescente experiencia de tener un periódico, aun cuando circule de modo limitado y se extinga la fuerza original relativamente rápido, no mella que una y otra vez aparezcan iniciativas de este tipo. Recientemente se ha dado un progresivo tránsito hacia el internet, donde los costos son menores y se puede publicar con alguna regularidad sin perder dinero. Sin embargo en este momento es difícil decir cuál es el efecto real de este tránsito a lo digital, pero cabe sospechar que frente a la cacofonía imperante, la mayoría de iniciativas no han encontrado la fórmula de hacer un medio que tenga influencia y a la vez no represente pérdida económica.

Una de las motivaciones que lleva a intentar tener un órgano de difusión propio radica en que las relaciones que se establecen entre los periodistas, los directores y los dueños hacen primar la óptica de este último. A pesar de que los intelectuales que han pasado por el periodismo declaran que hay diferentes grados de pluralidad en los medios, permanece el hecho de que la óptica y el enfoque muchas veces quedan determinados por los intereses políticos y económicos de los dueños. Esto hace patente la situación de subordinación de los periodistas, que como trabajadores asalariados al final de cuentas, realizan un trabajo que permite la apropiación simbólica de su trabajo para unos fines ajenos a quien los produce. En ese sentido la recurrente

fundación de periódicos expresa un intento de evadirse de la sujeción de la que son objeto. La vida relativamente corta de medios que no son parte de un auspicio empresarial es expresiva de cómo la posesión de los medios de producción se convierte en una asimetría en las posibilidades de producción simbólica y de influencia sobre la sociedad.

La autopublicación, tan difícil en prensa por la necesidad de su periodicidad, no tiene la misma suerte cuando hablamos de libros. La práctica de editar y publicar un libro propio de modo autónomo es corriente entre los intelectuales de modos que cabe describir esquemáticamente: Un grupo de personas abocadas a la academia, la escritura, la enseñanza se reúne con alguna asiduidad o comparte espacios de discusión. Alguno de ellos concluye un manuscrito y el grupo, por lo general muy reducido, establece una editorial *ad hoc* en el entendido de que ese sello servirá para sacar todas las publicaciones que el grupo vea conveniente, sean propias o reediciones de textos extranjeros. Trabajando de modo artesanal – muchas veces con edición y diagramado hecho gratis por un miembro afín-, recurriendo nuevamente a ahorros personales y mecenas, se publica el libro en una imprenta de pequeña o mediana escala y se saca un tiraje pequeño, a veces inclusive simbólico.

Inclusive las editoriales llegan a arreglos económicos específicos con los autores. Una modalidad es que el autor directamente contrata un sello editorial para que su texto sea publicado como parte de un acervo reconocido. En estos casos el dinero no siempre proviene del bolsillo del autor, ya que a veces como parte de los productos de un proyecto con recursos de cooperación, se ha preestablecido la publicación de los resultados y se ha asignado un presupuesto a ello. En otras circunstancias editorial y autor van “al partido”: cada uno invierte una suma del dinero necesario y se reparten el tiraje proporcionalmente para que cada parte sea responsable de venderlos y recuperar su inversión. Finalmente está la modalidad que se considera clásica, pero que en Bolivia tiene una peculiaridad: extraordinariamente un sello editorial asume la publicación de un texto que no ha solicitado, edita y diagrama el manuscrito, lo imprime y cuando se tiene el tiraje entrega, como paga en especie, una cantidad del tiraje al autor. Esta es la única modalidad en la que el autor gana algo por escribir, aunque sean ejemplares de su propio texto que él mismo tendrá que vender para contar con dinero en efectivo. La mayor parte del tiempo la publicación es la culminación de un proceso que se ha financiado por otros medios y el escrito final no da réditos

económicos, sino que se presume que da réditos simbólicos, justamente, valoriza el nombre, cuando el texto encuentra lectores.

La universidad es, supuestamente, el espacio privilegiado de trabajo de quienes se consagran a la labor intelectual. Efectivamente funciona para muchos como reducto último que permite amagar el desempleo y a la vez desarrollar tareas, primordialmente de enseñanza. La universidad boliviana está marcada por la atrofia de las tareas de investigación, para las cuales los recursos son escasos, inoportunos y fiscalizados de modos completamente ajenos a la lógica y necesidad de un proceso de producción de conocimiento. En un país donde la educación adolece de una debilidad estructural notable, las tareas de investigación han sido tradicionalmente desplazadas a un segundo plano, priorizando las de enseñanza. La debilidad ya crónica se acrecentó durante los años de neoliberalismo a partir de la reducción de recursos para el sistema universitario a la vez que se propagó la inversión externa y no estatal en investigación, principalmente de la mano de ONGs y fundaciones que vehiculizaban recursos de cooperación internacional. De tal modo la investigación se desligó de la enseñanza y durante los años noventa fue generalizado que corrieran por senderos diferentes salvo excepciones muy puntuales. A modo de ejemplo se puede mencionar cómo la carrera de sociología de la UMSA de los años noventa conformó una generación de sociólogos más aptos para la burocracia que para el oficio de sociólogo.

Si se habla de que la enseñanza en la universidad es un reducto último para tener un ingreso mínimo es porque las condiciones dentro de la misma no suelen ser halagüeñas.

“Estaba de profesor en la recién abierta carrera de Ciencia Política en la UMSA. Entonces fue ahí mi primer lugar laboral con una paga casi insignificante, pero sirvió para poner el pie.”

De entre los intelectuales entrevistados los casos en que el trabajo universitario es la única fuente de ingreso son mínimos. La organización de la planta docente hace muy difícil que alguien pueda dedicarse íntegramente a la enseñanza y la investigación, y en los casos en que esto se produce los entrevistados no dudan en asegurar que las relaciones sociales forjadas desde el estudio de la licenciatura, pero también en la política, ha jugado un papel no menor. Así, las posibilidades de acceder tanto a la docencia de asignatura como a la titularidad de una materia están mediadas por la pertenencia a grupos de interés, entre los cuales hay una relación áspera cuando no de abierto

enfrentamiento. Las credenciales académicas dentro de esas polémicas pueden ver su valor suspendido y desplazado por criterios que, formalmente, no son parte de la universidad, pero que si responden a la forma de organizarse a partir de relaciones sociales antes que por el capital cultural.

Una de las características del sistema universitario boliviano es que está fuertemente centralizado y eso incide en la poca movilidad de académicos. Para hablar de las carreras en las que se formaron los intelectuales aquí tratados hay que notar que sus disciplinas se imparten, en el mejor de los casos, en la mitad de las capitales de departamento del país y son prácticamente inexistentes en la oferta privada, salvo por las carreras de comunicación social y de ciencia política. Por lo mismo es poco usual que alguien que haya estudiado en una ciudad vaya a trabajar como académico en otra, en primer lugar porque no hay un abanico de opciones diversas que presenten oportunidades novedosas, y de haberlo, lo más probable es que sean oportunidades asediadas y resguardadas por camarillas locales. A pesar de todas las dificultades para poder trabajar en la universidad de la ciudad en la que se reside, es más probable que eventualmente las vinculaciones sociales sean útiles y permitan acceder aunque sea a dar cátedra en una materia que hacerlo en otro ámbito en el que no se dispone de capital social.

Algo de esta dinámica social se traduce también en las publicaciones universitarias. Las diferentes carreras tienen revistas académicas que se publican con alguna regularidad aunque no es inusual que por diferentes desinteligencias se suspendan o atrasen números. A la vez, a diferencia de lo que ocurre con las revistas arbitradas que tienen un procedimiento bastante estandarizado de selección de artículos científicos; las revistas de carreras suelen carecer de procedimientos que garanticen la calidad de los artículos que se publican. Al mismo tiempo es común que en la revista de una carrera, las firmas se correspondan en gran medida con la planta docente de la misma. Las revistas por lo tanto aparecen como cotos privados de los planteles residentes, y puesto que lo importante para el desarrollo de una carrera académica es ser conocido por los colegas más inmediatos es usual que publicar en una ciudad del otro extremo del país carezca de interés porque no se convierte en un medio de consolidar la posición en la arena en la que se está peleando. Todo esto concatena una práctica académica e intelectual que favorece la reproducción endogámica de grupos de interés que favorecen o perjudican el acceso a beneficios y se arriba, como señala a Spedding (2015: 105), a un sofocamiento de la crítica porque

esta puede ser tomada de modo personal y provocar peleas que deriven en acciones que perjudiquen al “crítico”. Dentro de esta práctica también existen los actores que se proponen una formalización de procedimientos y una estandarización para alcanzar altos niveles de producción, sin embargo es notable que los promotores de ello son los más aptos para competir en la academia internacional. En la medida que sus planes de “subir el nivel” están casados con sus mejores credenciales y aptitudes, son integrados en la confrontación entre camarillas como una más, con lo que aparece –y son- sus propios intereses personales.

Toda esta dinámica de acaparamiento de oportunidades y desarrollo de rencillas al interior de la universidad, que muestra de modo exacerbado aquello que es común en otras universidades del continente, provee un dato central para entender la falta de autonomía del campo intelectual. Siendo los docentes universitarios agentes que, salvo excepcionalidad, no pueden pasar a habitar la torre de marfil ni refugiarse indefinidamente en atalayas teóricas, están sensiblemente más cerca de clases trabajadoras que sus contrapartes de otros países. Así, los intereses con tono popular constantemente tienen un reflujo hacia las preocupaciones académicas, del mismo modo que las prácticas políticas de la militancia hacen su aparición sin tapujos en el centro de la universidad. Así la capacidad universitaria de refracción de las influencias externas es más bien débil, y aunque la enseñanza superior es mayoritariamente un esfuerzo estatal, parte de sus formas de acción, se ve teñida por las presiones populares y trabajadoras. Esto tiene varias consecuencias que habrá que detallar posteriormente: por un lado hay que enunciar la mínima autonomía del campo intelectual en tanto su espacio primordial de realización está sujeto a la influencia tanto del Estado (como se vio con el caso del neoliberalismo, que sofoca la universidad al negarle recursos y desplaza el lugar de la producción de conocimiento a ONGs) como a los heterogéneos impulsos de las fuerzas del campo político. Por otro lado hay que tener presente cómo la educación superior se convierte en un espacio de mediación entre el Estado y la subjetividad de una parte de la sociedad que no es receptora pasiva de la ideología estatal ni acaba por convencerse del carácter mayestático que los títulos tienen en sociedades más imbuidas del poder de una cultura legítima: sí, los títulos importan como investiduras de nobleza, pero son poco sin los contactos imprescindibles.

Como se anticipó, desde los años 90 se diseminan las organizaciones no gubernamentales, que con el retiro del Estado de muchas de sus funciones sociales encuentran un terreno con

amplio margen de acción. Muchas de estas, principalmente religiosas, tienen una historia de más larga data, pero los noventa son la primavera en la que se observa el establecimiento de un modo de actuar y operar sobre la sociedad civil desde un lugar distinto al Estado o de las organizaciones sociales. Las ONGs y fundaciones van a hacer parte de un entorno institucional en el que también hay que contar a los organismos internacionales y a las agencias de cooperación internacional. En términos estrictos, cada una de estas posee su propia singularidad, pero como conjunto componen el campo de acción de un enfoque sobre los problemas sociales que enfatiza la intervención sobre áreas de la sociedad desde una acción paternalista. Aun cuando muchas ONGs han hecho énfasis en la necesidad de “empoderar” a los sujetos con los que trabajan, de dotarlos de recursos y aprendizajes que les permita autosostenerse, es abrumante la proporción de casos en los que aquello no sobrepasó la retórica (Rodríguez Carmona 2008). En términos estructurales, la función de las ONGs y del marco institucional de cooperación fue emplear a un conjunto de profesionales que ya no tenían cabida en el Estado dada la reducción del mismo. Este entorno es el cuarto espacio laboral por el que discurren los intelectuales.

El peso de aquella función estructural no debe sin embargo eclipsar el hecho de que las tendencias dentro del entorno de cooperación han sido muy heterogéneas. Tendencias políticas muy diferentes encontraron su propio nicho y desde ahí siguieron defendiendo, en la medida de sus posibilidades, sus convicciones políticas. No obstante, los financiamientos internacionales rara vez están despojados de condicionamientos, entre los que se cuentan modos específicos de tratar temas, ya sea por los marcos conceptuales y los enfoques que demanda una investigación, ya sea por una forma de concebir lo que son los resultados óptimos de la intervención. Así, aun cuando diferentes entrevistados se mantuvieron escépticos o antagonistas del neoliberalismo, su práctica laboral acabó subsumida a un tipo de práctica típicamente neoliberal que a la vez servía para inocular un lenguaje y una forma de administración de los problemas sociales. Se pueden citar casos aquí y allá en los que se advierte cómo la acción de determinadas ONGs dieron pie para cuestionar el statu quo, pero eso no quita que los ángulos de crítica muchas veces hayan sido impostaciones o traducciones de los beneficiarios de las acciones del entramado de cooperación.

Ser consultor o parte de una ONG u Organismo internacional se convirtió, a pesar de todas las sujeciones, en una forma de privilegio laboral que para los sujetos más beneficiados significó una época de sueldos, comparativamente, suntuosos. La etiqueta del especialista, del tecnócrata,

esta forma domesticada de intelectual, fue otro de los beneficios que se pudieron adjudicar las pequeñas capas que accedieron a las cúpulas del entramado de cooperación. Con menos pompa que las figuras más sobresalientes, muchos otros profesionales y entre ellos los intelectuales en un momento de su trayectoria laboral, se enlistaron en las líneas de los empleados de ONGs, de cooperación y de consultores que accedían a trabajo de modo esporádico y sin todos los oropeles que las elites tecnócratas, desempeñando un trabajo que recurrentemente estaba sojuzgado por las líneas maestras e inclusive las conclusiones y objetivos esperados de antemano. En tal situación, la labor de reflexión y crítica quedaba parcialmente ocluida. Es más, muchas veces los lineamientos internacionales no fueron padecidos por los agentes que las operaban localmente, de hecho se dio y se da una participación entusiasta en la adopción de los marcos de referencias y lógica que gobiernan los financiamientos externos. El espacio de los organismos no gubernamentales es amplio y diverso y reducir su gama a simples dispositivos del orden neoliberal –a pesar de sus puntos de entronque- es reduccionista. Lo que hay que retener antes de demonizar este espacio, es a la vez la precariedad relativa en la que los intelectuales trabajan como parte de éste y las obturaciones impuestas a la crítica y la reflexión por la prevalencia del objetivo de cumplir con el financiador.

Las publicaciones que surgen del medio del entramado de organismos no gubernamental tienen un rasgo institucional que es más bien escaso en los otros ámbitos. En primer lugar las publicaciones se ajustan a criterios editoriales, que en sí mismo son arbitrarios, pero que a lo largo del tiempo funcionan de modo coherente por el carácter institucionalizado en el que se desarrollan, a diferencia de las editoriales artesanales que suelen ser animadas por un par de artificios, que al alejarse del proyecto implícitamente lo dejan marchitar. Si se comparan la líneas que privilegian las fundaciones alemanas presentes en Bolivia se lee con nitidez su propia filiación política: La fundación Konrad Adenauer favorece una posición demócrata cristiana, la Friedrich Ebert en consonancia con su ideología se inclina por enfoques social demócratas y la fundación Rosa Luxemburgo es decididamente de la izquierda más cercana al marxismo, patentizado en las obras que publican. En ese mismo sentido se puede leer las diferencias que separan aquello que es auspiciado por USAID o por OXFAM, HIVOS o GTZ (hoy GIZ). En ese sentido de las orientaciones políticas que marcan el dinero que financia proyectos, estas diferentes líneas editoriales tienen intelectuales favoritos, que suelen ser convocados más asiduamente, ya que hay una comunión de perspectivas, que se convierte en una comunidad de intereses materiales.

Otros trabajadores académicos son requeridos por el entorno institucional debido a su experticia en determinados campos en los que los intelectuales “de la casa” no tienen conocimientos profundos. Los intercambios albergados dentro de este entramado producen una polifonía de voces y de discusión que enriquece la arena intelectual como conjunto. Sin embargo no hay que olvidar que la creación de estos espacios está sujeta por las orientaciones generales de la incidencia que los financiadores tienen en mente e influyen decididamente en los temas, quizás no más valiosos, pero si más rentables desde la perspectiva de los profesionales en general y también de los que aspiran a formarse como intelectuales. Esta fuerza de influencia adquiere materialidad porque constriñe los enfoques de los intelectuales, pero no hay que dejar de lado que esto no se hace de modo pasivo. Los intelectuales, tanto como cualquier otro actor social, recurren a modos de negociar su propia posición y a hacer uso estratégico de las circunstancias que se les imponen. Esto no obstante sigue vías muy diferentes que pasan por el pragmatismo que permite amasar un patrimonio –aceptando la posición del “intelectual profesional” del que habló Gramsci- o hacerse de un nombre reconocible utilizando un esencialismo estratégico para fines personales (Rivera 2010).

El entorno institucional que une ONGs, cooperación internacional y organismos internacionales absorbió durante el neoliberalismo una buena parte de los profesionales con perfiles intelectuales y de los académicos que no pudieron resguardarse en la universidad. Con el gobierno de Evo Morales, el Estado comenzó a hacer un control más intenso de los montos que circulaban en este entorno institucional y de las acciones y proyectos en funcionamiento. Aquello provocó que grupos de investigadores, académicos y consultores que habían hecho un modus vivendi de conseguir recursos de cooperación y llevar adelante proyectos quedaran súbitamente estrangulados y con menos opciones para trabajar. El gobierno argumenta que como parte de la soberanía nacional hay que controlar gastos que de otro modo son discrecionales y, supuestamente, pueden servir para labores contra-estatales o anti-patrióticas. Parecería paradójico que una parte importante de la cúpula estatal haya sobrevivido al y activado contra el neoliberalismo desde ONGs para luego dar el relevo estatal, lo que indica que en realidad son conscientes de la potencia que se puede desencadenar haciendo un uso efectivo de esos recursos. Si bien el gobierno ha sofocado el entorno de las ONGs, no ha podido o querido ampliar la oferta

laboral para cuadros medios que, viviendo en mayor inquietud, encuentran razones para voltearse en contra del gobierno al sentir que sus propias condiciones económicas se degradan.

El último espacio laboral a detallar es el trabajo en el Estado, sea en cargos electivos o jerárquicos, así como dentro de la burocracia. Dentro del Estado hay que considerar el conjunto de sus dependencias: municipios, prefecturas/gobernaciones, y gobierno central en sus tres poderes. La primera característica del trabajo dentro del Estado proviene de la relativa carencia de puestos de carrera en el servicio público, que convierte a buena parte de la administración pública en puestos disponibles para la ocupación de las militancias de los partidos que se turnan en el poder. Los intelectuales acaban siendo parte de los contingentes partidarios que copan el Estado por el tiempo en el que un partido o una coalición está en funciones de gobierno en alguno de los diferentes niveles. Entonces aquello que es evidente para un cargo electivo –que se define por una temporalidad establecida en la ocupación del cargo- se trasunta al resto del cuerpo de funcionarios. La diferencia que separa a los intelectuales del conjunto de personas que itineran en el Estado es que, según los datos de entrevistas, los puestos a los que se aspiran en la administración pública son jerárquicos. La profesionalización, el reconocimiento público y la supuesta especialidad en ciertas áreas del conocimiento habilitan a los intelectuales a acceder al Estado como sujetos dotados de un saber que los legitima como organizadores y dirigentes. A pesar de que se ha insistido en los párrafos precedentes de la situación de zozobra laboral de los intelectuales también hay que tener presente que ciertas destrezas reconocidas y especialización por lo general les abre suficiente margen de acción para apostar por otros ámbitos laborales y no engrosar las filas de las militancias que persiguen un puesto de trabajo. Paradójicamente hablamos de un sector precarizado que sin embargo mantiene ciertos privilegios.

La faceta negativa de ser un trabajador estatal con posibilidades de ser reconocido es que la misma etiqueta que funciona como rasgo diacrítico de elite política, estigmatiza. Las filiaciones – reales o supuestas- con los jefes del Estado forjan parte de la reputación que sirve para el ejercicio de la función que se ocupa, pero los antagonistas toman esas mismas filiaciones como marcas contaminantes. Haber sido funcionario del gobierno de un partido determinado afecta las posibilidades de que se pueda seguir ocupando la misma u otra función una vez que se produzcan las transiciones de gobierno. Para un actor, ser parte del gobierno saliente levanta suspicacias y sospechas entre los funcionarios entrantes que desconfían tanto de la amabilidad como de la

frialdad del estigmatizado. En ese espacio de rotación de personas en el Estado, se instaura una competencia donde, una vez más, las proximidades personales proveen cierta seguridad para actuar a la vez que quienes están fuera de la red son de facto competidores, pero también potencialmente nocivos. Todo esto no funciona solo a niveles de interacciones cara a cara, sino que adquiere manifestaciones más sistemáticas de administración paraestatal sobre quienes tienen avales y vetos para trabajar en el Estado.

“Para nosotros era el fin de todas esas posibilidades de trabajo porque cae el gobierno completamente. Sube Mesa con el que nunca habíamos tenido una relación bien cercana, en la campaña lo conocimos, trabajamos con él pero no era digamos, tenía su propio equipo Mesa, el viene con su propio equipo al gobierno. (...) y tengo que volver a trabajar en el periodismo”

“[Cuando salgo del Ministerio con el cambio de gobierno del MNR a ADN] Mi hermano, que como te digo es un súper técnico, habló con el hermano del Chito Valle para un trabajo suyo ¿no? Y el hermano del Chito Valle tecleó nuestros apellidos y aparecieron en una lista de tipos prohibidos. (...) Los mismos movimientistas no nos querían al inicio de la Participación Popular, la gente del MNR nos veía con enorme desconfianza.

El inicio del “Proceso de cambio” y la usual rotación de cargos públicos desató una crisis dentro de una facción de la clase media, aquella asidua a gravitar laboralmente cerca de las dependencias del Estado. El gobierno de Evo Morales incorporó la función pública fracciones de clase que antes no aspiraban a trabajar en estos puestos o al menos no aspiraban a los cargos jerárquicos. De tal modo los sectores que tradicionalmente se habían ubicado en la burocracia veían que su competencia se ampliaba, incrementando el riesgo de ser desplazado hacia afuera por tiempos más prolongados. Entre los intelectuales entrevistados no se encuentran visos de que lo anterior ocupe un lugar en sus propias declaraciones, pero objetivamente se puede constatar que la disputa por conseguir un espacio en el Estado es irremediabilmente más intensa, pero también más polarizada en la medida que el gobierno de Morales ha hecho residir su legitimidad en un clivaje que separa el pasado neoliberal del presente posneoliberal. Cabe plantearse entonces hasta donde la pugna con quienes han sido parte del orden previo marca una fisura que le asegura al gobierno una población opositora e insatisfecha que ya no accede al Estado, entre los

que se puede contar hasta cierto punto también a intelectuales. Hay, pues, un relevo tanto de elites políticas e intelectuales como de fracciones de clase media en el Estado.

El relevo de elites en el Estado también ha supuesto que muchos intelectuales que ganaron preeminencia durante la crisis estatal pasaran a ser parte de la plana mayor del Estado. Irónicamente para muchos de ellos esto supuso enterrar uno de los argumentos más esgrimidos en los años que van del 2000 al 2005, a saber, la irredimible condición colonial del Estado. El que había sido el ariete de lucha ideológica en un determinado momento quedó obsoleto con la llegada a las cúpulas del Estado y la explotación desproporcionada de ideas *ad hoc* sobre el cambio de la naturaleza del Estado, aunque se siga responsabilizando de problemas diversos al carácter colonial –como los cuestionamientos que se hacen al poder judicial, a todas luces desastroso, pero en su raíz tan colonial como sigue siendo el Estado como conjunto. La transición de un discurso centrado en categorizar la potencia de la sublevación a uno que tenga que justificar el Estado cuando es evidente que su transformación no puede darse de la noche a la mañana ha llevado a más de una pirueta teórica de los viejos contestatarios. Más adelante habrá ocasión de regresar sobre esto.

El Estado, como espacio de trabajo para los intelectuales, presenta una serie de desventajas tan notables como el resto de los espacios en los que desenvuelven. Sin embargo encierra la magia de su poder –incluso en un Estado pequeño e intermitente como el Boliviano– por las posibilidades de amplificar acciones de sujetos. Sin dejar de lado que una parte importante de su encanto es la posibilidad de trabajar y tener un ingreso; también está el convencimiento de poder hacer algo por la colectividad poniendo en marcha ideas propias –aunque se sujeten a las necesidades y caprichos de los hombres netamente políticos–. Aun cuando las tradiciones sociológicas hayan conquistado éxitos develando la forma en que opera el interés particular, hay que considerar que en la formación del sentido común de los intelectuales no se encarna como contradicción la convicción de hacer algo positivo por el país y a la vez hacerse de recursos económicos y de prestigio –dejando el margen para excepciones notables, principalmente entre la cleptocracia gonista–. Que diferentes actores, a partir de sus experiencias biográficas y sus trayectorias intelectuales, tengan diferentes convicciones de aquello que es positivo es parte integral de estos conflictos intelectuales.

Salvo para un puñado entre los que se cuenta a los privilegiados por la posición social heredada así como a los oblatos de la academia que renuncian, no sin problemas, a las tranquilidades de lo convencional, el conjunto de intelectuales aprenden a estar a salto de mata. La condición de errantes entre diferentes espacios laborales puede ser advertida como una experiencia rica que amplía los espacios de interacción y de aprendizaje, como también puede servir para la autopromoción y el incremento del prestigio personal. Pero también funciona como un modulador de las opiniones y de la forma de enfocar problemas contemporáneos, cambiando el ángulo con que se trata un tema dependiendo de qué lado está jugando en un momento determinado. La forma simplista de asimilar esto es acusar la práctica intelectual de inconsecuencia, pero cabe preguntarse hasta dónde es posible permanecer impasible frente a las transformaciones de la realidad –y del propio ciclo de vida- y mantener una posición realista –que no es pragmática. No se trata de excusar formas mercenarias de la práctica intelectual, sino de entender el sustrato en el que se sostiene esa práctica y traer a la conciencia aquellas cosas de las cuales los sujetos pueden ser efectivamente responsables. Más aun, se trata de mostrar que la falta de autonomía intelectual –proveniente de su dependencia a poderes económicos a quienes están atados laboralmente, que también se expresa en un desplazamiento de elites intelectuales- tiene efectos reales en los acentos de la discusión intelectual, y para el tema que nos ocupa, también en la defensa tanto de la grandilocuente retórica del Estado plurinacional como en los oropeles alegóricos que añoran un pasado en el que las cosas eran mejores.

Una de las muestras más ilustrativas de la situación descrita está en la práctica del silencio autoimpuesto porque pronunciarse podría incidir negativamente sobre uno mismo o sobre la instancia a la que se representa.

Siempre tenía la tentación de volver a escribir, en el [Organismo X] me restringían mucho, eso me molestaba también bastante (...) No podía escribir, no podía opinar sobre nada, todo les parecía que era arriesgado, que todo comprometía la imagen del [Organismo X], entonces fue un trabajo muy cansador, muy estresante en ese sentido, muy desgastante.

“¿Sabes qué [jefe]? – le dije- yo no voy a hacer una apología de la Constitución, yo voy a hacer una crítica de la Constitución”. Obviamente, después, por el impulso del grupo y porque la enciclopedia tenía que tener una línea argumental única, homogénea, empecé a argumentar más por ese lado, que no me siento orgullosos de eso pero bueno, lo hice

¿no? Entonces, seguía con mi postura crítica pero la trataba de refuncionalizar (...) Pero, claro, tenía unos discursos muy fuertes porque yo planteaba unas cosas, él me decía, “tú eres un anarquista”. Y me decía “no puedes plantear eso porque vas a contravenir toda la argumentación del grupo” y cómo al final, esa era la lógica de trabajo, entonces al final termine acomodándome.

He dejado de escribir en periódicos hace algún tiempo. Creo que desde que he sido Directora de [Centro de investigación] digamos que cuido más lo que represento ¿no?

La imagen descrita de las condiciones en las que se desarrolla la actividad intelectual puede parecer en extremo negativa. Los intelectuales aparecen como partículas que se acomodan allí donde tienen oportunidad, en un campo heterónimo que adquiere sus facultades por la acción de fuerzas externas. El Estado, en sus diferentes facetas, es decisivo de cómo se desarrolla la actividad intelectual: En tanto espacio de acción seduce con sus posibilidades de amplificar decisiones a la vez que sojuzga lo intelectual a lo político. Por otra parte la relación que establece con la universidad potencia o restringe las posibilidades de ésta para convertirse en centro generador de ideas, que como se vio, al ser abandonada abre el espacio para que acciones de organismos no gubernamentales campeen y se conviertan en polos de atracción. La prensa y el periodismo aparecen como espacios relativamente autónomos, aunque a la vez son dramáticamente frágiles y aislables en sus efectos, de ahí que el trabajo de un editor sea inequívocamente sacrificado, a menos que se sea parte de un emporio empresarial, en cuyo caso la línea editorial viene influida por criterios de los propietarios de medios. Como se mencionó, pareciera que la imagen del intelectual profesional del que habló Gramsci se impusiera. Sin anunciar la redención de los mismos, en la siguiente sección se trata un momento clave que muestra que la sujeción a la gravitación del Estado no es inevitable.

Subversión y sucesión.

El momento constitutivo se caracteriza tanto por un vaciamiento ideológico como por una disponibilidad social. La crisis estatal, tantas veces aludida en las páginas precedentes es el momento de vaciamiento ideológico. La acechanza de los intelectuales para nombrar y dar contenido es parte del proceso de aprovechar la disponibilidad social, esa sed de los actores de la

sociedad por reconstituir un marco de vida cotidiana en el que ciertos sentidos den coherencia al devenir de los hechos políticos. Durante la fase de disponibilidad social se acentúan las diferencias que dividen ciertas interpretaciones de sus antagonistas, se maximizan las distinciones en virtud del valor de lo que está en disputa: las coordenadas políticas que hacen carne en el sentido común.

Sin duda hay una brecha que divide las construcciones teóricas -pretendidamente rigurosos y fundamentadas- de los intelectuales y las formas en las que diferentes ideas permean al sentido común de las clases sociales y sus diferentes fracciones. Frente a la sistematicidad que presumen las tendencias interpretativas, los actores sociales diversos van tomando de aquí y de allá fragmentos del discurso de personajes públicos y los combina con sus propias producciones e interpretaciones, con las interpelaciones hechas por sus representantes y líderes en los barrios y el trabajo, intelectuales orgánicos en el sentido estricto de la palabra; del mismo modo que se toma en cuenta los discursos de los personajes políticos tal cuales y la proximidad de lo que dicen con la experiencia propia. No hay una imposición de discurso desde ningún centro privilegiado de irradiación: las interpelaciones son bombardeos que los actores a su vez retienen y procesan selectivamente. En la gama de posibilidades disponibles para dar sentido a los hechos que provienen de distintos núcleos, los intelectuales -que no son una unidad monolítica- se suman a un coro cacofónico y hacen jugar sus credenciales para irradiar mensajes que se califican por la reputación y el modo de ser percibido por los distintos públicos. En otras palabras, los intelectuales a los que nos referimos, no ocupan el lugar de preceptores de las masas pero si ocupan un lugar privilegiado para hacer resonar su opinión en espacios claves.

En las páginas que siguen se muestra cómo el momento constitutivo se compone de tres momentos que son acompañados por una fisonomía del debate intelectual que evoluciona. El debate intelectual es un afluente más en el caudal de los procesos políticos. Esto se hace patente con nitidez en la manera en que los momentos que van del vaciamiento ideológico a la fecundación de una nueva hegemonía van a tener como centro de gravedad a dos personajes que han sido trascendentales para entender la configuración política de las primeras décadas del siglo XXI. De las escaramuzas sociales, de primer orden, y las polémicas intelectuales, subsidiarias, se advierte como del espionazo hiriente de 2000 encabezado por Quispe, se pasó a la conformación

de un bloque histórico con Morales como protagonista que ha hilvanado una plétora de distintas tendencias.

Cuando el año 2000 Felipe Quispe habló de dos bolivias, el malestar de diversos grupos populares se vio expresado y condensado en una fórmula que podía arrinconar al Estado. Ello no fue inmediato, pero sí develó las profundas contradicciones existentes y pronto estas se vieron reflejadas en las interpretaciones teóricas. Desde las posiciones que amplificaron el discurso del Mallku indígena se hizo común el uso de un vocabulario que cuestionaba el orden vigente. “La hora del nacionalismo aymara: El Mallku ensaya su nación” (Orduna 17-11-00); “Desde la modernidad al nacionalismo étnico” (Dávila 08-09-00) “El Mallku en los límites de la convivencia: ‘hay que indianizar a las q’aras’” (Orduna 14-10-00); “De Tamayo al Mallku” (Chávez 12-08-01) Son algunos titulares que muestran en la prensa, de reacción más inmediata, el impacto de las polémicas declaraciones de Quispe y lo que estaba en vísperas de ebullición. El planteamiento de la nación aymara suscita interés y no queda simplemente abandonado al olvido después de algunas semanas de escándalo o de la posibilidad de caer en suelo infértil y ser olvidado e ignorado. Otro componente central del discurso de Quispe está en el señalamiento de sus contrincantes como “q’aras”, palabra aymara que literalmente significa “pelado” y que se suele emplear para designar a alguien que vive del trabajo ajeno. Sin embargo el contexto en el que se emplea la noción pronto la reviste de un matiz étnico porque Quispe le atribuye esta condición a quienes viven en Bolivia como descendientes de los conquistadores. Por supuesto la repercusión mediática obedece a que Quispe comanda por entonces la CSUTCB que ha recuperado el espíritu rebelde y protesta con fervor en contra de los gobiernos de Banzer y Quiroga.

Es en la misma prensa que empiezan a aparecer reacciones negativas frente a lo que se considera en ese momento una forma de extremismo imbricado de racismo. En un artículo publicado en Pulso (27-10-00) titulado “una Bolivia, dos bolivias, tres bolivias...” Mariana Diaz rechaza las postulaciones del secretario ejecutivo de la CSUTCB porque rompen con la unidad e integridad de la patria boliviana. Este artículo escrito con más sentimiento que espíritu crítico muestra el shock que representó para una clase media biempensante el señalamiento de la herida que, se denunciaba, separaba al país. El artículo también es expresivo de los miedos atávicos que evocan el cerco a La Paz durante la sublevación india de Katari en 1781 y que el Mallku supo reeditar, haciendo uso de un repertorio de movilización que gozaba de la ventaja del pánico de los

ciudadinos. De modo más sensato, Gonzalo Rojas y Carlos Mesa traban un debate (“Debate sobre Felipe Quispe: identidades rechazadas y democracia” Rojas 07-10-01; “¿Debate sobre Felipe Quispe? Identidades aceptadas y democracia” Mesa 21-10-01; “La retórica de Carlos Mesa” Rojas 04-11-01) sobre la legitimidad de las demandas y estilo político de Quispe. El tópico central sobre el que discrepan está en cómo Quispe busca objetivos legítimos –integración, ciudadanía, participación, combate de la pobreza- encumbrando banderas ilegítimas que causan más daño. El racismo, la exacerbación de diferencias y antagonismos étnicos se ciernen como amenazas de la democracia y de la institucionalidad. El problema, entonces, era como dar cabida a soluciones que aplaquen los enconos crecientes. Este debate se suma a una serie de artículos de la época en los que se refleja la oposición entre la perplejidad y la celebración frente a los significados de la irrupción campesina aymara. Más allá de los bemoles de los diferentes abordajes que se hacen para interpretar a Quispe y su movimiento está la potencia centrípeta del tema. Felipe Quispe logra arrancar a los intelectuales subsidiarios de la institucionalidad de las preocupaciones predominantes de las coordenadas del neoliberalismo y los hace entrar en su juego.

A partir de la irrupción del movimiento campesino el campo de discusión se reorganiza. Los intelectuales que se cuestionaban el Estado pronto llenan las páginas de palabras que mostraban un momento de agotamiento del modelo de libre mercado. Resistencia, soberanía indígena, nación aymara, sublevación, rebelión, multitud, masas y otros significantes acompañaban las sentencias de muerte que se decretaron contra el neoliberalismo y que se publicaron cada quince días (“De la revuelta campesina a la autonomía política: la crisis boliviana y la cuestión aymara” Zalles 2002; “Ley INRA ¿avance o retroceso en la demanda territorial de los pueblos indígenas?” Yampara; 06-07-00 “El Alto, la ciudad donde germinó la insurrección popular” García Linera 2003). Pero los autores de estas diferentes intervenciones, a pesar del uso extendido y común de palabras de léxico señalado, no interpretaban la situación del mismo modo. Eran intelectuales de diferentes filiaciones intelectuales que compartían entre sí y con los sectores populares, el hastío respecto al neoliberalismo, pero no necesariamente mucho más. Marxistas, indigenistas, indianistas, kataristas, izquierdistas de todos los cuños, contribuían al atronador eco que anunciaba que el neoliberalismo estaba presto a dar sus últimos estertores. En cambio los intelectuales que estaban de acuerdo ya sea con el neoliberalismo o con su marco institucional se dispusieron de una constelación diferente de palabras en las que se hacía hincapié en el carácter pluriétnico y multicultural del país, en el que si bien había espacio para reivindicaciones de

pueblos indígenas, estas tenían canales institucionales que limitaban sus excesos (“Particularismo, nacionalismos y globalización” 25-11-00; “El conflicto entre el Estado del ‘demos’ y el estado del ‘étnos’” Lazarte 18-07-03; “Derechos de las etnias bolivianas de cultura española” Roca 13-06-03; “El estado del 52 y la determinación nacional” Grebe 12-04-02). Los desbordes de esas vías de participar para negociar sus derechos tomaban, según ellos, la forma de un etnicismo no pocas veces tildado de racista y resentido.

La decadencia neoliberal y el estado de movilización de diferentes sectores facilitaron que, frente a las intervenciones que abogaban por regresar al marco institucional, el repertorio discursivo que emanaba desde los intelectuales antineoliberales ganara espacios y adeptos. Aun cuando viejos marxistas participaron de la resonancia de las demandas populares, el lenguaje empleado escasamente aludía a clases y la etnicización de las categorías fue en ascenso. Aun cuando “campesino” alude a una clase social e “indígena” –a grandes rasgos- es una categoría étnica, la defensa de las acciones de Quispe, de la CSUTCB, rechazaban la idea de “campesino” porque rememoraba la interpelación modernista del Estado de 1952. Así lo indígena fue adquiriendo no solo centralidad, sino además el valor de potencial articulador. Del mismo modo, como los partidos políticos de la época estaban mal vistos por la población y los movimientos ascendentes no tenían estructuras partidarias sino que las inventaron sobre la marcha y de modo *ad hoc* para participar en elecciones, los intelectuales afines recurrieron al análisis de “movimientos sociales” y el uso de conceptos como “multitud”. Tanto los cocaleros como los campesinos estaban y están organizados en sindicatos, pero los trabajos de la época dan poca cuenta del estudio de sindicatos porque también se cuestionó el origen occidental de estos y se quiso realzar las formas de organización “indígenas” a pesar de la evidencia de que al final de cuentas estas organizaciones se limitan muchas veces cambiar la nomenclatura de las autoridades (Spedding 2014).

Frente a las estrepitosas derrotas de la izquierda boliviana entre la transición a la democracia y la imposición global del neoliberalismo, resulta evidente que sus consignas y sus palabras habían dejado de movilizar. A la vez que las movilizaciones del periodo de crisis estatal tuvieron una fisonomía propia, ni completamente nueva ni completamente vieja, también se advierte que demandó que sea clasificada de modos novedosos. Aquello que acontecía no podía reducirse al lenguaje de movilización de la segunda mitad del siglo XX que tenía en los mineros y la

COB sus pilares. La articulación organizada alrededor de los movimientos campesinos y con participación de organizaciones gremiales, de juntas de vecinos y otros sintonizó con el glosario nuevo que a veces reverberó con tonos posmodernos en delirios muy singulares. Es justamente en la medida que las singularidades de las movilizaciones fueron acompañadas de este nuevo repertorio que los odres viejos de las categorías institucionales perdían eficacia y facilitaron la apertura de la brecha que condujo a los insurrectos al asedio de la Plaza Murillo.

Sería erróneo pensar que Felipe Quispe, tanto figura como dirigente, bastó para socavar el sentido común neoliberal. Otras luchas y otros movimientos estuvieron involucrados en el cuestionamiento del neoliberalismo y asedio del Estado. En las elecciones de 2002 el partido de Quispe, el Movimiento Indígena Pachacuti tuvo el mejor desempeño histórico que había tenido un partido indianista, alcanzado el 6% de la votación. En cambio el Movimiento al Socialismo de Evo Morales, cuya fuerza esencial son los sindicatos cocaleros y alrededor aglutina tendencias diversas de izquierda, quedó en un segundo lugar con 22% de los votos, muy cerca del MNR que llevó a Gonzalo Sánchez de Lozada a su segundo mandato. La diferencia de magnitudes no es sólo cualitativa; hay un rasgo cualitativo que no se puede dejar de lado. Quispe es la figura que sintetiza la ruptura con un estado de cosas, el ariete que convierte la discusión multicultural en una discusión sobre exclusiones y explotación. La retórica belicosa que impregna las luchas sociales se deriva de esa alteración radical del tablero.

El radicalismo de Quispe y la nítida impronta indianista de su discurso que lo erige como el gran acusador, es también la fuente de su desventaja táctica. Evo Morales, proveniente del sindicalismo y por mucho tiempo abocado a la resistencia cocalera a la intrusión militar de la Drug Enforcement Agency (DEA), era sujeto de un discurso a la vez menos extremista y más pasible de expresar más cabalmente demandas de otros sectores. Como dirigente cocalero interpelaba a los trabajadores frente a los explotadores y a los bolivianos frente al imperialismo. Por su propia posición, un campesino de ascendencia aymara pero que desconoce otra lengua que no sea el castellano, difícilmente podía encabezar un movimiento nacionalista indígena. No obstante, la potencia de los pueblos indígenas, que queda enunciada por Quispe pero que viene de una larga maduración, son para Morales parte del momento político que hay que leer, articular y promover. Es exactamente esta función de articulación, sustentada a partir de una centralidad que se produce explotando su posición en la lucha, que le permite a Morales encabezar lo que Gramsci

denomina un bloque histórico, es decir, una conformación que vincula a diferentes clases y sectores bajo un programa político de movilización. Mientras Quispe se rodea esencialmente de correligionarios tan radicales como él mismo, Morales trabaja en las vinculaciones que ciñen sus relaciones con los regantes de Cochabamba, pero también con las dirigencias de otros departamentos, pero también con las más variopintas tendencias ideológicas anti neoliberales.

Las posiciones políticas de los dos líderes indígenas inciden en el actuar de dos figuras del mismo momento político. Por un lado Filemón Escobar y por el otro Álvaro García Linera. Escobar, importante líder minero de impronta trotskista de la segunda mitad del siglo XX, ya en el momento de la transición democrática se había aproximado a las corrientes kataristas. Estos, a diferencia de los indianistas, habían tenido más clara la función e importancia de dirigir al conjunto de sectores populares del país y Escobar coincidió con algunos de los líderes del movimiento en términos de programas. Con la debacle minera con el neoliberalismo, Escobar se aproxima, entre otros, al movimiento cocalero, donde conoce a Morales y con quien mantiene una relación política cercana. En 2002, de hecho, es electo senador por el Movimiento al Socialismo y es una de las principales figuras de articulación. Álvaro García Linera en cambio fue compañero de armas y de cárcel de Felipe Quispe. Cuando ambos son liberados sus coincidencias ideológicas eran muy grandes y en términos políticos abogaban por una autonomía territorial aymara. Inclusive durante el gobierno de Carlos Mesa, que estuvo plagado por la inestabilidad, García Linera se refirió a Morales no como el Lenin de la movilización, sino quien cumplía el papel de Kerenski, haciendo destacar que lo consideraba un líder reformista.

Los años de inestabilidad presidencial fueron vicarios de cómo la figura de articulación en la que se había constituido Morales incluyó la necesidad de incorporar a la clase media en la ecuación antineoliberal. Sin embargo, la izquierda partidaria que había estado de capa caída buena parte del neoliberalismo carecía de cuadros y figuras, lo que daba realce al intelectual devenido en analista mediático, más cercano a Quispe, más radical que Morales. La ola popular que levantaba a Morales ejerció una fuerza de arrastre que se llevó también a García Linera, constituido como el personaje que vincula la candidatura de Morales con los sectores urbanos y las capas intelectualizadas de la sociedad, así como uno de los cerebros estratégicos. El juego de sumas y restas que hacen comprensible este desplazamiento muestra la ascendencia decisiva de las elecciones del político que se arma con un intelectual, cuya radicalidad lo hace visible y

reconocible pero que es ajena al programa del político. Si bien García Linera se ajusta al programa y líneas maestras de Morales, su presencia si altera el juego de pesos e influencias sobre el candidato cocalero que se traduce en el desplazamiento de Filemón Escobar.

Esta situación, que se ilustra a partir de una preeminencia pública conocida, se repite en diferentes niveles del entramado de personas proclives al MAS. Las formas más radicales de pensamiento se hacen dóciles en aras de la consecución del objetivo que se vislumbra al alcance de las manos. Indianistas, troskistas y anarquistas de escritos radicales encontraron remanso circunstancial en un proyecto más moderado que sin embargo en ese momento lo era todo para salir del orden neoliberal. La cadena de equivalencia de la que habla Laclau (2006) fue posible en la medida que lo diferentes sectores confluyeron en un terreno que los expresaba, al menos simbólicamente, a todos –o a las grandes mayorías-. Que Quispe no haya podido ser el artífice de esa cadena de equivalencias que devienen en el bloque histórico de cambio de siglo enseña que los actores radicales cumplen la necesaria función de rasgar el status quo y develar su impostura, pero ahí habita también su inevitable soledad. La conformación de un bloque histórico, en cambio, requirió de una capacidad de armonizar la polifonía de demandas, incluidas las de los sectores más timoratos del campo popular.

La victoria de Evo Morales en las elecciones de 2005 estuvo acompañada de un cambio en los términos de la discusión intelectual también porque las posiciones de los actores beligerantes se modificaron. En primer término la ocupación del Estado significó un cambio de elites en el Estado, incluyendo una intelectualidad que en los años previos había manejado una retórica inflamable. Desde esta nueva posición se empezó a hablar en primer lugar de la centralidad innegable de la figura de Evo Morales (“Evo Morales y el nuevo nacionalismo” Stefanoni 09-07-06; “Evo Morales y la revolución india” Prada 23-04-06; “Lo nacional-popular en acción: El evismo” García Linera 02-04-06) en la transformación del Estado, que con la nacionalización de los hidrocarburos y la convocatoria a una Asamblea Constituyente empezó a cobrar materialidad (“La estructura del nuevo Estado debe ser plurinacional e intercultural” Albó 04-08-06; “Democracia, nuevo modelo plurinacional y poder en Bolivia” García 17-09-09; “Interculturalidad. Construcción de una comunidad nacional desde la diversidad plurinacional” Antequera 2008; “Multiculturalidad política y pueblos indígenas” Guzmán Boutier 2008). La certeza de que algo estaba cambiando en las direcciones que habían sido delineadas por los movimientos era patente y estaba alimentada

por los impresionantes márgenes de apoyo del nuevo régimen. Desde este frente era evidente que la situación política había encontrado un cause dentro de un orden posible, que en tanto viabilizaba la consecución de sus demandas, bajaba su conflictividad.

Los intelectuales que en cambio ocuparon posiciones detractoras del gobierno se aprestaron a mostrar cómo el orden institucional que estaba en vías de engendrarse podría acarrear distintos peligros (“El regionalismo y el etnicismo están por acabar con Bolivia” Rojas 25-10-07; “¿multiculturalismo o multinacionalismo?” Lazarte 04-05-07; “El proyecto nacional populista, indigenistas y andinocéntrico” Prats 03-07-09). El foco de estas críticas, como se advierte en los titulares de artículos citados, era la insostenibilidad de un orden político en el que se acepte la existencia de varias naciones. Para este ángulo de análisis el reconocimiento de diferentes nacionalidades echaba por tierra la posibilidad de una igualdad legal de los ciudadanos, ya que dependiendo de la etiqueta étnica que se detente, se tendrían mayores o menores prerrogativas. De tal modo, el tejido social quedaría jurídicamente desgarrado en tanto se reconocía un grupo excesivamente beneficiado por su condición étnica, los aymaras. Si bien estas ideas tuvieron recepción y se convirtieron en saetas dirigidas contra el gobierno, no alcanzaron a convertirse en fuerza movilizadora, salvo de modo marginal.

El antagonista real eran los sectores elitistas de las regiones, que se pertrecharon bajo la demanda de autonomía departamental. Como ha señalado Pruden (2001, 2003, 2009), el regionalismo en Bolivia no es una novedad en respuesta a los acontecimientos actuales, sino que ha funcionado de manera cíclica. En los momentos en que las elites regionales veían sus intereses expresados en el Estado, la demanda autonómica decaía, mientras que cuando el Estado se aleja de las elites regionales, principalmente la cruceña, el regionalismo se aviva como forma de reacción política que sirve para presionar a un Estado con el que no está coludido. El ascenso de Morales a la presidencia inaugura un momento donde la correa de representación de los intereses elitistas del oriente se rompe y por lo mismo desencadena su movilización.

El regionalismo boliviano se funda en algunas evidencias que sugieren que el Estado concentra recursos en la sede de gobierno, dejando marginados a los otros departamentos. Sin embargo una lectura global del país muestra que históricamente el Estado boliviano es en primer lugar un Estado débil, con poca presencia en las regiones y con un funcionamiento intermitente.

Como resultado su expansión sobre el territorio es esmirriada salvo por el eje que conecta las regiones mineras con la sede de gobierno (hasta 1952) y el eje central que conecta las ciudades de La Paz, Cochabamba y Santa Cruz, es decir, el Estado ha existido ahí donde se daba la circulación del enclave. Esta falta de lectura global de la situación de Bolivia como país dependiente de enclaves efectivamente muestra que el Estado está lejos de las regiones, pero no por confabulación perversa sino como deficiencia de un Estado construido para la exacción de las riquezas del país e incluso así se advierte que, dentro de sus míseras condiciones, el Estado ha hecho esfuerzos por integrar el conjunto del territorio nacional (Barragan 2009).

Sin embargo las elites regionales bien pueden prescindir de una lectura global del país en la medida que les sirve para instigar sectores populares en las regiones con el fin de recuperar influencia política. En ese orden de cosas los comités cívicos de los departamentos del oriente pusieron sus mejores oficios para convertirse en difusores de ideologías regionalistas, a veces con tenores nacionalistas y separatistas. *Los cruceños y su derecho a la libre determinación* de Sergio Antelo (2003), *“La autonomía y la autodeterminación de la nación cambia”* (2003) e *Iyambae* (2005) ambos de Carlos Dabdoub, son los textos principales que ponen los cimientos formalizados de lo que se entendió en el contexto entre 2000 y 2008 como “nación cambia”. Las disquisiciones de estos autores y del Movimiento Autonomista Nación Camba si bien fundamentan argumentos históricos sobre la particularidad de la identidad regional, fueron manejados con cuidado por los comités cívicos, ya que en el contexto de lucha política posterior a 2006 la idea de dividir Bolivia restaba antes de sumar (cf. Paz Gonzales 2007). El movimiento regionalista ganó fuerza defendiendo ante todo su derecho de autonomía, aunque recurrentemente el trasfondo de ser una nación impregnó el espíritu de su lucha contra el gobierno.

Frente a los discursos de los comités cívicos y de algunos militantes autonomistas que hablaron de los collas –población de las tierras altas del país- como “raza maldita” y la persecución de población indígena en las ciudades del oriente el proceso político enfrentó su momento más agrio. En las diferentes regiones las poblaciones acosadas se organizaron para resistir el embate a la vez que recibieron el apoyo del gobierno. En el plano ideológico los intelectuales de lo que ya empezó a llamarse “Proceso de cambio” dirigieron sus ataques sobre lo que consideraban la falsificación de un derecho sobre el territorio, más aun cuando los miembros de las elites del oriente son de ascendencia extranjera y a la vez son de la clase económicamente dominante.

Ambos rasgos pusieron en evidencia el desarraigo de lo popular de las demandas autonomistas – que tenían su propia versión popular que difería sustancialmente de las demandas elitistas de la agroindustria cruceña. Finalmente lo que mantuvo a coto el discurso autonomista fueron sus propios excesos secesionistas, que señalados y repetidos tanto por los actores políticos como intelectuales favorables al proceso, lo minó de la constante sospecha de que sea cierto. Todo este conflicto ideológico fue afluente en la solución de la tensión en las regiones, que supuso superar un intento de golpe cívico-prefectural en contra del gobierno, que a su vez respondió con fuerza militar para contener un proceso que anunciaba una guerra civil.

La crítica intelectual a las formas más virulentas de los discursos regionalistas se dio de dos modos, divergiendo en el locus de enunciación. Por una parte el conjunto de intelectuales que escribían desde el polo próximo al nuevo gobierno –aun cuando no sean parte de él- destacaron en general que se estaba en un momento en el que el gobierno y los movimientos sociales estaban intersectados. El empuje de los “movimientos sociales” –que ya era parte de la nomenclatura usual del análisis- ejercía su influjo sobre un gobierno que dependía, a falta de partido, casi enteramente en ellos. A la vez, desde el Estado se incitaba esta relación: había que derrumbar las válvulas que separaban a los movimientos de la conducción del Estado. Desde ahí, la calidad elitista de los movimientos regionales era anatemizada y la especificidad de su demanda debía ser repelida.

En cambio la crítica al gobierno que provino desde la defensa de la república y del principio ciudadano de comunidad política identificó que tanto los excesos del regionalismo como los rebales etnicistas eran contribuyentes del mismo problema: la pérdida de referentes universalistas que rijan la vida pública y el predominio nocivo de los particularismos. Frente a la forma de discurso con un fuerte clivaje de oposición entre lo popular y lo antipopular, el discurso institucional no apelaba a ningún tipo de actor en concreto para que se haga partícipe de las disputas políticas, en cierto modo se configuró como intervención sobre lo público de un modo intelectual pero sin correlato político inmediato. Sin embargo en términos de su efecto sobre la coyuntura el tipo de argumentos esgrimidos encontraron sintonía con sectores de clase media que sentían que, ante la irrupción de nuevos sectores, los bienes de integración escasos, serían más disputados. Más aun, en la medida que la construcción jurídica de lo plurinacional tomaba cuerpo en la Asamblea Constituyente, se temía que las naciones indígenas tendrían un acceso privilegiado

a derechos y prerrogativas, en obvio desmedro de las clases medias. Esa circunstancia movilizó, de modo fragmentado e intermitente justamente a sectores de clase media, que si bien algunos se proyectaron a la arena política, tuvieron un efecto menor sobre el curso de los acontecimientos.

Cuando el 25 de enero de 2009 la población boliviana votó por aprobar el texto constitucional emergido de la Asamblea Constituyente, la aprobación fue de un notable 61%. Atrás quedaba la disputa regional que había llevado al vicepresidente García Linera a catalogar el momento como de “empate catastrófico”. Sometido a presión, el bloque regional se fracturó entre los que estaban dispuestos a llevar la lucha por los caminos de una guerra civil –que tuvieron que dejar el país en 2008, y los que consideraron que ciertos diques no deben ser superados pero siguieron siendo de la oposición férrea al gobierno (Miranda 2012). Por delante se abrió el camino para la realización de la figura jurídica de lo plurinacional, promesa de reconocimiento y participación del conjunto de los bolivianos en sus singularidades, pero como todas las grandes promesas, víctima de su propia audacia.

Aprobada la nueva constitución y derrotada la oposición regional, el gobierno de Morales estuvo frente a la tarea de consolidar su hegemonía. Las grandes confrontaciones habían cesado aunque eso no canceló la dinámica política, puso el énfasis en la administración de lo económico. Igualmente la construcción de lo plurinacional pasó de un momento en el que el empuje de organizaciones sociales eran imprescindibles a uno donde los tiempos estatales y la legalidad ocuparon más tiempo. Sin embargo la preponderancia del momento de hacer leyes que expresen lo plurinacional trajo una discusión que, si bien no era novedosa, obligaba a estabilizar definiciones allí donde los años de crisis habían favorecido movimiento y devenir.

A pesar de la antigüedad de la discusión sobre el carácter fluido de las identidades, el problema de cómo definir a un sujeto volvió con fuerza a la discusión por su pertinencia en los aspectos jurídicos de una institucionalidad que se puso en construcción. Este debate subió de tono aún más con la planificación del Censo de 2012. Dicho censo incorporó dos preguntas sobre autoidentificación. La primera versó sobre la pertenencia o no un Pueblo Indígena Originario Campesino (denominación contenida en el texto constitucional). La segunda pregunta inquirió sobre si se era miembro de alguno de 39 pueblos incluidos en la boleta, incluyendo las 36 lenguas reconocidas en la Constitución, las cuales se sobreentiende que pertenecen a las 36 naciones

indígenas originarias y campesinas del país, más tres de otros grupos étnicos, potencialmente también naciones. Sorpresivamente los resultados arrojaron descensos marcados en la población que se autoidentifica como indígena respecto del censo de 2001. En ese censo la población que se reconoció como indígena alcanzó el 62%, pero en 2012 ese número descendió al 41%. No es menor que las preguntas de autoidentificación no hayan sido las mismas, lo que introduce un primer problema de comparabilidad. En cualquier caso, el resultado reavivó una discusión permanente sobre el lugar de los mestizos en el país. Mientras algunos autores celebraron el resultado del censo por mostrar que la mayoría nacional comparte una identidad conjunta antes que muchas separadas, otros se detuvieron en mostrar cómo no es incompatible ser mestizo e indígena a la vez.

El tema del mestizaje ocupó un lugar relevante en las discusiones políticas del país, pero el censo repuntó su importancia. “¿Cuál es la mayoría nacional en el Estado Plurinacional?” (Quiroga 27-01-09); “¿Falta o sobra? Categoría mestizo y pluralidad identitaria en la Boleta Censal” (Zapata 13-05-12); “Mestizaje y globalización: cosmopolitismo en Bolivia” (Gamboa 07-14); “El mestizo, ese sujeto pragmático y utilitarista” (Salazar 01-02-12) son solo algunos de una miríada de artículos que retomaron la importancia de lo mestizo, pero a la vez complejizan la concepción de esta identidad. Sin embargo, salvo casos puntuales, la comprensión del mestizo no es la misma que dominó el periodo de la revolución de 1952. El mestizaje contemporáneo no es la amalgama virtuosa que da cuerpo a la nación, es una identidad, también fluida y contextual, a la que los indígenas transitan en la medida que modifican sus mundo de la vida que se urbaniza y se conecta con contextos más allá de las comunidades de origen. Con esta argumentación la pregunta que se dirige al Estado se convierte en un cuestionamiento sobre el lugar de estos en el Estado que se quiere construir. La defensa del mestizaje coaligó a un grupo variado de intelectuales que seguían procurando limitar los intentos del Estado de hacer de lo plurinacional un orden de exclusiones basadas en etiquetas identitarias.

El problema desde el punto de vista del Estado se convirtió en que aquello que quería tomar como piedra basal de la construcción de lo plurinacional resultó ser mucho más fluido e incontrolable. Lo indio o lo indígena no aceptan categorizaciones que los encierren en compartimentos estancos y se cierran sobre ellos limitando su radio de acción. Al mismo tiempo, sobrepasado el momento de mayor duelo político y enfocadas las tareas económicas, se hizo

patente que aquello que podía defenderse en lo político –las naciones indígenas- era más difícil de considerar en el ámbito económico, donde primó el interés del Estado-nación unitario. Esto se hizo evidente con el conflicto del TIPNIS, ya que el gobierno pretendía construir una carretera que sirva para la integración económica nacional –a la vieja usanza- pero el trazo implicaba cruzar por un territorio indígena. Los líderes de los pueblos del TIPNIS rechazaron la construcción de la carretera, mientras el gobierno insistió en ella. Ante las protestas de los indígenas del TIPNIS, el gobierno respondió con una represión policial que, por la violencia dirigida a los indígenas, rompió la imagen del gobierno de los indígenas a la vez que hizo acuciante la pregunta sobre quiénes son indígenas y por qué.

La gresca intelectual de ese momento enfrenta a los intelectuales del gobierno que se ven en la necesidad de hacerle un terreno común a la unidad nacional, el reconocimiento de una identidad boliviana que incorpora lo indígena, si como naciones, pero a la vez la necesidad de pensar en los intereses de la población como conjunto dentro de la nación que aglutina a las otras naciones. La obra del Vicepresidente en esos años apunta a ello y, como maestro de orquesta, es acompañado en el mismo tenor por los escritores del partido de gobierno. No obstante es el conflicto del TIPNIS el que resquebraja de modo más perdurable las redes intelectuales del proceso partiendo por el alejamiento de diferentes actores de los entornos oficialistas. El cuestionamiento apuntó a señalar que el proceso de había desviado y caído en un entrapamiento donde el Estado-nación se ponía por encima de lo plurinacional, desvirtuando la Constitución Política del Estado. El efecto es el engrosamiento de un pensamiento y oposición al gobierno desde el principismo y situado, según ellos, a la izquierda de un gobierno que se corrió hacia el centro del espectro político. Los intelectuales oficialistas por su parte cargaron las tintas en contra de esta crítica al señalar cómo los argumentos pretendidamente de izquierda eran en realidad funcionales a las posiciones de las fuerzas conservadoras.

Más allá de los problemas políticos y académicos serios que implica desanudar el conflicto entre los que no transigen en los principios de transformación y quienes insisten en avanzar en la construcción de lo plurinacional paso a paso, está el hecho de la circulación por el Estado. Diversos actores que durante el periodo de crisis defenestraron el Estado, en cierto momento de la construcción del nuevo orden se aproximaron al Estado y participaron de él, lo consideraron redimible en la medida que se había conseguido acceder al Estado desplazando a las antiguas

elites, antes de darle la espalda al gobierno. El rastreo de sus escritos muestra justamente este trayecto que pasa de lo anti-estatal a lo estatal, para eventualmente volver a posiciones críticas. ¿Hasta dónde es posible volver a argumentar la vileza ontológica del Estado después de haberlo defendido coyunturalmente? La pregunta antes que demandar una respuesta moralista sobre la naturaleza ineludible de los valores, apunta más bien a analizar cómo las correlaciones de fuerza cambian las formas en que se lee el Estado desde diferentes ángulos. Esta situación no es privativa de los desmembramientos en el bloque oficialista en el contexto del TIPNIS, si no que se puede registrar en la consideración de diferentes tipos de conflicto sobre el Estado, ya leyendo la nostalgia por la república representada por los análisis más institucionalistas, ya retomando la crítica de la pérdida de virtud del gobierno caído en manos de entornos blancoides.

La revisión de las formas en las que evoluciona la disputa ideológica que sostienen los intelectuales, en cercana proximidad con la arena política, se advierten tres momentos. El primero es el del asedio del Estado neoliberal, que en términos intelectuales implica un trabajo de toma y daca por definir los significantes con los que se piensa la crisis estatal. Esto posicionalmente encuentra asidero en las posiciones próximas y distantes respecto del Estado: cuanto más lejos se encuentra un actor de su órbita de influencia, más proclive a ser un férreo antagonista de él, siendo lo inverso también cierto.

El segundo momento es el de la épica del cambio y la transformación, que hace residir su batería de defensa en las facetas de transformación que siguen el influjo de las movilizaciones. Este momento implica el paso del asedio a la ocupación del Estado, movilización que modifica los términos con los que se describe la relación del Estado con la sociedad. Estos términos describen una relación de refuerzo entre sociedad y Estado si se toma en cuenta los focos de irradiación más cercanos al gobierno, mientras que se describe como desmoronamiento de la institucionalidad desde las posiciones críticas. Como un eco de las formas del discurso indígena, el nacionalismo cambia recurre a las mismas plantillas de crítica el discurso indígena, desprovisto no obstante de la permeabilidad en lo popular que convierte los discursos en política en movimiento.

El tercer momento es el del enfriamiento de la relación entre el Estado y la sociedad, momento en que los intelectuales asumen el reacomodo, que no quiere decir cejar en la crítica, pero si aceptando la perdurabilidad de una base sedimentada de los procesos de movilización. A la

vez, desde el Estado y para los intelectuales encaramados en los entornos políticos es un momento donde los desafíos de edificar aquello que está en el plano, somete a la emergencia de contradicciones internas. Sin embargo, el poder extraordinario del Estado, inclusive uno como el boliviano, se convierte en la presea que puede servir para construir a la vez que se pasa demasiado tiempo cuidando de ella. A la vez, los sedimentos de la práctica burocrática, marcados por una historia que hace del Estado un botín, no quedan desterrados y acechan fantasmalmente.

Conclusiones.

A lo largo del texto se ha insistido en caracterizar al Estado boliviano como un Estado pequeño cuya acción es intermitente e irregular. Sin embargo, a lo largo de este capítulo se ha mostrado cómo tanto su accionar como su fuerza de atracción afectan de modos poderosos a la pequeña fracción de la sociedad que son los intelectuales. Esto no es contradictorio, pero sí es sintomático del lugar que ocupan los intelectuales en el concierto de las reyertas políticas. Los intelectuales, a pesar de la diversidad de orígenes sociales que puedan tener, se constituyen como tales en parte como actores del entorno estatal. Son actores urbanos, de grados escolares superiores a la media del país, volcados a la producción y crítica de ideas políticas, nodos en redes de interés en las que se entremezcla la acción e interés colectivo con la estrategia individual. Un conjunto de características que los ponen en el campo imantado por el Estado, más asentado en las ciudades y con capacidad de afectar de modo efectivo sobre aquellas partes de la sociedad que dependen de estructuras más formalizadas, sea por la necesidad de un marco jurídico –para el caso de ONGs o cooperación internacional- o que emergen de la diferenciación de funciones del propio estado –como la universidad.

A primera vista toda esta proximidad con lo estatal podría llevar a suponer que se trata de un tema de integración a la cultura legítima, aun en modalidades contenciosas. Eso lleva la suposición de que en Bolivia hay algo que se pueda llamar “cultura legítima” y que la integración social no pueda operarse de modos ajenos al Estado. En Bolivia, donde el espesor de la organización de la sociedad ha sido siempre el contrapeso a las imposiciones de un Estado colonial, la integración difícilmente podría asociarse solo como prerrogativa estatal dados los diversos niveles de organización de la sociedad que proveen de un sustrato de pertenencia a los actores. Para entender esta configuración hay que deshacerse tanto de la idea hobbesiana del

Estado con poder absoluto sobre la vida de sus súbditos, como de las imágenes de la existencia de la sociedad civil separada ontológicamente del Estado. Dentro del entramado de relaciones sociales el Estado boliviano ni lo es todo ni tampoco carece de existencia: adquiere su propia centralidad del hecho de haber sido históricamente el aparato que facilita la apropiación del excedente en un país de enclaves de recursos naturales y a ello le debe una fuerza que no se puede omitir. Si el Estado es el aparato que favorece la apropiación del excedente, su entorno es relevante no en tanto espacio de integración sino como espacio liminal que permite influenciar justamente la orientación de esa apropiación y eventualmente también su redistribución.

La proximidad al Estado no es apacible. Para los intelectuales, como se ha mostrado en las páginas precedentes, esta proximidad se traduce en la afectación de las condiciones de existencia por lo que el Estado haga o deje de hacer: mayor o menor libertad concedida a las ONGs o a la universidad se traduce en condiciones a afrontar con el despliegue de estrategias entre las que efectivamente se cuenta la validación de una preparación académica específica pero también el uso de capital social, del funcionamiento reticular de un conjunto de actores que movilizan recursos de modo conjunto para poder sobrevivir pero también para proyectarse, en este caso, como intelectuales. El Estado subordina y condiciona la acción de los intelectuales que deben estar a salto de mata para cazar las opciones que les sean beneficiosas, aunque estas mismas signifiquen aceptar segundas subordinaciones: subordinación a una línea editorial trabajando en la prensa o subordinación a un enfoque y perspectiva que imponen las investigaciones que vienen condicionadas por la necesidad de responder con ciertos resultados que se ajusten a los intereses del financiamiento.

Como señala Giddens en *La constitución de la sociedad* (1995) toda constricción a la vez habilita cursos de acción. Las subordinaciones de los intelectuales al constituirse en el umbral del Estado se pagan con las posibilidades de modificarlo o conducirlo, promesa rara vez cumplida a cabalidad, pero invocada recurrentemente por diversos escritores para justificar el propio lugar en el mundo. En este punto conviene abandonar la imagen de ese Estado que se yergue monolítico y reintroducir la idea de que éste es también una correlación de fuerzas entre actores.

Estos actores circulan y la crisis estatal fue un momento en el que el empuje de unos y la retracción de otros cambió la fisonomía de las redes involucradas con el poder Estatal. Lo anterior

no se dio por inercia: los diferentes intelectuales participaron en la polémica por plasmar de modo estratégico los contenidos que irían a ocupar el núcleo ideológico del Estado y a la vez favorezca su propia proyección para ocupar lugares en el Estado. Que muchos de estos intelectuales hayan esgrimido sus argumentos pasando de una posición contraestatal para, una vez en el Estado cambiar la orientación de sus ideas y defender la nueva configuración de la malla institucional. En ese sentido es posible decir que hay una transformación del Estado, tanto más interesante porque quienes llegan a él provienen de una incorporación reciente al entorno en el que se pugna por él y, de modo más general, son actores que habían estado al margen durante el periodo previo.

El Estado entonces responde a una mecánica dual: por un lado, en tanto aparato, se impone y afecta la existencia de los intelectuales y por ese medio sojuzga. Como centro de un poder sobre el excedente, atrae y ocupar posiciones dentro él tiene por efecto una conversión de las posiciones que se aparecen como sus antagonistas. Por el otro lado, su modificación parcial, la transformación de sus énfasis también es posible, pero requiere de una movilización de recursos que permita el desplazamiento de unos actores por otros. Este el Estado como sino aciago, en tanto la posesión de su poder seduce y la exclusión de sus lugares de privilegio subordina. La posición que los intelectuales adquieren entre el Estado y la sociedad a la vez que los habilita para favorecer ciertas transformaciones, los constriñe y ata a esa sujeción.

Conclusiones

I.

La pregunta por los procesos involucrados en la producción de discursos sobre la nación es a la vez una pregunta por la autonomía de los intelectuales. Se partió de consideraciones generales sobre el hecho de que el discurso es un producto de lo social y no maná que se revela a algunos elegidos o un producto de la genialidad singular de uno o varios actores. El desafío que se propuso fue el de identificar de modo específico las constricciones y oportunidades estructurales e históricas que aportaran a la comprensión de una polémica coyuntural que estaba adherida a un momento de crisis más amplia. El diagrama de variables que afectan, incentivan, movilizan y moldean los discursos sobre la nación expresan las sujeciones pero también los márgenes de libertad de los intelectuales. La mecánica de la reproducción social ejerce un poder de gravitación sobre los cursos de acción posibles de ser seguidos por los intelectuales, pero ello no significa que estos sean autómatas gobernados por fuerzas exteriores: la propia subjetividad, tanto intereses como afectos, está involucrada en el minuto estratégico y el segundo táctico de una contienda que no es abstracta. La polémica por la nación no se agota en ejercicios de malabarismo teórico sino que compromete el lugar que los intelectuales, cada uno pero también como conjunto, tienen en esa nación o naciones en términos de su propio mundo de vida, de la ciudadanía a la que pueden

aspirar, de los objetivos profesionales que pueden trazarse y, por supuesto, de la comunidad de la que son parte.

La autonomía de los intelectuales corre entre extremos que vale recordar para especificar los hallazgos de los capítulos anteriores. En el extremo de la libertad absoluta está el intelectual que se encuentra por encima y más allá de los intereses sectarios, aquel que funge como conciencia de la sociedad frente a las mezquindades de lo cotidiano. Su obra es producto de una reflexión comprometida con los valores más altos y con la humanidad como conjunto. En la acera del frente, el intelectual completamente sujetado: no sólo producto de su tiempo o de su clase, sino absolutamente alienado a expresar los intereses de un mecenas, una pluma a sueldo, el intelectual profesional que se agota en ser funcional a los propósitos de una clase distinta a la suya. Por demás evidente que los intelectuales bolivianos –ni los de ningún lado- se ajustan a esta dicotomía. El espectro de grises es amplio y la libertad a la que pueden acceder los intelectuales es sin duda más modesta, pero nunca tan reducida como para concluir que la condición de intelectual profesional implica solamente un papel de correa de producción y transmisión para otros.

Y hablamos de intelectuales profesionales, que es lo que son los intelectuales bolivianos involucrados en la discusión pública por la nación a principios del siglo XXI, porque en definitiva no hablamos de intelectuales orgánicos. La observación de los orígenes sociales y de las trayectorias de vida muestra que los partícipes de la polémica por la nación se constituyen en un estrato relativamente especializado en materias de conocimiento sobre humanidades y ciencias sociales, abocados a actividades en la que la producción de ideas se convierte en una forma de trabajo relativamente privilegiado. Los intelectuales no son, para decirlo de un modo muy gráfico, ni trabajadores manuales ni dueños de medios de producción, si algo venden es su trabajo intelectual, que valioso como pueda ser, no es lo mismo que el trabajo realizado por campesinos o trabajadores de talleres. A la vez, se encuentran, en su generalidad, lejos de ser herederos de potentados con haciendas o industrias, como alguna vez lo fueron los hombres de letras del país. Lo anterior puede ser evidente para un observador informado de la dinámica boliviana contemporánea, aunque vale la pena insistir en esto para despejar las ilusiones de que la polémica pública sobre la nación involucró a intelectuales orgánicos. Es de suponer que estos últimos existieron y organizaron e instruyeron en sus propios ámbitos de acción laboral o vecinal, pero

salvo de modos muy puntuales, estos no fueron parte de la polémica que se ha examinado en los capítulos precedentes.

Los actores tratados son intelectuales profesionales y también son parte de una fracción de clase, unida por la relación que mantienen con la producción aunque ello no los homogenice – porque eso no pasa en ninguna clase- ni los convierta en uno de los principales actores antagónicos de la disputa política. Alvin Gouldner (1985) habló de los intelectuales como una “Nueva Clase” –una clase específica que entra en contradicción con la burguesía y que gana mayor preponderancia que el proletariado-, que objetivamente trabaja por sus propios intereses de modo progresivo, arrebatando preponderancia social tanto de los dominantes como de los dominados hasta producir su propio programa de toma del poder. Esta imagen de los intelectuales, que parece inadecuada incluso para los Estados Unidos, tampoco expresa la posición de los intelectuales en el concierto de las clases en Bolivia. Los actores estudiados son parte de una fracción de una clase y ciertamente tienen consciencia de la peculiaridad y la importancia de su lugar, lo que se expresa primordialmente en el interés por lo que está en juego como por las inversiones puestas en forjar un capital simbólico como intelectual.

Pero como señaló Bourdieu, los intelectuales son dominantes en el ámbito de la cultura – que en Bolivia a su vez se encuentra en competencia con el capital social- dominado por el capital económico. Su propia subordinación a otros poderes terrenales los escinde como grupo social, que no se ve a sí mismo –los actores no ven al conjunto- como una red unida entre sí, como un grupo que por sí mismo tenga algo que decir al resto, siendo en cambio común la posición de hablar por algún otro actor, clase, etnia o inclusive la totalidad, cuyo espíritu, presuntamente, son capaces de expresar. Es posible que incluso otros actores sociales considerarían ilegítimo que los intelectuales o las fracciones de clase de mayor capital cultural hablen de sí mismas como portadoras de alguna solución para el conjunto, cuando, hasta cierto punto, parece incluso una fracción de clase parasitaria del resto y abocada a laberintos textuales que no interesan sino a los conversos. El halo de escepticismo que actores volcados a la práctica tienen por aquellos que están dedicados a la reflexión es un elemento que fuerza a los intelectuales a mostrar su valor de uso, que es un valor de uso para alguien más, alguien distinto al productor.

Dentro del campo intelectual, como en todos los campos, hay una disputa por el capital que está en juego: el capital simbólico necesario para poder enunciar de modo legítimo un problema y sus variantes de solución. Ésta es una situación que hace inherente que haya una división entre facciones en competencia dentro del campo intelectual como un todo y particularmente en lo que se refiere particularmente a la disputa por nombrar la nación y dotarla de un contenido. Distintas facciones invocan criterios diferentes que las posicionen mejor, que beneficien sus tomas de posición y que de modo simultaneo soplen vientos a favor no sólo de la obra, de la idea, del hallazgo como aporte en el mundo de las ideas –que puede ser más o menos relevante o útil en la vida práctica- sino también de la propia trayectoria personal dentro de las relaciones de poder diarias en ese mundo. La singularidad de estas luchas intestinas es que su principio de regulación no se define por la correlación de fuerzas dentro de un campo, sino que se ven fuertemente afectadas por el proceso de evolución de las luchas en el campo de la política, ámbito indudablemente mucho más grande y poblado de actores inmersos en sus propios juegos en el que los intelectuales son una pieza más. Los conflictos políticos magnetizan y reorientan la pugna dentro del campo intelectual, y por ese camino los intelectuales, como intelectuales profesionales, se asocian a los diferentes grupos involucrados y objetivamente se convierten en los gestores de la afectación del sentido común. La definición de las orientaciones dentro del campo intelectual como efecto de la contienda política es señal decisiva de la falta de autonomía del primero, que se revela sobrepuesto y fuertemente subordinado a la segunda.

Esto es especialmente notable en relación al lugar que ocupa el Estado en la práctica intelectual. El Estado, que delimita los bordes de la acción intelectual por coerción y cooptación, también puede estar en el centro del asedio. El vaciamiento ideológico en la coyuntura que se inicia el 2000 produce una disponibilidad social en el que los intelectuales juegan un papel relevante. La escritura como toma pública de la palabra se convierte en el modo en que diferentes facciones embisten procurando que un set de palabras centralicen la discusión. Dadas las características de la interpelación indígena del Estado, el set de ideas más propensas al multiculturalismo perdió sucesivamente potencia articuladora a la vez que diferentes vertientes críticas convergieron en un léxico de transformación que no podía ser sino heterogéneo por la demanda de algo “nuevo”. Las categorías y modos de acción viejos, por si mismos insuficientes, necesitaron de fusionarse en productos nuevos y a la vez experimentales: “plurinacional”, “descolonización”, “despatriarcalización” se convirtieron en una retórica política nueva,

movilizadora y que sirvió en el relevo de elites estatales. Estas categorías pronto pasaron del asedio al Estado a ser parte de él, con un sinnúmero de contradicciones que sin embargo son propias de un tiempo nuevo. Como se señaló en el párrafo anterior, los medios del Estado – cooptación y coerción- siguen operando aunque los contenidos sean nuevos.

La disputa entre los intelectuales bolivianos del periodo de crisis estatal actúa como espejo de la dinámica política, ella marca sus tiempos y mayormente sus temas con decisiva fuerza centrípeta. Las posiciones intelectuales que tienen su lugar en el contexto de competencia de la crisis estatal no surgen en un vacío, más al contrario arrastran el sedimento de las luchas ideológicas del pasado reciente en el que varios de los intelectuales en cuestión ya participaron. El ideograma del nacionalismo revolucionario vigente desde la revolución de 1952 ve enfrentados sus polos cuando la faceta revolucionaria pretende rebasar lo nacionalista y apostar por el socialismo, ocasionando la réplica del polo nacionalista anticomunista que instaura la dictadura de Banzer. En el contexto del desmoronamiento de las dictaduras hacia fines de los años 70, ya se atestigua que la demanda general de la sociedad ha devenido en clamor por la democracia junto a la jubilación, por haber defendido la represión de la sociedad, de los sectores más conservadores. La democracia y la recomposición de un bloque de poder minero-terrateniente-bancario que luego engendrará la forma boliviana del neoliberalismo, dejarán a buena parte de la intelectualidad de izquierda en la necesidad de reubicarse en el contexto del “fin de la historia” y la caída del bloque socialista. La egida de la hoz y el martillo se intercambia por la retórica de la gobernabilidad, la democracia pactada y el multiculturalismo. Quienes en cambio se habían alejado del socialismo para apostar al indianismo y el katarismo, tendrán durante el neoliberalismo años de pensar un nuevo sujeto revolucionario hasta que la crisis estatal de 2000 les dé oportunidad de poner a prueba sus hipótesis.

No es, empero, la misma lucha de lo político lo que está en juego en lo intelectual, aunque haya un eco reconocible. Hay ciertas condiciones y características del campo intelectual que facilitan que el reflejo de una lucha en la otra sea más definido. Uno de estos elementos está relacionado con la oposición entre los que ven su ascenso social bloqueado frente a quienes ven la amenaza de ser desplazados de un privilegio: entre los primeros se cuenta no sólo a aquellos que han podido reconvertir la cal y arena de la fallida promesa de ciudadanía universal en vehículo de una demanda que cuestiona los marcos excluyentes del Estado. Entre estos también se cuentan

también a los intelectuales de las izquierdas derrotadas pero irredentas de la segunda mitad del siglo XX, que, dispuestas a asaltar el poder, se vieron abrumados por el vértigo en el que se fraguó la victoria de sus rivales. Entre los segundos, los que ven la amenaza del desplazamiento de algo que en un país como Bolivia es un privilegio: el acceso a una ciudadanía que puede ser apreciada, pero también el reconocimiento de un prestigio intelectual –que puede ser merecido– pero que un esmirriado sistema de educación y ante la limitada cantidad de puestos en el gobierno u organismos no gubernamentales, es un bien escaso y por lo mismo la disputa por él frente a muchos aspirantes desborda las posibilidades aceptables de competencia.

Un patrón de base que divide las aguas en las experiencias de los intelectuales del albor de siglo y que permite entender por qué la fuerza estructurante de las opciones teóricas. Cuando se considera el origen social a partir de la condición manual o no del oficio del padre, se advierte que aquellos intelectuales que tienen padres artesanos, campesinos, carpinteros, comerciantes minoristas son al mismo tiempo quienes tienen experiencias escolares marcadas por la violencia de la pedagogía colonial. Como suma de estas experiencias, la conciencia de la exclusión de la sociedad nacional –o de su incorporación defraudada en la misma– los lleva a criticar el conjunto de prácticas que hacen que el Estado sea excluyente y al mismo tiempo enarbolar banderas de autonomía. Llamativamente, estos mismos actores son protagonistas de una movilidad social, evidenciable en el dato de origen-destino. Lo que hay que retener como elemento central de esto es que la velocidad con la que en la sociedad se ha desarrollado el sentido de ciudadanía ha sido mucho más rápido que el Estado en su función de proveerla.

Mientras tanto aquellos intelectuales que provienen de hogares en los que el padre se dedica a oficios no manuales tienen en la escuela un espacio de reproducción de capitales más bien clásico, e inclusive, signado por las ventajas relativas para favorecer el desarrollo de capital cultural. Las causas son diversas e implican mecanismos que todavía deben ser estudiados en detalle, pero ya sea la familia con militancia política, el descenso de la posición de clase, el hogar privilegiado que permite el diletantismo y procura la precocidad intelectual, producen un dislocamiento subjetivo favorable a la actividad intelectual. La disponibilidad de bienes de integración entre uno y otro grupo es notable, tanto como el hecho de que el ascenso de los tratados en el párrafo anterior lleva al encuentro en un mismo espacio de sujetos con orígenes sociales diferentes.

Si bien el origen social y la trayectoria escolar es uno de los factores que permite entender el trazo grueso de las divisiones sociales entre los intelectuales, cabe añadir detalles al trazo fino. El Estado, inmerso en un momento constitutivo producto de la acción de las masas, en este caso funciona como el centro del campo gravitatorio de la discusión intelectual. Si se toma en cuenta la situación de precariedad en la que se desarrolla la actividad intelectual y, de modo simultáneo, la indiferenciación entre las fronteras del campo académico y del campo político, se entiende que el Estado tiene un fuerte poder de control de los intelectuales. Esto, por un lado, si como una fuerza que afecta los intereses personales inmediatos –expresados en la posibilidad de trabajar y ganar un sueldo en un país donde la universidad rara vez puede albergar académicos de tiempo completo- pero también por eso como un ámbito de ejercicio del poder desde donde se puede construir Estado aunque sea bajo las restricciones de los hombres netamente políticos que se sirven de la cooptación de los intelectuales en tanto estos permiten la construcción de hegemonía.

No se trata de que las condiciones simbólicas y materiales en las que se desenvuelven los intelectuales determinen su accionar o su orientación política. En cambio sí supone que las oportunidades de acción estén limitadas por los factores estructurales tanto que juegan a nivel de trayectorias personales como las que afectan un estado determinado del mundo intelectual. Dentro de esas oportunidades los intelectuales siguen cursos de acción que, desde su perspectiva, no son sólo razonables en función de preservar o incrementar su posición en el campo intelectual. No hay que dejar de lado que este aspecto razonable no se limita al puro cálculo racional sino también a la expresión de una forma de percibir y valorar, incluso afectivamente, una experiencia propia. Quien ha disfrutado de una experiencia más o menos plena de incorporación pretende que esas reglas se apliquen a todos, veladamente actuando como si el cambio de los esquemas de percepción que engendra su mirada inherentemente fuese peligroso para el conjunto. Del otro lado la experiencia de no reconocimiento que tanto en lo racional como en lo emotivo aspira a un cambio, justamente por el sentido de desequilibrio provocado por los bloqueos de su ascenso social. Los cursos de acción se alimentan de esas expectativas y experiencias y buscan la forma de plasmar esas formas particulares de percepción sacando máxima partida de las acciones que, directa o indirectamente, sea por la trayectoria personal o la modificación de las estructuras, les aparecen como opciones.

II.

En comparación con otras manifestaciones de discursividad sobre la nación, las cuales adoptan una forma de nacionalismo de ribetes más intransigentes respecto del principio de “el Estado debe coincidir con una nación” (Gellner), los discursos sobre la conformación de la nación en Bolivia resultan, en perspectiva, menos beligerantes. Mientras la autonomía política es la razón y fuerza de otros movimientos, en Bolivia esto ha estado mucho más matizado si se toma el conjunto de la evolución de la discusión, que cambió de intensidad con el nombramiento de Evo Morales como presidente y el declive del liderazgo de Felipe Quispe. Del mismo modo, el nacionalismo cambia, en un momento amenaza que infundió temores de disgregación, terminó por ser extremismo localizado que perdió fuerza por sus propios delirios. Tomando ello en cuenta, la producción de discursos de la nación aparecen como discusiones que, a pesar de sus enconos, son formas de ajustar y reformular la pertenencia a la colectividad. Desde una mirada muy rápida podría aseverarse que se trata de una negociación de los términos de integración, pero el análisis más detallado muestra cómo los acontecimientos de los primeros quince años del nuevo siglo en realidad han transformado incluso aquello en los que las colectividades se incorporan.

Se considera que los factores detallados en las páginas previas sobre los orígenes sociales, los espacios de trabajo y la práctica intelectual así como la evolución de la discusión política e intelectual ayudan tanto a una mejor comprensión como a explicar la intervención de esos factores. La mejor comprensión viene dada por la posibilidad de situar la práctica intelectual como producto de disposiciones y de estrategias desplegadas en un campo de discusión en ella que un actor se encuentra en relación con otros. La explicación está en el discernimiento de variables que actúan de modo efectivo justamente sobre la producción de las disposiciones de los actores y que se convierten en límites objetivos de lo que es pensable y valorable.

Sin embargo, en este caso las explicaciones no engendran un modelo determinista ni una causalidad en el sentido duro de la acepción. Esto lleva por fuerza a hacer una aclaración mayor: el conjunto de alusiones históricas y el detalle de la evolución de las posiciones intelectuales no tienen por objeto constituir un hilo de progresión histórica que lleve a develar algo así como las “reglas de la evolución de la práctica intelectual”. Si bien, por ejemplo, se insistió en la importancia de los efectos de la revolución de 1952 sobre las posiciones de los intelectuales a lo largo de la

segunda mitad del siglo XX, ello no supone que entre 1952 y 2006 se haya “completado” algo, ni que el proceso de ciudadanía haya alcanzado sus objetivos por astucia de la razón. A pesar de que en el agotamiento del ideologema nacionalista revolucionario, en la hegemonía temporal del neoliberalismo se encuentren los precedentes y las raíces de la polémica de inicios del siglo XXI, nada de ello supone la acción de un mecanismo teleológico ni de leyes de la historia.

Aun cuando el análisis contribuya a entender el campo intelectual y los límites de la autonomía de los intelectuales, la crisis estatal sigue siendo una ruptura del tiempo vacío y homogéneo del que habló Walter Benjamin (2008). El examen de los discursos sobre la nación muestra que frente a las formas aditivas de entender la conformación de ésta, las formas de crítica de la nación como República, del Estado como ente colonial y de las fisuras étnicas, raciales y de clase que escinden la colectividad han quebrado el significado mismo de “Bolivia”. La concreción de Bolivia como una nación (o como una plurinación, que es en sí misma la audacia de inventar o desaparecer) no depende, después de lo acaecido, de “transitar” por la historia hacia un objetivo prefigurado a la vez que prometeico; sino de una contienda de resultados impredecibles.

La crisis estatal fue, para volver a usar una expresión de Benjamin, “el tiempo del ahora” que hace saltar el *continuum* de la historia (op. cit: 51), que también implica la acentuación de las peleas por el pasado. Como se había analizado al hablar de la modalidad catacrética del nacionalismo indígena, si bien se usan los elementos del nacionalismo étnico en el fondo los autores están disputando la legitimidad política para conducir el país. Lo anterior trata de ser frenado por sus contendores devolviendo la interpelación indígena que disputa el pasado político, en un problema de integración cultural que en el fondo es de carácter multiculturalista. El choque de las posiciones que se esquematizan, en aras de presentar la oposición estructurante, arroja el resultado de la incertidumbre sobre la trama que da contenido a lo nacional, de ahí que hoy es difícil pensar en el modo en que se narra la historia de la Bolivia plurinacional de un modo que cohesione sin convertirse en la historia de un grupo dominante sobre el conjunto.

Es en ese punto crítico en el que los intelectuales adquieren su funcionalidad, ya que el vaciamiento ideológico demanda un nuevo conjunto de sentidos que restablezcan la estabilidad, sentidos que, desde sus limitaciones pero también desde su propia especialidad, es producido en la contienda entre ellos. Sin duda se podrá objetar que los intelectuales progresistas hacen un

flaco favor al polo nacional-popular al nombrar lo que es una lucha muchas veces realizada como lo que Zavaleta llamó “las masas”. El riesgo, no obstante, es que la abstención por nombrar en aras de una política impoluta deja a los contendores con la cancha abierta para ser ellos los que produzcan las categorías que permiten dotar de sentido a un momento. Los adeptos de la teoría del movimiento político espontáneo se horrorizarán de leer que alguien ajeno al mismo movimiento trate de representar aquello a lo que no pertenece y que no ha engendrado. Cuando Gayatri Spivak se preguntó retóricamente si el subalterno podía hablar concluyó que por supuesto que sí, el problema es que no se lo puede escuchar, y esta es la desgracia de los intelectuales orgánicos que, organizando su entorno, no tienen las condiciones de proyectarse. La condición poscolonial de Bolivia lleva a concluir que, incomodo como pueda ser, los subalternos no pueden ser escuchados y su traducción (con la traición que supone) es, antes que cedida, disputada por los intelectuales.

El modelo descrito, se percibirá, no devuelve armonía a la interpretación de la política y menos a la relación que existe entre los intelectuales y aquella sociedad que ellos quieren dar cuenta. No es tarea de la sociología devolver una imagen apacible de las tensiones de la sociedad ni prometer su redención, sino sacudir la comodidad del sentido común. ¿Los intelectuales cumplen una función productiva? Sí, limitada y circunscrita por factores estructurales e históricos. ¿Son los artífices de las grandes transformaciones? Sin duda que no, su acción sólo es posible en la medida que los actores de la sociedad estén movilizados o que se desenvuelvan procesos estructurales. En las condiciones actuales es difícil pensar cómo prescindir de ellos a pesar de que su misma participación va a implicar el involucramiento de sus disposiciones y aspiraciones que no son siempre los de las masas, pero dejar de hacerlo implica una victoria de la inacción y el nihilismo. Sin embargo, y esto es lo central, es el conocimiento de los límites y potencialidades de la labor intelectual lo que puede llevar a reformular y reformar la relación que los intelectuales mantienen con lo nacional-popular.

Anexo metodológico

La investigación como producto presentado a una comunidad de lectores encierra tanto la concepción de un trayecto, las variantes adoptadas a medida que se avanzó en la búsqueda de respuestas y la mirada retrospectiva sobre la jornada de camino. En las siguientes páginas el foco se posa sobre las decisiones que fueron decisivas para el curso que siguió la investigación en tanto problematización, producción de datos, análisis y exposición de los resultados. Para ello será fundamental exponer lo que en un momento inicial de la investigación se pensó sería el camino adecuado y las circunstancias que forzaron a hacer giros inesperados que lleven a hallazgos, haciendo un balance final de estas decisiones.

Delimitación.

La problematización y las preguntas de investigación que se expusieron en el capítulo 1 por sí mismas implican una circunscripción espacial y temporal: las preguntas de investigación sacadas del contexto en el que se engendran bien podrían no tener sentido, especialmente si se considera que temáticas similares en otros países de la región en el mismo momento llevan la reflexión hacia la discusión del multiculturalismo y la interculturalidad. No es el caso de Bolivia, en el que ese marco de discusión queda sobrepasado por el ascenso de movimientos indígenas, campesinos y populares de diversas raigambres. Se ha insistido a lo largo del texto en la relevancia

de la crisis estatal como vértice de la investigación: a ésta debe la discusión sobre la nación su fisonomía en los albores del siglo XXI. En ese sentido son las movilizaciones del año 2000 las que proveen la delimitación temporal como inicio de una forma de discutir la nación. Más azaroso fue definir el final temporal de la investigación: la aprobación del documento constitucional en 2009, después de una agónica Asamblea Constituyente no implicó el final de las rencillas sobre definir la nación: los resultados del Censo Nacional de Población y Vivienda 2012 reavivaron la discusión sobre “mayorías nacionales” y el conflicto del TIPNIS fue suelo fecundo para criticar los límites de lo plurinacional, pero la virulencia de la discusión no era la misma que la de años antes. Hacia finales del periodo elegido originalmente (2014, como fin del segundo mandato de Morales) la discusión había bajado sensiblemente. El peso de la nueva Constitución se impone porque no hay fuerzas sociales capaces de forzar un cambio de la misma, algo sintomático del momento de hegemonía del Movimiento al Socialismo. Por lo anterior la delimitación temporal resulto precisa con la reserva de que los últimos años la discusión sobre la nación baja en intensidad dejando paso a otros problemas en la arena entre lo académico y lo político. Se notará que la delimitación temporal es extensa y si se considera la delimitación espacial a primera vista el trabajo podría parecer inmanejable. Sin embargo, del mismo modo que en lo espacial había que considerar las diferentes densidades de producción de discurso, hay que señalar, siguiendo a Bagú (1970: 104 y ss), que el tiempo también tiene intensidades variables. Tomando ello en cuenta, hay que reconocer que es posible encontrar largos periodos de tiempo donde ni la nación, el nacionalismo ni ninguna de sus aristas sean tema de debate público ni sean publicados textos relevantes²¹.

Por las mismas características de la investigación la delimitación general del país incumbe a Bolivia como territorio. Sin embargo se anticipó que la preexistencia de una geopolítica interna y el desarrollo desigual de las regiones llevaría a privilegiar las ciudades que más producción intelectual concentran. Aun cuando se cuenta con material escrito por intelectuales de la mayoría de departamentos hay que notar que su producción se concentra en tres ciudades (las ciudades del eje económico del siglo XX, La Paz, Cochabamba y Santa Cruz) que también suelen albergar a los escritores nacidos en otras regiones. A la concentración de producción en el eje hay que añadir que el hecho de que La Paz sea la sede de gobierno la hace también el epicentro de los cuarteles generales de fundaciones, organismos no gubernamentales y también de la sociedad política. De

²¹ De propio hay que notar una verdad de Perogrullo: los tiempos de la discusión política y académica si bien pueden intersectarse, son decididamente diferentes.

ahí que las iniciativas editoriales tanto de libros como de periódicos políticos se concentren en La Paz de un modo que hace a la investigación pasible a la crítica ser subsidiaria del “centralismo” de la sede de gobierno. Si bien hay que reconocer que La Paz y Cochabamba –con la que la relación académica y política es más fluida desde mucho tiempo antes- ocupan un lugar enorme en el conjunto de la discusión, los esfuerzos por sobrerrepresentar el oriente fueron infructuosos por la estructura restringida pero además camaleónica de los sectores interesados en disputar la forma de entender la nación (Ver Paz Gonzales 2011). Entonces la investigación y el informe de ésta si procuraron circunscribirse a Bolivia como espacio de la investigación, pero la estructura objetiva – desbalanceada y desigual en el territorio- queda reflejada en el escrito.

La definición del corpus de la tesis obedeció a las coordenadas descritas. La primera tarea de la investigación fue desplegar un esfuerzo de identificación del conjunto de actores pertinentes y de sus escritos involucrados en la polémica por definir la nación. El conocimiento local que se tenía de la dinámica podría orientar la búsqueda, pero por sí misma podría adolecer de un sesgo por la propia posición del investigador en un sistema de enseñanza y como parte de una socialización política particular. Así se comenzó un trabajo de revisión hemerográfica y de los catálogos de revista, mientras de manera paralela se recolectaban todos los libros pertinentes para la investigación. La revisión hemerográfica se realizó en el Archivo de la Vicepresidencia del Estado Plurinacional de Bolivia, lo que supuso ventajas y desventajas: Por un lado si existía una cantidad importante de números de periódicos, semanarios y revistas quincenales, principalmente de La Paz, aunque notablemente los materiales recientes de otros departamentos no estaban en el acervo del archivo. Para la revisión de revistas académicas se recurrió a los acervos de tres bibliotecas: la de la Fundación Xavier Albó, reputadamente la mejor en ciencias sociales en Bolivia, la del Posgrado en Ciencias del Desarrollo (CIDES) y la del Instituto de Investigaciones Sociológicas de la Carrera de Sociología de la UMSA, recurriendo también muchas veces a una colección privada nutrida pero irregular. Aun cuando estos acervos han sido de enorme utilidad también sorprende que salvo raras excepciones éstas disponen de colecciones completas de las revistas, en parte por deficiencias en la recolección de materiales, pero también por los problemas que existen en la misma publicación de las revistas que no siempre salen cuando se supone que lo harán (por lo general una vez al año). Finalmente para la recolección de los libros se procuró conseguir los catálogos de las editoriales, pero por las condiciones mejor descritas en el capítulo seis, solo la

minoría de estas los tienen. Si bien se consiguió el catálogo de Plural, en general la búsqueda de los libros fue trabajo hormiga y el detalle figura en la primera sección de la bibliografía.

Notas en publicaciones periódicas		
Medio	Años consultados	Cantidad de notas
El Jugete Rabioso	2000 - 2006	63
La Época	2011 - 2013	25
Nueva Crónica	2007 - 2013	28
Pukara	2009 - 2014	15
Pulso	2000 - 2008	74
TOTAL		205

Artículos académicos		
Revista	Años consultados	Cantidad de artículos
Cuarto Intermedio	2000 - 2012	8
Decursos	2003 - 2004	5
Opiniones y análisis	2003- 2014	4
Temas Sociales	2001 - 2014	14
Tinkazos	2002 - 2012	19
Umbrales	2000 - 2012	3
TOTAL		53

La revisión bibliográfica arrojó un material sustantivo de discusión sobre la nación en la que como primer resultado se tenían dos cosas: por un lado un conjunto de nombres de personas que habían tomado una postura pública al escribir y firmar artículos que discutían el tema de la nación. Por otro lado se tenían las tramas argumentativas y la toma de posición en sí, como una perspectiva sobre si la nación o las naciones en Bolivia son esto o aquello. En otras palabras, el mapeo proveyó tanto una referencia a una persona física como a una postura teórica, las dos

cosas que desde el principio del proyecto se buscó poner en relación: buscar si hay alguna relación significativa entre una experiencia social y una postura teórica en un momento determinado.

Componente: los discursos sobre la nación

Producto tanto de trabajos previos (Paz Gonzales op. Cit.), del involucramiento en el medio académico y participante a pie de los eventos políticos del cambio de siglo, experiencias aunada a la preparación formal de este proyecto, se disponía de una serie de intuiciones y esquemas de interpretación que debían ser puestos a prueba con el material recopilado. La literatura sobre la nación que se discute en el capítulo uno, en sus matices y fundamentalmente en sus tensiones, sirvió para preparar diferentes entradas posibles para el análisis de los textos.

Ejemplos de uso de la matriz de análisis de discursos sobre la nación

Referencia Bibliográfica	Pertenencia a la nación	Definiciones base de identidad	Estado-antiestado Trama narrativa	Naturaleza de la relación estado-sociedad	Puente: participación en el debate	Igualdad-desigualdad
García Linera, Avaro 2005 <i>Estado multinacional. Una propuesta democrática y pluralista para la extinción de la exclusión de las naciones indias.</i> Malatesta. La Paz	“Las naciones son, por lo tanto, artefactos políticos, construcciones políticas que crean un sentido de pertenencia a un tipo de entidad histórica capaz de otorgar sentido de colectividad trascendente (...) las naciones son comunidades políticas en las que sus componentes se reconocen por adelantado en una institucionalidad que reconocen como propia y dentro de la cual integran sus luchas sociales” 31	“De ahí la importancia y el papel destacado que pueden jugar en la formación de identidades nacionales las construcciones discursivas y los liderazgos dada su capacidad de articular demandas, disponibilidades, expectativas y en esquemas simbólicos de agregación y acción política autónoma.” 31 En este esquema AGL reconoce sólo a los aymaras la articulación política que forma una nación (39) (79)	Antiestatal “La colonia construyó la indianidad como un discurso y prejuicio naturalizador de las estructuras de dominación” 12 Ciudadanía patrimonial, blasones familiares, estilo de vida de elites tradicionales.	“Actitud esquizofrénica del Estado que promueve institucionalmente la inexistencia de identidades étnicas mayoritarias al mismo tiempo que reglamenta la exclusión étnica como medio de monopolización razificada de los poderes sociales” 38	Este texto se inscribe en una discusión más o menos extendida donde por prensa primero esgrimen sus argumentos AGL, Rafael Archondo y Jorge Lazarte. El pie de página 41 está dedicado a sacarle la mugre a Archondo por no entender el concepto de civilización que AGL alega tomar de Elias y no de Huntington.	“capital étnico que atraviesa la eficacia de los todos los demás capitales” 26 “[El] aplanamiento lingüístico y organizativo (...) rápidamente dio lugar a la construcción de un espacio de competencias y acumulaciones culturales y políticas reguladas por el Estado en el que los indígenas (...) quedaban ubicados en los puestos más bajos de la lucha por la conquista de saberes políticos y educativos legítimos” 17

Referencia Bibliográfica	Pertenencia a la nación	Definiciones base de identidad	Estado-antiestado Trama narrativa	Naturaleza de la relación estado-sociedad	Puente: participación en el debate	Igualdad-desigualdad
García Linera, Álvaro 2014 <i>Identidad boliviana. Nación, mestizaje y plurinacionalidad.</i> Vicepresidencia del Estado Plurinacional. La Paz.	Las naciones son ante todo artefactos político-culturales performativos de larga duración histórica, con la suficiente fuerza para materializarse en un territorio (...) una nación existe cuando los connacionales (...) creen participar de un tipo de hermandad histórica 24 Naciones indígenas pre-existentes 41 Una nación plena no puede renunciar a la identidad orgánica de sus componentes y si lo hace es demográficamente incompleta, sustancialmente segregacionista y a la larga inconsistente 42	Toda identidad es contingente 11 Comunidad territorial de cultura, lengua e historia (...) productos de largo plazo de la construcción nacional. 19 Voluntad nacional 21 (esto es lo central, lo que antecede) Sólo quienes habían sido objeto del escarnio secular más racista y destructivo para excluirlas de cualquier atisbo de presencia de construcción nacional, tendrán la fuerza histórico-moral para levantar otro cuerpo de nación que no será la inversión de la nación oligárquico-colonial (...) sino precisamente la negación radical de toda forma parcial de nación.	Estado Oligarquía pre 52: ciudadanos vs indios Pos 52: ciudadanos de corte occidental todos. 2006: pueblos indígenas modelan la nación: indianización del estado. La constitución de una nación estatal aymara (...) se abrió como posibilidad ante el blindaje anti-indígena del Estado republicano (...) pero la historia transcurrió por otro camino 53.	La identidad boliviana recién termina de redondearse como identidad nacional de la mano de las naciones indígenas que asumen el poder del Estado en el siglo XXI. Antes de 2006: Estado monocultural 41	Cita en contra de Carlos Mesa y <i>La sirena y el charango</i> : Mesa olvida que ningún mestizaje es “angelical” o neutro. Al contrario, todo mestizaje es una heterogeneidad jerarquizada, articulada en torno a un núcleo dominante, a un idioma que niega a los otros idiomas (...) a una prácticas culturales que niegan a tantas otras (...) No existe el mestizaje, sino un tipo de mestizaje impulsado por un tipo específico de grupo social que universaliza sus prácticas culturales a otros grupos o naciones 56 NdP 19.	Reparación de las desigualdades del estado oligárquico monocultural.

Los debates teóricos sobre la nación y el nacionalismo proveyeron la base para cinco de las siete columnas que conforman la matriz de análisis, siendo las otras dos la columna de identificación del texto y la última una columna relativa a las citas y menciones a otros escritores en quienes los autores se apoyan o contra quienes escriben (“Puente”). El resto de las columnas prestaron la función de extraer temas claves de los textos, considerados como necesariamente comunes y pasibles de prestarse a comparaciones: definiciones sobre identidad, pertenencia, evaluación del Estado, naturaleza de la relación entre el Estado y la sociedad, organización de la historia y horizontes de igualdad. El abanico de variables en el momento de empezar a trabajar con la información para producir los datos fue amplio: todos los textos fueron escrutados procurando despejar los argumentos y los conceptos con la mayor claridad posible. Es menester reconocer que no todas las columnas fueron rellenas en todos los casos por falta de información pertinente en el documento examinado, lo cual es comprensible considerando la variedad disciplinaria de los textos en cuestión. Valga un ejemplo: textos tanto más etnográficos así como los más filosóficos, centrados en categorías, tienen menor desarrollo de una trama histórica; o en un sentido similar, algunos textos prescindían de hacer definiciones sobre la identidad nacional, recurriendo a expresiones más bien genéricas como “los oprimidos”. En estos casos las columnas fueron rellenas utilizando información aun vaga.

Lo anterior, incluyendo las insuficiencias de la matriz para captar mayor detalle así como los puntos ciegos en los textos analizados, son puntos de paso que se tomaron como necesarios en el proceso de establecer un conjunto de datos que sean comparables entre sí de modo temático y a la vez resaltando tensiones y solidaridades entre diferentes grupos de textos. Sin duda se podrá objetar que podía hacerse una lectura mucho más detallada, o inclusive que el detalle y desagregación de la información en la misma matriz podría servir para hacer un análisis más detenido de posiciones singulares dentro del universo de intelectuales que polemizan. Si descartar ninguna de las dos opciones previas, cabe resaltar que se apuntaba a producir una lectura más englobadora del universo de discusión sin detenerse en la singularidad de una o dos figuras. Ello obligó a que en el proceso de análisis del conjunto de posturas se operara una síntesis que implicó a la vez mayor generalidad como capacidad para referirse a un universo más amplio al costo de perder en detalle, aunque nunca se abandonó el carácter cualitativo de la investigación. Llegado a la conclusión de esta investigación, puede decirse que el nivel de generalidad (y la pérdida del detalle de ciertas singularidades) era imprescindible para retratar un panorama del universo de

discusión, que luego puede ser retomado para analizar el detalle de una obra particular, que sin este panorama general correría el riesgo de la hagiografía.

El trabajo de lectura y codificación de los textos, el vaciado en la matriz y el proceso de análisis derivó en una síntesis desde la cual se elaboró las dos tensiones centrales que dan forma al capítulo tres: la polémica entre lo político y lo cívico y la tensión estado – contraestado. Dada la situación del estado de discusión sobre el tema de la nación, estos dos ejes bien podrían haberse adoptado desde el principio, pero al hacerlo se hubieran perdido justamente los hallazgos que se desprenden de los detalles: la parcial inadecuación de los esquemas contemporáneos para dar cuenta de la particularidad de lo que ocurre en Bolivia y las formas de lo que podríamos llamar pereza intelectual para pensar Bolivia empleando la teoría no como doctrina sino como herramienta que permite comprender la realidad.

Componente: experiencia social y relatos de vida

El segundo eje de preguntas secundarias que trata sobre las condiciones materiales y simbólicas que subyacen a los discursos nacionalistas también tiene varios componentes cuya pertinencia se especifica a continuación. El objetivo de cada uno de los elementos detallados se relaciona con las diferentes facetas que atingen a las condiciones materiales y simbólicas; partiendo de los datos más típicos sobre origen social como la profesión de los padres y el origen rural o urbano, hasta el sentido de la acción en un determinado momento.

Desde las primeras observaciones sobre los actores se constató que entre los veteranos se encuentra gente nacida en la década de los 40, mientras que los novatos que participan en el debate que nos ocupa son nacidos en los primeros años de los 80s. De tal modo se tiene un abanico de actores de edades muy diferentes y que han tenido experiencias biográficas muy distintas y tienen expectativas sociales diferentes. Atendiendo a los aportes metodológicos sobre generación y cohortes (Balán y Jelin 1974; Elder 1975; Ketzner 1983, Ryder 1965) y a fin de evitar un efecto edad se introdujo un criterio de división entre cohortes.

La historia de vida que se realizó a partir de un criterio de muestreo teórico cuya matriz se desprendió de la clasificación hecha de los discursos nacionalistas. El muestreo teórico asegura

dos requisitos necesarios para mantener el control sobre la validez de los datos como lo explica Bertaux (2005: 26,7): homogeneidad en el sentido de que haya factores comunes que permitan comprender que los actores son efectivamente comparables –que en este caso viene dado por el hecho de ser productores de ideas sobre la nación- y el factor de heterogeneidad que se ajusta precisamente a las diferencias captadas por la matriz de análisis de discursos nacionalistas. El muestreo teórico que se emplea aquí no parte de un diseño previo acabado sino que se inspira en lo que Glaser y Strauss (1967) han denominado “construcción progresiva de la muestra”. La solidez de este tipo de construcción metodológica se justifica principalmente porque las operaciones de investigación al ser engendradas por el resultado de las primeras aseguran que no se introducen nuevas variables o dimensiones en cada paso.

Específicamente se procedió a realizar el muestreo teórico apoyados en lo que se denominó “ranking de producción” que es algo sencillo: se contabilizó la producción intelectual de notas, artículos y libros y se procuró entrevistar a aquellos actores que quedaron entre los puestos más altos. Una objeción debe ser despejada: podría parecer que las este modo de selección privilegia a los actores más consagrados para la publicación, sin embargo cuando se mira el conjunto de las listas de autores que han escrito sobre el tema se advierte que una parte muy grande ha participado de la discusión de un modo simplemente ocasional (más del 60% de los autores de notas de prensa escribió sobre el tema solamente una vez en 15 años y no aparecieron entre los autores de artículos académicos). Lo anterior no es extraño si se considera la laxitud con la que se publica en prensa, en temas sobre los que se lanza una idea sin que ello signifique una toma de postura con efectos sobre el conjunto de la discusión. Considerando lo anterior, los productores más constantes fueron aquellos que, siendo parte regular de la discusión, fueron buscados para el relato de vida necesario.

Varios puntos son necesarios de ser remarcados: Al comenzar el trabajo de entrevistas se identificó que un trabajo previo (Salazar e. al. 2012) había recurrido a una técnica similar concentrándose en intelectuales aymaras. Las grabaciones de estas entrevistas estaban a disposición del público en la biblioteca del CIDES, en donde se realizaron copias que pasaron a ser parte de las entrevistas empleadas en esta investigación con una autorización expresa de la autora principal. El cuadro general de los entrevistados es el siguiente:

Cuadro de Entrevistados

N	Entrevistados	Procedencia de la entrevista	N	Entrevistados	Procedencia de la entrevista
1	Álvaro García Linera	Propia	17	Juan Pablo Neri	Propia
2	Andrés Soliz Rada	Propia	18	Luciana Molina	Propia
3	Carlos Macusaya	Propia	19	Lucila Choque	Salazar et. al. 2012
4	Cecilia Salazar	Propia	20	Maria Teresa Zegada	Propia
5	Claudia Peña	Propia	21	Mario Murillo	Propia
6	Daniel Moreno	Propia	22	Maximo Quisbert	Salazar et. al. 2012
7	Eduardo Paz Rada	Propia	23	Pablo Mamani	Salazar et. al. 2012
8	Esteban Ticona	Salazar et. al. 2012	24	Pedro Portugal	Propia
9	Felipe Quispe	Costas en Machaca 2014	25	Rafael Archondo	Propia
10	Fernando Mayorga	Propia	26	Raúl Prada	Propia
11	Fernando Molina	Propia	27	Simon Yampara	Salazar et. al. 2012
12	Fernando Untoja	Salazar et. al. 2012	28	Walter Chávez	Propia
13	Gonzalo Rojas	Propia	29	Walter Reinaga	Salazar et. al. 2012
14	Idon Chivi	Salazar et. al. 2012	30	Xavier Albo	Propia
15	Jorge Lazarte	Propia	31	Ximena Soruco	Propia
16	José Luís Saavedra	Propia			

En la lista de entrevistados se puede notar el abanico de posiciones sobre la nación. Es pertinente señalar que no se buscó sólo a los intelectuales que figuran en la lista. Algunos de ellos, como figuras públicas con responsabilidades importantes fueron inaccesibles. Es el caso, por ejemplo del ex presidente Carlos Mesa, que en el momento era el representante boliviano de la causa marítima, labor que lo obligaba a salir del país de modo recurrente haciendo imposible concertar una cita. A esta lista pueden sumarse otros nombres como el de Víctor Hugo Cárdenas o Silvia Rivera que por diferentes razones no fueron entrevistados. A pesar de ello, su estatus de figuras públicas pone en conocimiento público información sobre su vida y trayectoria académica, que más que fuente directa para los argumentos de los capítulos, se empleó para mantener vigilancia sobre las regularidades identificadas en las entrevistas.

El relato de vida que se utiliza en este caso no se ocupa de la reconstrucción de hechos al modo en que trabaja la historia oral, sino que trata, al estilo de Alessandro Portelli (1989, 1993), con la significancia de diferentes acontecimientos y posicionamientos del sujeto en un escenario de luchas; así como se recupera los aportes etnosociológicos de Daniel Bertaux (2005) en lo que toca al enfoques sobre la reconstrucción de la mecánica de la procesos sociales relevantes, en este caso, del trasfondo que orienta una posición en el campo intelectual y la consecutiva producción de discursos nacionalistas.

Conviene detallar por partes los criterios con los que se confecciona la guía de historia de vida atendiendo a los datos que se requieren para poder contrastar la hipótesis de trabajo que se maneja. Como se mencionó en el párrafo anterior los aportes de Alessandro Portelli permiten delimitar los escenarios relevantes que se tienen que tomar en cuenta en la historia de vida. Portelli distingue en primer lugar que una historia puede descomponerse a partir de cortes sintagmáticos y cortes paradigmáticos. Los cortes sintagmáticos obedecen a los cortes que se introducen en el tiempo entendido este como flujo continuo de cosas que cambian junto a cosas que permanecen. Lo que se hace con los cortes paradigmáticos es percibir los criterios que permiten pensar el flujo como una sucesión de eventos discretos sobre los que se puede decir algo en específico. Dentro de esta postura el tiempo en sí mismo no se compone de encadenamientos, por lo tanto cualquier encadenamiento obedece a criterios que son construidos socialmente. Esto no implica sin embargo dejar el encadenamiento al subjetivismo sino reconocer que puede haber

encadenamientos de acontecimientos que se rigen a criterios de relevancia –pongamos por caso la importancia que separa el antes y después de la revolución industrial-.

Lo anterior es relevante para la investigación en primer lugar porque se parte de hacer una separación de momentos históricos a partir de los modelos políticos del periodo 1952 a la actualidad. Estas generaciones se construyen a partir de criterios que se pretenden objetivos y que revisten relevancia social para la política y sociedad boliviana. Sin embargo como se ha visto estos periodos no revisten la misma relevancia para los diferentes actores. Se consideró desde el principio que un actor veterano presumiblemente la revolución nacional presentará relevancia, aunque sea negativa, mientras que por razones obvias este acontecimiento no tendrá la misma importancia para actores más jóvenes que no la han vivido. En todo caso, si los actores más jóvenes tienen una apreciación relevante de la revolución, esta aproximación es mediada por algún tipo de institución, y entre estas la escolaridad es muy importante. Se tuvo entonces un primer punto relevante para las historias de vida: la relación de los actores con los momentos que dividen las generaciones bosquejadas para este estudio y que en la sistematización de la evolución de lo político se convirtió en el material primordial del capítulo cinco.

Cuando Alessandro Portelli se refiere a los cortes paradigmáticos el enfoque no trata ya sobre la secuencia sino sobre las rupturas de tipo temático que se hacen sobre el flujo del tiempo. Esta operación es reconocible por las separaciones disciplinarias con las que usualmente se trabajan y pueden estar bien o mal fundamentadas, pero el hecho es que para este caso también existen niveles más objetivos –institucionalizados, reconocibles- y otros que dependen de la subjetividad. Al examinar las entrevistas iniciales de trabajo de campo se pudo constatar que por las características de los actores hay niveles que se entrecruzan recurrentemente. Portelli esquematiza tres niveles: el individual, el de organización y el social. Cuando uno habla con un intelectual que ha tenido participación política es interesante notar que el nivel individual –las cosas que hacía, sentía y pensaba- se hacen en relación al nivel de organización –militar y participar en la organización de un partido- a la vez que esto se relaciona íntimamente con una situación política nacional. Esto, a pesar de las apariencias, no es algo dado y que se pueda presuponer para cualquier actor. Si se examinan por ejemplo las historias familiares sin duda es posible vincular analíticamente la evolución de las familias a las transformaciones económicas de la sociedad entera, pero la diferencia es que la acción social desplegada no está orientada hacia

esas transformaciones, sino que permanece en el ámbito de lo familiar y de la economía inmediata. Al hablar de intelectuales que participan en la vida política a veces de manera preponderante estamos ante una situación no tan común por el efecto que puede surtir una acción particular sobre el conjunto del contexto político. Ejemplo claro de esto son las votaciones de parlamentarios individuales sobre proyectos estatales de relevancia.

Con estas consideraciones y contrastando con la información de entrevistas exploratorias se consideró que la guía de historias de vida debe incluir tres dimensiones en el nivel personal: militancia política y actividad académica de modo central y la ocupación de modo complementario, aunque luego todo el apartado sobre lo ocupacional se convirtió en materia prima preponderante del capítulo seis. En todo caso se considerará que dependiendo de los entrevistados la guía puede ser ajustada en lo que toca a lo laboral dependiendo si los trabajos situaron al actor en lugares estratégicos en diferentes coyunturas.

Con los planteamientos de Portelli entonces se presta mucha atención a los significados que tienen los acontecimientos para los actores. Siguiendo la estrategia de Daniel Bertaux que parte efectivamente de historias de vida se pueden llevar los elementos subjetivos hacia un terreno de análisis etnosociológico en el que se desentrañen las mecánicas sociales que se reproducen en las oposiciones y convergencias de las opiniones y criterios de los diferentes autores, las lógicas que gobiernan la actuación en lo que se refiere a su sentido práctico y estratégico y las relaciones sociales que intervienen de manera decisiva en la forma en que participan los actores del terreno de discusión política. En este caso conviene recordar que los discursos sobre la práctica son una forma válida de acercarse a la práctica siempre y cuando no se olvide la brecha que existe entre una y otra instancia.

Entonces si de Portelli se recupera la importancia de la significación y organización de una historia, con Bertaux se profundiza en el funcionamiento –o diríamos, el modo de desenvolvimiento de una situación- en la que hay actores diversos que cumplen ciertos roles. Se anticipa que las situaciones que referirán diferentes actores serán por sí mismas de muy diversos talentos, sin embargo se apunta a identificar factores centrales, situaciones arquetípicas y acciones clave que permitan dilucidar los modos en que los hechos registrados por el cuestionario se encadenan y se constituyen como proceso. Es a partir de los diferentes elementos teóricos y

metodológicos aquí descritos, junto a las consideraciones iniciales de trabajo de campo que se diseñaron los diferentes instrumentos de producción de datos.

Guía temática de historias de vida

-Datos personales

Nombre completo

Fecha de nacimiento

Edad

Lugar de nacimiento

-Familia

Nombre de padre y madre

Antecedentes de los padres: lugar de nacimiento, años aproximados

Escolaridad de ambos

Ocupaciones de ambos

Militancias o participaciones políticas de ambos

Ambiente familiar

Otros parientes relevantes

- Trayectoria escolar y académica

Estudios formales y otros intereses académicos

Ambiente escolar: escuela, compañeros, maestros

- Trayectoria laboral

Primeros trabajos

Ocupaciones

Cargos políticos y estatales

Cargos académicos

Inquietudes e intereses académicos

Propósitos de los trabajos desarrollados

Retrospectiva de las posiciones académicas asumidas

- Trayectoria política

Involucramiento en política

Participación en diferentes acontecimientos políticos

Relación entre el trabajo académico y la política
Retrospectiva de las posiciones políticas asumidas

Durante todo el periodo de preparación de la tesis, el proyecto parecía replicar con demasiada fuerza una lógica mecanicista que asociaba los orígenes sociales, como determinantes estructurales, con la producción de una posición sobre la discusión de la nación. Algo de eso ciertamente se pudo establecer con consistencia –y a la vez señalar su limitación-, pero también los relatos de vida que se utilizaron permitieron despejar otro tipo de variantes estructurales que no tienen que ver con los orígenes sociales, sino con una evolución de las discusiones pertinentes en el campo de la política y los márgenes que se le imponen. Los relatos de vida fueron fundamentales para comprender y expandir los elementos explicativos, especialmente en lo que se refiere a todo el tema de la contienda simbólica. En ese sentido se pudo sortear con éxito los peligros de una mirada estática y devolver la incertidumbre del proceso a un ámbito dónde el tiempo –el sentido de oportunidad de un momento- es captado de un modo más preciso.

Anexo: Cronología de publicaciones de orientación

A fin de facilitar la lectura de un lector no familiarizado con la evolución de la discusión sobre lo nacional en Bolivia se presenta una secuencia por años.

2000

García Linera, Álvaro. "Multitud y comunidad"

Roca, José Luís. "Hay tres ´ dos bolivias"

Chivi, Idon "Liderazgo de la autoridad indígena en el proceso de demanda de los derechos de los pueblos indígenas"

Albó, Xavier 2000 "Identidades étnicas y políticas en Bolivia, Perú y Ecuador"

2001

Olivera Foronda, Oscar "La reconquista del patrimonio colectivo por la nación"

Solíz Rada, Andrés "Rescatemos la conciencia nacional"

Rojas Ortuste, Gonzalo "Debate sobre Felipe Quispe: identidades rechazadas y democracia"

Mesa, Carlos "¿Debate sobre Felipe Quispe? Identidades aceptadas y democracia"

Rojas Ortuste, Gonzalo "La retórica de Carlos Mesa"

Rojas Ortuste, Gonzalo *Por qué el Mallku se yergue como el gran acusador*

2002

Mayorga, Fernando "Estado plurinacional y nación multicultural"

2003

Lazarte R, Jorge "El conflicto entre un Estado del 'demos' y un Estado del 'etnos'
Lazarte, Jorge "A propósito del dilema entre el 'demos' y el 'etnos' ¿debate o combate de ideas?"
Lazarte, Jorge "A propósito del dilema entre el 'demos' y el 'etnos' ¿debate o combate de ideas?
II"
García Linera, Alvaro "Democracia multinacional y multi-institucional"
García Linera, Alvaro "Democracia multinacional y colonialismo I"
García Linera, Alvaro "Democracia multinacional y colonialismo II"
Antelo Gutiérrez, Sergio *Los cruceños y su derecho de libre determinación.*
Peña, Paula et. al. *La permanente construcción de lo cruceño*
Rivera Cusicanqui, Silvia 2003 "El mito de la pertenencia al 'mundo occidental'. Requiem para un
nacionalismo"
García linera, Alvaro "La crisis del Estado"
Dabdoub Arrien, Carlos "La autonomía y la autodeterminación de la nación cambia"

2004

Mamani Ramirez, Pablo *El rugir de las multitudes.*
García linera, Alvaro "Democracia multicultural y comunitaria"
Archondo, Rafael "El país está dividido: ¿habrá que dividirlo mejor?"

2005

García Linera, Álvaro *Estado multinacional.*
Dabdoub Arrien, Carlos *Iyambae.*
Ticona Alejo, Esteban "La rebelión aymara y popular de 2003"
Yampara, Simón 2005 "¿descentralización y autonomía cruceña o soberanía del Qullasuyu"
Molina, Fernando "En la lucha por la hegemonía nacional: El empate entre Santa Cruz y el Alto"

2006

García Linera, Alvaro "Lo nacional-popular en acción: El evismo"
Albó, Xavier "La estructura del nuevo Estado debe ser plurinacional e intercultural"
Rojas Ortuste, Gonzalo "El nacionalismo revolucionario y el proceso político actual"

2007

Albó, Xavier "Naciones originarias y Estado en los Andes centrales
Prada, Raúl "Articulaciones de la complejidad"
Salazar de la Torre, Cecilia "los límites históricos del nacionalismo"

2008

Lazarte R, Jorge *Derrumbe de las res-pública.*
Mantilla Cuellar, Julio *El discurso de las dos Bolivias*
Prada, Raúl 2008 *Subversiones indígenas.*
Molina, Fernando "El indio imaginario"

2009

Archondo, Rafael "Rumbo al Estado intercultural"
Toranzo Roca, Carlos "Repensando el mestizaje en Bolivia"
Albó, Xavier "muchas naciones en una"
Mamani Ramirez, Pablo "reconstitución y cartografía del poder del Ayllu"

2010

2011

Mayorga, Fernando *Dilemas. Ensayos sobre democracia intercultural y Estado plurinacional.*
Lazarte Rojas, Jorge "La Asamblea Constituyente de Bolivia. El pacto era necesario ¿por qué no fue posible?"
Macusaya, Carlos "Lo plurinacional en los límites de la dominación colonial"
Salguero Carrillo, Elizabeth "Nación Guaraní, Nación Insurgente"

2012

Rojas Ortuste, Gonzalo *Vicente Pazos Kanki y la idea de república. Temprano mestizaje e interculturalidad democrática germinal*
Soruco Sologuren, Ximena *La ciudad de los cholos. Mestizaje y colonialidad en Bolivia*
Untoja, Fernando *Posicionamiento político-ideológico siglo XXI Katarismo.*
Caurey, Elias *Nación Guaraní.*
Prada, Raúl "Estado plurinacional comunitario autonómico"
Salazar de la Torre, Cecilia *El mestizo, ese sujeto pragmático y utilitarista*
Neri, Juan Pablo *Pueblos indígenas y el derecho a la libre determinación*

2013

Mesa Gisbert, Carlos *La sirena y el charango. Ensayo sobre el mestizaje*
Soliz Rada, Andrés *La Luz al final del túnel. Las lides ideológicas de la izquierda nacional boliviana*
Macusaya, Carlos "Luchas políticas e identidades coloniales en Bolivia"
Paz Rada, Eduardo "Del discurso indigenista a la propuesta nacional. La fortaleza de Evo frente a la debilidad el MAS"
Chivi Vargas, Idon Moises "El CONAMAQ en su laberinto"

2014

García Linera, Álvaro *Identidad boliviana. Nación, mestizaje y plurinacionalidad*
Publicación de la colección "la nación en tiempos del Estado plurinacional" del Programa de Investigación estratégica en Bolivia.
Gamboa Rocabado, Franco "Mestizaje y globalización: cosmopolitismo en Bolivia"

Bibliografía

Textos analizados

- Libros y artículos

Albó, X. (2000). "Identidades étnicas y políticas en Bolivia, Perú y Ecuador". *XIV reunión anual de etnología*. La Paz: MUSEF.

Albó, X. (2007). Naciones originarias y estado en los andes centrales. *Democracia profunda: Reinenciones nacionales y subjetividades emergentes. XVI conferencia internacional*. Rio de Janeiro: Academia de la latinidad.

Albó, X. (2009). Muchas naciones en una. En G. Rojas (Ed.), *¿Nación o naciones bolivianas? institucionalidad para nosotros*. La Paz: CIDES.

Albó, X. (2012). *El chaco guaraní camino a la autonomía originaria*. La Paz: CIPCA – Ministerio de Autonomía.

Antelo Gutiérrez, S. (2003). *Los cruceños y su derecho de libre determinación*. Santa Cruz: Imprenta Landívar.

Caurey, E. (2012). *Nación guaraní*. Territorio Guaraní: S/E.

- Chivi, I. (2000). "Liderazgo de la autoridad indígena en el proceso de demanda de los derechos de los pueblos indígenas". *XIV reunión anual de etnología*. La Paz: MUSEF.
- Chivi, I. (2004). *Nacionalidades indígenas y asamblea constituyente*. En I. Chivi (Ed.), La Paz: Mesa Indígena Pablo Zarate.
- Choque Huarín, L. (2010). "Concepciones y representaciones sobre la asamblea constituyente". En M. Zuazo & C. Quiroga San Martín (Eds.), *Lo que unos no quieren recordar es lo que otros no pueden olvidar*. La Paz: FES - FBDMP.
- Combes, I. (2005). "Las batallas de Kuruyuki: Variaciones sobre una derrota chiriguana". *Bulletin De l'Institute Francais d'Études Andines*, 34(2)
- Dabdoub Arrien, C. (2007). *Iyambae*. Santa Cruz: Nova.
- Fernández Saavedra, G., Chávez Álvarez, G., & Zegada, M. T. (2014). *La Bolivia del siglo XXI, nación y globalización. Enfoque internacional y estudios de caso*. . La Paz: PIEB.
- García Linera, Á. (2005). Autonomías y estado multinacional. *Temas Sociales*, (26)
- García Linera, Á. (2005). *Estado multinacional. Una propuesta democrática y pluralista para la extinción de la exclusión de las naciones indias*. La Paz: Malatesta.
- García Linera, Á. (2007). "Estado plurinacional". En Á. García Linera, & et. al. (Eds.), *La transformación pluralista del estado*. La Paz: Muela del diablo.
- García Linera, Á. (2014). *Identidad boliviana. nación, mestizaje y plurinacionalidad*. La Paz: Vicepresidencia del Estado Plurinacional.
- Lazarte R, J. (2008). *Derrumbe de las res-pública. los procesos electorales en Bolivia 2002, 2004 y 2005*. La Paz: Plural.
- Lazarte R, J. (2010 [2003]). El conflicto entre un estado del 'demos' y un estado del 'etnos'. *T'Inkazos*, (14)
- Lazarte R, J. (2011). La asamblea constituyente de Bolivia. El pacto era necesario ¿por qué no fue posible? En M. Zuazo, & C. Quiroga San Martín (Eds.), *Lo que unos no quieren recordar es lo que otros no pueden olvidar*. . La Paz: FES - FBDMP.
- Mamani Ramírez, P. (2009). "Reconstitución y cartografía del poder del ayllu". En Fondo Indígena (Ed.), *Aportes al estado plurinacional*. La Paz: Fondo Indígena.
- Mamani Ramírez, P. (2010 [2004]). *El rugir de las multitudes*. La Paz: La mirada salvaje-Willka.
- Mamani Ramírez, P., & Quisbert Quispe, M. (2008). "Entornos blancoides defendido por un argentino, Pablo Stefanoni. Una réplica amable". *Willka*, 2(2)

- Mansilla, H. C. F., Gamboa Rocabado, F., & Alcocer Padilla, P. (2014). *Una disyuntiva complicada: Bolivia plurinacional y los conflictos de las identidades colectivas frente a la globalización*. La Paz: PIEB.
- Mantilla Cuellar, J. (2008). *El discurso de las dos Bolívias*. La Paz: IDIS-UMSA.
- Mayorga, F. (2002). Estado plurinacional y nación multicultural. *Bolivia: Visiones de futuro*. La Paz: FES - ILDIS.
- Mayorga, F. (2011). *Dilemas. ensayos sobre democracia intercultural y estado plurinacional*. La Paz: CESU UMSS; Plural.
- Mayorga, F. (2014). *Incertidumbres tácticas. ensayos sobre democracia, populismo y ciudadanía*. . La Paz: PIEB; Plural.
- Mesa Gisbert, C. (2013). *La sirena y el charango. ensayo sobre el mestizaje*. La Paz: Gisbert y Compañía.
- Molina Argandoña, W., Cortez Tineo, T., & Muñoz Cardozo, E. (2014). *Lejos del estado, cerca de la nación. ser boliviano en el Beni en tiempos del estado plurinacional*. La Paz: PIEB.
- Molina Barragán, L. (2013). *From Bolivar to Katari: Indigenous representations in the legislative assembly of the plurinational state of Bolivia, 2012*. Maestría no publicada, Texas University at Austin, Austin.
- Moreno Morales, D., Vargas Villazón, G., & Osorio Michel, D. (2014). *Nación, diversidad e identidad en el marco del estado plurinacional*. La Paz: PIEB.
- Murillo Aliaga, M., Bautista Durán, R., & Montellano Loredó, V. (2014). *Paisaje, memoria y nación encarnada*. La Paz: PIEB.
- Nicolas, V., & Quisbert, P. (2014). *Pachakuti: El retorno de la nación. estudio comparativo del imaginario de la revolución nacional y del estado plurinacional*. La Paz: PIEB.
- Olivera Foronda, O. (2001). "La reconquista del patrimonio colectivo por la nación". *Temas Sociales*, (22)
- Patzi Paco, F. (2004). "De movimiento indígena al fracaso de la escena del parlamento (vicisitudes del movimiento indígena de 2000 a 2003)". *Temas Sociales*, (25)
- Paz Rada, E. (2005). "Enfoques y dilemas de las autonomías". *Temas Sociales*, (26)
- Paz Rada, E. (2013). "Prólogo a la edición boliviana: El rescate de la política". En A. Solíz Rada (Ed.), *La luz al final del túnel. Las lides ideológicas de la izquierda nacional boliviana*. . Buenos Aires: Publicaciones del sur.

- Paz Rada, E. (2013). "Prologo: El poder de la convicción patriótica". En A. Solíz Rada (Ed.), *La fortuna del presidente*. La Paz: Quality.
- Peña, P., Barahona, R., Rivero, L. E., & Gaya, D. (2003). *La permanente construcción de lo cruceño*. La Paz: PIEB; CEDURE; UAGRM.
- Prada, R. (2007). "Articulaciones de la complejidad". En Á. García Linera, & et. al. (Eds.), *La transformación pluralista del estado*. La Paz: Muela del Diablo.
- Prada, R. (2008). *Subversiones indígenas*. La Paz: CLACSO; Muela del Diablo.
- Prada, R. (2012). "Estado plurinacional comunitario autonómico". En B. De Sousa Santos, & J. L. Exeni (Eds.), *Justicia indígena, plurinacionalidad e interculturalidad en Bolivia*. La Paz: Fundación Rosa Luxemburgo.
- Rivera Cusicanqui, S. En F. Escarzaga, & R. Gutiérrez (Eds.), *Movimiento indígena en América Latina resistencia y proyecto alternativo*. Puebla: BUAP.
- Rivera Cusicanqui, S. (2003). "El mito de la pertenencia al 'mundo occidental'. Réquiem para un nacionalismo". *Temas Sociales*, (24)
- Rodríguez Carmona, A. (2008). *El proyectorado: Bolivia tras 20 años de ayuda externa*. La Paz: Oxfam.
- Rojas Ortuste, G. (2001). *Por qué el Mallku se yergue como el gran acusador. el movimiento étnico-campesino en el 2000 boliviano*. La Paz: PNUD.
- Rojas Ortuste, G. (2012). *Vicente Pazos Kanki y la idea de república. temprano mestizaje e interculturalidad democrática germinal*. La Paz: CIDES.
- Saavedra, J. L. (2000). "Movilización campesina y dominación colonial". *XIV reunión anual de etnología* MUSEF.
- Salazar de la Torre, Cecilia, Rodríguez, J. M., & Sulkata, A. E. (2012). *Intelectuales aymaras y nuevas mayorías mestizas*. La Paz: PIEB.
- Solíz Rada, A. (2001). "Rescatemos la conciencia nacional". *Temas Sociales*, (22)
- Solíz Rada, A. (2013). *La luz al final del túnel. las lides ideológicas de la izquierda nacional boliviana*. Buenos Aires: Publicaciones del sur.
- Soruco, X. (2012). *La ciudad de los cholos*. La Paz: IFEA.
- Ticona Alejo, E. (2004). "La revolución boliviana de 1952 y los pueblos indígenas". *Temas Sociales*, (25)
- Ticona Alejo, E. (2005). "La rebelión aymara y popular de 2003". *Temas Sociales*, (26)

Toranzo Roca, C. (2009). "Repensando el mestizaje en Bolivia". En G. Rojas Ortuste (Ed.), *¿Nación o naciones bolivianas? institucionalidad para nosotros*. La Paz: CIDES.

Torréz, Y., & Arce, C. (2014). *Construcción simbólica del estado plurinacional de Bolivia. imaginarios políticos, discursos rituales y celebraciones*. La Paz: PIEB.

Untoja, F. (2012). *Posicionamiento político-ideológico siglo XXI katarismo. crítica al indianismo e indigenismo*. La Paz: S/E.

Yampara, S. (2005). "¿Descentralización y autonomía cruceña o soberanía del Qullasuyu?". *Temas Sociales*, (26)

Yampara, S., & Temple, D. (2008). *Matrices de civilización. sobre la teoría económica de los pueblos andinos*. La Paz: Qañam Pacha.

- Publicaciones de prensa

Albó, X. (2006, 4 de agosto). La estructura del nuevo estado debe ser plurinacional e intercultural. *Pulso*.

Archondo, R. (2003, 28 de noviembre). Extravíos en el nuevo país: Cuoteo étnico, no gracias. *Pulso*.

Archondo, R. (2004, 30 de enero). Distribuir proporcionalmente, he ahí la discrepancia. *Pulso*.

Chavez, W. (2001, 12 de agosto). De Tamayo al Mallku. *El Juguete Rabioso*.

Chavez, W. (2002, 7 de julio). Dos Bolivias, dos poderes. *El Juguete Rabioso*.

Dávila, A. (2000, 8 de septiembre). Desde la modernidad al nacionalismo étnico. cuatro salidas a la crisis. *Pulso*.

Díaz, M. (2000, 27 de octubre). "Una bolivia, dos bolivias, tres bolivias...". *Pulso*.

García Linera, Á. (2000, 29 de diciembre). Multitud y comunidad. *Pulso*.

García Linera, Á. (2003, 22 de agosto). "Democracia multinacional y colonialismo I". *Pulso*.

García Linera, Á. (2003, 29 de agosto). "Democracia multinacional y colonialismo II". *Pulso*.

García Linera, Á. (2003, 10 de octubre). "Democracia multinacional y multi-institucional". *Pulso*.

García Linera, Á. (2003, 28 de septiembre). Las señales históricas de sorata y warisata: Rebelión aymara. *El Juguete Rabioso*.

Lazarte R, J. (2003, 26 de septiembre). "A propósito del dilema entre el 'demos' y el 'etnos' ¿debate o combate de ideas? II". *Pulso*.

Lazarte R, J. (2003, 19 de septiembre). "A propósito del dilema entre el 'demos' y el 'etnos' ¿debate o combate de ideas?". *Pulso*.

Lazarte R, J. (2003, 4 de julio). "El conflicto entre el estado del 'demos' y el estado del 'étnos' II". *Pulso*.

Lazarte R, J. (2003, 18 de julio). "El conflicto entre el estado del 'demos' y el estado del 'étnos'". *Pulso*.

Lazarte R, J. (2003, 11 de julio). "El conflicto entre el estado del 'demos' y el estado del 'étnos' II" en pulso 11 de julio de 2003. La Paz. *Pulso*.

Lazarte R, J. (2007, 4 de mayo). ¿Multiculturalismo o multinacionalismo? *Pulso*.

Macusaya, C. (2013, 7 de diciembre). <Indio puro> = indio anulado políticamente. *Pukara*.

Macusaya, C. (2013, 7 de julio). Luchas políticas e identidades coloniales en Bolivia. *Pukara*,

Mansilla, H. C. F. (2001, 8 de junio). Aspectos de la identidad nacional en Bolivia. *Pulso*.

Medina, J. (2004, 9 de enero). Un estado: Dos sistemas. *Pulso*.

Mesa, C. (2001, 21 de octubre). ¿Debate sobre Felipe Quispe? identidades aceptadas y democracia. *El Juguete Rabioso*.

Molina, F. (2004, 16 de enero). Algo sobre la polémica entre Archondo y Medina. *Pulso*.

Neri, J. P. (2012, 18 de noviembre). Mestizaje. *La Época*.

Neri, J. P. (2012, 24 de junio). Pueblos indígenas y el derecho a la libre determinación. *La Época*.

Orduna, V. (2000, 14 de octubre). "El Mallku en los límites de la convivencia: 'Hay que indianizar a las q'aras'". *Pulso*.

Orduna, V. (2000, 17 de noviembre). "La hora del nacionalismo aymara: El mallku ensaya su nación". *Pulso*.

Paz Rada, E. (2013, 22 de diciembre). Las bases de la unidad nacional hacia la liberación. *La Época*.

Paz Rada, E. (2013, 14 de abril). Del discurso indigenista a la propuesta nacional. La fortaleza de Evo frente a la debilidad del MAS. *La Época*.

Roca, J. L. (2000, 20 de octubre). Hay tres 'dos Bolivias'. *Pulso*.

Rojas Ortuste, G. (2001, 7 de octubre). Debate sobre Felipe Quispe: Identidades rechazadas y democracia. *El Juguete Rabioso*.

Rojas Ortuste, G. (2001, 4 de noviembre). La retórica de Carlos Mesa. *Pulso*.

Rojas Ortuste, G. (2007, 25 de octubre). El regionalismo y el etnicismo están por acabar con Bolivia. *Nueva Crónica*.

Salazar de la Torre, Cecilia. (2007, 20 de diciembre). Los límites históricos del nacionalismo. *Nueva Crónica*.

Obras consultadas

- Albarracín Millán, J. (1979). *Arguedas: La conciencia crítica de una época*. La Paz: Réplica.
- Anderson, B. (2000). *Comunidades imaginadas. reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Anderson, B. (2002). *The spectre of comparisons*. London: Verso.
- Antezana, L. H. (1983). Procesos ideológicos en Bolivia. En R. Zavaleta Mercado (Ed.), *Bolivia, hoy*. México: Siglo XXI.
- Archetti, E. (2003). *Masculinidades. futbol, tango y polo en la argentina. antropofagia. buenos aires*. Buenos Aires: Antropofagia.
- Archondo, R. (1991). *Compadres al micrófono*. La Paz: Hisbol.
- Archondo, R. (2009). "Rumbo al estado intercultural". En G. Rojas (Ed.), *¿Nación o naciones bolivianas? institucionalidad para nosotros*. La Paz: CIDES.
- Arguedas, A. (1980). *La historia de mis libros (el fracaso de un escritor)*. La Paz: Ediciones Puerta del Sol.
- Arnold, D., & Spedding, A. (2008). Desde las élites políticas del pasado a los movimientos sociales e identitarios de hoy. En D. Y. ARNOLD (Ed.), *¿Indígenas u obreros? la construcción política de identidades en el altiplano boliviano*. La Paz: Fundación Unir.
- Bagú, S. (1970). *Tiempo, realidad social y conocimiento*. México: Siglo XXI.
- Bajtín, M. (1989). *Teoría y estética de la novela*. Madrid: Taurus.
- Balán, J., & Jelin, E. (1979). "La estructura social en la biografía personal". *Estudios CEDES*, 2(9)
- Barragán, R. (2009). Hegemonías y "Ejemonías": Las relaciones entre el Estado central y las regiones (1825-1952). *Íconos*, 34
- Barragán, R. (2009). "Categorías e identidades en permanente definición". En D. Arnold (Ed.), *¿Indígenas u obreros? la construcción política de identidades en el altiplano boliviano*. La Paz: Fundación UNIR.
- Barth, F. (1976). *Los grupos étnicos y sus fronteras*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Bartra, R. (2005). *La jaula de la melancolía. identidad y metamorfosis del mexicano*. México: Random House.

- Becker, H. S. (1974). "Historias de vida en la sociología". En J. Balán (Ed.), *Las historias de vida en las ciencias sociales, teoría y técnica*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Benda, J. (1928). *La trahison des clercs*. Paris: Grasset.
- Benedetti, M. (1968). *El país de la cola de paja*. Montevideo: ARCAL.
- Bernstein, B. (1977). *Class, codes and control. Volume 3 towards a theory of educational transmission*. London: Routledge and Kegan Paul.
- Bertaux, D. (1993). La perspectiva biográfica: Validez y perspectiva. En J. M. Marinas, & C. Santamarina (Eds.), *La historia oral: Perspectivas y experiencias* (pp. 149). Madrid: Debate.
- Bertaux, D. (2005). *Los relatos de vida. perspectiva etnosociológica*. Barcelona: Bellaterra.
- Bertaux, D., & Bertaux Wiame, I. (1993). Historias de vida del oficio de panadero. En J. M. Marinas, & C. Santamarina (Eds.), *La historia oral: Perspectivas y experiencias* (pp. 231). Madrid: Debate.
- Bourdieu, P. La ilusión biográfica. *Acta Sociológica*, (56), 121.
- Bourdieu, P. (1991). *La ontología política de Martin Heidegger*. Barcelona: Paidós.
- Bourdieu, P. (2001). *El campo político*. La Paz: Plural.
- Bourdieu, P. (2006). *Autoanálisis de un sociólogo*. Barcelona: Anagrama.
- Bourdieu, P. (2008). *Homo academicus*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Bourdieu, P. (2008). *El sentido práctico*. Madrid: Siglo XXI.
- Bourdieu, P. (2013). *La nobleza de estado: Educación de élite y espíritu de cuerpo*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Bourdieu, P., & Passeron, J. (1996). *La reproducción*. Barcelona: Laia.
- Breen, R., & Goldthorpe, J. H. (1997). "Explaining educational differentials: Towards a formal rational action theory". *Rationality and Society*, 9
- Cajías de la Vega, M. (2011). Producción, mano de obra, sindicalismo obrero y memoria histórica en la mina de Huanuni 1900 – 2002. Tesis de Doctorado en ciencias sociales. Michoacán: Colegio de Michoacán.
- Cardoso, F.H. y Faletto, E. (1979). Dependencia y desarrollo en América Latina. México: Siglo XXI.
- Centeno, M. Á. (2002). *Blood and debt. War and the nation state in Latin America*. Pennsylvania: Penn State Press.
- Céspedes, A. (1979). *El presidente colgado*. La Paz: Juventud.
- Chatterjee, P. (2008). *La nación en tiempo heterogéneo y otros estudios subalternos*. Buenos Aires: Siglo XXI.

- Coppedge, M. (2012). *Democratization and research methods*. New York: Cambridge University Press.
- Cotler, J. (1978). *Clases, estado y nación en el Perú*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.
- De Ipola, E. (1982). *Ideología y discurso populista*. México: Folios.
- De Jong, I. (2010). "Indios amigos" en la frontera: Vías abiertas y negadas de incorporación al estado nación. (argentina 1850-1880). En A. Escobar Ohmstede, R. Falcón Vega & R. Buve (Eds.), *La arquitectura histórica del poder. naciones, nacionalismo y estados en américa latina. siglo XVIII, XIX y XX*. México D.F.: El Colegio de México.
- De la Cadena, M. (1991). "Las mujeres son más indias: Etnicidad y género en una comunidad del cuzco". *Revista Andina*, 9(1), 7.
- Degregori, C. I. (1979). *Indigenismo, clases sociales y problema nacional*. Lima: Centro Latinoamericano de Trabajo Social.
- Elder, G. H. J. "Age differentiation and the life course". *Annual Review of Sociology*, 1
- Elias, N. (1998). *Mozart: Sociología de un genio*. Barcelona: Península.
- Escalante Gonzalbo, F. (2007). *A la sombra de los libros: Lectura, mercado y vida pública*. México: El Colegio de México.
- Escobar Ohmstede, A. (2010). Del dualismo étnico colonial a los intentos de homogeneidad en los primeros años del siglo XIX latinoamericano. En A. Escobar Ohmstede, R. Falcón Vega & R. Buve (Eds.), *La arquitectura histórica del poder. naciones, nacionalismo y estados en américa latina. siglo XVIII, XIX y XX*. México: El Colegio de México.
- Florescano, E. (1996). *Etnia, estado y nación*. México: Aguilar.
- Foucault, M. (1987). *El orden del discurso*. Barcelona: Tusquets.
- Gambetta, D. (1987). *Were they pushed or did they jump?* Cambridge: Cambridge University Press.
- García Linera, Á. (2003). "Crisis estatal". *T'Inkazos*, 14
- García Linera, Á. (2007). "El desencuentro de dos razones revolucionarias. indianismo y marxismo". *Cuadernos De Pensamiento Crítico Latinoamericano*, (3)
- García Linera, Á. (2011). *Las tensiones creativas de la revolución*. La Paz: Vicepresidencia del Estado Plurinacional.
- Geertz, C. (1963). The integrative revolution: Primordial sentiments and civil politics in the new states. En C. Geertz (Ed.), *Old societies and new states: The quest for modernity in Asia and Africa*. . New York: Free Pres.
- Geertz, C. (2003). *La interpretación de las culturas*. Barcelona: Gedisa.

- Gellner, E. (1994). *Naciones y nacionalismo*. Buenos Aires: Alianza.
- Glaser, B., & Strauss, A. (1967). *The discovery of grounded theory*. Chicago: Aldine.
- Goldthorpe, J. H. (2010). "Class analysis and the reorientation of class theory: The case of persisting differentials in educational attainment". *British Journal of Sociology*,
- Gonzales, O. (2000). *Pensar américa latina. hacia una sociología de los intelectuales latinoamericanos*. Lima: Mundo Nuevo.
- Gose, P. (2001). *Agua mortífera y cerros hambrientos*. La Paz: Mama Huaco.
- Gotkowitz, L. (2007). *A revolution for our rights: Indigenous struggles for land and justice en Bolivia (1880 -1952)*. Durham: Duke University Press.
- Gramsci, A. (1963). *La formación de los intelectuales*. México: Grijalbo.
- Halperín Donghi, T. (2003). Argentine counterpoint: Rise of the nation, rise of the state. En S. Castro-Klaren, & J. C. Chasteen (Eds.) *Beyond imagined communities*. Baltimore: Johns Hopkins University Press.
- Hankiss, A. (1993). Ontologías del yo: La recomposición mitológica de la propia historia de vida. En J. M. Marinas, & C. Santamarina (Eds.), *La historia oral: Perspectivas y experiencias* (pp. 251). Madrid: Debate.
- Harvey, D. (2005). *A brief history of neoliberalism*. Oxford: Oxford University Press.
- Hobsbawm, E. (2000). Etnicidad y nacionalismo en Europa hoy. En Á. Fernández Bravo (Ed.), *La invención de la nación*. Buenos Aires: Manantial.
- Hobsbawm, E. (2000). *Naciones y nacionalismo desde 1780*. Madrid: Crítica.
- Hobsbawm, E., & Ranger, T. (Eds.). (2000). *La invención de la tradición*. Barcelona: Crítica.
- Hroch, M. (1996). From national movement to the fully-formed nation: The nation-building process in Europe. En G. Balakrishnan (Ed.), *Mapping the nation*. London: Verso.
- Hurtado, J. (1986). *El katarismo*. La Paz: Hisbol.
- Irurozqui, M. (1993). *Elites en litigio: la venta de tierras de comunidad en Bolivia, 1880-1899*. . Lima: IEP.
- Ketzer, D. I. "Generations as a sociological problem". *Annual Review of Sociology*, 9
- Komadina Rimasa, J. (2009). "Identidad democrática y proceso de cambio". En G. Rojas (Ed.), *¿Nación o naciones bolivianas? institucionalidad para nosotros*. . La Paz: CIDES.
- Krauze, E. (1999). *Caudillos culturales*. México: Tusquets.
- Larson, B. (2007). *Pedagogía nacional, resistencia andina y lucha por la cultura pública, Bolivia 1900-1930*. La Paz: CIDES.

- Lazarte R, J. (2003, 26 de septiembre). "A propósito del dilema entre el 'demos' y el 'etnos' ¿debate o combate de ideas? II". *Pulso*,
- Lora, G. (1980). *Historia del movimiento obrero boliviano. tomo 4*. Cochabamba: Los Amigos del Libro.
- Luykx, A. (1999). *The citizen factory. Schooling and cultural production in Bolivia*. . New York: State University of New York Press.
- Mallon, F. (2003). *Campesino y nación. la construcción de México y Perú poscoloniales*. México: CIESAS; El Colegio de San Luís.
- Mamani Ramírez, P. (2011). Entrevistas a los luchadores kataristas e indianistas. *Willka*, 5(5)
- Marof, T. (1967). *La novela de un hombre*. La Paz: Editorial del Estado.
- Martínez Pérez, L. (2006). *Los hijos de Saturno. intelectuales y revolución en cuba*. México: FLACSO.
- Martuccelli, D. (2010). ¿Existen individuos en el sur? Santiago de Chile: LOM.
- Marx, C. y Engels, F. (1974). *La ideología alemana*. México: Ediciones de Cultura Popular.
- Mesa, C. (2008). *Presidencia sitiada: memorias de mi gobierno*. La Paz: Plural.
- Miller, N. (1999). *In the shadow of the state. Intellectual and the quest for national identity in twentieth century spanish-america*. London: Verso.
- Montenegro, C. (1979). *Nacionalismo y coloniaje*. La Paz: Los amigos del libro.
- Mora, M., & de Oliveira, O. "¿Ruptura o reproducción de las desventajas sociales heredadas? relatos de jóvenes que han vivido situaciones de pobreza". En M. Mora, & O. de Oliveira (Eds.), *Desafíos y paradojas: Los jóvenes frente a las desigualdades sociales*. . México: El Colegio de México.
- Oblitas, E. (1980). "prologo". En A. Arguedas (Ed.), *La historia de mis libros (el fracaso de un escritor)*. La Paz: Ediciones Puerta del Sol.
- Patzi, F. (2006). *Etnofagia estatal: Modernas formas de violencia simbólica*. La Paz: Ministerio de Educación y Culturas.
- Platt, T. (1982). *Estado boliviano y ayllu andino*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.
- Platt, T. (1987). "Entre ch'axwa y muxsa. para una historia del pensamiento político aymara". En T. Bouysse-Casagne, & et. al. (Eds.), *Tres reflexiones sobre el pensamiento andino*. La Paz: Hisbol.
- Portelli, A. (1989). *Historia y memoria: La muerte de Luigi Trastulli. Historia y Fuente Oral*, (1), 5.
- Portelli, A. (1993). 'El tiempo de mi vida': Las funciones del tiempo en la historia oral". En J. A. Lozano (Ed.), *Historia oral*. México: Instituto Mora; UAM.

- Pruden, H. (2001). "Separatismo e integracionismo en la post guerra del Chaco: Santa Cruz de la Sierra (1935-1939)". En D. Cajías (Ed.), *Visiones de fin de siglo: Bolivia y América Latina en el siglo XX*. La Paz: IFEA.
- Pruden, H. (2003). "Santa Cruz entre la posguerra del chaco y la revolución nacional: Cruceños y cambas". *Revista Historias*, 6
- Pruden, H. (2009). "Ser tinaja o ser nación: Pensamiento desarrollista e historiografía en Santa Cruz de la sierra (1935-1952)". *Revista De Humanidades y Ciencias Sociales*, 14
- Reinaga, F. (1953). *Tierra y libertad. la revolución nacional y el indio*. La Paz: Rumbo sindical.
- Reinaga, F. (1969). *La revolución india*. La Paz: Partido Indio de Bolivia.
- Reinaga, F. (1970). *Manifiesto del Partido Indio de Bolivia*. La Paz: Partido Indio de Bolivia.
- Renan, E. (2000). "¿Qué es una nación?". En Á. Fernández Bravo (Ed.), *La invención de la nación*. Buenos Aires: Manantial.
- Rénique, J. L. (2004). *La batalla por puno. conflicto agrario y nación en los andes peruanos*. Lima: IEP.
- Rivera Cusicanqui, S. (2010). *Ch'ixinakax utxiwa: Una reflexión sobre prácticas y discursos descolonizadores*. Buenos Aires: Tinta Limón.
- Rivera Mir, S. (2014). *Militantes radicales de la izquierda latinoamericana en México, 1920-1934*. Tesis para optar al grado de doctor en historia, El Colegio de México, México.
- Roca, J. L. (1980). *Fisonomía del regionalismo boliviano*. La Paz - Cochabamba: Los Amigos del Libro.
- Rodríguez Ostría, G. (2006). *Sin tiempo para las palabras: Teoponte*. Cochabamba: Kipus.
- Romero Ballivián, S. (2003). Jóvenes, política y democracia. *Opiniones y Análisis*, (63)
- Romero Pittari, S. (2009). *El nacimiento del intelectual*. La Paz: Caraspas.
- Romero Pittari, S. (2014). "Los debates finiseculares por la sociología académica en Bolivia". *Temas Sociales*, 34
- Romero Pittari, S. (2014a). "Nietzsche en Bolivia". *Temas Sociales*, 34
- Romero Pittari, S. (2014b). "Notas sobre el paradigma sociológico de Alain Touraine". *Temas Sociales*, 34
- Romero Pittari, S. (2014c). "Pueblos y cultura en el siglo XIX". *Temas Sociales*, 34
- Roseberry, W. (2007). "Hegemonía y el lenguaje de la controversia" en Calla, P. y Lagos, M. *Antropología del Estado*. La Paz: PNUD.

- Ryder, N. B. (1965). The cohort as a concept in the study of social change. *American Sociological Review*, 30(6), 843.
- Ryder, N. B. (1965). The cohort as a concept in the study of social change". *American Sociological Review*, 30(6), 843.
- Said, E. (1994). *The representations of the intellectual*. London: Vintage.
- Smith, A. (2000). "¿Gastronomía o geología? el rol del nacionalismo en la reconstrucción de las naciones". En Á. Fernández Bravo (Ed.), *La invención de la nación*. Buenos Aires: Manantial.
- Smith, A. (2000). *Nacionalismo y modernidad*. Madrid: Istmo.
- Solíz Rada, A. (2001). *La fortuna del presidente*. La Paz: Quality.
- Spedding, A. (2003). Quemar el archivo. *Temas Sociales*, (23)
- Spedding, A. (2014). Reconstitución de ayllus originarios en la Bolivia plurinacional. *La voz de la cuneta*, (5-6)
- Spedding, A. (2015). *Una introducción a la obra de Pierre Bourdieu*. La Paz: Editorial Mama Huaco.
- Spedding, A. (2015b). *Catre de fierro*. La Paz: Plural.
- Spedding, A., Flores, G., & Aguilar, N. (2013). *Chulumani flor de clavel*. La Paz: PIEB.
- Suárez, H. J. (2003). *¿Ser cristiano es ser de izquierda? la experiencia político-religiosa del cristianismo de liberación en Bolivia en los años 60*. La Paz: Muela del Diablo.
- Tarrow, S. (1987). *El poder en movimiento. los movimientos sociales, la acción colectiva y la política*. Madrid: Alianza.
- Terán, O. (1991). *Nuestros años sesentas. la formación de la nueva izquierda intelectual en argentina 1956-1966*. Buenos Aires: Puntosur.
- Thomson, P. (1972). Problems of method in oral history. *Oral History*, 1(4), 1.
- Thompson, S. (2006). *Cuando sólo reinasen los indios*. La Paz: Aruwiyiri.
- Tilly, C. (1975). *The formation of national states in Western Europe*. Princeton: Princeton University Press.
- Tilly, C. (1985). "War making and state making as organized crime". En P. Evans (Ed.), *Bringing the state back in*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Urioste, S. (2007). "Resonancias de una generación: preguntas, problemáticas, y precauciones para una reflexión colectiva" en AA. VV. *Resonancias de una generación: Análisis del accionar juvenil 1996 – 2003*. La Paz: Utopía.
- Verba, S., Nie, N., & Kim, J. (1978). *Participation and political equality*. London: The Chicago University Press.

- Verba, S., Schlozman, K., & Brady, H. E. (1995). *Voice and equality. Civic voluntarism in American politics*. Cambridge: Harvard University Press.
- Wasserman, C. (2010). Intelectuales y la cuestión nacional: Cinco tesis respecto a la constitución de la nación en América Latina. En A. Escobar Ohmstede, R. Falcón Vega & R. Buve (Eds.), *La arquitectura histórica del poder. Naciones, nacionalismo y estados en américa latina. siglo XVIII, XIX y XX*. México: El Colegio de México.
- Williams, R. (1980). *Marxismo y literatura*. Barcelona: Península.
- Willis, P. (1977). *Learning to labour. how working class kids get working class jobs*. New York: Columbia University Press.
- Yapu, M., & Torrico, C. (2003). *Escuelas primarias y formación docente en tiempos de reforma educativa: Enseñanza de lectoescritura y socialización*. La Paz: PIEB.
- Zapata, F. (1986). *Clases sociales y acción obrera en Chile*. México: El Colegio de México.
- Zapata, F. (1990). *Ideología y política en América Latina*. México: El Colegio de México.
- Zavaleta Mercado, R. (1963). *Estado nacional o pueblo de pastores*. La Paz: Burillo.
- Zavaleta Mercado, R. (1964). *La revolución boliviana y la cuestión del poder*. La Paz: Dirección Nacional de Informaciones.
- Zavaleta Mercado, R. (1977). *El poder dual: Problemas de la teoría del estado en América Latina*. México: Siglo XXI.
- Zavaleta Mercado, R. (1986). *Lo nacional-popular en Bolivia*. México: Siglo XXI.
- Zavaleta Mercado, R. (1988). "Clase y conocimiento". En R. Zavaleta Mercado (Ed.), *Clases sociales y conocimiento*. La Paz: Los Amigos del Libro.
- Zavaleta Mercado, R. (1988). "Las formaciones aparentes en Marx". En R. Zavaleta Mercado (Ed.), *Clases sociales y conocimiento*. La Paz: Los Amigos del Libro.
- Zavaleta Mercado, R. (1990). "El estado en américa latina". En R. Zavaleta Mercado (Ed.), *El Estado en América Latina*. La Paz: Los Amigos del Libro.
- Zavaleta Mercado, R. (1990). "Problemas de la cultura, la clase obrera y los intelectuales". En R. Zavaleta Mercado (Ed.), *El Estado en América Latina*. La Paz: Los Amigos del Libro.
- Zegada, M. T., Arce, C., Cañedo, G., & Quispe, A. (2011). *La democracia desde los márgenes. transformaciones en el campo político boliviano*. La Paz: CLACSO; Muela del Diablo.
- Zegada, M. T., Tórrez, Y., & Salinas, P. (2007). *En nombre de las autonomías: Crisis estatal y procesos discursivos en Bolivia*. . La Paz: PIEB.

Žižek, S. (1988). "Multiculturalismo o la lógica cultural del capitalismo tardío". En F. Jameson, & S. Žižek (Eds.), *Estudios culturales, reflexiones sobre el multiculturalismo*. Buenos Aires: Paidós.